

ÁNGEL SANCHIDRIÁN



TRES
ENANOS
Y PICO

ÍNDICE

Sinopsis

Mapa de «El Norte»

Prólogo

PRIMERA PARTE. CONOCIENDO A LOS ENANOS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

SEGUNDA PARTE SALVAR VILLA TRIFULCAS

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

TERCERA PARTE
LA BATALLA DEL MONTÓN DE EJÉRCITOS

Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50

Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Wifo Medroso es un joven estudiante, cobarde y enclenque, que realizará sus prácticas de Enanología en la ciudad de Villa Trifulcas. Hasta aquí podría parecer una historia anodina y sin ningún interés. ¿Pero habría sido escrita si lo fuera? Mientras el becario estudia las costumbres de los enanos, el mundo se encamina hacia el desastre. Elfos racistas y xenófobos, una banda criminal dirigida por un niño de ocho años, enanas homicidas, políticos corruptos, trolls, orcos, guerreros errantes, ogros y magos, bosques encantados, reinas, asesinos, peleas, palizas, asedios y batallas, mentiras, secuestros, amenazas, un burro guardaespaldas y, aunque parezca increíble, mucho mucho más. ¿Qué podrá hacer Wifo, en medio de este follón, para salvar su propia vida y la de los enanos?

PRÓLOGO

Hubo un tiempo, no demasiado lejano, en que la capa superior del mundo tenía por delante un futuro de prometedor bienestar. Todas las razas —desde los humanos hasta los elfos, pasando por los gnomos y los enanos— medraban y se reproducían, las ciudades crecían y florecía el comercio. Era tanta la prosperidad y tantos los que disfrutaban de ella que los pueblos no encontraban motivos para quebrantar la paz que había llegado con la abundancia.

Pero la fraternidad, sobre todo la que trae consigo el progreso y la igualdad para todas las naciones, no siempre cuenta con la simpatía de todos, aunque esta confesión pueda sorprender a más de uno.

El señor de los elfos de hielo, Velarión CLXVIII el Implacable, hijo de Velarión CLXVII el Manso, de la sangre de Velarión I el Primero, no veía en ese bienestar una ventaja sino una amenaza. De continuar aquella tendencia de prosperidad global, esa mierda de razas inferiores, como él las llamaba, no tardarían en rivalizar con los elfos e incluso en superarlos en poder y riqueza. Velarión no necesitaba poseer el don de la clarividencia para adivinar ese futuro. Gracias a su opulencia y a su insaciable fertilidad, más propia de las bestias que de los seres civilizados, humanos y enanos levantarían ciudades cada vez más ricas y reclutarían ejércitos más grandes y poderosos que harían de ellos unos rivales invencibles.

El señor de los elfos del norte no iba a permitir que su pueblo perdiera su supremacía en favor de esa chusma inmunda. Sentado en su trono de cristal, bajo las bóvedas transparentes de su palacio en Velaria, hizo llamar a sus mejores magos y alquimistas y se dispuso a cambiar la historia del mundo en beneficio de su propio pueblo. Tal era la obligación de todo buen gobernante: procurarse el bien propio a costa del mal ajeno, si era necesario.

Los más sabios entre los elfos de hielo se encerraron en sus talleres y laboratorios y, durante meses, desarrollaron las herramientas que permitirían a su rey salvaguardar la hegemonía de su raza sobre las demás.

Tras casi un año de investigación, los alquimistas de Velaria presentaron a su señor el resultado de sus experimentos. Una nueva generación de armas que no requerían soldados para invadir imperios y destruirlos desde dentro.

—Lo mejor de estos ingeniosos inventos —le explicó el mago del Aura Aelión— es que serán sus propias víctimas quienes los utilizarán contra sí mismas hasta provocar su propia ruina. Y encima estarán dispuestos a pagar por ellos cualquier cantidad de oro que les pidamos a cambio.

Su Majestad Velarión se encontraba a medio camino entre la intriga y la complacencia.

—¿Y cómo decís que se llamaba esto? —preguntó examinando un frasco lleno de un líquido dorado.

—Cerveza, mi rey —le explicó un alquimista tras sus anteojos de cien aumentos. El inventor se permitió la insolencia de recordar a Su Majestad, sin que él se lo pidiera, qué era cada uno de los productos que habían creado—. Este otro bebedizo se llama «vodkamiel». Los demás recipientes contienen una amplia gama de pócimas estupefacientes con efectos estimulantes, deprimentes, euforizantes, narcóticos y alucinógenos.

El monarca se mostró sinceramente impresionado.

—Y a esta mezcla de hojas, flores y semillas de planta urtical dicotiledónea —añadió el alquimista, ya para concluir— la hemos llamado «hierba de la risa». Si se fuma como el tabaco corriente, provoca sensación de hambre y un estado de risueña idiotéz que incapacita al consumidor para hacer cualquier otra cosa que no sea cerrar los ojos y balbucear majaderías.

—¿Vosotros estáis seguros de que todo esto funcionará? —preguntó Velarión, cuya posición lo obligaba a reservarse cierta desconfianza.

—¿Que si funcionará? —exclamó eufórico el mago del Aura—. Los enanos, los humanos, los gnomos... Todos ellos son criaturas tan débiles de espíritu que consumirán nuestras trampas mentales con voracidad. Tan solo tenemos que distribuir estas sustancias entre ellos y su tendencia natural a la degeneración se encargará de que las consuman hasta reventar.

Y así fue como Velarión, rey de los elfos de hielo, se dispuso a sumir a sus adversarios en una edad oscura de adicción y degradación moral que seguro que acabaría por destruirlos.

—He aquí mi invencible ejército —dijo contemplando aquel muestrario de pociones y brebajes—. Ya se pueden dar por muertos esos miserables, desgraciados, canallas, sabandijas, montones de mierda, hijos de perra...

—Majestad —le llamó el alquimista viendo que el soberano empezaba a rechinar los dientes y a arañar la mesa con las uñas.

—Sí, ya me calmo. Es que es hablar de otras razas y me enciendo. No puedo evitarlo.

El plan de Velarión se puso en marcha. Los elfos de hielo se encargaron de exportar al resto de la capa superior del mundo la cerveza, las pócimas narcóticas y la hierba de la risa, obteniendo, además, cuantiosos beneficios de ese comercio perverso. Con los años, esas sustancias fueron incluyéndose en la dieta diaria de los enanos, los humanos, los gnomos e incluso los trolls y los orcos, corrompiendo la rectitud de sus almas.

Todo marchaba según lo planeado. El rey saboreaba el envilecimiento de sus enemigos desde su palacio de cristal. Pero un siglo después las cosas empezaron a cambiar, pues resultó que los elfos, en contra de lo que Velarión pensaba, también eran permeables al vicio. Y la corrupción, que no conoce límites ni fronteras, comenzó a llamar a las puertas de Velaria.

PRIMERA PARTE

CONOCIENDO A LOS ENANOS

«Todo el mundo sabe lo que es un enano aunque nunca haya visto uno. Claro que quién no ha visto a un enano, por lo menos, una vez en su vida. No hay ciudad mediana o grande en la que miembros de esa raza no hayan establecido su residencia permanente, ni población pequeña por la que no haya pasado en alguna ocasión un enano acompañado de un poni cargado de cachivaches.

¿Pero qué es un enano? Un elfo diría que se trata de una bestia alcoholizada que no conoce el decoro ni cuando yace inconsciente en el altar de su propia boda. Para un humano, en cambio, un enano es un proveedor inagotable de oro, cuando no de mano de obra barata que se puede emplear en la herrería, la orfebrería, la artesanía o como guardaespaldas (un oficio para el cual resultan ser erráticos pero solventes).

Para un troll, en ausencia de una definición escrita o verbalizada, un enano es la garantía de una buena sesión de guantazos. Trolls y enanos, a quienes la naturaleza ha querido conceder las cuevas y montañas como el ambiente óptimo para su hábitat, son feroces enemigos que jamás rehúyen la oportunidad de partirse mutuamente las extremidades. El mismo ambiente natural lo comparten con los trasgos, pero tales criaturas solo representan una molestia, en ningún caso una amenaza.

Todas esas definiciones son desde luego acertadas pero insuficientes, pues solo inciden en los rasgos más visibles y superficiales del carácter de esta raza fascinante.

Para conocer bien a los enanos es necesario convivir con ellos en sus propias ciudades durante un periodo prolongado de tiempo, compartiendo con la comunidad todas las manifestaciones de su compleja cultura.»

Tales palabras, contenidas en el libro *Enanos: ¿tunantes o psicópatas?*, del profesor Enefecto Smith de la Alta Escuela de Humanidades de Bellavista, fueron las que inocularon en Wifo Medroso la pasión por el estudio de una raza tan asombrosa como desconocida.

Cuando a sus veintidós años se le presentó la oportunidad de realizar las prácticas de sus estudios de Cultura de las Especies en una ciudad enana, no se lo pensó ni una vez y media. El profesor Enefecto lo llamó a su despacho y le ofreció el proyecto, poniendo especial énfasis en la importancia de aquellas

investigaciones. Semejante proposición provocó en Wifo un sentimiento aún mayor de hallarse ante una empresa de gran trascendencia cultural.

Lo que el profesor Smith no le dijo fue que el departamento necesitaba disponer de más estudios de Enanología porque había muy pocos volúmenes de esa materia y la estantería se estaba venciendo por el lado de la Elfología —campo en el que sobran las tesis—, con el consiguiente riesgo de que la estantería se rompiera y hubiera que comprar una nueva; contratiempo este no previsto en los presupuestos. Por esa razón lo animó a recoger cuantos más datos pudiera, ya que la nota se concedía al peso.

Al día siguiente Wifo fue al decanato de su escuela a solicitar una beca para realizar prácticas académicas en el extranjero.

El ayudante del vicedecano había salido a desayunar, de modo que se sentó en una silla a esperar. Aprovechó para comprobar que llevaba consigo todos los documentos requeridos para formalizar la solicitud, incluyendo dos retratos recientes a tamaño minúsculo y un certificado de penurias económicas, firmado por sus padres y vecinos, que demostrase que necesitaba la ayuda solicitada y que no la pedía para emplearla en oscuros vicios juveniles. A mediodía, viendo que aquel hombre no terminaba de llegar, tuvo que marcharse.

Volvió al día siguiente, pero el ayudante se había ido de puente y no aparecería hasta el lunes. Después del fin de semana le informaron de que el trabajador había enfermado de fiebres violetas a la vuelta de su viaje por las Tierras Chuscas y que no se reincorporaría a su puesto hasta la semana siguiente. Tampoco había allí nadie que lo supliera. Cuando preguntó a otra empleada si podía entregarle a ella la solicitud de beca, la mujer lo miró con tal sorpresa e incredulidad que Wifo creyó tener un grongo de las cavernas a sus espaldas.

—Lo siento —le aclaró la mujer—. Yo soy del departamento de becas para estudios locales, no extranjeros.

—Ya, pero tengo todos los papeles preparados. Solo tendría que sellarme la solicitud y dársela a su compañero cuando vuelva.

—Sí, pero yo tengo el sello de becas locales. ¿Lo ve? Aquí lo pone, en pequeño: «Estudios locales».

—Pero el sello de becas en el extranjero está sobre la mesa de su compañero. Lo estoy viendo desde aquí. —Tenía que intentarlo a pesar de la temeridad que suponía insistirle a un empleado público.

La indolente señora tuvo a bien contestar al estudiante, aunque ya había dado por zanjada la discusión antes incluso de que comenzara:

—Lo sé, jovencito, pero ese de ahí no es mi sello. Mi sello es este que sostengo ahora mismo en mi mano. Si empezamos a utilizar sellos que no son los nuestros esto sería una anarquía. ¿No le parece?

—¿Y tardará mucho su compañero en incorporarse a sus labores?

—Pues, según he oído, se ha cogido unos cuantos días de asuntos propios para reponerse de sus fiebres. Supongo que dentro de una semana ya estará aquí —le informó la empleada pública número dos mil doscientos setenta y ocho de Bellavista bajo su moño arquitectónico.

Wifo aprendió que el plazo establecido para cualquier trámite administrativo solía ser «una semana», y que los siete días constituían la medida de tiempo más pequeña en que se podía descomponer una gestión burocrática.

El día 2 del mes siguiente por fin volvió al trabajo el guardián del sello de estudios en el extranjero. Ciertamente estaba demacrado y tenía un color violáceo en la esclerótica de los ojos. De mala gana invitó a Wifo a tomar asiento.

—¿Para cursar estudios dónde? —le preguntó comprobando la solicitud de beca.

—En Villa Trifulcas.

—Villa Trifulcas, veamos... —Examinó un voluminoso cartapacio con el cuidado de quien sopla la flor de un diente de león—. Así que Villa Trifulcas, ¿eh? —Continuó pasando páginas muy despacio, inspeccionando cada hoja aunque supiera que en ella no estaba lo que buscaba.

—Sí, así es, Villa Trifulcas, en el norte, justo antes de llegar al Reino de los elfos de hielo.

—Así que el norte, ¿verdad? Mmm... Los elfos de hielo, ¿eh? Ajá...

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Wifo al empleado al ver que sus ojos se cerraban y su cabeza se acercaba cada vez más a los legajos.

El hombre reaccionó irguiéndose en su butaca.

—Villa Trifulcas... Sí, aquí está. Villa Trifulcas, ciudad minera en el antiguo Reino enano de Rogrund.

—¡Esa misma, esa!

El funcionario miró meditabundo a Wifo por encima de sus gafas. Luego se las acercó más a los ojos empujándolas con el dedo corazón.

—A estudiar a una ciudad enana... Tú... —Lo señaló con su pluma.

—¡El mismo que viste y calza!

—Verás, chico... —El hombre se quitó despacio los anteojos y vació sus pulmones con un ronroneo de agotamiento—. La enana es considerada una raza de riesgo medio; y digo únicamente medio porque, por fortuna, no estamos enemistados con ella. De modo que para concederte una beca de estas características debes cumplir una serie de requisitos físicos. Unos requisitos que salta a la vista que no reúnes. Veamos... ¿Cuánto mides?

—Ciento setenta y dos centímetros.

—¿Y cuánto pesas?

—Cincuenta y cuatro kilogramos.

—Ya... ¿Bebes alcohol?

—No, señor. Nunca —contestó a esa pregunta lleno de orgullo.

—¿Sueles meterte en líos?

—Jamás. Soy una persona muy tranquila que siempre obedece la ley y las normas del decoro.

—Pues te van a hacer trizas allí. Mira, no voy a denegarte la solicitud porque no encuentro el sello de denegar solicitudes. Tú verás lo que haces y dónde te metes.

Trasobaldo Cuitas, empleado público número mil novecientos cincuenta y uno de Bellavista, sabía que los profesores de las altas escuelas no tenían reparos en exponer a sus alumnos a un peligro mortal con tal de llenar las bibliotecas de montones de libros que después nadie leería. Era una especie de adicción, bastante generalizada, que sufría el profesorado por acumular nuevos datos que nadie necesitaba. Pero él no quería entrometerse. Su labor consistía en aprobar o denegar solicitudes sin establecer vínculos emocionales con los solicitantes ni preocuparse por su supervivencia.

Sellada la solicitud, solo faltaba la firma del vicedecano de becas, que en aquel momento estaba de vacaciones en el Mar de Espuma. Dos meses después de rellenar el formulario, Wifo tuvo por fin su resolución de beca aprobada. Un conserje le entregó el importe estipulado de la ayuda: dos mudas de ropa, un burro, un tarro de tinta y comida suficiente para cubrir el trayecto de ida.

Con todo aquello y su cuaderno de notas se puso en marcha. Estaba tan determinado a vivir aquella experiencia que se enfrentó a la explícita desaprobación de su madre, que se la expresaba sin delicadeza alguna, pues para algo era su madre y lo había parido.

—¿Pero tú eres tonto o es que te ha sorbido el cerebro un gusánido? —le abroncó el día que se enteró de sus planes.

Wifo se tapó la cara con un brazo. Era un gesto inconsciente que realizaba cada vez que su madre le reprendía.

—Jo, mamá, todos mis compañeros de la escuela harán sus prácticas en algún país lejano...

—Y si todos tus compañeros meten la cabeza en la boca de un grongo de las cavernas, ¿tú también lo haces?

—No, mamá —admitió acorralado y cabizbajo. Odiaba los razonamientos estúpidos porque no existía manera de rebatirlos sino con otro argumento aún más idiota, obligándole de esa manera a entrar en una espiral de imbecilidades de la que una persona sensata nunca sale victoriosa.

Su madre, Ramona Medroso¹, dejó el guiso cociendo a fuego lento y apoyó sus manos en las caderas, sobre el delantal salpicado de salsa de champiñones.

—Mira, Wifo. Vale que hayas estudiado Humanidades, el conjunto de disciplinas científicas más peligrosas de este mundo. Eso lo puedo aceptar porque tu padre era filólogo y te habrá transmitido su temeridad. Pero irte a estudiar a los enanos, ¡eso es lo que no me entra en la cabeza! Hijo mío, pudiendo terminar tu tesis con los elfos, con los duendes... Con los etéreos, incluso. ¡Pues no! ¡Con los enanos! ¡Con esa horda de sociópatas!

—Pero, mamá —suplicó él—, la Enanología Comparada es un campo poco explorado y con muchas salidas profesionales.

—Está bien, está bien. Haz lo que te dé la gana, que ya eres mayorcito. Pero una cosa te voy a decir: luego no vengas aquí llorando y diciendo «Mamá, tenías razón». No, señorito. Si lo empiezas lo terminas, como tu padre su estudio de las lenguas ogras, que le costó el cráneo pero lo terminó. ¡Vaya si lo terminó!

Y en efecto no volvió llorando. Cada uno de los días que pasó en Villa Trifulcas deseó hacerlo, pero aguantó con determinación. Y al cabo del tiempo ya le parecía coser y cantar. La enana era una raza peculiar, por decirlo de algún modo, pero si conseguías seguir de una pieza conviviendo con ellos, terminabas profesándoles afecto. En los enanos no había maldad; solo tosquedad y cierta laxitud ética.

El día de su partida solo fue a despedirle su madre, y lo hizo porque deseaba seguir recordándole su más firme desacuerdo con la decisión de irse. Por eso y porque tenía que llevarle las fiambreras con su comida vegetariana y las pomadas, ungüentos y pociones para sus frecuentes enfermedades, achaques y afecciones.

No acudió nadie más.

—¿Y mis hermanas? ¿No vienen? —preguntó Wifo, al que tampoco extrañaba demasiado su incomparecencia.

—Están muy ocupadas —le dijo Ramona.

—¿Las cuatro a la vez?

—Ay, hijo, ya sabes que tienen muchas cosas que hacer —trató de excusarlas Ramona.

«Pues como no sea salir por las noches y dormir por las mañanas», pensó Wifo. Luego abrazó a su progenitora en silencio, le dio los pastelillos de almendra que había comprado para agasajar a los familiares y amigos que no se habían presentado y se marchó a lomos del burro de la beca. Le habían advertido de que aquel era un animal resabiado con muchos viajes de estudios a sus espaldas. Por ese motivo era mejor no llevarle la contraria si de pronto decidía detenerse, reemprender la marcha o aliviar sus intestinos cuando sintiera la apetencia. Aquel asno, de nombre Tiranus, no aceptaba órdenes, solo sugerencias.

Dejaba atrás años de estudio y enfermedades para afrontar un futuro lleno —si tenía suerte— de estudio y enfermedades. Solo le pedía al porvenir que no lo tratara peor de como le había malcuidado hasta la fecha. Con las penurias presentes, a las que se había habituado, podía convivir dignamente.

Según el folleto que le proporcionaron en la escuela tenía por delante varias semanas de viaje. Y eso si no padecía algún contratiempo, como un

diluvio otoñal que le provocara alguno de sus frecuentes catarros o una de sus diarreas postraumáticas después de llevarse algún susto.

La carretera que unía Bellavista y Villa Trifulcas era una de las principales del continente. Ancha y bien pavimentada, discurría paralela a la costa a través de suaves colinas, extensas praderas y bosques poco tenebrosos con una baja densidad de criaturas abominables. La posibilidad de morir acuchillado en aquella transitada vía, o de ser víctima de un asalto a manos de unos maleantes desharrapados, no era mayor que en una escuela pública de la ciudad.

Lo que más preocupaba a Wifo, sin embargo, era el alojamiento. Debido a su exigua economía, se vería obligado a dormir al aire libre a menudo, algo que no le venía nada bien para sus fríos y sus alergias. La primera noche se corrió la voz entre los insectos de los alrededores y cenaron en sus piernas. Por su culpa se pasó la siguiente jornada rascándose, lamiéndose y soplándose los brazos alicatados de mordiscos y picaduras. No obstante, la cuestión de las pernoctaciones, que tanto le inquietaba, quedó resuelta por un golpe de suerte durante el tercer día de marcha.

Al caer la tarde recogió a un hombre que hacía «para-mulas» en el borde del camino. A primera vista se trataba de un individuo pintoresco: vestía pantalones bombachos estampados en colores vivos y una camisola que, medio desabotonada, permitía admirar la abundancia de su vello pectoral. A Wifo le recordó a uno de esos chicos de su barrio que seguían la moda pirata, que era la que se llevaba entonces. Aunque aquel hombre no era ni mucho menos un chaval de su edad. Si la indumentaria de una persona, como dicen los expertos en moda, es un reflejo de su personalidad, entonces aquel hombre debía de ser una bailarina exótica o un travesti neurótico. Y a pesar de sus pintas, el instinto de Medroso consideró que no era peligroso ofrecerle ayuda.

Le dio el «so» a Tiranus, que tuvo la gentileza de pararse.

—Saludos, buen hombre. ¿Adónde te diriges? —preguntó Wifo al singular viajero.

—¿Y tú? ¿Adónde vas tú? —le interpeló el otro.

—Yo al norte, a Villa Trifulcas.

—Qué casualidad, yo también voy al norte.

—Genial, puedo llevarte. Si el burro accede.

Tiranus se mostró conforme y juntos reemprendieron el viaje.

El animal avanzaba a paso ronco, absorto en sus burradas, lo que le daba el tiempo y la tranquilidad suficientes para charlar. El extravagante individuo le contó que se llamaba Remington Pendencias y que lo suyo eran las importaciones y exportaciones de ingredientes para pociones mágicas: ojos de tritón, lengua de quimera, pelos de medusa... Todas esas cosas con propiedades fabulosas. A Wifo no le fue difícil deducir que su acompañante se dedicaba al menudeo criminal y que eso que él llamaba «pequeño negocio» era en realidad tráfico ilegal de objetos mágicos, aunque a una escala discreta. Nadie que viva de su honrado trabajo se tapa la cabeza con un cubo cuando ve acercarse a un guardia. «Pero bueno —pensó—, mejor mal acompañado que solo.»

Aun así, el tal Remington parecía un tipo inofensivo e incapaz de algo peor que la sisa. Además su carácter dicharachero hacía más amena la travesía. Entre jornada y jornada le contó todas sus heroicas hazañas en los campos del combate singular, los insultos temerarios y la liberación de personas desvalidas. A veces narraba sus epopeyas con tal efusión que detenía la marcha, se bajaba del burro e interpretaba con pasión la escena. Era increíble lo mucho que había vivido. En una ocasión, incluso, rescató a una princesa elfa del Mar de Zafiro, pero era tan insoportable que a los pocos días se la devolvió al dragón, que tampoco la quería. Fue una dura lucha para decidir quién se libraba de ella.

—Antes de hacer el bien entérate de a quién beneficias, no vaya a ser que acabes haciendo el mal —aconsejó Remington al joven.

Wifo asintió fingiendo que estaba de acuerdo y el pícaro se animó con el relato de otra aventura increíble, esta vez relacionada con unos leñadores, una partida de cartas y no sé qué de un desgarró anal.

Lo de dormir al raso, en efecto, quedó también solventado. Desde que recogiera al «comerciante», pasaban las noches a cubierto, lo mismo en un calabozo que en un prostíbulo o en un bar de carreteros. El estudiante nunca había estado preso ni había visitado una casa de los placeres cárnicos. Su nuevo amigo, en cambio, se encontraba en su salsa en esos establecimientos. Muchas de las chicas le conocían, y eso que hicieron escala en casi todos los lupanares de casi todas las poblaciones entre Bellavista y las Montañas Ferrugientas.

Una noche, después de una jornada como otra cualquiera a lomos de Tiranus, pararon en un local situado al borde del camino. En comparación

con otras fondas en las que habían entrado, esta parecía bastante normal y hasta legal. Una cabaña de madera con un cartel colgando de dos cadenas en el que se leía: «Posada Raciones y Mazmorras. Se sirven tapas y se permiten conciliábulos pacíficos».

Por dentro era un lugar acogedor en el que comerciantes, viajeros y rufianes tuertos y desdentados podían descansar las piernas o urdir planes mafiosos mientras degustaban las viandas más populares de la región en un ambiente hogareño.

Wifo y Remington se acomodaron en una mesa cercana a la lumbre que templaba el ambiente y lo teñía de un agradable tono crepuscular. Enseguida apareció el posadero, un hombre calvo y de color rosa que les preguntó con una sonrisa tensa como un tendadero:

—¿La bolsa?

Remi le hizo una señal a su acompañante para que sacara su saquillo de monedas.

—Excelente —dijo el tabernero al comprobar que podían pagar la cuenta—. ¿Qué van a tomar los señores?

—Tráiganos una jarra de su mejor vino y una cazuela de su mejor estofado —pidió Remington. El traficante demostraba un gusto exquisito en la mesa cuando no tenía intención de pagar él.

Al marcharse el posadero hacia la barra, Wifo contempló con desolación la delgadez de su saquillo.

—Esto es todo lo que me queda para llegar a Villa Trifulcas y para un año de imprevistos allí.

—Tranquilo, chico. Ya me las apañaré yo para que nos inviten. ¿Cuándo has tenido que pagar tú algo yendo conmigo?

—Siempre —contestó Wifo con cierto hartazgo—. Hasta las prostitutas, y eso que yo no me he acostado con ninguna.

—¡Ese es tu problema! —le aleccionó Remington desde el respaldo de su silla, donde se balanceaba con las manos en la nuca—. No disfrutas de tu dinero, chaval. Solo lo amasas como si fueras una hormiguita. Y al final viene cualquier caradura y lo disfruta por ti.

—Sí, como tú por ejemplo.

—Yo, yo, yo... Siempre yo. Ese es otro de tus defectos: siempre le echas la culpa de tus problemas a los demás. ¡Un poco de autocrítica, muchacho!

—¡Pero si eres tú quien está dilapidando mis ahorros! —exclamó el estudiante, aunque lo suficientemente bajo para que no lo oyeran los demás clientes.

—Bueno, bueno. No nos perdamos ahora en matices y vamos a disfrutar de la cena, que te noto bastante tenso esta noche.

Era la primera vez que discutían y Wifo sintió que se estaba perdiendo la magia entre ellos. El delincuente ya no le provocaba esas carcajadas del primer día, y su desparpajo aprovechándose de la gente y las circunstancias, antes tan divertido, no le hacía ahora tanta gracia. Aun así decidió callarse sus reproches. No quería empeorar las cosas y tener que proseguir el viaje él solo a merced de criminales más violentos. Si tenía que elegir, prefería que le vaciasen la bolsa con simpáticos escamoteos que a puñetazos y puñaladas.

No habían terminado de comerse la sopa de tripas de carnero cuando un vozarrón medio ebrio se levantó por encima del suave murmullo del Raciones y Mazmorras.

—¡Vaya, vaya! ¡A quién tenemos aquí! ¡Si es el señor Remington Pendencias, ni más ni menos!

El vocejón pertenecía a un hombre que sentado medía lo mismo que el posadero de pie y que de ancho daba la impresión de medir casi lo mismo que de alto. Él solo ocupaba un lado entero de la mesa, mientras que en el otro extremo se apretaban como podían sus acompañantes: tres rufianes harapientos que ni juntos abultaban tanto como él.

Cada vez que Wifo veía a un maleante tan roñoso, bruto y maldentado, se preguntaba si había terminado así por ser un delincuente o si había caído en la delincuencia por ser así. Una disyuntiva de la que se ocupaba el departamento de Frenología de su escuela, una disciplina muy de moda en aquella época.

Con toda la clientela observando con expectación, el hombre gigantesco se dirigió hacia su mesa. El suelo de madera crujía con cada paso que daba.

—Pensaba que ya no volvería a verte, Pendencias. Fíjate lo que son las cosas.

Remington se levantó con toda tranquilidad, concediéndose incluso unos segundos para colocarse la camisa sobre el pecho lanudo. Si estaba nervioso o asustado, lo disimulaba muy bien con sus andares de canalla pendenciero. La voz tampoco le temblaba lo más mínimo.

—Yo también me alegro de verte, Boongo.

Los dos bribones se dieron un abrazo. Un saludo muy común entre los malhechores, que no lo hacían por sentir un afecto mutuo sino para comprobar que el otro no fuera armado. Ambos procuraron no alargar demasiado el ritual buscando armas bien escondidas, para no dar lugar a ningún malentendido entre quienes contemplaban el manoseo recíproco.

Boongo terminó el apretón con dos manotazos en la espalda de Remi que retumbaron en todo el local. A Wifo le dolieron solo de oírlos.

El mesonero, que ya se temía un nuevo destrozo de su local, se acercó a ellos corriendo y les advirtió:

—Vosotros dos, nada de peleas. No quiero líos aquí.

—Pues si no quieres líos no haber abierto una posada. Ya sabes cómo es la hostelería —le contestó el gigantón.

Antes de que el tabernero pudiera empezar una nueva frase, el brazo de Boongo trazó un ángulo obtuso y le partió la mitad de los dientes de arriba, justo los que usaba para sonreír a los clientes. Sus dos jóvenes ayudantes, que también eran sus hijos, lo desincrustaron de una ventana y se lo llevaron tras una puerta de servicio.

En unos pocos segundos el Raciones y Mazmorras perdió la mitad de su clientela. Quienes no habían ido allí buscando gresca salieron a empujones adivinando lo que iba a ocurrir a continuación. El resto eran bandidos sin nada mejor que hacer que participar en una pelea multitudinaria de la que quizás podrían sacar tajada. Todavía en sus asientos, acariciaban las empuñaduras de sus armas y elegían bando, aunque visto lo visto la elección parecía bastante obvia.

—¿Qué te cuentas, viejo amigo? —dijo Remington con su mejor sonrisa, la de calmar los ánimos ajenos.

—No me vengas ahora con tu camaradería y tu dentadura sin agujeros —contestó Boongo—. Sabes de sobra que la poción de rejuvenecimiento que me vendiste estaba en mal estado.

Remi se rascó la coronilla con los dedos de una mano.

—¿La pócima? Ah, sí, la pócima. Vendo tantas que no puedo acordarme de todas —mintió dándose importancia—. ¿Y dices que estaba en mal estado?

—Se la dimos a nuestro jefe para que se la bebiera de un trago, como tú nos dijiste —respondió el forajido moviendo una cabeza que proyectaba una sombra en la que podía caber una persona pequeña.

—¿Y no funcionó? ¿No recuperó la juventud? —preguntó Remington con su calculada incredulidad.

—¡Y tanto que funcionó! Funcionó demasiado bien, que es lo mismo o peor que funcionar mal. El hombre ahora tiene ocho años. O nueve, qué sé yo. El caso es que no para en todo el día, no nos deja dormir, nos esconde los botines... —Los gestos de Boongo habían pasado de la furia al agotamiento—. Es verdad que a veces tiene cosas que son para comérselo de gracioso, no lo niego, pero así no se puede dirigir una banda organizada. No hay manera. Además, desde que se ha convertido en un niño es mucho más cruel y despiadado. No le puedes negar ningún capricho porque te manda decapitar. La semana pasada se cogió una rabieta por culpa de un niño que le pegó un pelotazo en la cara y nos mandó pincharle el balón y azotarlo.

—Qué raro —musitó Remi. Era un experto aparentando contrariedad—. Mi proveedor es un alquimista colegiado —siguió mintiendo sin pudor. El brebaje se lo había sisado a un charlatán que vendía sus potingues en un tenderete instalado bajo el toldo de su carromato.

Es cierto que mentía tanto como hablaba, pero era difícil enfadarse con Remington Pendencias. Boongo lo sabía muy bien porque había tratado con él otras veces. Poseía un encanto personal que debía de tener un origen sobrenatural, ya que un leve aleteo de sus pestañas o una mirada de soslayo bastaban para encandilar al matón más áspero. Pero esta vez había ido demasiado lejos, consideró el gigante. No se libraría de la paliza ni con su parpadeo más embaucador. A los bribones como él había que darles un escarmiento; y lo decía otro bribón de primera. Aunque había matices. Boongo podía ser un asesino sin escrúpulos pero respetaba cierto orden para que las cosas funcionaran, lo que incluía poner fin al crimen entre criminales y centrarse en los ciudadanos honrados, verdadera razón de ser del delincuente.

—Ahora mismo voy a tener una charla con mi distribuidor. Esto no se va a quedar así —dijo Remington fingiendo preocupación esta vez.

Luego giró sobre sus pies para salir pitando de allí, pero Boongo le puso una de sus manazas sobre el hombro y lo detuvo.

—Claro que no se quedará así, Pendencias. Esta vez te has pasado de la raya. Vas a venirte con nosotros a dar un paseo.

—¡Eh, suéltame, desgraciado! —gritó Remi tratando de zafarse de la presa que ejercía la mano de Boongo en su hombro—. ¡Wifo, ayúdame! Os

vais a enterar, mi amigo es un gran mago de la Esencia y os va achicharrar con una bola de fuego.

Un vocerío llenó súbitamente toda la posada. ¡Un mago! ¡Los magos están prohibidos! Un hechicero experto era un peligro, desde luego, pero a un aprendiz de la Esencia se le podía escapar un rayo o salirle por donde no debía y dejarte tieso en un instante, incluso sin pretenderlo.

—¡Matadlo! —bramó un forajido escuchimizado y cosido de cicatrices señalando a Wifo.

—¡A por él! —rugió otro.

—¡Hay que cortarle la cabeza y luego quemarlo, no os olvidéis! ¡Y en ese orden! ¡Al revés solo conseguiréis que se enfade más!

Mientras Wifo salía corriendo del Raciones y Mazmorras, Boongo y sus matones esmirriados redujeron a Remington para sacarlo a rastras por la puerta trasera.

—¡Dejadme! Yo no he hecho nada malo. Soy un delincuente honrado — imploraba el contrabandista, pataleando y clavando los talones en el suelo.

Uno de los bandidos le trabajó los riñones con la bota.

—¡No me peguéis más! ¡Sois unos racistas!

—Pero si somos de la misma raza que tú —dijo Boongo un tanto confundido.

—Da igual, lo sois —sentenció Remington—. Unos racistas y unos especistas.

—Bueno, vale ya de tonterías. Metedlo en el carro, que nos lo llevamos. Este lechuguino va a conocer la ira de un niño de ocho años.

Tras pronunciar esas palabras, Boongo soltó una risotada siniestra que se oyó incluso fuera de la posada. Sus esbirros lo imitaron y comenzaron también a reírse de forma maligna. Pronto los cuatro estuvieron riéndose a la vez. Lo malo de aquella risa perversa es que uno no sabía cuándo tenía que parar porque no dependía de la gracia que te hiciera algo.

Wifo había conseguido escapar por los pelos. Saltó por la ventana que el posadero había atravesado unos minutos antes y echó a correr hacia el palenque en el que había atado a Tiranus. Solo sentía el sudor en la cara y la humedad en ambos lados del calzoncillo. Las voces de los bandidos

clamando sangre y fuego se oían demasiado cerca detrás de él, tan cercanas que creía poder oler el aliento hediondo de las bocas que gritaban a escasos metros de su cogote. Él también chillaba, aunque sus palabras no sonaban tan amenazantes.

—¡Mamá! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

No estaba claro hasta qué punto Tiranus era un burro astuto. Su carácter era demasiado reservado para lanzarse a hacer conjeturas, y a los animales de edad es difícil adivinarles las intenciones, pero aquel asno llevaba toda su vida conviviendo con estudiantes y se había resabiado con los años.

Cuando Wifo llegó hasta él dando alaridos, perseguido por una horda de canallas, Tiranus no se inmutó. Siguió paciando tan tranquilo en el pesebre. Parecía que no se enteraba de nada o que no quería enterarse, aunque llevaba ya un rato mirando hacia atrás de reojo. Para él era solo otra pelea, una de las muchas que había presenciado o en las que había participado. Un mero trámite de su trabajo.

Esperó un segundo más. Dio otras dos roídas al bocado de heno que llevaba un rato rumiando. Tres segundos en total. Al cuarto, soltó de pronto los cuartos traseros y le partió la cabeza de una coz a uno de los perseguidores. El sonido fue el mismo que el de dos onzas de chocolate al separarse. Luego se dio la vuelta y, de un solo bocado, le arrancó la nariz y parte de una mejilla a otro bandido. Al tercero se lo despachó de un cabezazo en la coronilla.

La turba asesina se detuvo y dejó de gritar. Eran siete hombres, no especialmente fornidos pero sí armados y rencorosos, y tenían sed de sangre fácil. Claro que a Tiranus le daba igual que fueran siete que catorce porque no sabía contar. Se plantó él solo delante de los bandidos, rebuznó y les enseñó los dientes enormes y amarillos.

—Vámonos —dijo uno de ellos—. Si matamos a un animal sin las debidas condiciones sanitarias nos la podemos cargar.

A los demás les pareció una buena excusa para escaquearse salvando su honra de malhechores, así que se retiraron caminando de espaldas y regresaron al cobijo de la posada.

«¡Vaya con Tiranus! —pensó Wifo—. Con más burros como este en las ciudades y caminos, los delincuentes se podrían dar por muertos.»

—Ha sido impresionante —le dijo pasándole la mano por el lomo.

El asno se limitó a regresar al comedero y meterse otro bocado de paja

en las fauces. No era burro que se preocupara demasiado por alimentar su ego, prefiriendo saciarse de hierba seca y crujiente.

Antes de reemprender su viaje, el estudiante se hizo el propósito de no recoger a nadie más por el camino, por muy simpático que pareciera. Estaba claro que uno no podía fiarse de las primeras impresiones igual que no podía confiar en la cubierta de un libro. Además, ahora tenía un burro de guerra, por llamarlo de algún modo. A partir de ese momento se sentiría más seguro viajando con Tiranus, del que no pensaba separarse ni para dormir, siempre que eso fuera posible.

—Al menos esta cena sí que me la he ahorrado —le dijo al asno mientras abría su saquillo.

En ese momento descubrió que dentro de la bolsa de cuero no había ninguna moneda. Antes de entrar en la posada tenía treinta piastras de plata; estaba seguro porque las había contado dos veces. Pues no quedaba ni un centimino. En su lugar había cinco piedras del tamaño y la forma de ciruelas, cada una de un color diferente.

El primer y último regalo de su querido amigo Remington Pependencias.

—Qué..., qué..., ¡qué malandrín! —exclamó. Y enseguida pidió perdón a los dioses por haber pronunciado semejante insulto.

Villa Trifulcas era una ciudad del antiguo Reino enano de Rogrund. Un reino que dejó de existir cuando los trolls, formidables bestias hambrientas de camorra, tomaron la ciudad de Rocaviva y mataron a su rey, Coscorrón III. No fue tarea sencilla acabar con el monarca y su guardia de guerreros tronchacuellos, pues en la batalla los enanos no se dejan apresar fácilmente con vida. Antes de caer prisioneros prefieren morir matando o hiriendo a alguno de sus captores.

Los supervivientes, al final, no tuvieron más remedio que escapar hacia el oeste a través de las montañas y cruzar el Paso del Descalabro para internarse en el Valle. Allí unos opinaron que había que seguir hacia la derecha y otros que hacia la izquierda. La cuestión se debatió con una monumental tangana que provocó numerosas fracturas nasales y que dividió al pueblo en dos facciones: los que marcharon al norte fundaron la ciudad de Forcejeo y los que optaron por viajar al sur erigieron Villa Trifulcas.

El Valle pronto se llenó de hombres y mujeres atraídos por la abundancia minera de aquellos dos nuevos emplazamientos y por la generosidad con la que se prodigaban los enanos gastando lo que le arrancaban a la tierra. Además, su gusto por los placeres baratos, añadido a su predilección por la cantidad sobre la calidad, los hacía aún más desprendidos y rentables.

A partir de aquellos desgraciados sucesos, Rocaviva pasó a ser conocida como Trollsavilla y permaneció en poder de los trolls de las Montañas Gélidas, junto al Río Gélido que bañaba las Llanuras Gélidas próximas al Mar Gélido. La intención de sus antiguos dueños era la de formar un ejército con ayuda de otros reinos enanos y recuperar la ciudad. Pero entonces un alquimista elfo inventó la cerveza y el elixir llegó hasta Villa Trifulcas y Forcejeo de la mano de los hombres del Valle. Esta nueva bebida cambió

para siempre la cultura y el destino de los enanos. La reconquista de Trollsavilla fue relegada al olvido, como muchas otras cosas que perdieron su importancia relativa en la consecuente reorganización de prioridades propiciada por el alcohol.

Al pie de las altas y gruesas murallas de piedra de Villa Trifulcas, el burro Tiranus esperó a que el estudiante descargara sus bártulos y dio media vuelta, emprendiendo el camino de regreso hacia Bellavista. No fue una despedida difícil ni emotiva. El animal simplemente giró ciento ochenta grados y, sin mediar rebuzno, se alejó en busca de su siguiente pasajero.

Wifo tuvo que reprimir una náusea de pavor cuando pisó por primera vez el suelo del que, a partir de entonces, sería su nuevo hogar, al menos mientras durasen sus estudios o su cabeza permaneciera pegada a su cuello. Aunque él no temía a los enanos más que al resto de las cosas que temía — que eran casi todas—, había leído historias desalentadoras acerca de su natural brutalidad. Una barbaridad que era más peligrosa porque la ejercían sin ánimo de maldad, de modo que te podían partir por la mitad en un descuido festivo. Su tarea allí era observar, participar y confirmar o desmentir los tópicos culturales de aquella interesante especie. «De esta no salgo entero», se dijo a sí mismo, y cruzó el portón.

Por dentro, la verdad sea dicha, la ciudad no era tan imponente como vista desde fuera, aunque en absoluto desmerecía la habilidad de los enanos para la arquitectura. Lo singular de Villa Trifulcas no estaba en sus edificios sobrios y geométricos sino en su color. Cualquiera podría pensar que en una villa construida con piedra, sin ninguna presencia vegetal, todo sería gris, uniforme e inerte. Nada más lejos de la realidad. En sus suelos, techos y paredes se combinaban todos los colores de las rocas: el blanco y rosa del mármol, el morado de la amatista, el rojo del jaspe, el amarillo de la calcita o el negro de la obsidiana. Cada una colocada de modo que la luz extrajera de ella su brillo más espléndido.

Aquella raza era ruda de aspecto y de modales pero tenía una sensibilidad estética fuera de lo común. Un enano podía tallar la joya más delicada y primorosa y, a continuación, limpiarla escupiendo sobre ella y frotándola contra su barba mugrienta. Eran como ñus trenzando flores.

Tanta delicadeza ornamental contrastaba, como Wifo pudo comprobar enseguida, con el bullicio de la gente. Era como si una orquesta de orangutanes interpretara una sinfonía con menaje de cocina. Golpes, martillazos, carcajadas atronadoras, enanos que se hablaban a gritos aunque estuvieran unos al lado de otros... El recién llegado no había oído un alboroto así ni en la fiesta grande de Bellavista, donde la gente sacaba sus trompetas a los balcones al paso de la procesión de los tambores. Wifo ya sabía que los enanos eran escandalosos —había visto a alguno montar una zapatiesta de cuidado en su barrio—, pero no era lo mismo ver a un enano en una ciudad humana que a toda una población en su propio entorno. Aquello no tenía comparación posible.

Se armó de valor y se dispuso a tener su primer contacto con un nativo trifulcano.

—Perdone, buen señor —le dijo al primer enano con el que se cruzó; uno que cargaba a la espalda un saco lleno de cosas que chocaban entre ellas. Iba vestido con la típica indumentaria enana consistente en pantalones anchos, camisa ancha, cinturón ancho y anchas botas de piel—. ¿Sabría usted indicarme, si es tan amable, dónde se halla la casa consistorial?

El enano tardó unos segundos en reaccionar, absorto en un parpadeo incrédulo. Tenía que procesar lo que acababa de escuchar. Después se puso a reír como deben de reírse los osos, si es que lo hacen.

—¡Buen señor, dice! —Y volvía a carcajearse doblando la espalda hacia abajo y dándose manotazos en los muslos—. ¡Si es tan amable, dice!

Wifo no entendía nada. Solo sentía que el estruendo de las risotadas y los golpes que el enano se daba a sí mismo le provocaban un ligero temblor de rodillas.

—Ahí —dijo el enano cuando por fin se recompuso. Señaló un edificio de piedra con un dedo tan grueso como tres de los suyos—. ¡Buen señor! —repitió entre risotadas mientras se alejaba.

«Podría haber sido peor», pensó Wifo. Este por lo menos se lo había tomado con humor. Aunque tampoco estaba seguro de si era bueno o malo haberle divertido tanto con una simple cortesía.

El alcalde que regía la ciudad se llamaba Traumatismo. En realidad su nombre era Berfrogon Turrorton, pero los enanos se llamaban entre sí por sus apodos, empleando su auténtico nombre nada más que para diferenciarse en caso de que hubiera dos enanos con el mismo mote, a la misma vez y en el mismo sitio, y además existiera la necesidad de referirse solo a uno de ellos. Probabilidad realmente improbable.

Wifo ignoraba cuáles eran las responsabilidades gubernativas de ese líder. Al entrar en el Salón del Mando observó que una de ellas consistía en vaciar directamente con la boca el líquido embalsado en el fondo de un barril, eructando de satisfacción al terminar. En vista del número de toneles esparcidos por el suelo, el alcalde y sus ayudantes llevaban toda la mañana trabajando.

Cuando estuvo en su presencia y se dirigió a él como «dignísimo y muy venerable gobernante», acompañando sus palabras de una gentil reverencia, los allí presentes se carcajearon de tal modo que por poco no les dio una apoplejía, dejando a Villa Trifulcas sin alcalde y sin soldados de elite.

La primera información que Wifo anotó en su cuaderno fue un recordatorio: «Dejar de hablar como sé y empezar a expresarme como debo». La amabilidad podía traerle la ruina en aquella sociedad.

—Así que tú eres el joven estudiante humano que viene a... Grongos, no me termina de quedar claro a qué has venido —le confesó el alcalde.

—Verá, señor..., esto..., no sé cómo debo dirigirme a usted.

—Llámame Traumatismo, como hacen todos. Y déjate de homenajes, hombrecillo, que no somos elfos.

Había un ambiente de alegre recochineo en la estancia, propiciado por la presencia de Wifo —un humano haciendo genuflexiones y hablando con ceremonia era una cosa muy cómica por allí— y también por el empeño que los enanos le estaban poniendo a la tarea de vaciar los barriles para devolvérselos a los comerciantes sin una gota dentro.

—He venido a estudiar su cultura y sus costumbres.

—¿A qué has dicho que has venido? —se interesó después de un monumental eructo una enana que por lo visto era la jefa de la guardia.

—A estudiar su cultura y sus costumbres —repitió Wifo sin perder la compostura.

El alcalde lo miró de arriba abajo con sus ojos bizqueantes de cerveza. Luego preguntó:

—¿Y para eso has hecho todo este viaje? ¿Para vernos beber y mear?

Sus guardias le rieron la ocurrencia con fervor. Estaban en ese punto etílico en el que todo se convierte en un chiste.

A pesar de hablar para una audiencia ebria y poco amante de la erudición, Wifo no se dio por vencido e insistió una vez más:

—Se trata de una investigación académica muy importante. Conocer la cultura de un pueblo puede ayudar, por ejemplo, a mejorar el comercio y la diplomacia.

«Y a conocer sus fortalezas y debilidades para destruirlo», pensó. Pero esa parte se la guardó para sí mismo. Aunque fuera la rama de su trabajo que más útil e interesante podría parecerles a los enanos, tuvo la prudencia de omitirla. Aunque con ello renunciase al estatus que podría otorgarle esa información.

Traumatismo le indicó cómo llegar a la casa que le habían preparado en el barrio de Peñatibia. Los enanos no terminaban de entender qué interés podía tener un joven humano en estudiar sus costumbres, y mucho menos que hacer tal cosa fuera una profesión. No obstante, el Gran Maestro de no sé qué de la Gran Escuela de no sé cuántos les ofreció un carromato a rebosar de cerveza picante de Wundolán por acoger allí al muchacho durante un año. ¿Qué podían perder? Un estudiante no iba a resultar una gran molestia, y aquella era una cerveza escasa y excepcional.

Wifo memorizó las indicaciones para llegar a su nueva casa y procuró despedirse con menos formalismo. Solo deseaba llegar, quitarse las botas y dormir hasta el día siguiente. Ni comer ni asearse siquiera. Solo descansar.

Encontrar una dirección no era difícil en Villa Trifulcas. Sus habitantes eran gente práctica y cabal que había puesto a sus calles nombres como Calle Donde Vive El Alcalde, Camino Que Baja Hasta Abajo Del Todo o Avenida Que Va A Todas Partes. La suya era la Vía Que Empieza En El Ayuntamiento Y Termina En La Muralla Sur Pasando Por La Sala De Curas. No tenía pérdida.

Al girar por la Calle De En Medio notó que alguien le tiraba de la pernera del pantalón hacia abajo.

—Oyes, tú —le dijo un chiquillo tratando de llamar su atención—. Oyes, eh. Tú.

No era un solo niño, sino un grupo entero que lo llevaba siguiendo, sin que él se diera cuenta, desde que cruzó la plaza central. No se podía decir que

no fueran, a su manera, unas criaturitas adorables. Los enanos de ambos sexos nacían con un poblado vello facial, y a los tres meses de vida eran ya capaces de caminar y agredir con eficaz violencia.

—¿Qué eres? —le preguntó uno de los churumbeles mirando hacia arriba como si observase la copa de un árbol.

—¿Eres un troll hambriento? —le interrogó otro.

—Que no, idiota. Los trolls son calvos —le corrigió el primero.

—¡Yo sé lo que es! —gritó un tercero—. Es un afeminado de esos que bailan y escriben y dicen «por favor».

—Hala... Qué altos son los afeminados...

—Mi padre dice que si les pegas, lloran.

—¡Anda ya! ¿Pero llorar de daño?

—Sí. Llorar de que les duele. Y si les duele mucho mucho, llaman a su madre.

—¡Eso te lo has inventado!

—¿Ah, sí? Ya verás.

Con todo su ímpetu infantil, el mocoso tomó carrerilla y descargó una patada en la espinilla de Wifo. El estudiante, por fortuna, se contuvo y emitió únicamente unas cuantas consonantes yuxtapuestas.

—¡Pues no está llorando, listo!

Esta vez el pequeñuelo cogió más impulso. Se notó en el crujido que emitió la pierna de Medroso cuando la bota del energúmeno se hundió en ella. Wifo no lloraba; a Wifo se le escapaban las lágrimas de los ojos.

—¿Veis? —dijo triunfal el pequeño cabestro.

—Ahora hay que ver si llama a su madre.

—¡Dale otra!

Acababa de llegar y ya estaba huyendo y tullido. Gracias a la diferencia de envergadura, y a pesar de ir cargado con todos sus fardos y adminículos académicos, consiguió dejar atrás a los enanillos que lo perseguían pidiéndole que parase, que no habían terminado de hacerle pruebas.

—Malditos rufianes —masculló mientras intentaba girar el picaporte temblando aún a causa del susto y de la carrera.

Una vez dentro de la casa, cerró la puerta y se apoyó en ella de espaldas, resoplando y jadeando. Se sintió a salvo hasta que quiso echar la llave. No había cerradura. En ese momento cayó en la cuenta de que en el Ayuntamiento tampoco la había; ni cerrojo ni guardias custodiando la

entrada. Por eso tampoco le habían dado una llave, claro. Aquello le parecía una locura. Puertas sin cerradura: ¿en qué mundo era eso normal? Una puerta sin cerradura no era mucho más útil que un hueco en la pared.

Paseó la vista por la estancia buscando algo con que atrancarla.

La casa no estaba mal. Suponía. Era la única casa enana en la que había entrado en toda su vida. Villa Trifulcas había sido erigida —o más bien excavada— en la ladera de una montaña rocosa. Las fachadas de las viviendas daban a la calle, y el interior estaba dentro de la propia montaña. Solo el Ayuntamiento, la plaza y otras pocas construcciones eran exteriores, aunque las sucesivas plantas no se alzaban sobre el suelo sino que se adentraban en sus profundidades.

En cuanto a los muebles, eran escasos pero suficientes. Mucha piedra y poca madera en general, aunque convenientes en definitiva. Había incluso una chimenea para afrontar el frío de aquellas latitudes, pero nada que pudiera incrustar debajo del picaporte y evitar que alguien lo girase desde fuera.

Ya al borde de la desesperación, se fijó en un mueble en particular: un butacón de granito pulido cubierto por la piel de un animal que había tenido la desgracia de ser grande y suave a la vez.

Eso podría servir. Apoyó sus manos en el respaldo y empujó con todas sus fuerzas. El asiento no se movió ni un centímetro. Volvió a empujar con el peso de su cuerpo y lo único que se desplazó fueron sus pies hacia atrás sobre el suelo pulimentado.

—No debes llorar —se recordó a sí mismo—. Has venido a por la matrícula de honor y te vas a ir de aquí con ella. No llores, Wifo. ¡No llores! —exclamó tragando ya las primeras lágrimas.

A petición de la Alta Escuela de Humanidades de Bellavista, a Wifo le asignaron un tutor para sus prácticas. Traumatismo consideró que para la tontería esa de estudiar e investigar cualquier enano servía, así que designó a uno del que la comunidad pudiera prescindir sin que se resintiera el trabajo en las minas o en los talleres.

El puesto le tocó a Riñas. Al joven enano le pareció una idea estupenda. En realidad, cualquier cosa que no fuera picar piedra bajo tierra era para él un plan de lo más apetecible. En cuanto le comunicaron su nueva ocupación, dejó la gema que estaba malogrando a golpes de cincel y fue a casa de Wifo a conocerlo. Le habían dicho que a partir de ahora su trabajo consistiría en acompañar al humano durante un año, enseñarle la ciudad y resolverle todas las dudas que tuviera sobre sus costumbres.

«¿Solo eso?», había preguntado él con incredulidad. No podía creerse el chollo que le había tocado.

Así pues, el joven Riñas se adecentó un poco la barba, todavía no tan larga y tupida como la de los enanos de más edad, se desenredó la cresta del pelo, dejó caer su incipiente panza sobre el cinturón y se dispuso a encontrarse con su pupilo.

Una vez hubo llegado a la vivienda, se asomó por el ventanuco de la fachada para ver si estaba su anfitrión y entró sin llamar.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Wifo prescindiendo de sus modales cuando lo oyó entrar. Estaba gimoteando sobre la butaca de piedra con la cara entre las manos.

—Ey, qué pasa —contestó Riñas sonriendo con toda la boca y parte de los ojos—. Soy tu tutor, por lo visto, aunque no tengo ni idea de qué significa esa palabra. Pero lo soy.

«Lo que me faltaba», pensó Wifo. Se frotó los ojos para quitar de ellos la humedad y se levantó con intención de estrecharle la mano, pero el enano le dio en su lugar un cabezazo que lo devolvió al asiento casi volando.

—¿Por qué me agredes? —gritó tocándose la frente.

—No te he agredido, es nuestro saludo —le aclaró el enano con una nueva sonrisa—. ¿De verdad te he hecho daño?

El estudiante intentó ponerse de pie y volvió a caer de culo, mareado a causa del dolor. Riñas lo observaba contrariado.

—Pues sí que eres blandito —observó.

Él no era un enano de los más corpulentos —apenas medía ciento diez centímetros y pesaba unos discretos ochenta kilos—. Tampoco de los más fuertes ni aguerridos. Eso saltaba a la vista por su cabellera sin trenzas, que se ganaban en los ejercicios militares semanales de los que él se escaqueaba en cuanto veía la ocasión. Así que si una birria de enano como él le había provocado un desvanecimiento, no quería imaginarse cuando lo saludara su novia Robusta, por ejemplo.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿Te sigo tutelando o nos vamos a tomar unas cervezas? En la tasca de Camorra tienen la mejor de las tres capas del mundo. Mira, se me cae la baba solo de pensarlo. En serio, mira.

Wifo lo miró. Efectivamente, de sus labios salía un hilo de saliva que le colgaba como una liana. Después de balancearlo en el aire con la boca medio abierta, lo sorbió y se lo tragó.

—¿Vamos o qué? Yo invito.

No habría podido decir si fue por su sentido del deber, que lo empujaba a ponerse a trabajar enseguida, o por la novedad de que por una vez alguien le invitase, pero Wifo se incorporó y siguió a Riñas a la calle. No sabía todavía que dentro de Villa Trifulcas no se pagaba nada. Cada enano cumplía con su tarea asignada y a cambio tenía acceso a todo, sin pedir ni preguntar. Ni siquiera existía una moneda de curso legal en la ciudad.

En la taberna Bebe y Calla no había un alma. Solo estaba el posadero, Camorra, echando una cabezada sobre la barra. Sus ronquidos hacían bailar las jarras en el entarimado.

Wifo se llevó una decepción. Llevaba consigo su cuaderno de notas para registrarlo todo. ¡Una taberna enana! Apenas se conocía nada de ellas porque las demás razas tenían prohibida su entrada. Para los hijos de la Roca beber era un asunto muy serio. Cuando algún humano, gnomo o tísico se había colado en una de aquellas cantinas, tardó en salir por la ventana lo mismo que había tardado en entrar por la puerta, con la consiguiente merma de dientes.

Y allí estaba él, con permiso para acceder y el bar vacío. No dejaba de ser irónico que a aquella hora la cantina fuera el lugar más silencioso y tranquilo de la ciudad.

Riñas despertó a Camorra de un puñetazo en la barra.

—¡Marchando dos cervezas rojas bien frías! —gritó.

El camarero le hizo una seña con la mano que venía a significar: «Entra y pónelas tú, que no eres manco». Uno no está para muchas exigencias cuando lo acaban de desvelar de un susto.

Wifo siguió inspeccionando el local. La barra y los taburetes estaban a una altura comfortable para un enano medio, no para un humano, de modo que se acomodó encogiendo las piernas y doblando la columna.

—¿Dónde está todo el mundo? Creía que los enanos erais grandes bebedores — le dijo a Riñas.

Su tutor se afanaba en extraer del grifo dos pintas de cerveza de pimienta con la consistencia adecuada y la cantidad justa de espuma.

—Eh, y lo somos. Los mejores y los más rápidos bebiendo. Más que los gnomos. Toma, dale un trago —le dijo acercándole una jarra a rebosar—. Los demás están trabajando, por eso todavía no han venido.

—¿Y no se escaquean un ratito a tomar algo cuando no los ven? — preguntó Wifo con su mentalidad humana.

A Riñas le sorprendió la pregunta.

—Qué cosas más raras dices. ¿Por qué se van a escapar del trabajo si es lo que más les gusta hacer? A veces alguno se escapa del bar para ir al trabajo, eso sí. Pero lo normal es que por la mañana estemos en la mina o en el taller y por la noche borrachos. Así repartimos el tiempo entre nuestras dos pasiones.

Dicho esto, el enano se vació la jarra en la garganta de un solo trago. Luego se sirvió otra.

—Es que esta mañana he visto a vuestro alcalde y..., bueno, estaba como una cuba —insistió Wifo.

—Ah, sí, Traumatismo. Él sí que puede beber todo el día —aclaró Riñas sin darle la menor importancia.

—¿Y eso por qué?

—Es el gobernante. No necesita estar sobrio para hacer lo que tiene que hacer. Ni siquiera le hace falta estar despierto.

Al enano aquello le parecía una obviedad, pero a Wifo, que no conocía a muchos políticos, le resultaba de lo más interesante.

—Entonces, ¿qué hace exactamente vuestro alcalde?

Riñas no tenía eso demasiado claro.

—Pues ser el alcalde —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Y ya está?

—Y ya está. Tiene que haber un alcalde. En todas las ciudades hay uno, ¿no? Pues le ha tocado a él como le podía haber tocado a cualquiera. Le dio una paliza a su rival y se ganó el puesto hasta que alguien le dé una paliza a él.

Wifo lo anotaba todo en su libreta. La pluma volaba sobre el papel mientras consignaba hasta el detalle más nimio. Ahora era su tutor quien sentía curiosidad.

—¿Qué haces con eso?

—Estoy apuntando todo lo que me vas contando —le informó Wifo sin despegar la vista del cuaderno.

—¿Para qué?

—Para que no se me olvide.

Los labios de Riñas vibraron a modo de desaire.

—Si se te olvida significa que no es importante. Nosotros no apuntamos nada. Lo que tenemos que saber nos lo sabemos.

—No es lo mismo, Riñas.

—Bah —añadió el enano, que había perdido el interés en cuanto supo que en el cuaderno solo constaba lo que él acababa de decir. Menudo aburrimiento—. Oye, no has probado tu cerveza —comentó al ver la jarra de su pupilo llena hasta el borde.

Wifo levantó un instante la vista de su tarea.

—Oh, la cerveza. Es que soy abstemio.

—A mí me da igual de dónde seas, pero tómatela, que yo ya voy por la segunda y tú todavía no has empezado.

—Con «abstemio» me refiero a que no bebo alcohol.

Wifo esperaba que Riñas se riera de él e hiciera alguna chanza más o menos hiriente. Esa solía ser la reacción de la gente cuando decía casi cualquier cosa, y aquel enano le parecía que formaba parte de esa masa homogénea de maltratadores que él llamaba «la gente». Pero no fue así. Su tutor se había puesto muy serio. Tanto que resultaba hasta cómico, como siempre que se pone serio alguien que no lo es. Aunque la comicidad duró lo que tardó Riñas en levantarse de su banqueteta.

A Wifo le iban a dar su primera lección de Enanología Aplicada: no se podía rechazar la invitación de un enano a beber. No es que se lo tomaran mal o lo considerasen descortés; es que no se podía. Si no te bebías tú el contenido del vaso, te lo hacían beber ellos, y eso resultó ser mucho peor.

—¡Que bebas! —gritó el enano—. Por las malas o por las peores, pero te lo vas a beber entero. Tú a mí no me faltas al respeto rechazando mi cerveza.

Era increíble la fuerza que alguien de poco más de un metro de altura podía ejercer con una mano en tu nuca y con la otra incrustándote en la boca el borde de una jarra.

—¡Déjame, por favor! —imploró Wifo.

—¡Pues bebe!

Camorra pidió silencio con un dedo en los labios y volvió a estampar su cabeza contra la barra.

—¿Pero por qué tengo que beber? —insistía Medroso entre tirones de cuello y sorbos de espuma.

—Porque aquí todos lo hacemos. No. Hay. Sitio. Para. Los. Abstemios —advirtió Riñas tratando de hacerse con el humano, que se retorció como una lagartija—. ¡Pero no escupas!

No sin esfuerzo, el líquido entró por fin en la boca y bajó hasta el estómago. Riñas tuvo la audacia de taponarle la nariz y obligarlo así a abrir los labios para respirar; momento que aprovechó para inundarle de cerveza el gañote.

—¿Ves como no es para tanto? —le animó con una sonrisa y unas palmadas en la mejilla—. Ya te la has terminado entera.

Wifo yacía en el suelo con la cara morada y la nariz goteando espuma. Acababa de vivir su bautismo de alcohol; ese que los otros chavales recibían en sus pandillas de amigos mientras él estudiaba en su casa.

La segunda copa se la tomó por sí mismo aguantándose las arcadas.

Había aprendido enseguida la lección.

La tercera entró sola.

Con Wifo riéndose y dando vueltas en su banqueta, a Riñas le pareció que el ambiente era propicio para enseñarle las palabras más malsonantes del idioma de los enanos, así que le recitó una lista exhaustiva de las palabrotas de su lengua. Casi todas hacían referencia a la falta de valor, de vello facial o de masa corporal. Wifo encontraba muy cómico que todos los insultos enanos se le pudieran aplicar a él, y pedía más y más tacos. «¡Otro!», exclamaba. Entonces Riñas soltaba otra blasfemia y él se mondaba de risa. Él, Wifo Medroso, que era inmune al sentido del humor, notaba cómo las lágrimas le caían por las mejillas y le dolía la tripa de reírse tanto.

Se estuvo riendo un buen rato hasta que, de repente, se quedó mudo. Como si alguien le hubiera desconectado el cerebro.

—¿Estás bien? —le preguntó Riñas al ver sus ojos bizcos, la sonrisa de alelado y los bandazos que daba su cuerpo.

—Madavillozamente —contestó Wifo agitando un dedo.

—Venga, que te llevo a casa antes de que te rompas la cabeza y me caiga a mí un marrón.

—¡Que no! ¡Que voy bien! Dame otra cerveza, que yo controlo.

Al final Wifo no tuvo la oportunidad de conocer a los demás clientes de la taberna, como era su intención. Después de terminarse la tercera cerveza no se tenía ni en pie ni sentado, así que Riñas se lo llevó a rastras a casa y lo dejó allí, tirado sobre el sillón de piedra, para volverse al bar a seguir bebiendo.

El estudiante se quitó cada bota utilizando el pie contrario y se quedó repanchingado en el asiento, resoplando e intentando que sus dos ojos mirasen al mismo sitio.

Desde el butacón veía, justo enfrente, el único ventanuco que había en toda la casa. Una oquedad por la que empezó a descubrir narices, deformadas hasta lo porcino, que se pegaban al cristal y se asomaban al interior. Uno tras otro iban pasando enanos que lo miraban a través del vidrio. Sin pudor ni disimulo. Apostaría a que en la calle se estaba formando cola para observarlo sentado en su butaca. Empezaba a conocer el concepto enano de privacidad.

Los vecinos no se contentaron con espiarlo. Abrieron la puerta y empezaron a cruzarla en fila, como si alguien los hubiera invitado a presentarse. Los enanos, a diferencia de las demás criaturas civilizadas, no necesitaban invitación para invadir la intimidad de alguien. Al entrar solo miraban a Wifo durante el instante que tardaban en pronunciar la palabra «wowo».

—Wowo —decían, y después se ponían a hurgar en sus cosas.

Resultó que «wowo» era una palabra enana empleada para saludar que no significaba ‘buenos días’, ‘me alegro de verte’ ni nada semejante, sino ‘te percibo’, ‘sé que estás’, ‘conozco tu existencia’. No había traducción adecuada para ese término.

Entre «wowos» contempló cómo le revolvían las bolsas y cada uno se llevaba lo que más le llamaba la atención: su pluma, una camisa, el linimento para sus pupas genitales... Incluso el pisapapeles en forma de astrolabio. ¡Por los dioses, si seguro que ni siquiera sabían para qué servía ese artefacto! A cambio, supuso el estudiante que en una especie de justo trueque, le trajeron veinte hachas, otros tantos martillos y unos cuantos cinceles, buriles y yunques de herrero.

En lo que a él le parecieron segundos, los visitantes arramplaron con casi todas sus pertenencias y se marcharon igual que habían venido. Wifo miró desolado la habitación. En el suelo estaban los restos de su equipaje, esparcidos y mezclados con herramientas de forja y talla, todo tirado de cualquier manera. No supo si se debía al agotamiento, a su estado alcoholizado o a lo genuinamente absurdo de la situación, pero se echó a reír como un mono chiflado. El ataque de risa histérica se mezcló con un llanto demente. Lloraba y se carcajeaba intercalando ambas cosas en un veloz desorden mental.

No llevaba ni un mes fuera de casa y le habían timado y robado, le habían intentado linchar por ser un mago que no era, se habían reído de su forma de hablar, le habían dado un cabezazo que por poco no le partió el cráneo, unos niños casi le habían roto una pierna, se había emborrachado por primera vez en su vida y le habían desvalijado la casa delante de sus narices. «Pero el caso es que no me importa un pimiento —pensó el alcohol por él—. Que le den a todo. ¡Me vuelvo al bar!»

Y así fue como Wifo tropezó con un yunque, se cayó de bruces y pasó su primera noche en Villa Trifulcas durmiendo boca abajo en el suelo de su

casa. Lo cual no estaba nada mal para iniciar unas prácticas de posgrado.

A pesar del ruido que agitaba la ciudad desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche, Wifo había conseguido dormir casi veinticuatro horas seguidas. Estaba tan cansado que no lo despertaron los martillazos ni los saludos a voz en grito de los enanos. Ni siquiera los cánticos. Porque esa gente cantaba, sí. Y de qué forma. Era como si la música les hubiera hecho algo horrible y se estuvieran vengando de ella.

La cabeza le dolía como si le latiera un corazón en las sienes, y el estómago, a pesar de estar vacío, lo sentía revuelto, como si se le hubiera dado la vuelta.

Después de abrir los ojos y conseguir ponerlos rectos, fue a bajarse de la cama y se dio cuenta de que estaba tirado en el suelo. Sobre la piedra lisa y fría había una mancha de baba seca, junto a su cara incrustada en el mármol.

—¿Mamá? —exclamó confuso mientras se incorporaba.

Le dolían todas las extremidades como si hubiera estado haciendo gimnasia. Después de tantas horas durmiendo, su cuerpo solo quería desayunar y tumbarse en un sillón a descansar de tanto reposo.

Dio dos pasos torpes, se estiró levantando los brazos y se frotó los párpados.

—Ay, recórcholis... —susurró ante el panorama que tenía delante.

Vio los yunques, mazas, tornillos de banco y demás artilugios que había desperdigados por la estancia. Poco a poco empezaba a ser consciente de dónde estaba. Ya se podía ir despidiendo del chocolate caliente y de las tortitas con pasas y mostaza de su madre.

«¿Y aquí dónde se hace pis?», se preguntó. No recordaba haberse levantado a orinar desde que se cayó al suelo y se quedó allí a pasar la noche, aunque en realidad no se acordaba de nada, incluyendo cómo había llegado a la casa y qué circunstancias habían concurrido para que decidiera dormir

junto a la cama, no sobre ella. Empezó a dar vueltas sobre sí mismo con las piernas juntas y las manos en las ingles. Los bártulos que le llevaron los enanos lo tenían rodeado.

Tras varios giros sin sentido se animó a salir de aquel laberinto de artilugios de forja. Agarrándose todavía las vergüenzas para no mearse encima, levantó una pierna y, de un salto, superó un cacharro de hierro que no sabía ni para qué servía. Aquello se parecía a las yincanas de clase de gimnasia en las que siempre tropezaba, lo que provocaba las burlas de sus compañeros, que salvaban los obstáculos con insolente facilidad gracias a sus cuerpos alicatados de monstruosos músculos y estúpidas venas palpitantes.

Al afrontar el siguiente obstáculo se aplastó el dedo meñique de un pie contra una arista metálica. La elocuencia que llevaba toda su vida reprimiendo en forma de palabrotas inofensivas, como «repámpanos», «cáspita» o «carámbanos», le brotó de golpe en unos términos de los que hasta entonces se creía incapaz:

—¡Me cago en la puta sangre de los herreros y sus putas mierdas de metal! —gritó llevándose una mano al pie para frotárselo.

Siguió farfullando y caminando a la pata coja. Su prioridad era evacuar la vejiga antes de que empezara a vaciarse por sí misma. Eso de correr con los pantalones empapados era un drama superado hace tiempo, desde que su madre se enfrentara a los matones que le hostigaban a diario y les explicara qué les pasaría si seguían importunando a su hijo. Menuda era ella para las cosas de la familia, las de dentro y las de fuera.

«Vale, ¿pero entonces dónde se mea?», masculló. Lo único que en aquella casa guardaba algún parecido con un cuarto de baño era una pequeña estancia con un agujero en el suelo. Wifo también maldijo aquella circunstancia mientras apuntaba el enérgico chorro directo al centro del hueco. El olor que manaba de ese boquete circular era, sin duda, el peor que había percibido desde que llegó a la ciudad, y eso que su nariz había sido maltratada por los hedores más nauseabundos en Villa Trifulcas. Para un olfato como el suyo, acostumbrado a un mínimo de higiene, todo allí apestaba.

Cuando volvió de hacer pis se masajeó el dedo despachurrado y lo apoyó en un martillo para que su frío le aliviara el dolor. «Hijos de puta...», repetía mentalmente mientras se frotaba el meñique y miraba a su alrededor contando los cachivaches que abarrotaban su salón.

Estuvo tentado de sacar todos aquellos obsequios recibidos a la puerta de casa, pero temió que sus anfitriones lo tomaran como un desprecio, así que decidió resignarse y aprender a manejarse en una vivienda llena de herramientas afiladas y bártulos absurdos. Terminó aceptando que sus piernas siempre estarían cubiertas de moratones, arañazos y cortes.

—¿Por qué no me inscribí en Gnomología?

Lo más importante en ese momento era acomodarse a su nuevo entorno. Había cosas básicas que necesitaba saber para poder desenvolverse sin demasiada precariedad. Por ejemplo la comida. En su barrio, Peñatibia, no había un solo mercado donde comprar alimentos o una taberna donde te los sirvieran. Y estaba claro que aquella gente comía. En abundancia, además. Los niños eran rechonchas bolitas rubicundas, a pesar de lo cual se movían con una agilidad herbívora. Él mismo lo pudo comprobar cuando huyó despavorido de unos cuantos a los que consiguió despistar de puro milagro. Los adultos, en cambio, tanto de un sexo como del otro, eran masas musculosas recubiertas de una confortable y gruesa capa de tocino. No había visto todavía un solo enano o enana sin su panza prominente.

Durante el viaje a través del Camino Real, que se alargó más de lo previsto, había agotado casi todas sus provisiones. Solo le quedaban unas pocas reservas que sobrevivieron al saqueo inaugural de su casa. Él comía muy poco y podía incluso racionarse la escasez, pero llegaría un momento en que los víveres se acabarían y, por muy frugal que fuera, necesitaría ir a buscar con qué alimentarse.

Cuando salió de casa era la hora de la cena —que en realidad era cualquier hora a partir del atardecer—, de manera que se dejó guiar por el olfato y el oído. Los enanos rara vez comían solos, prefiriendo atiborrarse en comunidad. Simplemente se iban formando grupos en cualquier casa en la que oliera a guiso o en la alcaldía, que servía lo mismo para organizar asambleas que para montar un desmadre improvisado. Tú llegabas, te sentabas y comías.

Ya en la calle, el viento le lamió la cara con la aspereza de una lengua de gato. El tiempo era frío aunque no demasiado desagradable. Todavía faltaban unas semanas para que el aire bajara afilado y congelado de las montañas, arrojando nieve y hielo a su paso. A pesar de ello, Wifo ya se había preparado e iba cubierto de los pies a la cabeza con un abrigo, tres pantalones, botas, guantes, orejeras y un gorro de plumas de ave cloca. Caminar con todo aquello encima era una tarea trabajosa; se veía obligado a moverse con los brazos estirados y las piernas separadas, y cualquier escalón o desnivel se convertía en una sima insalvable. Y eso aparte de parecer un imbécil profundo. «Pero ande yo caliente y ríase la gente», decía él.

Un enano medio borracho que pasó por su lado lo confundió con un buitre de las nieves y se abalanzó sobre él. Estaba determinado a descuartizarlo antes de que anidase y pusiera huevos en el estómago de alguien. Wifo consiguió disuadirle de milagro. No con fuerza bruta o pericia luchadora, de las que carecía, sino con la mejor arma que le había dado la naturaleza para defenderse: una voz potente con la que gritar pidiendo auxilio o suplicando clemencia.

El enano dudó. «¿Qué hace un humano vestido como una bestia mitológica en Villa Trifulcas? —se preguntó—. Es más: ¿qué hace un humano en Villa Trifulcas, vaya o no vaya por la calle con la cara tapada y la cabeza cubierta de plumas?»

La explicación que le brindó Wifo no ayudó a disipar los recelos del enano. En su estado, Calambres —así se llamaba— no diferenciaba entre estudiar y espiar y, por tanto, tampoco entre estudiante y espía. Se dispuso a dar una paliza a Wifo: la zurra que, en caso de duda o sospecha, los enanos administraban a los extranjeros «por si acaso».

Su puño se alzó por encima de su cabeza. Wifo ya se daba por descalabrado. Y entonces, como por prodigio, un queso en aceite cruzó el aire y se estampó en la cara del enano. Calambres debía de ver en aquel quesazo un significado que Wifo ignoraba, porque después de recibir el golpe del proyectil semicurado farfulló algo y se marchó haciendo aspavientos.

El queso había llegado volando desde su espalda. Y los quesos no volaban, así que alguien tenía que haberlo lanzado. A Wifo no le costó encontrar a su salvador cuando examinó la calle de un simple vistazo. Detrás de una columna había alguien escondido, aunque le asomaban los pies y más de la mitad de la barriga.

—¿Hola? —dijo Wifo acercándose a la figura semioculta.

—No toy —contestó ella. No se movía lo más mínimo. Aunque la mitad de su cuerpo no estaba camuflada, ella mantenía la creencia, muy común y hasta cierto punto comprensible, de que si tú no ves a alguien ese alguien tampoco te ve a ti.

El estudiante se acercó un poco más. Caminaba de puntillas, aguzando el oído por lo que pudiera pasar. No estaba dispuesto a fiarse del todo, ya que un individuo podía salvarte la vida y no estar haciéndolo por afecto, sino para raptarte o poder matarte él mismo. Muchas buenas acciones se realizan con propósitos malvados o egoístas.

—Me llamo Wifo, ¿y tú? —preguntó con un tono calmante.

—Yo no Grosa, tas confundió de enana —respondió la figura enigmática.

—¿Te llamas Grosa?

La enana dudó. Le desconcertaba el hecho de que aquel humano hubiera adivinado su nombre tan rápido. Decidió actuar con más cautela.

—Alomojó no. Alomojó Grosa ta en su casa comiendo queso. A Grosa le gusta el queso y le gusta su casa....

—¿Ah, sí?

—Eso man dicho... —comentó la enana como si la cosa no fuera con ella.

Wifo ya estaba al lado de la columna, lo que pasa es que Grosa, en vez de quedarse allí quieta, empezó a dar vueltas alrededor del pilar. Él se puso a perseguirla haciendo lo mismo. Se sentía bastante idiota girando detrás de ella.

—Solo quería darte las gracias.

—¿Las asias por qué? —preguntó Grosa.

—Por lo que has hecho por mí. Ya sabes, librarme de la paliza de ese borracho.

Grosa se detuvo y salió de detrás de la columna. La luz del crepúsculo le daba un aspecto... simplemente anaranjado.

—¿Quiés un queso? —preguntó con los brazos extendidos. Sostenía entre las manos un queso del que chorreaba aceite que le caía por los brazos. Su boca sonreía, y a Wifo aquella sonrisa le pareció el rastrillo de una fortaleza alzándose sobre sus cadenas.

—No, gracias, el queso me da gases y me provoca cólicos.

La enana seguía sonriendo. Una sonrisa podía expresar muchas cosas. Aquella, por ejemplo, le decía a Wifo: «No entiendo la mitad de lo que me dices, pero me gusta el queso y tengo un queso».

Cuando uno se topa con una inteligencia así de tacaña, siempre espera que vaya acompañada de un físico espectacular que la compense. A la belleza se le permite casi todo, y lo que no se le permite se le perdona. Pero ese no era el caso de Grosa, cuya belleza invitaba a cantar alabanzas sobre su simpatía.

Físicamente era una adorable calamidad. El pelo grasiento como su queso se pegaba a una frente demasiado estrecha. Más abajo, pasadas de largo dos cejas unidas en una sola, la mandíbula inferior sobrepasaba en longitud a la superior, facilitando que el labio de abajo se acercara mucho a la nariz. Se podía decir que Grosa era fea entre los enanos, lo cual era mucha fealdad para una sola cara.

—¿Sabes dónde está Riñas? —le preguntó Wifo. Respiraba por la boca para que no se le colara en la nariz el tufo a requesón rancio que emanaba la enana.

Ella lo miraba sin pestañear, con los brazos estirados, el queso en sus manos y una sonrisa hinchándole los mofletes salpicados de vellos puntiagudos.

—¿Quiés un queso?

—No, en serio, no quiero ningún queso, te lo agradezco de verdad. Solo quiero saber dónde está Riñas.

Wifo no sabía interpretar la mirada de Grosa porque nadie solía mirarlo como lo estaba haciendo ella, con esos ojos que no parpadeaban para no perderlo de vista ni un instante.

—Allín —contestó por fin la peculiar enana señalando hacia la derecha con una mano gorda de uñas mugrientas.

—Muchas gracias. Por cierto, me llamo Wifo.

—Yo Grosa —dijo ella para demostrarle que también se sabía su propio nombre.

—¿Quieres venir conmigo a buscar algo de cenar? —Esa invitación era lo menos que podía ofrecerle después de que la enana le hubiera salvado la vida. Además, yendo con ella le resultaría más sencillo encontrar comida.

Sin embargo, la reacción de Grosa no fue la que podía esperarse de alguien normal. La cara de la enana se puso roja bajo la capa grisácea de roña

y salió corriendo como un gnomo en una redada policial. Eso sí que no se lo esperaba Wifo.

Wifo se dirigió al lugar que le había indicado Grosa antes de salir corriendo. Qué enana tan singular. Normalmente las chicas huían de él por ser demasiado feo, no por lo contrario. Porque estaba claro que Grosa había escapado sonrojada y muerta de vergüenza. No hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta.

En la ciudad el ruido de martillazos empezaba a dar paso a otros sonidos distintos pero igual de desagradables. Risas, eructos y canciones disonantes emergían de algunas casas. Y aromas hediondos. Los enanos eran los mejores herreros, orfebres, joyeros y escultores de las tres capas del mundo, y era probable que fueran también los comensales menos remilgados y más agradecidos, pero su habilidad cocinando rozaba la atrocidad. Aunque daba igual, claro, porque cada bocado de comida lo empujaban con cerveza.

Riñas se encontraba en casa de un tal Follón, donde se habían acabado reuniendo cerca de veinte camaradas, todos cargando con barriles de cerveza. Bebían y brindaban alrededor de dos marmitas en las que algo cocía a borbotones, despidiendo una fetidez capaz de provocarle el vómito a una rata.

Para los enanos la cena era una excusa para juntarse a beber y festejar. Y tenían muchas excusas, por lo visto. Había pocos acontecimientos que no merecieran pimplar hasta caerse de culo.

Allí estaba Riñas, de pie sobre una banqueta. Le estaba contando a todo el mundo cómo Wifo se había emborrachado con solo tres cervezas y cómo lo llevó a rastras hasta su casa. A la mañana siguiente fue a despertarlo, pero le permitió seguir durmiendo porque se puso a lloriquear y a pedir que le dejara un ratito más. La historia provocó tantas carcajadas entre su audiencia que Riñas ya se planteaba dedicarse a eso de ser tutor de manera profesional. Parecía haber encontrado por fin su vocación.

En vista del panorama, Wifo optó por sentarse en un rincón apartado donde no llamara la atención. Allí estuvo durante unos minutos, tomando notas en la penumbra, hasta que su dichoso tutor lo descubrió.

—¡Pero si está aquí Wifo Medroso! ¡Venga una cerveza para él!

Todos los presentes se volvieron a mirarlo. La llegada del estudiante a Villa Trifulcas estaba despertando cada vez más expectación. Muchos humanos, sobre todo comerciantes, pasaban cada semana por la ciudad, pero ninguno de ellos tenía allí su residencia. Ni enanos ni humanos encontraban ninguna razón por la que un individuo de su especie pudiera desear o necesitar convivir con los hijos de la Roca.

Follón le puso una jarra de cerveza delante. El anfitrión la estampó contra la mesa con tal ímpetu que casi toda la espuma saltó hasta la cara de Wifo. Él le dio un sorbito y fingió sentirse encantado, pero el enano, desde luego, no quedó satisfecho.

—¡De un trago! —rugió, y todos los demás se unieron a la demanda.

—¡De un trago, de un trago, de un trago!

Wifo no tuvo más remedio que acceder. Ya sabía que si no lo hacía él se lo harían ellos por la fuerza. Los trifulcanos no toleraban la descortesía. Pidió ayuda a los dioses, pensó en su sobresaliente y se vació el medio litro de fermento en la garganta.

La mitad del líquido pudo mantenerla en su estómago a pesar de las arcadas, pero la otra mitad le salió por la nariz entre toses y atragantamientos. Aquella prodigiosa capacidad, nunca antes vista por los enanos, de poder beber y expulsar cerveza a la vez por distintos orificios, fue recibida con aplausos y atronadoras carcajadas.

El panorama no mejoró cuando sirvieron la cena, consistente en un fétido amasijo de trozos de animal hervido en cerveza y condimentado con una mezcla disparatada de hierbas y especias.

Además Wifo no comía animales. No solo le parecía un acto criminal, sino que, además, su organismo no toleraba bien los productos cárnicos y lácteos. Con toda la precaución que requería saltarse las costumbres de sus anfitriones, preguntó si era posible tomar algo de fruta. Una enana llamada Ceporra le contestó que le habían metido una manzana por el culo al cerdo que estaban asando, que podía cogerla si quería. Wifo se abstuvo de insistir siquiera y comprendió que esa noche volvería a cenar alcohol.

El hecho de que Wifo no comiera carne fue motivo no solo de nuevas

risas, sino también de debate. Los enanos respetaban lo de ser vegano porque no sabían qué significaba, pero no estaba claro hasta qué punto una persona tenía derecho a comerse la comida de los animales que luego ellos se comían. Eso suponía poco menos que ir contra natura.

Sin otro remedio que callarse su opinión, Wifo anduvo un rato mareando la carne en su plato para que pareciera que estaba comiendo, mientras observaba con detenimiento todo cuanto sucedía a su alrededor.

Para empezar, los enanos utilizaban dos cubiertos: la mano derecha y la mano izquierda. No necesitaban colgarse una servilleta del cuello porque para eso tenían la barba. Y la forma en que uno debía demostrar su complacencia con la comida era emitiendo atronadores eructos que hacían vibrar cualquier cristal cercano. Cuando le tocó a Wifo tirarse su regüeldo, recordó cómo lo hacían los chicos de su barrio. Tragó varias bocanadas de aire para llenarse la laringe. Hasta ahí todo correcto. Pero cuando se disponía a expulsarlo, en lugar de un eructo le subieron los ácidos desde el estómago y se puso a toser y a dar arcadas.

Al final tuvo que beberse otra cerveza —obviamente de un trago— para poder expulsar el gas, entre lágrimas y estertores.

A una enana llamada Lorza, grande como medio búfalo y peluda como uno entero, le había caído en gracia aquel humano raquítico. Riéndose como un dragón, le arreó un amistoso manotazo en la espalda que tumbó la mesa y envió a Wifo volando dos metros por los aires. Al chocar de bruces contra una tinaja perdió su primer diente.

Enseguida Ceporra, enana de tamaño más discreto pero de presencia igual de cafre, recogió el cuerpo desvencijado del joven estudiante y volvió a sentarlo en el banco. Wifo se quedó inmóvil, con la nariz moqueando sangre, un hueco en la dentadura y los ojos bizcos.

A causa de su pétrea estructura ósea, su piel gruesa y su sistema nervioso rudimentario, los enanos no poseían apenas sentido del tacto. Las caricias y cosquillas ni siquiera las sentían, y un golpe que podía dejar sin conocimiento a un ser humano era para ellos poco más que una palmada. De ahí que su brutalidad fuera simplemente una manifestación cultural con un origen biológico.

No se habían parado a pensar que Wifo no era un enano y que estrellarse contra un ánfora, además de dejarlo con un diente roto y la nariz aplastada, podía no hacerle la misma gracia que a ellos. Por mucho que, visto desde

fuera, un joven humano volando y aterrizando sobre sus fauces fuera un espectáculo divertidísimo.

—Pues sí que eres blandito —observó Lorza ofreciéndole otra cerveza.

Tras aquella tercera jarra y el aterrizaje contra la tinaja, las investigaciones de Wifo terminaron por ese día. La cena continuó, pero él ya solo veía cosas girando en un remolino de gritos y carcajadas. Toda su preocupación consistía en hurgarse con la lengua el hueco que había dejado el diente perdido y en no caerse del banco. Lo demás le resultaba indiferente.

Con la cuarta cerveza en la mano le comentó a Riñas, vocalizando a duras penas, su encuentro con la enigmática enana Grosa. Su tutor interpretó aquello como un interés erótico por parte de Wifo y empezó a masajearse los pechos y a mover la lengua de forma libidinosa.

Aquella fue la primera vez que Medroso vomitó en Villa Trifulcas.

Por lo visto Grosa era una enana criada por dos ogros desde muy pequeña. La joven pareja la encontró, siendo apenas un bebé, entre unos matorrales cercanos a su cueva. Al principio la confundieron con un oseño y la ignoraron. No querían problemas con los plantígrados, con quienes las relaciones ya estaban tensas. Pero aquella criatura comía más que un oso y era más agresiva que ellos. Y mucho más fea. ¿Y si en realidad no era una cría de oso? Al final, temiendo que los rugidos del extraño cachorro alertaran a algún cazador, Wilmer y Deisy recogieron a Grosa y la llevaron a su hogar, donde creció grande, sana y fea.

Ahí comenzó su afición por el queso, principal alimento de los ogros que vivían en la capa superior del mundo.

Por fin, con la narración de relatos y anécdotas, la cena parecía encauzada hacia una situación más apacible; cosa que Wifo, borracho y herido, agradecía bastante. Los enanos seguían armando jaleo, pero se habían separado en varios grupos que charlaban más o menos pacíficamente alrededor de las mesas.

Entonces Follón decidió estrechar lazos de amistad con el estudiante recién llegado. Tras apurar hasta la última gota su jarra de cerveza, se la estrelló a Wifo en la coronilla. El recipiente se hizo pedazos y mandó la cabeza de Medroso contra su plato de estofado. Una gran algarabía llenó la

sala de nuevo. Wifo volvía a ser el centro de atención. Pero esta vez no permaneció quieto, doliéndose y lloriqueando, sino que se levantó, cogió su taburete por las patas y se lo partió en el cráneo al anfitrión. La trapatiesta creció en intensidad. Los enanos pateaban el suelo y golpeaban los tablones de madera con sus jarras. Wifo y Follón se acababan de hacer amigos.

En total, en aquella cena la veintena de enanos devoró nueve cerdos y se bebió veintiocho barriles de cerveza. Cuando sintieron sus estómagos saciados, sacaron las pipas de fumar y las llenaron de la hierba de la risa que cultivaban los elfos para exportarla al resto del mundo.

Wifo buscó el baño para hacer pis. Después de cinco jarras de zumo de cebada sentía que la vejiga le iba a explotar. Quiso preguntar dónde estaba el servicio pero ya no era capaz de formar frases coherentes, de modo que comenzó a deambular de un lado a otro en busca del agujero donde los enanos desaguaban.

Al cabo de un cuarto de hora de búsqueda infructuosa se meó encima. Y lo cierto es que no le importó lo más mínimo ni se sintió violento. Envuelto en aquella niebla de la hierba de los enanos, cualquier cosa le hacía una gracia tremenda.

La última vez que Follón lo vio, estaba sentado en el suelo con un diente partido, una brecha en la cabeza y la nariz moqueando sangre, y se partía de risa mientras intentaba contarse los dedos de las manos.

Wifo se despertó hecho una ruina física y mental.

La noche anterior había vuelto a casa hecho de nuevo un guiñapo. En realidad lo llevó Riñas, cuyo trabajo como tutor incluía ahora la tarea de acarrear el cuerpo inconsciente de Wifo desde las reuniones sociales hasta el suelo de su casa, donde lo dejaba tirado en cualquier hueco libre.

No podía mantener ese ritmo de ocio laboral desenfrenado si deseaba conservar su salud, ya de por sí delicada. Esa misma tarde, después de despertarse empapado de su propio vómito, le dio una diarrea que a punto estuvo de dejarlo seco. A Riñas le pareció tronchante que se pasara el día, según sus propias palabras, «estornudando por el culo», pero a Wifo no le hacía tanta gracia. Estuvo una semana caminando pegado a los muros, temiendo que un simple tosido o el más leve susto desencadenaran una nueva fuga. Tenía que estar concentrado para mantener dentro de sus intestinos el agua con limón que constituía todo su alimento en aquellas circunstancias. Wifo siempre había soñado con poder presumir de unas deposiciones regulares y compactas que le permitieran comer fuera de casa sin temer ninguna emergencia inesperada, pero su sistema digestivo le consentía pocos alivios.

Cuando salió de su cueva enana en busca del limón para su jarabe casero se encontró un queso en la puerta. Era redondo, aceitoso y despedía una pestilencia capaz de ahuyentar a los ratones más caninos. No había ninguna nota que indicara quién o por qué le había hecho el regalo, aunque Wifo sospechó enseguida de alguien: la enana Grosa. El hedor era el mismo que ya conocía, y la noche anterior ella había insistido mucho en darle uno de sus quesos. Sea como fuere, Medroso envolvió el regalo en una camisa y lo metió en una habitación vacía que no necesitaba usar.

Los días siguientes los empleó en visitar la antigua biblioteca de Villa Trifulcas. Ya antes de llegar sabía que existía y que contenía todos los volúmenes de los archivos de la antigua ciudad de Rocaviva. Pero desconocía su estado actual.

En sus libros esperaba encontrar respuestas a muchas incógnitas. Para empezar, ¿por qué los enanos bebían y consumían hierba de la risa en tanta cantidad? Todos sus conocimientos enanológicos, aprendidos en la escuela de Bellavista, eran de la Era Precerveza, cuando los enanos todavía se molestaban en dejar testimonio escrito de su historia. Pero esos datos eran demasiado antiguos e inexactos para poder comprender la actual cultura de Villa Trifulcas, transformada por completo a partir de la invención de la cerveza.

Wifo no creía que los enanos fueran adictos a esas sustancias porque sí. Tenía que haber alguna razón. Y eso es lo que se disponía a descubrir.

A partir de entonces su rutina diaria fue siempre la misma.

En primer lugar se asomaba a la puerta de su casa, cogía el queso que cada noche le dejaban allí y lo almacenaba en una habitación que había habilitado al efecto. Los primeros días el olor que despedía esa despensa lo mantenía en un estado de permanentes arcadas, pero con el tiempo su olfato se fue acostumbrando hasta llegar a ignorar la pestilencia.

Después desayunaba cualquier fruta o verdura que hubiera podido rescatar de las despensas de la ciudad. Entonces cogía su cuaderno y su pluma e iba a la biblioteca: un edificio en ruinas, pero aun así esplendoroso, que debía de haber sido muy importante en su momento, a juzgar por su tamaño y emplazamiento.

Riñas lo acompañaba por obligación, ya que él no leía nunca ni necesitaba consultar nada en ningún libro. A él, como a cualquier criatura en sus cabales, andar fisgando en la vida de los demás o en los asuntos del pasado no le aportaba nada. El tiempo que alguien desperdicia con un libro bien se puede aprovechar en beber, fumar hierba o tumbarse boca arriba a ver pasar las nubes. A Wifo no le importaba que el enano empleara las horas en la biblioteca en dormir las borracheras. De hecho le resultaba útil, ya que sus ronquidos le servían para orientarse dentro del inmenso edificio. Cuando Riñas por fin se desperezaba, ambos iban a ver algo culturalmente relevante: los talleres de forja, la instrucción militar, las minas de esmeraldas... Allí el

tutor esperaba muerto de aburrimiento mientras el estudiante curioseaba, preguntaba y tomaba notas de todo.

A última hora de la tarde, Riñas se tomaba su revancha y arrastraba a su pupilo a la taberna del barrio o a casa de algún camarada en la que se celebrara un convite. Wifo buscaba cualquier excusa para escaquearse. Unas veces le funcionaba y lograba escabullirse hasta su casa, poniéndose a salvo de la diversión, pero en otras ocasiones nada lo libraba de compartir otra velada de cerveza y pipas humeantes con los enanos, cosa que sus anfitriones agradecían, pues encontraban las borracheras del joven humano muy divertidas y peculiares. Wifo Medroso acabó convirtiéndose en el principal reclamo de cualquier juerga celebrada en el barrio de Peñatibia, y la reunión a la que él acudía terminaba siendo siempre la más concurrida.

El día que Wifo entró en la biblioteca quedó tan impresionado como cualquier muchacho cuando acude por primera vez a un estadio de pelotapié. Los enanos de épocas más antiguas debían de tomarse muy en serio la cultura, pues el edificio era extraordinario por fuera y de una majestuosidad sobrecogedora por dentro. Tan solo la planta baja parecía, a ojo, más grande que toda la Alta Escuela de Humanidades de Bellavista.

Ante tal magnificencia, el estudiante sufrió un episodio del síndrome de Patatús, que consiste en experimentar un episodio de parálisis, vértigo, inquietud y sobrecogimiento ante la contemplación de algo sublime. Este síndrome fue llamado así en honor del enano Patatús, de la ciudad de Fuerte Pedrusco, que fue el primero en padecerlo cuando logró colarse en la fábrica élfica de cerveza de Wundolán. A partir de ese momento, y durante el resto de su vida, Patatús solo hablaría para expresar que todo le parecía una porquería en comparación con lo que había visto en aquella fábrica.

Wifo pensó que podría quedarse a vivir para siempre en un templo de la sabiduría como ese. Aunque, frente a tanta grandiosidad, resultaba dramático contemplar las consecuencias de la dejadez de los enanos en lo relativo a su acervo cultural. El polvo y las telarañas habían invadido cada centímetro del edificio, y varias generaciones de roedores y otras alimañas habían tomado posesión del espacio de tal modo que llegaron a formar sociedades prósperas y avanzadas. Wifo se llegó a encontrar, incluso, con cabras que pacían

tranquilamente entre las estanterías rumiando manuscritos antiquísimos, y en la sección de Política se topó con el cadáver momificado de un cerdo.

Y a pesar de todo ello, la biblioteca era uno de los lugares más concurridos de Villa Trifulcas. Aunque los enanos habían abandonado por esas fechas el hábito de leer y la costumbre de escribir, allí no dejaba de entrar gente a todas horas. Ese primer día de estudio de Medroso, el edificio recibió la visita de un enano que cogió un libro para envolver con sus páginas unos bocadillos, de otro que buscaba algo de papel para hacer sus necesidades, de un tercero que fue a dejar unos muebles viejos que ya no necesitaba, y de unos cuantos más que tenían por costumbre echarse la siesta sobre la moqueta de la ludoteca.

Esos usos tan peculiares de la biblioteca, como trastero o almacén de papel higiénico, habían mermado enormemente el fondo bibliográfico, pero aun así habían logrado sobrevivir muchísimos volúmenes de materias muy variadas: arquitectura, arte, ingeniería, música e incluso magia. Disciplinas, en su mayoría, ya abandonadas por los enanos. Solo un alquimista llamado Pedrolo mantenía vivos algunos de esos conocimientos en la ciudad.

Wifo pasó horas y horas curioseando por los interminables estantes hasta que dio con algo que se correspondía a la perfección con lo que él necesitaba. Aguantándose las ganas de orinar por la emoción, transportó uno por uno los ejemplares desde la estantería hasta su mesa de trabajo. Concluida la colosal tarea de transporte, en la que Riñas no participó por encontrarse roncando sobre el mostrador de préstamos, el estudiante abrió el primer tomo.

*CRÓNICAS DE LA CIUDAD DE ROCAVIVA,
EN EL REINO ENANO DE ROGRUND.
Y CRÓNICAS DE LA CIUDAD DE VILLA TRIFULCAS
TRAS LA CAÍDA DE ROCAVIVA EN PODER
DE LOS TROLLS.
VOLUMEN PRIMERO*

Durante los días siguientes, Wifo leyó con avidez los relatos que los cronistas habían confiado a la eternidad del papel escrito. En ellos encontró mucha información de la que no existía constancia en la biblioteca de la Alta

Escuela de Humanidades de Bellavista, por lo que era sencillo deducir que tampoco habría testimonio de aquellas historias en ningún otro lugar de toda la capa superior del mundo. Medroso se hallaba, casi con toda probabilidad, ante un tesoro único de la Historia.

Gran parte de la narración hablaba de linajes, heráldicas, genealogías, guerras y batallas, siendo estas últimas los acontecimientos que se describían con mayor detalle. Pero los miles de páginas también ofrecían un retrato exhaustivo de la vida y costumbres de los enanos durante la Era Precerveza. En esas letras gruesas y abigarradas era donde Wifo pretendía encontrar una explicación al hecho de que el alcohol y otras sustancias estupefacientes hubieran transformado de forma tan traumática la sociedad enana.

Volumen tras volumen, fue profundizando en las peculiaridades de la cultura de los hijos de la Roca. Así averiguó que antes de la cerveza existía la propiedad privada entre los enanos. Había ricos y pobres, igual que sucedía entre los humanos, y esas diferencias provocaban que los reinos, las ciudades e incluso los clanes se enfrentaran entre sí. Ese afán por amasar montañas de oro y gemas era también la causa de la existencia de dos de los peores males que aquejan a toda civilización: el crimen y la burocracia.

Entonces llegaron a Villa Trifulcas, desde la tierra de los elfos de hielo, dos sustancias que cambiarían para siempre su forma de vida: la cerveza y la hierba de la risa. Esos dos nuevos inventos consiguieron acabar con la propiedad privada y, en consecuencia, también con la codicia y las injusticias. Unieron a los enanos, los igualaron y los llevaron hasta una paz duradera e inalterable. ¿A quién le importaban ya el poder y las riquezas habiendo jarras y barriles de fermento de cebada? El oro había dejado de ser importante, y amasar fortunas se había convertido en una pérdida de tiempo. Ya no tenía sentido trabajar con otro fin que no fuera el de disfrutar después, con toda la comunidad, del fruto de ese esfuerzo colectivo.

Todo enano que no bebía alcohol en abundancia era considerado un peligro, pues podía emplear sus potencias en codiciar, urdir, tramar o arrebatarse. Por eso se decretó que todo trifulcano, desde el momento de su nacimiento hasta el acontecimiento de su muerte, estaba obligado a beber cerveza a diario y a volver a casa dando tumbos. Los enanos habían alcanzado por fin la paz social estando todos borrachos.

Todo esto es el resumen de cuanto Wifo pudo averiguar en aquella colección de crónicas enanísticas. El último volumen estaba en blanco, a

excepción de la primera página, donde una sola frase había sido escrita con caligrafía accidentada y pulso vacilante:

«Vaya fiestón. Esto es la hostia. Vamos todos finos...»

Los elfos de hielo vivían casi aislados del resto de criaturas más o menos pensantes en sus majestuosas ciudades congeladas. No querían saber nada del resto del mundo, al que consideraban bárbaro y zafio, ocupado siempre en sus actividades mundanas y criminales y entregado al desenfreno alcohólico, ludópata y venéreo.

Estos elfos eran conocidos —aparte de por muchas otras cosas que nada tenían que ver con su aspecto físico— por sus cuerpos altos y estilizados, su porte soberbio y su gran belleza física. Una belleza que, en gran medida, se debía a su costumbre de lavarse, peinarse y acicalarse a diario; hábito este no muy practicado en el resto del mundo, salvo por los demás elfos y algunos seres humanos.

El señor de estos elfos del norte, Velarión CLXVIII el Implacable, solía madrugar tanto como el sol, ya fuera lunes o domingo. Después de sus abluciones matutinas, se vestía con regia sencillez y se anudaba en los hombros su capa. Esta era una prenda imprescindible para los elfos, pues con ella, mediante gestos y movimientos, comunicaban tanto como con las palabras. A veces esta raza inventaba objetos, como el abanico, con el único propósito de expresar emociones mediante su uso. Artilugios que luego encontraban otras funciones en el resto del mundo.

Una vez vestido y aseado, el monarca desayunaba frugalmente en su comedor personal: una sala de altísimos techos abovedados cuyas paredes, desde un extremo al otro, un humano no alcanzaría a vislumbrar. Sobre la mesa de fino cristal de los talleres artesanos de Alia, Velarión picoteaba de su fruta mientras leía los informes diarios de su servicio secreto.

Cuando llegaba a la sección internacional se deleitaba leyendo las desgracias y calamidades de otras razas y, rumiando su rencor, mascullaba entre dientes sus sentencias odiosas.

—Esos gnomos sodomitas. Asquerosos humanos viciosos. Miserables enanos sanguinarios.

Pero lo que más preocupaba a Velarion eran esos otros documentos que daban fe de cómo el alcoholismo, la drogadicción, la ludopatía y, en definitiva, la degeneración moral —que irónicamente había sido provocada por él hacía más de un siglo— habían penetrado en sus dominios. Los informes hablaban de elfos embriagados de licor, sexo interracial y juegos de azar dentro de la misma Velaria, en la frontera con los enanos de Forcejeo.

Un mayordomo se acercó a él con discreción y le entregó una carta que traía sobre una bandeja.

—Acaba de llegar esto de la frontera, Majestad. El mensajero insiste en que es urgente.

El soberano devolvió al plato el racimo de uvas y cogió el papel. La misiva, seguramente porque iba dirigida a él, estaba redactada de un modo condescendiente, con términos eufemísticos, y hablaba de los devaneos viciosos de su hijo y heredero al trono.

«Su alteza el príncipe Velarion, Guardián del Sur, ha sido sorprendido de nuevo en estado de alegría inducida y en compañía de señoritas de profesión libidinosa», rezaba la misiva. En resumen: el muchacho estaba borracho y de putas. Y no era la primera ni la quinta vez que el príncipe se veía envuelto en correrías semejantes. Su hijo era un buen chico, el rey estaba convencido, pero era seguro que se veía influenciado por gentuza de otras razas que lo empujaba, en contra de su voluntad, a abrazar la obscenidad y la depravación.

La carta se le cayó de la mano cuando cerró el puño para descargar un rabioso golpe contra la mesa. El mueble, fabricado en una sola pieza de cristal, saltó hecho añicos por los aires.

—¡Traedme una mesa de madera, demonios! ¿Es que uno no puede montar en cólera en este palacio sin quedarse sin muebles?

Su voz rebotó en las paredes y en la bóveda del salón haciendo vibrar las cristaleras y el ánimo de sus sirvientes.

Esto se iba a terminar. Hacía más de un siglo que había puesto en marcha su plan de degradar la moral de las gentes del sur para evitar que llegaran a ser demasiado poderosas. Pero ahora esa argucia se estaba volviendo contra él, pues la abyección empezaba a contagiar a los elfos de hielo.

Había llegado el momento de pasar a una solución más drástica que eliminara el problema definitivamente.

En el salón de audiencias Velarión convocó a su Consejo de Oyentes, cuyas tres únicas funciones consistían en ver, oír y callar. Se disponía a informarles, por simple cortesía, de la decisión que había tomado. Por una cuestión de protocolo y porque le encantaba que sus súbditos lo escucharan en un temeroso silencio.

—¿Qué podemos esperar de toda esa canalla sureña? —preguntó a su atentísima audiencia. No esperaba de ellos una respuesta porque él ya la tenía y era la correcta, así que prosiguió con su inspirado discurso—: Yo os lo diré: ¡podredumbre moral! —Dio tal puñetazo a la mesa que quienes estaban de pie se sentaron y quienes ya estaban sentados se acurrucaron en sus bancos—. ¡Esas infrarrazas que practican el alcoholismo, la avaricia, la pereza y otros muchos vicios del carácter por el mero placer físico que les provoca! ¡Decadencia!

El segundo puñetazo hizo que las cabezas de sus consejeros apenas asomaran sobre sus asientos, como si la mesa se hubiera llenado de macetas con cabezas de elfo plantadas en ellas.

—Sí, ya sé que hemos sido nosotros quienes los hemos introducido en esos vicios. ¡Pero el placer es suyo! Podían haberlo rechazado y, sin embargo, se deleitan con cada botella de licor o pócima estupefaciente que les vendemos. No negaré que se trata de un negocio muy lucrativo para nosotros. Siempre, claro está, que sus efectos nocivos permanezcan fuera de nuestras fronteras.

Ninguno de los presentes, a pesar de ser todos ellos elfos de alto linaje, osaba interrumpir al rey Velarión cuando el rey Velarión tenía a bien compartir con ellos alguna de sus violentas diatribas. El Consejo de Oyentes, en otro tiempo Consejo de Opinantes y Aconsejantes, no tenía bajo el reinado de aquel monarca voz ni voto, ni falta que hacía que lo tuviera, a juicio de Su Majestad. No eran pocos los que añoraban la calmosa fluidez con que se sucedían los asuntos de Estado en tiempos del reinado del anterior Velarión. El sobrenombre de El Manso no había sido una atribución arbitraria, ni mucho menos. A él le debían la popular sentencia: «Si alguien te golpea en

los testículos, pon el culo después». Pero sus doscientos años de reinado se cumplieron y tuvo que ceder la corona a su hijo, como era tradición en su pueblo. Para que los mandatarios no se eternizaran en el cargo.

Ajeno a tales añoranzas de sus consejeros, Velarión CLXVIII seguía con su inflamado discurso:

—Mirad a esos enanos alcoholizados, eternamente inmersos en peleas suburbanas. O a esos humanos avaros, que venderían a sus madres por un puñado de piastras con las que comprar cerveza para luego vendérsela a los enanos que visitan sus playas. ¡Y qué me decís de los gnomos! Esas pequeñas sabandijas copulando día y noche en cualquier sitio. Puedes levantar la tapa de una vasija y encontrarte a dos de ellos entregados a un vaivén repugnante. A veces incluso a grupos enteros. ¡Hasta después del almuerzo, que no es hora apropiada para esas lujurias!

El rey Velarión no era elfo que se ayudase a menudo de teatrales movimientos de su capa para dar énfasis a sus argumentos, pero en aquella ocasión lo hizo. Se levantó de la mesa y se alejó de ella unos pasos, ofreciendo la espalda a su audiencia.

—No, mis queridos consejeros —dijo con un tono ya más sosegado—. No permitiré que toda esa indignidad infecte a nuestro pueblo. Ningún otro elfo se verá expuesto a la ignominia mientras yo sea rey. Y todavía lo soy. Al menos durante los próximos cincuenta años.

El silencio ocupaba cada centímetro del gran salón de audiencias. Nadie se atrevía a moverse ni a pronunciar palabra, por si aquella era solo una pausa dramática en la alocución del monarca. Al cabo de unos segundos Velarión se dio la vuelta y miró a los presentes. Su capa voló como una ola que se cierne amenazante sobre la costa.

—¿Y bien? ¿Nadie va a decir nada?

—¿Bravo? —se aventuró a decir un consejero.

—¡No!

—¡Claro que no! ¡Nada de bravos!

—¿Maldición? —probó tímidamente Erebún, hijo de Erebán, de la sangre de Erebín. Era complicado acertar con la opinión de Su Majestad.

Solo un tipo en aquella estancia conocía lo que el cerebro del rey trapicheaba, y ese no era otro que su elfo de confianza y, a la vez, uno de sus mayores rivales: el archimago del Aura Aelión. Este alto hechicero sonrió con la mitad de la boca. Le gustaba aquella mueca porque era malévolamente en sí

misma. Luego se incorporó en su asiento y de esa boca insidiosa manó un susurro aterrador:

—Guerra...

El propio rey asintió sonriendo. Una sonrisa que se convirtió en carcajada cuando todos los consejeros prorrumpieron en un galimatías de quejidos y conjunciones adversativas. Los nobles elfos, turbados, se miraban unos a otros en busca de algún tipo de unanimidad.

—¿Tampoco va a decir nadie nada esta vez?

—Sí, yo —contestó una elfa alta, rubia y de ojos claros, como todos los demás elfos de hielo.

—Habla, capitana Arben, Guardiania de los Fiordos.

—¿Guerra contra quién?

—¡Contra todos! —gritó el gobernante. Su puño cerrado, apuntando al techo, infundía determinación a sus palabras. Los elfos de hielo también podían expresar emociones a través de sus propios cuerpos—. ¡Contra todos ellos!

Los murmullos conturbados crecieron en intensidad hasta convertirse en sonoras protestas. Aquello era una locura, una estupidez, un crimen. ¡Enviar a los hijos de Velaria a la muerte!

—Calma, súbditos, calma. Ningún elfo irá a la guerra —los tranquilizó Velarión—. En esta guerra serán nuestros enemigos quienes pongan los medios y los muertos. Nosotros solo esperaremos a que se maten entre ellos y luego nos encargaremos de los que queden. Lo tengo todo pensado ya.

El Consejo se fue apaciguando paulatinamente. La guerra era algo horrible, desde luego, pero si sucedía ajena y lejana ya no lo era tanto. El desacuerdo dio paso a una silenciosa expectación, lo que permitió al rey ponerles al corriente de sus planes.

Lo primero que haría sería decretar la expulsión de Velaria de todos los humanos y enanos que se habían asentado en las tierras del sur. Después provocaría su «guerra preventiva». Para ello solo tenía que engañar a los trolls y a los orcos. Ellos se encargarían de sacrificar sus vidas miserables para exterminar a los enemigos de Velaria.

El plan resultaba tan sencillo que no pudo evitar cierto rubor. Qué fácil era organizar una masacre entre pueblos avaros y decadentes.

SEGUNDA PARTE

SALVAR VILLA TRIFULCAS

Wifo caminaba por la calle dando patadas a un canto. Eran puntapiés desgastados para que la piedra no se saliera del camino. Habían pasado ya varias semanas desde que llegó a Villa Trifulcas y estaba haciendo balance mientras paseaba por las inmediaciones de su casa.

Sus estudios iban más o menos bien. Había llenado ya varios cuadernos con observaciones de diversos ritos y costumbres de los trifulcanos, y sus investigaciones en la biblioteca, aunque lentas y dificultosas, estaban dando sus frutos. Pero, a pesar de esos éxitos, no creía poder sobrevivir al estilo de vida de los enanos hasta acabar su trabajo de fin de grado. Los achaques lo habían reducido a un mero cascajo viviente.

Había adelgazado varios kilos, lo que en alguien de su constitución equivalía a quedarse en los huesos. También iba desaseado, magullado, cubierto de moratones y consumido por las diarreas y las jaquecas. Los enanos le decían que su cochambroso estado físico se debía a que los seres humanos estaban mal hechos. Eran demasiado altos, lo cual alejaba peligrosamente del suelo su centro de gravedad y les impedía acumular la suficiente cantidad de grasa en un espacio compacto. Además, la fragilidad de sus músculos y huesos los hacía propensos a sufrir fracturas y luxaciones tras una simple pelea o un sillazo en la cabeza.

Pero ser un escombros humano también tenía, en cierto modo, sus cosas buenas. El aprecio y el respeto de los enanos hacia Wifo crecía a medida que su cuerpo degeneraba, pues demostraba que el estudiante le estaba poniendo interés al reto de ser uno más en la comunidad. Y los hijos de la Roca no querían forasteros en sus tierras.

Aparte de estudiar, como miembro de la ciudadanía, Medroso tenía que cumplir con sus obligaciones sociales de acudir a fiestas y divertirse. O lo que los enanos llamaban divertirse, y que consistía invariablemente en hacer

ruido y beber cerveza hasta el soponcio. Nada que ver con su idea de pasarlo bien y sus divertidísimas veladas de lectura y ajedrez en solitario. A Wifo jamás le había pasado que se aburriera consigo mismo. Con los demás sí, pero nunca estando a solas con sus propios asuntos.

Y cuando parecía que las cosas ya no podían ser más absurdas, recibió una carta de su madre informándole de que su antigua amada, Evermon, se había prometido con Casio el Mofeta, uno de los niños que le hacían la vida imposible en el colegio. Por lo visto, Casio trabajaba ahora haciendo estiércol con su padre, y las cosas debían de irle muy bien, pues se había comprado un carromato nuevo de esos de dos plazas y sin capota.

«Mira que te lo dije —continuaba la carta de su madre—. Búscate un buen trabajo y déjate de estudios y universidades, que de ahí solo sale hambre y miseria. Pero eres tan cabezón como tu padre.»

«Ah, la bella Evermon», recordó mientras convertía la carta en una bola de papel. La responsable involuntaria de tantos de sus anhelos, igual los más puros que aquellos de índole más prosaica, de los que Wifo se avergonzaba. Ella era la niña que le pegaba cada vez que él intentaba darle un beso o mirarle debajo de la falda. El primer amor, que suele ser más un dolor que una alegría. Luego Evermon se hizo novia de otro niño que le tiraba de la coleta y se escapaba con sus amigos al río sin decirle nada. Wifo quiso convertirse en uno de esos malotes que tanto gustaban a las chicas, pero fue incapaz. Su naturaleza se inclinaba más a la insípida erudición que a la sensualidad canallesca.

Luego, siendo ambos ya algo mayores, Medroso soñó con obtener una cátedra en la Alta Escuela de Humanidades y volver a por Evermon convertido en un respetable docente. Eso tenía que cautivar por fuerza a cualquier chica, ya que le habían contado que las mujeres, a partir de cierta edad, se sienten más atraídas por un intelecto poderoso que por un físico seductor. ¿Y qué mujer podría resistirse a un funcionario público del sector de la enseñanza?

Pero Evermon, el único amor de su vida, se iba a casar con un engreído estercolero que apenas sabía deletrear su propio nombre.

Y el caso es que aquella noticia no le afectó tan negativamente como cabría esperar. En su proceso de adaptación a las adversidades, habían resultado de gran ayuda el alcohol y otras sustancias a las que los enanos eran aficionados, sobre todo la hierba de la risa que fumaban para relajarse tras sus

interminables jornadas de duro trabajo. Esas sustancias no le hacían más recio ni más fuerte ni habían mejorado su salud en modo alguno, pero al tomarlas se contagiaba de la despreocupación de los enanos por los problemas triviales. La hierba en particular había conseguido que a la hora de acostarse, cuando le venían a la memoria las penurias padecidas, le importara todo un pimiento.

De hecho, la alternativa de volver a casa ya ni la contemplaba. ¿Para qué marcharse? Y mucho menos ahora, que, con Evermon apeada de sus esperanzas, los estudios eran lo único que le quedaba.

Caminaba concentrado en esos pensamientos cuando sintió una pedrada en la cabeza. Aquella era la forma cordial de saludar o llamar la atención de alguien. Se volvió y vio a Follón en la puerta de su casa con otra piedra preparada en la mano.

—¡Eh, Blandito! ¿Irás a la pedida de mano? —le gritó el enano a distancia.

—¿Era hoy? —A Wifo se le había olvidado por completo.

—Claro. En casa de Riñas, después de comer. Por fin le va a pedir matrimonio a Robusta.

—Ah... Pues iré, claro. Nos vemos luego allí.

Reemprendió su paseo y sintió una nueva pedrada en la coronilla. Ahora el enano estaba agitando la mano.

—¡Hasta luego! —le dijo Follón. No se había despedido, y eso no era nada cortés.

Wifo se frotó la cabeza para aliviar el escozor. Aquello le trajo a la memoria su primera brecha, que ahora recordaba con ternura. Que te partieran la cara por primera vez era una suerte de rito de iniciación social entre los enanos. Te hacía más duro.

A él su paliza iniciática se la dio una tarde un herrero al salir de la taberna de Camorra. Aquel orondo individuo se le acercó y, después de soltarle una sarta de hostias, le dijo alegremente:

—Aquí si no aprendes nuestra cultura te la enseñamos nosotros.

La integración cultural le había costado ya seis dientes y dos fracturas óseas. Pero se había hecho más duro. Vaya que sí. Aprendió a pelear —aunque no se diera ninguna maña en ese oficio—, a usar el martillo de herrero y a soportar el dolor como otra manifestación de la alegría.

Para los enanos de Villa Trifulcas, «después de comer» era una hora que iba desde que el sol estaba en su punto más alto hasta que comenzaba a esconderse detrás de las montañas. Wifo, que ya conocía estas convenciones horarias, no acudió a la asamblea hasta pasadas las cuatro de la tarde. A su llegada había allí unos quince o veinte enanos. Muy pocos todavía. Lo más seguro es que acudiera todo el barrio de Peñatibia al convite, ya que los enanos nunca invitaban a individuos concretos a sus celebraciones. ¿Para qué hacerlo si luego asistía todo aquel que quería, estuviera o no invitado? De hecho, no era extraño encontrar celebrantes que ni siquiera conocían a los anfitriones ni sabían qué se conmemoraba.

Jarras, barbas y bigotes se llenaban de cerveza para amenizar la espera.

—Mirad, ya ha llegado Blandito. No es necesario que venga nadie más —bromeó Camorra al verlo.

Todos se rieron con ganas y descargaron jocosos puñetazos sobre las mesas y las espaldas de sus colegas. El ambiente era festivo, no cabía duda.

Follón le ofreció una jarra rebosante de cerveza espumosa. A él la cebada fermentada le seguía sentando como una coz en el estómago pero la aceptó sin rechistar, como un buen trifulcano.

—¿Tú sabes cuándo empieza la ceremonia? —preguntó al enano que tenía sentado al lado.

La contestación comenzó con un eructo que habría hecho vomitar a una cabra. Al propio Wifo, que lo había recibido de lleno en la cara, le lloraban los ojos y le temblaban los párpados. Por suerte consiguió disfrazar las arcadas de bostezos.

—A saber. Hasta que lleguen los novios y el jefe aquí no se celebra nada.

—Cualquiera lo diría —dijo observando el jolgorio organizado por aquel pequeño grupo de enanos.

—Que no te engañen los sentidos, renacuajo. Esto todavía no es una fiesta. Estamos calentando las gargantas. Tú, cuando veas que empiezan a volar las mesas por los aires, ponte a cantar.

En efecto, los bailes populares habían comenzado coordinadamente con el lanzamiento de muebles por los aires. No obstante, Wifo también vio volar sobre su cabeza un cordero asado, un enano medio desnudo y un gato envuelto en llamas. La fiesta comenzaba a serlo. Y, visto lo visto, la cosa prometía.

Debían de ser las cinco de la tarde, o las doce de la noche. Ni lo sabía ni le importaba demasiado. A esas alturas yacía tumbado boca abajo sobre una mesa, con la lengua apoyada en un charco de cerveza y los ojos mirándose entre ellos. Podría haber llegado el fin del mundo en aquel momento y él se habría reído en sus narices.

Lo que eran las cosas. Cualquier otro joven de Bellavista habría disfrutado de aquellas prácticas en Villa Trifulcas mucho más que él. Sobre todo los más crápulas.

Pasadas las primeras fases alcohólicas de mareo, verborrea y exaltación, llegaron el bajón repentino y las ganas de acostarse. Ajeno a la fiesta que seguía desmadrándose a su alrededor, y sin informar a nadie, Wifo se preparó para irse a casa a dormir. No a su casa enana, sino a Bellavista, a cientos de kilómetros de allí.

—Me vuelvo aramismo, bua. Aramismo —farfulló.

Se levantó de la mesa, dio dos pasos y se fue al suelo. Se levantó del suelo y se fue directo contra una pared. Se separó del muro y se fue de boca sobre un montón de leña. Estaba todo controlado: en algún momento se estrellaría contra la puerta y aprovecharía ese momento para salir a caerse en el recibidor, y desde allí hasta la calle solo tenía que rebotar contra unos cinco metros de pasillo en línea recta. Chupado.

Lo despertó no tanto el agua fría sobre la cabeza como el cubo contra la nuca cuando se terminó el agua. Al estirar el cuello sus ojos se encontraron con Follón, que lo miraba sonriendo con toda la cara.

—Vamos, Blandito, despierta, que te lo pierdes y tienes que tomar notas de esas de las tuyas. Ya han llegado los novios y el alcalde.

Con ayuda del enano pudo ponerse en pie. Ya no se sentía zarandeado por los vértigos; ahora le dolía la cabeza como si dentro de ella hubiera un gnomo en una habitación acolchada.

—Gracias —le susurró a la cara sonriente de Follón mientras su mano tiraba de él hacia arriba.

Por lo visto, habían pasado horas desde que creyó que podía levantarse de la mesa y marcharse a Bellavista como si tal cosa. En ese tiempo había declarado la guerra a los dragones de la isla Draconia blandiendo una espumadera, había discutido acerca de yacimientos arqueológicos con una armadura vacía y, para rematar la faena, se abrazó a dos enanos del barrio de Rascaprofundo y les repitió con numerosos superlativos cuánto los quería. Por último, se había quedado dormido sobre el lomo de un poni que pasó un buen rato dando vueltas por la calle con él colgando inconsciente, hasta que alguien lo recogió y lo llevó de vuelta al convite.

También resultó que ahora era mucho más famoso en el barrio que antes de su borrachera, pero nadie quiso explicarle por qué.

—Mira, ahí está la novia. —Follón señaló en dirección a un tumulto con una pata de cordero asado.

Los novios se habían retrasado mucho. En Villa Trifulcas ser puntual podía indicar que no estabas ocupado y que no tenías nada importante que hacer, de modo que era costumbre llegar tarde.

Wifo había imaginado que Robusta aparecería vestida de blanco y rodeada por un primoroso cortejo nupcial, no con un barril de aguardiente en cada hombro y soltando patadas para despejar su camino de obstáculos. La protagonista provocaba jubilosos vítores a su paso cada vez que apartaba a un enano borracho de su trayectoria mediante un certero golpe en el cráneo. Los asistentes, amontonados casi unos sobre otros, aplaudían la vis cómica de la enana descalabrando congéneres. Tenía un sentido del humor asesinamente enano, y eso era muy bien valorado en cualquier reunión conmemorativa.

El alcalde, más alto y recio que el resto, se había encaramado sobre un banco y mandaba callar bramando amenazas. El ruido tardó en desaparecer a

causa del bullicio organizado por aquel «enanío»². Si no estaba todo el barrio de Peñatibia dentro de la casa y alrededor de ella, poco faltaba.

—¡Que os calléis, idiotas! —gritó a sus conciudadanos—. ¡Si no os calláis de una vez, juro por los dioses de la Fragua que me bajaré de este banco y os cortaré las barbas uno por uno! ¡Como a ese!

Cuando todos lo miraron y se mofaron de él, Wifo sintió por enésima vez la liberadora necesidad de que lo partiera en dos un rayo. Había perdido ya la cuenta de las veces que en las últimas semanas había maldecido su escasez de pelusa facial. Ojalá pudiera tener aunque solo fuera la vellosidad de una enana adolescente.

—Así mejor —dijo Traumatismo una vez que se hubieron sofocado las carcajadas. A continuación adoptó una actitud más solemne—. Nos hemos reunido aquí porque nuestro camarada Riñas, al que los dioses del Yunque le den muchos hijos e hijas recios como el acero, ha reunido el valor para pedir matrimonio a nuestra camarada Robusta, a la que los dioses de la Mina le den muchos hijos e hijas fuertes como montañas.

Alaridos de aprobación y entrechocar de jarras y puños contra la madera y contra caras ajenas.

—¡Que os calléis, gnomos eunucos! Como establece la tradición, que se remonta a más años atrás que dedos tengo en mis pies y mis manos, y por tanto es tradición válida a ojos de los dioses, el pretendiente pedirá ahora la mano de la pretendida. ¡Hágase así y no asá! —Rubricó la perorata con un clamoroso eructo.

Para el ritual, los novios se sentaron ante una mesa de piedra, uno frente al otro. Al lado de cada uno se situaba su padrino: Follón por parte del novio y Fecunda de la novia.

Wifo, fascinado e intrigado, tomaba notas en su cuaderno a un ritmo frenético. Nunca antes alguien de su especie había presenciado un cortejo enano. Aquello sí que valía un sobresaliente.

La ceremonia proseguía con la apertura de los barriles de aguardiente, de los cuales los prometidos debían beber vasos simultáneamente y en idéntica cantidad.

En resumen: ambos tragaban licor hasta que uno de ellos se caía de culo al suelo por la borrachera. Si Riñas conseguía mantener un solo ojo abierto cuando Robusta anduviera cabeceando inconsciente en el pavimento, se ganaría el derecho de desposarla. En caso contrario, sería ella quien se

ganaría el derecho de desposarlo a él, de modo que la ceremonia era otra excusa más para beber hasta la inconsciencia. Ganara quien ganase, los dos acabarían casándose.

Como cabía esperar venció Robusta, que le sacaba un palmo de altura a Riñas y dos arrobas galacianas de peso. El pobre novio boqueaba en una postura que desafiaba la lógica de la anatomía. «Menudo duelo de hígados», pensó Wifo. El bullicio fue generalizado, sobre todo entre quienes habían apostado por ella. Vivas, bravos y porrazos celebraron la consumación del compromiso nupcial.

La novia cogió el barril sobrante de aguardiente bajo un brazo, a su prometido bajo el otro, se abrió paso a patadas y bajó hasta el dormitorio conyugal cargando con sus dos trofeos. Lo último que se vio de ambos esa noche fue el talón de la bota de Robusta cerrando la puerta tras ella.

—Pobre Riñas... —dijo Tangana.

—Lo va a destrozar —confirmó Camorra.

Wifo se acercó a ellos arrastrándose sobre sus piernas.

—¿Ya se ha acabado la fiesta? —preguntó. Lo único que deseaba era volver a casa y dejarse caer sobre la cama; esta vez de verdad, sin dar vueltas encima de un burro ni hablar con armaduras.

—La fiesta no se termina mientras quede cerveza en las cisternas. Vamos a por una jarra, que se me está secando la barba. Y una jarra doble para Blandito, que se le ve un poco apagado.

Le había pasado un carromato por encima pero no lo recordaba. O una manada de bueyes. Ninguna otra explicación le parecía plausible. Una manada de bueyes saltando sobre un carromato que a la vez saltaba sobre él. No había parte de su cuerpo, dura o blanda, que no quisiera volver a la cama hasta el día siguiente. Aunque lo peor era el dolor de cabeza. El corazón le latía en las sienes con la cadencia de una tamborrada.

No era su primera borrachera de esas de perder el conocimiento, ni mucho menos. Pero lo de cogerse dos merluzas en la misma noche era una novedad. Y todo un logro, además.

Cuando por fin se desperezó y empezó a ser consciente de la realidad, constató que había perdido los pantalones y su cuaderno de notas. A cambio, no obstante, encontró junto a su cama una cazuela, cinco jarras de cristal, una pierna de madera —que afortunadamente no era suya—, una banqueta y dos pares de botas de distinto número. Sobre aquel montón de decomisos, que debió de practicar sin darse cuenta, había una nota escrita en un pedazo de papel amarillento. La caligrafía parecía hecha con un pie izquierdo. Se puso sus anteojos llenos de huellas dactilares y la leyó:

Teé halludao porque te se beia no capaz de yegar a tu casa tu mismo. Tus pantalones se los a comió la cabra.

Probablemente el autor del escrito se refería a la cabra que estaba devorando su estantería de libros. En aquel momento no quiso interrumpirla. No tenía el ánimo como para pelearse con una cabra por un volumen de Geografía, así que la dejó pastar con tranquilidad en su pequeña biblioteca.

Por la caligrafía, la gramática y la ortografía, la firmante de la nota no podía ser otra que Grosa, la enana que conoció semanas atrás y que lo salvó de morir apaleado por un compatriota beodo. Desde entonces, su singular

salvadora había velado por su bienestar y su seguridad cada vez que Wifo se había visto involucrado en alguna torpeza que había puesto en peligro su vida. Y no fueron pocas las ocasiones. Pero Grosa siempre estuvo allí para protegerlo.

La actitud de la enana siempre le hizo sospechar que su cordialidad hacia él se debía a algo más que a la mera simpatía que se profesan dos simples conocidos, entendiendo por «cordialidad» lo que entienden los enanos, claro. En las semanas anteriores la había sorprendido, con cierta frecuencia, tratando de coquetear con él, entendiendo por «coquetear» lo que entienden los enanos, es decir, un conjunto de gestos explícitamente obscenos que pretenden llamar la atención sobre las partes íntimas de quien los realiza. De alguna manera se trataba de un coqueteo muy eficaz, pues era difícil pasarlo por alto o no saber interpretarlo.

Fuera como fuese, Grosa había sido muy cortés llevándolo anoche a casa. Supuso que fue ella quien lo hizo porque no recordaba nada desde la victoria de Robusta, en la pedida de mano, hasta que se despertó aquella misma mañana. No quería ni imaginarse qué había podido hacer durante aquel intervalo amnésico.

Mirarse al espejo no le hizo sentir mejor. ¿Quién es ese?, pensó al verse las ojeras, el pelo hecho un nido de avestruces y la palidez mortecina de la piel. Le sacó la lengua a su reflejo. Luego le gruñó arrugando el ceño en un gesto de amenaza. *Grrrr*. ¡Ey, parecía un tío duro!

—Oye, tú. Sí, tú, no te hagas el loco. Eres un panoli. Te voy a dar una lección que no olvidarás en tu vida. ¿Es a mí? ¿Me estás hablando a mí? ¿Me... estás... hablando... a... mí?

Se alejó del espejo chascando los dedos y caminando con un gallardo contoneo. Le había dado una lección a ese gallina.

Después de asearse en un barreño —en esa ciudad no tenían grifos, bañeras ni otros recipientes para el aseo—, oyó llegar la caravana de comerciantes. Los enanos no criaban ganado ni cultivaban la tierra ni tejían el algodón ni... En fin, los enanos extraían minerales de la tierra, trabajaban el metal y daban forma a la roca. Y nada más. La comida, el alcohol, la ropa y cualquier otro tipo de enseres y vituallas debían comprarlos a otras razas, a

las que pagaban con el oro y la plata obtenidos en las minas o mediante el trueque de sus manufacturas de herrería.

Cada pocos días llegaba a la ciudad una fila de carromatos que se perdía a la vista en el horizonte. Transportaban de todo proveniente de todas partes. Lo primero que salía de las granjas y los talleres artesanos, pues los enanos pagaban bien y al contado. El oro, que no se podía comer ni beber, no tenía para ellos más valor que el de patrón de cambio, así que se prodigaban con él lo que fuera necesario con tal de obtener lo verdaderamente importante: cerveza y carne de gorrino.

Con la caravana llegaba también la correspondencia. Su correo, en realidad, porque no tenía constancia de que nadie más allí enviara o recibiera cartas.

Comprobó con cierto fastidio que le había escrito su madre de nuevo.

Hijo mío, me tienes muy preocupada. Hace varias semanas que no me escribes. ¿Pasa algo o es que no te da la gana? No te habrán liado los enanos con sus vicios y sus juergas, ¿verdad?

Con lo bueno que eres tú... Prométeme que no te meterás en líos. Recuerda lo peligrosas que son las Humanidades y lo que le pasó a tu padre por ir demasiado lejos en sus investigaciones lingüísticas.

Y pensar que te aceptaron en la Escuela de Charlatanería e Ilusionismo... Podrías haber llegado a concejal o a consejero del rey.

Escribeme pronto. Y no olvides beber mucho líquido para que no se te entorpezca el tránsito, que tú siempre has padecido lo indecible de los aparatos excretores.

Tu madre que vela por ti,

Ramona

P. D.: Tus hermanas creo que también te echan de menos. Una preguntó por ti en una ocasión, pero ahora no recuerdo cuál de ellas fue.

Wifo se apresuró a escribir una contestación para dársela a algún comerciante antes de que se marchara el convoy.

Hola, mamá: No deberías preocuparte tanto por mí. Aquí la gente es muy amable y pacífica, aunque pueda parecer lo contrario. Me tratan muy bien y la vida es muy tranquila, casi monótona. Las noches las dedico al estudio y a dar tranquilos paseos por las silenciosas calles.

De salud estoy igual de bien que de ánimo. Mi tránsito funciona con una regularidad astronómica, me alimento bien y solo bebo agua fresca del arroyo y

algún zumo de frutas los días de celebración o festividad local.

Ahora mismo estaba tomando un agradable baño caliente y deshaciéndome de varios libros de mi estante que ya no necesito. Mis investigaciones marchan según lo planeado, de modo que creo que podré sacar una muy buena nota final.

Como ves, todas tus inquietudes son infundadas.

Te mando adjunto a esta carta un pequeño cofre lleno de gemas que los enanos me han dado para ti. Cuando les comenté que te encantan las esmeraldas me ofrecieron varios puñados. Ellos no saben ya dónde meterlas.

Tu hijo que te quiere,

Wifo

P. D.: Di a mis hermanas que entiendo que no me escriban ni se preocupen por mí. Sus esmeraldas se las voy a enviar a un orfanato. Seguro que les hará sentir muy bien saberlo.

Había una satisfacción perversa en el hecho de privar a sus hermanas de aquellas piedras preciosas. Intentó vociferar una carcajada maligna pero se sintió bastante imbécil riéndose él solo de su propia malicia, de modo que dejó el asunto en un breve cacareo.

La tarde se presentaba relativamente tranquila. Los enanos, que habían estado festejando hasta la salida del sol, se empleaban en sus quehaceres cotidianos como si no hubiera pasado nada. El vocerío en la calle era el mismo de todos los días. Los niños también habían ido a la fiesta y se habían puesto tibios de fermento espumoso, pero ahora jugaban en cualquier rincón arrojándose piedras unos a otros con la energía acostumbrada. En la misma calle, un enano de avanzada edad enseñaba a los pequeñuelos, entre juego y juego, los fundamentos de la morfología. «Ahí hay un orco que dice ay», leía el profesor del pizarrín, y los churumbeles, sentados en el suelo, repetían la oración con apatía, deseando regresar a sus palos y sus piedras cuanto antes.

La vida bullía un día más entre gritos, martillazos de fragua y cabezas abiertas. Una tarde tranquila en Villa Trifulcas.

Esa calma fragorosa se alteró cuando un enano recorrió a grandes zancadas las calles. Gritaba una única palabra:

—¡Debate! ¡Debate!

Wifo ya sabía lo que significaba aquello. Los enanos empezaron a salir de sus casas y lugares de trabajo y corrieron detrás del heraldo. Él hizo lo mismo, uniéndose a la horda vociferante.

—¡Debate! —gritaban todos para avisar a los demás.

Pronto el barrio de Peñatibia al completo, así como gente de otros barrios que pasaba por allí, se encaminó en una marea ruidosa hacia los límites de la ciudad, en dirección al monte Pedregoso en el que descansaba la villa por su lado este.

Cuando llegaron al obelisco junto al puente nordeste, el debate ya había concluido. En el suelo yacían los cuerpos de cuatro trollcos³ que estaba claro que no habían sabido argüir con la convicción suficiente. A dos de ellos les faltaba la cabeza y los otros dos parecían tener una de sobra. El caso era que las cifras coincidieran.

Tajo y Ruina, de la Guardia de la ciudad, habían sido heridos durante la «discusión» y los tuvieron que meter a la fuerza en la casa de curas. Mientras se los llevaban a rastras, pataleaban y perjuraban pidiendo más sangre.

—¡Que los mato! ¡Soltadme, que los mato!

—¡Que ya los has matado, Ruina!

—¡Pues soltadme, que los requetemato!

Cuando un enano partía un cráneo enemigo, entraba en una especie de frenesí homicida que le hacía olvidar el dolor o el peligro. Era lo que ellos denominaban «ponerse erudito».

—Llevaos a este y dialogad con él un rato —ordenó Brusca, la jefa de la Guardia de Villa Trifulcas, agarrando del pescuezo a un quinto trollco malherido.

Wifo se acercó a Riñas.

—¿Pero los trollcos saben hablar la lengua común o la enana? —le preguntó.

—Uy, este sí, ya verás —le contestó el enano—. Cuando empecemos con él va a rimar en élfico.

—¿Qué le vais a hacer?

—Eso es mejor que no lo sepas, Blandito.

El método enano de someter a alguien a interrogatorio no incluía violencia física, sino un tipo mucho más sutil de tortura psicológica consistente en rodear al prisionero entre varios y mirarlo, fijamente y en silencio, golpeando las armas contra las palmas de las manos. El simple

hecho de imaginar lo que le podían hacer bastaba para que casi cualquier cautivo lo confesara todo sin necesidad de tocarlo. Después de hablar, no obstante, en vez de ser liberado era sometido al pertinente «análisis de sangre»: forma enana de denominar a la ejecución de un enemigo mediante procedimientos, esta vez sí, algo más expeditivos.

—Bueno..., entonces cuéntame. ¿Qué tal anoche al final con Robusta?

El enano, que hasta entonces había hablado contemplando la escena del debate, se volvió hacia él.

—Eso es mejor que tampoco lo sepas.

Dicho aquello, Riñas se alejó cojeando en dirección al centro de la ciudad.

Aquello sí que no se lo esperaba Wifo. ¡Le habían invitado al Consejo Militar de la ciudad! No entendía el porqué de la invitación, pero corrió a su casa a por un cuaderno de notas.

El Consejo se celebraba en el Salón de Hablar del Ayuntamiento de Villa Trifulcas. Era un ejemplo perfecto de arquitectura enana: excavado bajo la planta principal del edificio —los edificios enanos tenían una sola altura sobre la tierra y muchas bajo ella—, constaba de una sala diáfana mucho más amplia de lo necesario. Sujetando el techo había erigidas docenas de gruesas columnas de piedra, también muchas más de las imprescindibles. Los enanos no empleaban la bóveda para sostener el techo, ampliando así la superficie útil, por dos motivos principalmente: porque donde estén cien columnas que se quite una bóveda y porque no.

Presidía la reunión el alcalde Traumatismo, que sobrio era muy distinto que ebrio. Quizás más importante, aunque mucho menos divertido. A su derecha se sentaba Brusca como jefa de la Guardia y a su izquierda Tosca, su esposa, que lo andaba siempre vigilando porque ella aseguraba que su marido era un pieza de cuidado. Los demás asientos los ocupaban los enanos y enanas más notables y más diestros con las armas de la villa. Y por último Wifo, tres cabezas por encima del resto, pluma en mano y muy atento a cualquier menudencia que pudiera acontecer.

Traumatismo se puso en pie, con lo que quedó a la misma altura que si siguiera sentado. Pero se trataba de dar importancia a su discurso, no a su envergadura. Esta vez usó el idioma de sus ancestros, reservado para ocasiones muy solemnes, en lugar de la lengua común, el esperpento, que los enanos empleaban en su día a día por considerarla más práctica, ya que incluía palabras como «cerveza» o «por favor» y «gracias», necesarias estas últimas para comunicarse con los seres humanos.

Wifo entendía ese idioma. Pasó meses estudiándolo en Bellavista con un profesor nativo que no terminaba de entender el motivo de aquellas clases particulares.

—Hemos intercambiado unas cuantas palabras con el detenido —informó el mandatario—. No ha tardado en contarnos lo que le pedíamos y lo que no. Era un trollco razonable. Ha preferido piar pronto y morir rapidito. Tal como imaginábamos, esos cinco eran solo una avanzadilla, unos exploradores. Lo gordo está por llegar. Se dirige hacia aquí un ejército hostil. No hemos podido averiguar cuántos son porque hemos capturado al trollco más tonto y solo sabía contar hasta veinte. Le hemos preguntado que cuántas veces veinte eran y casi le da una embolia. En futuras ocasiones —dijo mirando a la jefa de la Guardia— espero que podamos capturar al trollco más inteligente de la patrulla. Aunque claro, el más listo suele ser el que no se deja coger vivo...

—¿Y qué haremos ahora? —Brusca interrumpió al alcalde antes de que se perdiera en sus acostumbradas divagaciones.

—Debemos prepararnos —contestó Traumatismo—. Pero también es muy importante saber a qué nos enfrentamos. El trollco dijo que su ejército está a dos días de aquí. Pero claro, ¿a dos días a paso de trollco o a paso de enano? Porque ellos son más altos que nosotros y, obviamente, la diferencia entre sus pasos y los nuestros no es cuestión menor. Si consideramos...

—Alcalde —le cortó esta vez Quebranto—. ¿Cómo averiguamos la situación y el tamaño del ejército enemigo?

—Ah, sí, el ejército... Para eso tenemos a Wifo.

Medroso se sobresaltó. Trataba de calcular en su cuaderno la relación entre la zancada de ambas especies cuando se oyó nombrar.

—¿Cómo? ¿Yo qué? ¿Qué?

El venerable enano sintió cierta compasión por aquel joven humano. Había oído de él que era una persona extraordinariamente poco extraordinaria y, no obstante, se había ganado la simpatía de sus vecinos del barrio de Peñatibia, o quizás precisamente por ello. Pero su obligación como alcalde era ser práctico. La única ocupación del chico consistía en andar curioseando por todas partes y tomar notas en un cuaderno, de modo que la comunidad podía prescindir de él.

—¿Qué pasa conmigo, señor? —insistió Wifo a Traumatismo, que había vuelto a sumirse en sus cavilaciones.

Aquel abrumado líder observó durante unos segundos al humano antes de hablarle:

—¿Tú sabes montar a caballo, hijo?

—Bueno, sé montar en burro, que supongo que será muy similar. Los dos son equinos.

—¿Sabes o no sabes? No nos lées con cosas de eruditos.

—Sí, podría decirse que sé cabalgar —admitió Wifo, aunque no del todo convencido.

—Verás, muchacho, la situación es la siguiente. Tenemos un caballo en la ciudad pero no sabemos montarlo. Supongo que estarás al corriente de que los enanos no montamos encima de nada. —El alcalde no mentía. Wifo sabía que los enanos no montaban a caballo ni en barco ni en nada que se pudiera mover más rápido que ellos. Ocasionalmente se subían encima de otros enanos, pero solo para alcanzar cosas a las que no llegaban—. Por eso es el momento de que ejerzas el trabajo que te hemos asignado en la comunidad.

—¿Eh? ¿De qué trabajo habla, señor? No lo entiendo. Yo estoy estudiando...

El jefe apartó del aire las palabras de Wifo con perezosos aspavientos de la mano.

—Mira. Llevas aquí varias semanas tomando notas. No es que nos molestes, no eres un incordio muy a menudo, pero ahora tienes que hacer algo a cambio por la comunidad, ¿entiendes? La comunidad es lo más importante. Hoy por nosotros, mañana por nosotros. Así se ha hecho siempre.

Wifo empezó a entender por qué lo habían convocado a aquella reunión.

—¿Y qué es lo que debo hacer exactamente? —preguntó, y sintió cómo el miedo ante una respuesta que ya adivinaba le iba mordisqueando el sistema digestivo.

—Necesitamos que cojas el caballo, te montes en él y galopes a toda velocidad hacia el nordeste. Puedes seguir el rastro de huellas, boñigas y destrozos que habrá dejado la patrulla trollca viniendo hacia aquí. Cuando veas al ejército enemigo, lo cuentas, tomas notas de sus características y te vuelves cagando centellas para informarnos. Solo es eso. A nosotros, a pie, no nos daría tiempo. Además a ti te gusta observar cosas y apuntarlas, así que este trabajo te encantará.

El sonido de Wifo cayéndose desmayado al suelo retumbó a través de la magnífica acústica del Salón de Hablar del Ayuntamiento. Brusca le dio un

par de patadas en el costado.

—Sigue vivo.

Hasta el último enano de Peñatibia acudió a ofrecerle su apoyo. «Vamos, Blandito, que esto es pan comido», le dijo Riñas palmeándole la espalda. Todos confiaban en que tendría éxito. O eso pensaba él viendo tantas sonrisas y gestos de optimismo a su alrededor. Los más jóvenes hasta le vitoreaban. Aquello era un coro de vivas a Blandito. Él, en cambio, estaba aturdido, como perdido dentro de una niebla densa que le permitía percibir su entorno pero no distinguirlo con claridad.

Al intentar subirse al caballo se volvió a desmayar. Tan pronto trepó por un flanco del animal como cayó a plomo por el otro hasta dar con la frente en el suelo.

Casi nadie pensaba que fuera a regresar vivo o al menos entero. Aun así tenían que animarlo.

Para su misión le proveyeron de una ligera cota de mallas, una espada corta y comida para dos días. Nada de casco o escudo porque lo importante era la velocidad. Además, le prepararon un sistema de cinchas por si se volvía a desmayar sobre el caballo.

Justo cuando iba a montar de nuevo sobre la cabalgadura, Grosa le dio un abrazo que por poco no le partió la caja torácica. Luego le ofreció un queso en aceite.

—Pa la gusa del viaje, que tas en los huesines —le dijo sosteniendo el queso con las dos manos chorreando de grasa y mirándolo con sus enormes ojos negros.

No era su imaginación. Pudo ver cómo a la enana se le caía una lágrima. Le dieron ganas de bajarse del caballo y abrazarla él también. Sobre todo de bajarse del caballo y echar a correr sin detenerse hasta llegar a su casa. En Bellavista. Con su madre.

Picó espuelas y salió a un trote rápido. A su espalda oyó los alaridos de algunos enanos:

—¡Eh, que por ahí se va al noroeste, no al nordeste!

—¡Vuelve, que vas al revés!

«Mierda, me han pillado», pensó Wifo. Volvió grupas y enfiló hacia la dirección correcta sonriendo y saludando a la ciudadanía.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Una hora? ¿Cinco? Imposible saberlo. No es sencillo buscar huellas en la tierra mientras cabalgas a toda prisa a la vez que consultas tu reloj de bolsillo⁴.

Cuando sus ojos no fueron capaces ya de distinguir una caca de trollco de una piedra, decidió galopar en línea recta a ver con qué se topaba. Y si no lograba dar con el ejército, mejor que mejor. Era preferible volver con una disculpa que sin una pierna. Sí, quizás la suerte de Villa Trifulcas dependiera únicamente de su audacia, pero él no tenía la culpa de temer a la muerte. A él lo habían educado para huir de ella, no para correr en su persecución.

«Los cobardes no estarán bien vistos pero viven más tiempo», se decía Wifo a sí mismo para convencerse de que su falta de valor no era un defecto tan vergonzoso. Y los cobardes, al sobrevivir, recogen la cosecha que han sembrado los intrépidos y con ella alimentan a su prole de cobardes, a la que transmiten sus genes pusilánimes. Es un equilibrio necesario para la supervivencia de la especie. El mundo avanza a una velocidad que es el resultado de restar la resistencia de los apocados al empuje de los valientes. La misión principal de los cobardes es mantener a su grupo a salvo de la extinción; la de los audaces es poner a la civilización ante el abismo para que avance.

Por tanto, siendo un gallina estaba protegiendo de alguna manera a sus seres queridos, lo cual lo convertía en una especie de héroe abnegado aunque poco aplaudido.

Fue buena idea seguir el camino que llevaba al nordeste bordeando el Valle. Un sendero siempre da mayor sensación de seguridad y te permite orientarte mejor. Además no tardó en cruzarse con grupos de campesinos que huían del ejército trollco hacia el sur. Según su mapa, esa gente debía de provenir de las aldeas meridionales del Valle. Se le ocurrió preguntar a un grupo de ellos:

—Perdonen, buenas gentes. ¿De dónde vienen ustedes?

—Del infierno —contestó uno.

—Del añorado hogar —informó otro.

—Del lugar donde abandonamos nuestros sueños —declamó un tercero con entonación lúgubre.

Vaya con el lirismo del campesinado. Cuando se ponían místicos no había quien les sacara una información precisa. Su tío abuelo Angus tenía una granja de gallinas y la poesía le salía sola al contemplar «los verdes prados que acarician el horizonte con sus tallos» y «los campos de trigo bañados por el sol del atardecer».

Cuando interrogó a los lugareños acerca del ejército que se aproximaba tampoco obtuvo datos útiles. «Una horda infame cuya bandera es la crueldad» y «Una fuerza creada con el único propósito de acabar con todo rastro de vida a su paso» fueron las indicaciones más rigurosas que pudo recabar.

Su plan de reunir la información por la vía fácil había fracasado.

Siguió avanzando a un trote tan penoso que ya no sentía el culo bajo la espalda. Observando a aquellas gentes pasar en grupos junto a él, pensó que sería buena idea buscar algo de ayuda para su peligrosa misión; un compañero que le ayudase si las cosas se ponían feas. Lo intentó con la siguiente banda de agricultores que encontró:

—Perdone —le dijo a un recio labriego que llegaba con otros más, cargando con fardos y cachivaches—. Usted parece fuerte y musculoso. ¿No querría venir conmigo? En el caballo hay espacio para los dos e iría usted más cómodo.

Lo echaron de allí lanzándole patatas y repollos y gritándole que se buscara una esposa. Qué tipos más ariscos. No podía uno pedir algo amablemente a la gente del campo sin que le arrojasen verduras y le amenazasen agitando los puños en el aire.

Volvió a ponerse en marcha después de pasar la noche escondido entre unos matorrales. No había pegado ojo, asomándose entre las ramas cada pocos minutos para evitar que lo emboscaran en la oscuridad. Lo más complicado había sido camuflar al caballo con unos helechos en la cabeza y ramas de arbusto sobre el lomo. Si alguien hubiera pasado por allí habría visto seguro al animal, aunque lo habría confundido con una bestia mitológica, procurando no acercarse demasiado.

Antes del amanecer ya estaba galopando hacia el nordeste. Los enanos le habían dicho que los trollcos cruzarían el Paso del Descalabro y desde allí bajarían en dirección sur hacia Villa Trifulcas, ya que ese era el camino más corto. Afortunadamente, ese paso de montaña estaba bien señalizado con postes indicativos cada pocos kilómetros.

Hacia la derecha el Paso del Descalabro y Trollsavilla. Peligro de muerte. Hacia arriba, a 50 kilómetros, la pequeña Aldea del Tomillar. Posada confortable. Especialidad en cabra montesa al tomillo agreste. Precios populares y descuentos de grupo. Se admiten mascotas no devoradoras de hombres.

«Valor, Wifo, eres un hombre de acción», se mintió a sí mismo, y entró en el lóbrego desfiladero.

Las nubes ocultaban por completo el sol, dibujando un contorno de las montañas aún más sombrío. De las paredes rocosas brotaban ramas secas y retorcidas que parecían brazos y manos intentando agarrarte o pedirte limosna. Para completar la escena, como si todavía no fuera lo bastante tenebrosa, el viento aullaba y sollozaba al lamer los riscos y hendiduras de la roca. Y su madre aconsejándole que hiciera las prácticas al lado de casa y él pensando que menuda tontería.

Se adentró cabalgando despacio en la boca del cañón. Una estrecha garganta rocosa que la naturaleza había dispuesto de modo que te pudieran arrojar peñascos desde arriba mientras la cruzabas. A ningún dios se le ocurrió excavar una quebrada amplia, segura y comfortable.

—No puedes pasar —pronunció de pronto una voz teatral alargando las vocales.

—¿Quién está ahí? ¿Quién ha dicho eso? —A Medroso los pelos de la nuca se le clavaron en el cuello de la camisa.

—Los espíritus de los guerreros caídos en la batalla guardan este paso. Vuelve por donde has venido o perece en este angosto camino —insistió la voz temblorosa y ominosa.

Aquel desfiladero, igual que cualquier otro, tenía su propia leyenda de guerreros atrapados en él que ahora vagaban como ánimas malditas atormentando a los viajeros.

—¿Un espíritu? Muéstrate —solicitó Wifo.

—Voy, espera.

De entre la niebla, que brotaba a saber de dónde, surgió un espectro. Su cuerpo, antaño robusto e imponente, había quedado reducido a un montón de huesos bajo unos pocos colgajos de carne macilenta. En aquellas condiciones daba más asco que miedo.

—¿Ya?

—Sí, ya puedo verte.

—¡No puedes pasar! —repitió entonces el espectro. Sostenía en alto una espada oxidada de filo irregular.

—¿Por qué no? —le preguntó Wifo.

—Pues porque no.

—Esa no es una razón razonable.

El guerrero maldito relajó un poco su rigor intimidante, más intrigado que dispuesto a cumplir su cometido de hacer que cundiera el pánico.

—¿No deberías ponerte a temblar y a rogar por tu vida en lugar de hacer tantas preguntas?

—Bueno, sí, en general soy muy miedica —confesó Wifo—. Si veo una araña no consigo dormir hasta que mi madre la mata. Pero tengo bastante experiencia con apariciones fantasmagóricas.

—¿Y eso? —le preguntó el soldado errante francamente interesado.

—Es por mi abuela Taravinia. Murió de forma inesperada y puede

decirse que siendo bastante joven para morir de vieja. Se fue con muchas cosas por decirnos que no estaba dispuesta a callarse, así que anduvo vagando por casa unos meses. Se le aparecía a mi madre todos los días para recordarle que tenía que haberse casado con Fringus el Tintorero, no con mi padre, que según ella era un memo sin futuro. A mí me repetía que dejara los estudios, me pusiera a trabajar y me hiciera un hombre de provecho, que no fuera como mi padre. Lo cierto es que no le soportaba. A él se le aparecía solo para asustarle en los momentos más íntimos e inapropiados.

—Vaya... ¿Y qué pasó al final?

—Cuando mi padre murió, mi abuela dejó de aparecerse. Supongo que ahora se dedicará a atormentarle en el más allá. Menuda es ella...

—Qué me vas a decir a mí... Aún me acuerdo de mi suegra y del vientre que la trajo al mundo.

Wifo se bajó del caballo para estirar las piernas.

—¿Y tienes que atormentar a todo el que cruza? —preguntó por charlar de algo. No quería que la situación con el guerrero espectral resultara violenta si ninguno de los dos sacaba un tema de conversación. Eran dos completos desconocidos.

—A todos —respondió el fantasma—. Ahora la cosa está tranquila, pero en Año Nuevo y en la Fiesta de la Cosecha no paro. Estoy intentando que se muera alguien del susto y me eche una mano.

—Ya... Me imagino.

—¡Buh!

—¿Qué haces?

—Nada, nada.

Volvió a crearse un silencio incómodo entre ambos.

—Pues parece que va refrescando ya —comentó el esqueleto corrompido.

—Sí, estamos en la época —añadió Wifo agitando los brazos y las piernas para desentumecerlos.

—A mi mujer le encantaba el frío.

—¿Estabas casado? —preguntó Wifo.

—Sí. Con una mujer maravillosa. Estábamos ahorrando para un chamizo en las Lomas del Viento. Aquí al lado. Obra nueva. —El ánimo del no muerto se fue ensombreciendo a medida que su memoria viajaba hasta aquellos recuerdos felices.

—¿Y qué pasó?

—Me enrolé en la milicia del Valle; ya sabes, para ganar un dinero extra, y unos grongos de las cavernas nos atacaron durante unas maniobras.

—Lo siento mucho, guerrero maldito —le dijo Wifo sinceramente—. ¿Puedo llamarte guerrero maldito?

—Sí, claro. Es lo que soy. Aunque yo prefiero «combatiente errante», es más..., cómo decirlo..., más apropiado.

El joven no podía evitar apiadarse del alma doliente de aquel señor putrefacto.

—Y no pudiste despedirte de tu mujer, ¿verdad? ¿Es por eso por lo que sigues vagando por el mundo de los vivos? Normalmente lo hacéis porque tenéis algo pendiente de resolver aquí.

—¡Sí! —contestó la aparición echándose a llorar.

Wifo se acercó a él y le dio unas palmadas en su cadavérica figura.

—Ea, ea, ya pasó. Y arriba ese ánimo, hombre. Ya verás como al final se soluciona todo. ¿Quieres un pañuelo?

—Para qué, si no tengo nariz. Me la comió un cuervo.

El espectro lloraba ya a lágrima muerta.

—Veinte años llevo esperando aquí a ver si viene a verme. Pero claro, las amas de casa no pasan mucho por este desfiladero. Si yo lo entiendo y lo respeto. Pero los espíritus no podemos salir del lugar en el que morimos hasta abandonar este mundo. ¡Y yo la echo de menos!

—¿Sabes lo que haremos? Me dirás su nombre, yo la buscaré y le diré que venga a verte, para que podáis charlar con tranquilidad de vuestras cosas —le consoló Wifo.

—¡Vale! —convino el espectro hipando del disgusto.

—Pero ahora necesito pasar. Es cuestión de vida o muerte.

—Vida, vida. La muerte no es tan gloriosa como te cuentan los oficiales cuando te envían al combate.

—¿Me dejas pasar entonces?

El combatiente errante se secó las lágrimas con el cúbito y el radio del brazo que todavía conservaba.

—Claro. Pasa. Pero debes tener cuidado, amigo. Hay un ejército ahí atrás y andan merodeando por aquí patrullas de trollcos montados en loballos.

—¿Loballos? —preguntó Wifo. Nunca había oído esa palabra.

—Sí, loballos. Mezcla de lobos y caballos. Con la fiereza de aquellos y

la velocidad y resistencia de estos.

Alguien debería empezar a regular el trabajo de los alquimistas malignos porque se les estaba yendo de las manos.

—Iré con cuidado, amigo fantasmagórico —afirmó Wifo.

—Ve, joven vivo. Y no olvides avisar a mi esposa. Se llama Perlita Wildun. Yo soy Bregon Huifintar.

—Pierde cuidado. Lo haré. Ah, una pregunta más. ¿No sabrás, por casualidad, cómo de numeroso es el ejército que se aproxima?

—Pues me queda un solo ojo y ya se le empieza a desprender la córnea, así que no podría decirte con exactitud. Pero por el ruido que hacen diría que es numeroso, de eso no cabe duda. Algo nunca oído por aquí.

La mayoría de gente del Valle estaba huyendo muy hacia el sur, al Reino de Galacia, salvo unos cuantos que prefirieron buscar refugio en Villa Trifulcas confiando en que la solvencia militar de los enanos los mantendría a salvo.

Lo que Traumatismo no terminaba de comprender —y eso que le había dado un millón de vueltas al asunto en su cabeza— era por qué de repente una hueste troll se dirigía hacia ellos. La última vez que algo así había sucedido —mucho mucho tiempo atrás—, trolls, orcos, enanos y humanos firmaron una tregua supuestamente *ad eternum*. Lo hicieron porque llegaron a la conclusión de que no les salía a cuenta andar empleando todos sus recursos en darse de bofetadas a diario. Un poco de guerra para delimitar fronteras y establecer el grado de odio que se profesaban estaba bien. Además una buena batalla siempre aseguraba tema de conversación y reforzaba los lazos de hermandad entre quienes mataban juntos, ya que pocas cosas unen tanto como agarrar a alguien por la espalda mientras un compatriota le trabaja los riñones desde el otro lado. Lo que ocurrió fue que, con el transcurrir del tiempo, las guerras se alargaron y los guerreros fueron requeridos para otras tareas. Había que trabajar, preparar festividades, pasar tiempo con los niños... Incluso los trolls tenían hijos que atender. Así sucedió que los contendientes fueron dejando poco a poco de ir al frente. El que no estaba malo se había quedado dormido, tenía trabajo atrasado o su familia no lo dejaba guerrear más. En el pequeño pueblo de Salviachica se firmó la paz blanca entre unos generales que, sin soldados, no le veían mucho sentido a seguir con las hostilidades.

De entre los hombres del Valle que llegaron a Villa Trifulcas tampoco nadie conocía las intenciones de los trollcos ni los motivos de su avance.

—A lo mejor pasan de largo —se aventuró a elucubrar un hombre anciano.

—No —le corrigió Tortas afilando su hacha—. Ya que vienen, que se marchen de aquí con un recuerdo bonito.

Traumatismo reunió en la plaza de la Fragua a los que parecían los líderes humanos, a juzgar por su dentadura completa y su robusto físico. Una boca llena de dientes era signo de gran pericia en combate, sobre todo esquivando golpes, o de quedarse en retaguardia dando órdenes sin exponerse a la lucha en primera línea. Allí les preguntó por Wifo, del que los enanos no habían tenido noticias desde que se marchó:

—Ayer por la tarde enviamos a un explorador a caballo. Uno de vuestra raza, de unos veinte años de edad humana, flaco y desgarbado. El caballo es blanco y marrón, de buena alzada. Alto como tú y gordo como tu esposa —dijo señalando a uno de los aldeanos, pero sin malicia ni ánimo de causar escarnio, sino con fines puramente ilustrativos. El matrimonio no se lo tomó a mal porque tampoco era inexacto—. ¿Lo habéis visto?

—Yo sí —intervino otro aldeano—. Vi cómo huía mientras un grupo de campesinos le lanzaba repollos y otras verduras. Aunque no sé qué les hizo; tampoco quise inmiscuirme.

—Yo también lo he visto. Cabalgaba inconsciente, colgando de unas cinchas de cuero mientras el caballo galopaba encabritado —anunció un tercero.

—Y yo. Justo anoche. Estaba entre unos matorrales. Creo que intentaba esconderse, pero le asomaban las dos piernas. Tenía al jamelgo con la cabeza cubierta de hojas de polipodio. No me acerqué a él temiendo que fuera un anormal perturbado, así que di un pequeño rodeo para esquivarlo.

—Vaya panorama... —comentó un enano de la Guardia.

Brusca acercó su boca a la oreja del alcalde:

—Mira, jefe, a estas alturas Wifo ya debe de estar muerto. Bastante que llegó vivo hasta el anoche. Lo mismo deberíamos ir mirando otras opciones...

Oculto tras un banco de piedra, Grosa escuchaba todo lo que se decía, incluyendo lo que Brusca le había susurrado a Traumatismo. Todo lo que le faltaba de perspicacia lo tenía de oído. Tras unos momentos de barullo mental, ató cabos en su abotargado cerebro. ¡Wifo! ¡Peligro! Tengo que hacer. Voy allá.

Llena de resolución, se levantó del suelo y se escabulló con el sigilo de una mula cargando una cristalería. El verdadero camuflaje de Grosa consistía

en que nadie solía prestarle atención.

El alcalde de Villa Trifulcas también pasó a la acción:

—Pediremos ayuda a nuestros hermanos de la ciudad de Forcejeo.

¡Encended las almenaras!

—Están mojadas. Anoche llovió —le informó Ceporra.

—Pues no hay ayuda. Id quitando el polvo a las armaduras.

Mientras huía al galope por el desfiladero de las Ánimas Errantes, dos acontecimientos inesperados le ocurrieron a Wifo.

El primero fue que dos orcos montados en loballos le sorprendieron con la libreta en la mano y se lanzaron a perseguirlo. Cuando estaban a punto de alcanzarlo, la diosa Chiripa⁵ hizo que el queso en aceite que le había regalado Grosa se saliera de su alforja y fuera a rodar hasta la pata de un lobbalo, que pisó el cilindro lácteo y resbaló en él, provocando la caída de ambos persecutores.

El segundo, consecuencia del primero, fue que los chillidos que profirió Wifo durante la persecución causaron el derrumbamiento de una parte del desfiladero, dejándolo parcialmente obstruido. Tal hazaña involuntaria entorpecería y retrasaría de forma considerable el avance de las tropas enemigas.

Wifo nunca había visto un orco sino en las ilustraciones de algún libro de la escuela, y aquel día descubrió que los ilustradores tampoco habían visto un orco en su vida. En persona no eran criaturas cómicamente estúpidas y grotescas coloreadas en alegres tonos pastel. Ni parecido. La realidad del orco era un cuerpo casi tan grande como el de un hombre adulto, una piel de color verde cercano al negro y un aspecto feroz y maligno nada caricaturesco. Su estupidez, desde luego, no era del tipo lelo e histriónico, sino cruel y espeluznante. Se podía decir que habían sido diseñados para infundir terror con su sola presencia. Por lo menos a personas como Wifo, a quienes la violencia les provocaba el descontrol de los esfínteres.

Con el susto en el cuerpo no paró de galopar hasta llegar a Villa Trifulcas, donde dos guardias lo vieron aparecer desmayado sobre el caballo. Por suerte el animal conocía el camino de vuelta.

La ciudad era un clamor de asombro debido a que Blandito había regresado vivo y además trayendo consigo la información que el alcalde le había requerido. Nadie habría apostado una jarra de cerveza por él.

—Son muchos —le dijo al jefe. Estaba tumbado en un banco intentando recuperarse de la epopeya, rodeado de un círculo de cabezas enanas que lo observaban desde arriba.

—¿Cuántos? —preguntó Traumatismo.

—Muchos muchos.

—¿Dirías que un montón o más bien un montonazo?

—Más de diez mil —balbuceó Wifo. En la granja de su tío Angus aprendió a contar pollos mediante mecanismos estadísticos complejos que había empleado para cuantificar a las huestes hostiles.

—Más de diez mil... —musitó el alcalde.

Los enanos nunca se sentían abrumados por la superioridad numérica de un enemigo, lo que no evitaba que sí pudieran experimentar cierto estupor ante una proporción de fuerzas tan desigual.

—Hay un poco de todo —continuó Wifo—. La mayoría son trollcos, pero también hay los clásicos trolls, orcos y loballos.

—¿Loballos?

—Luego os lo explico porque tiene su miga. Traen arietes, torres, escalas y otros artilugios diseñados para asaltar fortalezas.

—Pues sí que vienen cargados —opinó Embrollo agitando la mano.

—Por fortuna, tuve la audacia de derruir la pared occidental del desfiladero, dejando únicamente un estrecho corredor para franquearlo. El peligro me acechaba en cada roca y recoveco, pero me mantuve firme y cumplí mi cometido.

Sus oyentes lo miraron con incredulidad. Ni él mismo se creía lo que acababa de contar, y eso que era medio cierto.

El alcalde se frotó la barbilla para que todos supieran que estaba cavilando.

—Eso nos da al menos un día más para prepararnos —meditó en voz alta, de modo que todos pudieran apreciar su perspicacia. Era importante para un líder que sus súbditos se dieran cuenta de que se esforzaba.

—¿Cuáles son las órdenes ahora? —preguntó la jefa de la Guardia.

—Tenemos un día más, así que organizaremos una fiesta para agradecerse a los dioses —decidió Traumatismo—. Avisad a todos: esta noche en la casa consistorial. Que lleven cerveza.

Luego miró a Wifo y le soltó dos amistosos bofetones en las mejillas. Manotazos de orgullo y felicitación.

—Bien hecho, Blandito. Mejor dicho, explorador Blandito.

—¿Explorador?

—Eso es. A partir de ahora eres nuestro explorador. Ya tienes trabajo. Enhorabuena.

Wifo quiso echarse a llorar y resultó que ya no le quedaban lágrimas ni en los ojos ni en el alma.

—¿Sabéis dónde está Grosa? —indagó una vez que el alcalde se hubo retirado a preparar el festín.

—No, desde ayer no la veo —dijo Riñas—. Ay, pillín..., para qué querrás a Grosa ahora.

—Por favor, Riñas, no vuelvas otra vez con lo mismo. Tengo que agradecerle un regalo que me ha salvado la vida.

—¿Y cómo se lo vas a agradecer, truhan? —El enano levantó las cejas varias veces expresando una divertida obscenidad.

—¿Sabes, Riñas? Si midiera medio metro menos y pesara cincuenta kilos más, te lo explicaría de modo que lo entendieras.

—¡A Blandito le gusta Grosa!

Era inútil. Una vez que un enano entraba en un juego de insinuaciones lúbricas no había quien lo detuviera. Y si se trataba de Riñas, peor que peor.

Wifo empezó a preocuparse de verdad cuando no encontró el queso diario en la puerta de su casa.

—¡Grosa! ¡Grosa! —gritaba mientras recorría volando las calles de Peñatibia.

Riñas corría detrás de él sin dejar de hacer sus bromas acerca del supuesto romance. No estaba tan preocupado como Blandito. En su opinión, Grosa estaría en cualquier sitio haciendo cualquier cosa, como siempre. Esa enana iba por libre desde el día que llegó a Villa Trifulcas.

—¿Tú sabes lo que sale si un hombre tiene un hijo con una enana? — insistió chinchando más aún—. Yo sí, lo he visto.

—Riñas, vamos, ayúdame a encontrarla.

—¡Pero si no le pasa nada, tranquilízate!

—Tengo un mal presentimiento.

—¿Tú presientes?

—No presiento nada, Riñas, pero ahora sí. No sé por qué.

El enano se rio en silencio de las ocurrencias absurdas que creaba su cerebro uniendo a Grosa y a Wifo en situaciones voluptuosas. A pesar de considerar innecesaria la búsqueda, se puso a ayudar a su amigo porque no tenía nada mejor que hacer. Ni mejor ni peor. Nada en realidad.

—¿Has visto a Grosa? —preguntaban a cualquiera que se cruzaba con ellos.

Nadie recordaba haberla visto desde el día anterior. Aunque la agitación en la ciudad por los últimos acontecimientos mantenía la atención y el interés de todos fijos en la batalla que se aproximaba.

A Wifo se le ocurrió mirar en cualquier rincón que pudiera servir de escondrijo a alguien de las dimensiones de Grosa. No encontraron nada.

—Pues tenías razón. No hay ni rastro de Grosa por ningún sitio. ¿Y ahora qué hacemos?

—No lo sé, Riñas. No lo sé.

Aquella mañana el ronroneo lejano de los cuernos de guerra despertó a Villa Trifulcas de su borrachera comunitaria. Los trollcos ya llegaban. Wifo envidió de nuevo la capacidad de sus anfitriones de beber hasta la pirueta y no padecer resaca. Se levantó como pudo de la cama y se asomó a la puerta de casa. No había ningún queso.

En la ciudad muchos enanos llevaban horas despiertos, preparándose para el combate. Y eso que la noche anterior, tal como ordenó Traumatismo, habían celebrado una fiesta en honor de los dioses de la Guerra que se alargó hasta bien entrada la madrugada. Podrían haber organizado una verbena más modesta, pero las divinidades guerreras eran muchas y no quisieron menospreciar a ninguna, no se fueran a ofender y a retirarles su protección.

Al ritual también asistieron los hombres del Valle, aunque no homenajearon a los dioses enanos porque consideraban que los suyos eran mejores. Para darse cuenta bastaba con echar la vista atrás. ¿Cuántas ciudades humanas habían conquistado los trolls? «Exacto —dijeron los hombres respondiendo a su propia pregunta—: ninguna.»

La discusión religiosa continuó todavía un rato más, con argumentos apasionados por ambas partes, hasta que la jefa de la Guardia, Brusca, zanjó el tema partiendo por la mitad a un leñador particularmente insistente. La cosa no fue a mayores porque los homicidios por temas religiosos eran algo normal. Incluso los sacerdotes de cada culto animaban a sus fieles a dirimir las controversias teológicas por la fuerza cuando no conseguían convencer con las palabras.

Pero ese incidente sin importancia no ensombreció el ánimo de los festejantes, que continuaron con sus rituales sacrosantos hasta las tantas de la madrugada. Algunos enanos, lo más devotos, todavía no se habían acostado y seguían a esas horas honrando a las deidades por los suelos.

Fue al ir a despertar a los hombres del Valle cuando descubrieron que se habían marchado. Dejaron atada a la puerta del Ayuntamiento una nota que Brusca entregó a Traumatismo, quien la leyó delante de sus oficiales.

Estimados enanos:

Anoche, durante la fiesta, nos vinimos muy arriba con el vino y os ofrecimos una alianza. Pero después de dormir un poco y desayunar lo hemos pensando mejor y hemos decidido que nos vamos. No os lo toméis a mal, pero la batalla va a ser una escabechina. Os van a dar lo que no está escrito.

Lamentamos las molestias y os agradecemos mucho el festín de anoche. La cerveza era de primera. De todos modos, quedamos a vuestra disposición para futuras guerras o escaramuzas en las que podamos colaborar.

Atentamente,

Los hombres del Valle

A los enanos no les sorprendió el escaqueo de última hora. No era la primera vez que aquellos campesinos los dejaban plantados en la víspera de una batalla. Casi agradecían que no fueran a resultar un estorbo con sus huidas prematuras y sus cobardes desbandadas que descolocaban todo el campo de batalla.

—Los que se van son los que sobran —dijo Traumatismo. Luego arrugó el papel y ordenó formar a la falange frente a la puerta de la ciudad.

Cuando uno nunca ha visto un ejército enano presto al combate, se imagina una turba anarquista de individuos soltando cachiporrazos en un barullo caótico, como si combatieran igual que comen y beben. Por eso Wifo se quedó, hablando literalmente, con la boca abierta en presencia de la falange enana. Así como los enanos eran indisciplinados y caóticos en muchos aspectos, resultaban ser todo lo contrario en la guerra. Allí eran un arma letal con una disciplina inquebrantable.

Ante sus ojos, mil enanos y enanas, acorazados con sus brillantes armaduras negras, formaban frente a la puerta de la ciudad un rectángulo perfecto tras el estandarte de Villa Trifulcas: un puño golpeando una boca de la que salían varios dientes volando.

La precisión con que se alineaban los soldados era milimétrica. Ninguno se movía lo más mínimo, como si fueran guerreros de piedra. Cada uno de

ellos sostenía frente a él o a su costado un escudo tan alto como su propio cuerpo, mientras que los yelmos de acero apenas dejaban entrever los ojos y una pequeña fracción de la boca. Y eso solo para defenderse, porque para atacar contaban con una lanza de tres metros de altura que apuntaba al cielo. Un arma capaz de atravesar cualquier armadura o caja torácica.

Wifo no oía otra cosa que su propia respiración. La falange no emitía ni el más leve sonido. De pronto desapareció su miedo ante la horda enemiga que ya asomaba por una colina, a un kilómetro de distancia.

Traumatismo, al frente de la hueste negra, pronunció unas palabras en el idioma de los enanos que se oyeron con nitidez hasta en las murallas de la ciudad. Los mil guerreros contestaron con una sola voz.

—¡Furra! ¡Furra! —bramaban a la vez que golpeaban sus escudos con el asta de las lanzas.

Parecían truenos embistiendo a una montaña.

Una multitud de orcos y trollcos montados sobre loballos se lanzó al galope contra ellos. Su comandante debía de ser bastante imbécil; eso lo percibió incluso Wifo, que era un ignorante en cuestiones militares. Traumatismo gritó una orden en su lengua y de inmediato, con una coordinación astronómica, la primera fila de la falange bajó sus lanzas hasta colocarlas en un ángulo de noventa grados respecto de sus cuerpos. El rectángulo era ahora un puercoespín forrado de metal.

Los trollcos chocaron contra el muro de espinas sin conseguir desplazarlo ni un centímetro. Los que no quedaron ensartados en las púas rebotaron en los escudos o saltaron por el aire para aterrizar sobre la punta de alguna lanza de las filas posteriores.

—¡Toma! —gritó Wifo desde su torre mientras veía a los enemigos morir a centenares.

La victoria era cuestión de poco tiempo.

Oleada tras oleada, trollcos y orcos se iban estrellando con estúpida contumacia contra el infranqueable muro de escudos y lanzas. El rectángulo de acero permanecía amarrado al suelo aguantando con firmeza cada embestida. Siempre la misma táctica y siempre el mismo fracaso. ¿Por qué los enemigos enviaban a sus huestes a una muerte tan absurda?

Y entonces Wifo empezó a comprender la táctica del adversario, que ya no le parecía tan idiota como antes.

Desde su posición elevada en la muralla, podía estudiar la batalla con

una perspectiva mucho más amplia que la que tenían los combatientes a ras de suelo. Desde allí se dio cuenta de que la falange, en teoría impenetrable, tenía su punto débil: el «techo». Y eso era lo que el enemigo estaba preparándose para aprovechar. Las sucesivas acometidas estaban formando una rampa de cadáveres amontonados unos sobre otros. Traumatismo y sus oficiales, metidos de lleno en el fregado, no percibían la verdadera dimensión de la superioridad numérica del adversario. Bastante ocupados estaban ensartando trollcos en sus picas.

En un momento dado, los montones de cuerpos muertos alcanzaron la misma altura que tenían los escudos enanos. Entonces varios cuernos mugieron y llegaron los trolls. Criaturas de casi tres metros de altura, de cuerpos gruesos pero robustos, armadas con garrotes salpicados de púas afiladas como colmillos de gringos de las cavernas. Esas bestias utilizaron los montones de cadáveres como un talud y se lanzaron sobre el interior de la falange, penetrando en ella desde arriba.

Riñas, asomado al muro junto a Wifo, también lo vio: la falange se rompió. Desde dentro hacia fuera, que era la única forma posible de desbaratarla.

Los enanos apiñados en su interior soltaron las lanzas y sacaron sus hachas. Ya no había formaciones de combate ni órdenes de maniobra. Cientos de orcos y trollcos se colaban entre sus líneas como el agua a través de las grietas de una presa. Era por fin el caos que uno espera ver en una batalla de enanos. La masacre de bichos verdosos continuó, desde luego. Cada vez que un hijo de la Roca blandía su arma, las cabezas trollcas caían como aceitunas vareadas. Pero ahora también morían enanos, muchos, y los que iban quedando eran obligados a retroceder hacia la puerta de la ciudad.

Desde la muralla, los espectadores miraban hacia abajo para saludar a sus camaradas en retirada. No se esperaban un desenlace así, y a pesar de la sorpresa y la decepción, vitoreaban como locos a los guerreros que volvían a casa. Aquellos combatientes cruzaron la puerta de Villa Trifulcas cantando igual que cuando salieron. Canciones populares que hablaban de descuartizar, patear y tronchar cabezas. Wifo, que observaba la escena sin entenderla, le preguntó a Riñas buscando una explicación:

—¿Pero por qué lo celebráis si hemos perdido?

—Porque hemos luchado.

—Pero han muerto muchos enanos.

—Sí, Blandito, pero mira el campo de batalla. Hoy sobrarán muchos más platos en sus mesas que en las nuestras.

«Están definitivamente locos», pensó Wifo. Con esa actitud Villa Trifulcas estaba perdida. Luego se fijó en el campo de batalla cubierto de cadáveres, enteros o troceados, y de repente fue consciente de que estaba metido en mitad de una guerra. Una que acababa de empezar y ya la iban perdiendo.

Su imaginación, de naturaleza morbosa y viajera, saltó de un escenario malo, la derrota en la batalla, a otro aún peor, donde los trolls conquistaban la ciudad y mataban a todos sus habitantes. Él incluido. Entonces se desmayó.

—¡Matar, patear, tronchar! ¡Dame un orco al que espachurrar!

—¡Furra!

—¡Furra!

—¡Decapitar, mutilar, despedazar! ¡Si hay un troll es un buen lugar!

Era la tropa derrotada más festiva que Wifo vería nunca. Lo de ganar o perder era quizás lo de menos; como decía Traumatismo: lo importante en la guerra es participar. De los mil que partieron solo regresaron trecientos, muchos de ellos sangrando y con el arma a rastras, pero menuda entrada... Digna del mayor triunfo. O los enanos estaban rematadamente locos o él ciego de estupidez.

Los niños llevaban cerveza a los heridos y ellos les enseñaban los trofeos adquiridos en la lucha: lo mismo un casco orco con la cabeza del propietario todavía dentro que el pie cercenado de un troll. Todo acabaría en el Salón de los Recuerdos de Guerra: el segundo lugar más importante para los enanos después del Salón de las Armas de Guerra.

También habían herido a Traumatismo, y el tajo en el costado no pintaba nada bien, ni siquiera tratándose de un enano tan fornido. Se lo llevaron sobre una camilla mientras vociferaba maldiciones revanchistas en un tono y unos términos que habrían hecho sonrojar a los dioses de la Calumnia. Porque él estaba decidido a volver ahí fuera a terminar de dialogar con los trolls. No hubo quien consiguiera que soltase las dos cabezas de orco que aferraba con ambas manos.

Un enano, que terminaba de ajustarse su coraza, llamó la atención de Wifo con el característico alarido empleado para la comunicación a distancia:

—¡Eeeh! ¿Tú no estabas buscando a Grosa? —le gritó.

—¡Sí! ¿La has visto?

—Se fue de la ciudad hace un par de días.

—¿Cómo? —preguntó Wifo sorprendido—. ¿Y sabes adónde iba?

—A buscarte.

Algo en su estómago se dio la vuelta y casi salió disparado por donde no debía. ¡Enana idiota! No podía ser que se hubiera expuesto a tal peligro por él. ¡En qué estaría pensando!

—¿No has vuelto a saber de ella desde entonces? —siguió interrogando al soldado.

—Grosa es mi vecina y desde que me dijo eso no ha vuelto a casa. Vamos, que lo dejó muy claro: «Me voy buscar al Wifo y sin él no me ando vuelta». Y cuando Grosa dice, Grosa hace. Menuda es... Una pena no poder contar con ella para la batalla. Carga de frente con el escudo como un rinoceronte cuesta abajo. Tendrías que verla.

—¿Sabes en qué dirección se fue? —le interrumpió él. No estaba de humor para escuchar anécdotas.

—Hacia el norte, creo. Bueno, chico, te dejo, que esta ciudad no va a defenderse sola.

Y el enano se marchó cantándole a la sangre que iba a derramar aquella tarde.

Wifo tenía que salir a buscar a Grosa. No la abandonaría a su suerte ni dejaría que cayera en poder de los trolls. O lo que era aún peor: que se cayera a un río. ¡Demonios, los ríos! El valle estaba lleno de ellos. Los enanos no solo no sabían nadar, sino que ni siquiera flotaban. Ya podía decir lo contrario el más sabio de los alquimistas, que él lo había visto con sus propios ojos. Un enano sumergido en un fluido experimenta un empuje hacia abajo directamente proporcional al fluido que ha ingerido.

¿Pero en qué tonterías estaba pensando? Todo aquello —la guerra, el desfiladero, los quesos— estaba depravando su cordura. Ahora lo primordial era dar con Riñas e ir a rescatar a Grosa.

Medroso caminaba por la plaza principal de la ciudad apartando a la muchedumbre que iba y venía acarreando cerveza para los heridos y armas para los sanos. Ya casi en el monolito central sintió desde atrás los golpes de una mano contra su espalda.

—Oye, Blandito —le dijo Puños cuando se volvió—. Ahí hay una mujer que pregunta por ti. Bueno, pregunta por Wifo, no por Blandito. No debe de ser de por aquí.

Wifo estiró el cuello oteando en la dirección a la que apuntaba el dedo del enano. No podía creérselo. No. Esto no estaba sucediendo. Era lo que le faltaba.

—¡Mamá!

—Hay que ver cómo tenéis esto —dijo Ramona agitando la mano.

Si a Wifo no le dio un infarto en aquel momento, significaba que su corazón podía soportar cualquier conmoción hasta que se arrugara de viejo.

—Pero... ¿Pero qué haces aquí?

—¡Pues qué voy a hacer! Que si no me avisa una vecina de que aquí se andaba preparando una guerra, ni me entero. Mira que te lo dije, que nada de enanos, y tú erre que erre. Anda, tira para casa...

—¡Dioses, qué locura! —exclamó Wifo arañándose el pelo—. ¿Y cómo has entrado? ¡Si está la ciudad amurallada y cerrada!

—Unos hombres muy simpáticos me han acompañado por un pasadizo subterráneo a cambio de una de las esmeraldas que me mandaste. Si lo que pretendéis es que los de ahí fuera no entren, deberíais ir pensando en sellar los túneles. Es solo una sugerencia, ¿eh? Que yo no me quiero meter.

Ramona Medroso cogió la cara de su hijo entre las manos y la inspeccionó desde todas las perspectivas.

—Cómo estás de demacrado. ¡Y mira qué pelos llevas! Estás hecho una birria, Wifo. ¿Y dónde están los dientes que te faltan?

—Los tengo en casa. Mira, mamá. Ahora mismo tengo que irme porque el alcalde de la ciudad me ha hecho llamar, pero vuelvo enseguida. Espérame aquí, por favor te lo pido.

—No, no. Si yo de aquí no me muevo —confirmó su madre—. Pero no tardes, que menuda la que tenéis liada...

Tan pronto como Wifo echó a correr entre el enanío, Ramona giró sobre sí misma un par de veces estudiando el zurriburri que se había organizado en la villa.

—Oyoyoy —masculló por lo bajo llevándose las manos a los carrillos—. Qué caos. Qué demencia... ¿Y ese señor qué hace? —preguntó viendo a un enano empeñado en atarse él solo las cinchas de la coraza—. ¡Oiga! —le

gritó—. ¡Que eso no va así, hombre! Traiga, ande, traiga antes de que monte un estropicio.

Traumatismo, desde luego, no estaba bien. No hacía falta tener conocimientos sanitarios para darse cuenta. Había recibido varias heridas de escasa gravedad para alguien de su envergadura y constitución, aunque cualquiera de ellas habría bastado para enviar a Wifo a morar con sus antepasados. La más preocupante era la que le cruzaba el costado derecho, desde la axila hasta la cadera, y de la que no dejaba de brotar sangre. Un médico habría determinado lavar el corte, desinfectarlo y coserlo antes de aplicar un vendaje compresivo alrededor del tronco. Desafortunadamente no había allí ningún cirujano cualificado, y la medicina enana, bastante más primitiva, consistía en sedar al paciente con abundante licor y esperar a que se pusiera bueno, confiando en la extraordinaria resistencia de su raza y rezando por su recuperación si era preciso.

A pesar de la fortaleza del alcalde, propia de los enanos, todos se temían lo peor. Intentaron convencerlo de que siguiera vivo diciéndole que les venía muy mal que se muriera ahora, que se esperase al mes siguiente, pero no hubo manera. Había empezado ya a despedirse de familiares y amigos con un hilo de voz entrecortada y jadeante, y cuando a uno le entran tales nostalgias es porque presiente cercano el final de sus días.

Wifo entró corriendo en el Ayuntamiento.

—¿Qué ocurre? ¿Ha fallecido? —le preguntó a Brusca.

—No. Todavía sigue despidiéndose. Lleva dos horas así. Ya no sabía a quién más llamar y ha vuelto a empezar con sus hijos, pero no tiene nada nuevo que contarles. Te espera en su habitación.

En el aire se podía oler la fetidez agridulce de la muerte. Wifo tuvo que aguantarse las arcadas ante la hemorragia borbotante de aquellas costillas trituradas. Primero se sintió repugnado y después apenado, aunque el ambiente a su alrededor no lo era. Allí todos parecían tan animados como lo estaban siempre, en especial el propio moribundo.

—Ven, Wifo, únete a la fiesta —le dijo el alcalde.

—¿Pero qué fiesta? —exclamó Medroso.

—La de mi muerte, muchacho.

—A mí la muerte no me parece ninguna fiesta. No entiendo que estéis así de alegres cuando deberíais estar tristes. Si tuvierais un poquito de sentido común, claro.

—¿Tristes por qué? Menuda tontería —gruñó Traumatismo—. Acabo de matar docenas de trolls y ahora estoy medio borracho y rodeado de los míos. Triste es ser un cobarde y morirte solo. Y total, la vida es muy larga y la muerte es solo un momentito. Pero no te he llamado para filosofar. Los guerreros reflexionamos con el hacha. Atiende: tengo otra misión para ti.

Wifo ya empezaba a sospechar que tendría que volver a ejercer su nueva profesión de explorador suicida. Aun así, preguntó para estar seguro, no fuera a darlo por hecho y acabara presentándose voluntario sin darse cuenta, pudiendo escaquearse con un prudente disimulo.

—¿De qué se trata?

—Tienes que ir a toda prisa a la ciudad de Forcejeo, al norte, a pedir ayuda a nuestros hermanos de allí.

—Pero por qué yo otra vez —lloriqueó.

—Porque se lo quise pedir a los hombres del Valle pero se largaron —le confesó el enano con total sinceridad—. Y aunque pudiera, ahora ya no me fío de ellos.

—Esto no es como lo del Paso del Descalabro —siguió quejándose Wifo—. Forcejeo está mucho más lejos. Además ahí fuera está lleno de trolls, orcos y demás seres malignos, y eso antes no estaba.

—Óyeme, Blandito. Aunque no lo sepas, tú eres un hombre muy valiente.

—No lo soy.

—Ya lo sé. Pero es lo que se dice en estos casos. Aun así, a pesar de tu falta de valor, tienes una determinación inquebrantable.

—No la tengo.

—Bueno, mira. O vas o te inflamamos a hostias, ¿entiendes?

—Sí, ahora está mucho más claro todo.

—Pues arrea, que urge.

Si se entiende por «lo normal» aquello que hace una persona cuerda para resolver una situación, entonces lo normal es que cuando a uno lo están asediando trate de evitar, por todos los medios a su alcance, que el enemigo entre en su fortaleza. Ya sea tirándole flechas, aceite hirviendo sobre la espalda o piedras contra la cabeza. Cualquier acción es pertinente si logra reducir la fuerza del adversario o, por lo menos, causar molestia y entorpecer el asalto.

Pero en este caso los enanos, una vez más, discrepaban del sentido común de los seres humanos. Ellos se limitaban a esperar a que los enemigos entrasen para partirles la cara dentro. Afortunadamente Ramona no era enana, y no estaba dispuesta a aguardar sentada hasta que una patulea de trollcos sarnosos la despellejara viva. Ella respetaba mucho las culturas ajenas, no era una xenófoba de esas, aunque consideraba que lo hacían todo mal y no tenían ni idea de nada.

Sin perder un instante, se dirigió calle abajo hacia la muralla norte para inspeccionar lo que allí se cocía, pues por lo visto ese era el punto en el que los trolls concentraban sus esfuerzos para penetrar en Villa Trifulcas. Los muros se veían sólidos, y estaba claro que los orcos no los iban a romper a cabezazos. La puerta era otro cantar. Fabricada de madera maciza con refuerzos metálicos, era gruesa y resistente, pero tarde o temprano se vendría abajo. Todos los puntos débiles acaban cediendo, por mucho que los protejas.

Arremangándose la falda, subió hasta una almena para echar un vistazo desde arriba. No bien hubo asomado la cabeza por el parapeto, una andanada de flechas orcas le pasó por encima a menos de medio metro del moño.

—¡La madre que os parió! —gritó a los arqueros—. ¡Como baje os vais a enterar de lo que vale un peine! ¡Alimañas!

Los enanos se la quedaron mirando asombrados. Algunos la jaleaban entre carcajadas. Ni uno de ellos tenía la más remota idea de quién era esa mujer ni de qué hacía ahí arriba, aunque estaba claro que tenía valor.

—¡Tú! —gritó Ramona señalando a un enano—. ¡Sí, tú! Búscate un par de amigos y me recogéis todas esas flechas y esa porquería que hay tirada por el suelo. Que la guerra no es excusa para tenerlo todo manga por hombro. —Viendo que el guardia dudaba, dio varias y sonoras palmadas en el aire—. ¡Venga, rapidito, que no tenemos todo el día! Quiero esto despejado de trastos en menos de una hora, que así no hay quien luche con todo por en medio.

El enano miró a los demás con gesto perplejo, levantó los hombros con resignación y se puso enseguida a recoger saetas y apartar armas, armaduras y otros objetos desperdigados sobre el pavimento.

—A ver, tú. —Ramona señaló a otro enano cuando bajó de la torre—. Hay que atrancar este portón para que no lo derriben. ¿Tenéis carromatos o algo parecido?

—Eh... Tenemos vagonetas de las minas.

—Pues andando a por ellas y las amontonáis contra la puerta y a su alrededor formando un semicírculo.

Enseguida corrió la voz de que en las murallas había una mujer organizando la defensa de la ciudad y los enanos acudieron allí por docenas, más estimulados por la curiosidad que con intención de ayudar. Ni al más perspicaz se le habría ocurrido que acabarían acatando las órdenes de una mujer humana, pero es que tampoco se le habría pasado por la cabeza que alguien se pusiera a organizar algo, y menos aún una resistencia armada. Si a un enano le dabas una orden con la suficiente autoridad, saltaba como un resorte para cumplirla; estaba en su naturaleza. De modo que, entre confusión y desconcierto, los trifulcanos se encontraron levantando empalizadas e hirviendo sebo en cacerolas para hacer sofrito de orco. En mitad de aquel desgobierno, con el alcalde anestesiado ya por dos litros de aguardiente, Ramona simplemente tomó la iniciativa y los demás sencillamente la siguieron. Aparte de la falange, los enanos no poseían más tácticas militares ni protocolos para enfrentarse a una situación como aquella, pero la señora Medroso sí tenía sus artimañas.

Ramona fue hacia el Salón de Armas de Guerra. Los enanos le habían dicho que allí guardaban su arsenal y no perdía nada por ir a echar un vistazo.

La verdad sea dicha, su intención tampoco era la de ponerse a coordinar la defensa de una ciudad asediada. Al menos no conscientemente. Pero si nadie tomaba la iniciativa de organizar una resistencia, ella no se iba a quedar de brazos cruzados. Por una cuestión de sentido común y porque el desorden la ponía de los nervios. Era superior a sus fuerzas.

De camino se topó con un monstruoso armatoste plantado en mitad de la calle: una estructura de madera y acero, de unos cuatro metros de altura, anclada a un pedestal de roca mediante un mecanismo articulado.

—¿Qué es este chisme? —preguntó a un guardia llamado Contuso.

El soldado echó un vistazo al artilugio sin excesivo interés.

—¿Eso? Es un invento del camarada Pedrolo. Lo llamamos «catapulta».

—¿Qué nombre más tonto.

—La verdad es que sí. Como nombre es muy absurdo.

—¿Y para qué sirve? —La mujer inspeccionaba la catapulta como si fuera un tótem prodigioso que escondiera en su esencia una capacidad extraordinaria.

—Para mandar cosas a distancia. Ya sabes. Si alguien necesita, por ejemplo, un cordero, lo subes a la cuchara esa grande, das a esta palanca y mandas el cordero por los aires. El nombre es tonto, sí, pero la máquina es útil de verdad.

Ramona acarició la palanca y meditó un instante.

—¿Cuántas de estas tenéis?

—No sabría decirte. En toda la ciudad quince o veinte.

—Quince o veinte, ¿eh?... Haz el favor y di a todos los que puedas que vengan. Y que traigan algo para transportar las catapultas hasta las murallas.

—¿Las catapultas hasta las murallas? —se sorprendió el enano.

—Tú hazme caso. Y no me hagas repetir las cosas dos veces. ¡Corre, que no corres nada! Así estás..., hecho una bola.

El enano se fue corriendo a cumplir la orden recibida con su instintiva obediencia.

A la señora Medroso ya no le interesaba ir al Salón de Armas porque, por lo poco que sabía de enanos, era probable que no encontrara allí nada que no fueran hachas, lanzas y escudos. Objetos con los que era imposible ganar una guerra. Ahora lo que le interesaba era conocer al tal Pedrolo y ver qué más inventos tenía. Para los enanos la guerra era una cuestión de honor y su falange, una tradición sagrada; no así para ella. Cuando habías criado tú sola

a cinco hijos en un barrio de mala muerte, la supervivencia no dependía de la honorabilidad, sino de tu dominio del subterfugio y la puñalada trapera. Y en ese terreno ella se daba la mejor maña.

Wifo expuso la situación a sus camaradas de forma concisa. Los enanos agradecían la concisión porque de ese modo evitaban perder el interés y acabar persiguiendo moscas con los ojos. Riñas, Follón y Robusta, plantados en mitad del salón, lo observaban mientras él preparaba a toda prisa su equipaje.

—¿Qué me decís? ¿Venís conmigo?

—¡Cuenta con mi hacha! —vociferó Riñas.

—¡Y con mi hacha! —aulló Robusta.

—¡Y con mi hacha! —clamó Follón.

—Genial, un montón de hachas. ¿Y nadie tiene, por ejemplo, un arco?

—¿Un arco? —preguntó Riñas en tono de guasa. Los tres enanos se rieron con ganas—. ¡Claro, un arco y un ramo de flores, princesa!

—¿Qué arma arrojadiza usáis entonces los enanos?

Los tres se miraron entre ellos. Follón y Robusta asintieron. Riñas también asintió y volvió a mirar a Wifo.

—El hacha.

—Vale, vale, no vamos a discutir por eso ahora —concedió el estudiante—. Coged lo que necesitéis para el viaje y volved aquí cuanto antes. Nada de barriles de cerveza, butacas o sacos de hierba de la risa. Solo lo imprescindible. Tenemos que marcharnos cuanto antes y ser lo más sigilosos que podamos. Nadie puede saber que venís conmigo porque se supone que mi misión es ir a pedir ayuda a Forcejeo, no buscar a Grosa. ¿Lo habéis comprendido?

Antes de que pudiera terminar la última pregunta, los enanos se pusieron en marcha con su acostumbrada vehemencia. Todos querían ser el primero en salir de la casa para demostrar su predisposición, de manera que se quedaron trabados en la puerta, intentando abrirse camino a codazos y empujones. Por fin Robusta derribó a Follón de una certera coz en la andorga y salió la primera.

«Menudo comando», pensó Wifo. En esta misión el sigilo quedaba descartado, aunque la ganancia en capacidad de homicidio lo compensaba. Contando con lo que tenía, se puso a planear la que pensaba que sería la parte más complicada de la misión: salir de Villa Trifulcas sin ser vistos ni oídos. Decidió que lo harían por la noche, aprovechando el jaleo que se montaría cuando la Guardia regresara al campo de batalla a recoger los cuerpos de sus caídos para darles enana sepultura. Utilizarían el túnel que había empleado su madre para entrar.

¡Su madre! Ahora sí que podía darse por muerto.

Ramona fue al taller de Pedrolo. Los enanos no tuvieron problema en darle la dirección, pero también le advirtieron de que ese camarada suyo estaba un poco loco. Aseguraba haber visto varias veces un extraño objeto volador. Una especie de platillo metálico, con luces de colores, atravesando el cielo a toda velocidad. E incluso llegó a insinuar que había subido a uno, abducido por una especie de imán gigante. Como una cabra.

La señora Medroso llamó varias veces y, como nadie contestaba, se invitó a sí misma a entrar. Al abrir la puerta se quedó espantada. El taller era una sala excavada en la roca viva, sin ventanas y llena de trastos tirados de cualquier manera por todos los rincones. Ni revueltos a propósito habría sido mayor el caos.

La mujer no entendía cómo alguien podía trabajar en aquellas condiciones, aunque fuera un enano. Era imposible dar un paso sin clavarse la punta de un chisme o tirar algún cacharro al suelo, levantando con ello una nube de polvo y serrín.

Al fondo de aquel desorden había un enano dando volteretas. Llevaba un mandil de cuero, gruesas alpargatas y un pañuelo atado con cuatro nudos a la cabeza.

—¿Hola? —exclamó Ramona esquivando artilugios. Luego murmuró para sí misma—: Madre mía, qué desbarajuste. A este señor le va a dar una triquinosis aquí dentro.

El enano la oyó y se incorporó.

—Perdone, estaba haciendo un poco de ejercicio para mantenerme en forma. Yo no asisto al entrenamiento militar que se hace tres veces por semana. Me paso la vida aquí dentro.

—¿Es usted el camarada Pedrolo?

—Así es, yo soy. ¿Y a quién tengo el gusto de estar satisfaciendo su curiosidad?

—Ah, sí, perdone. Soy Ramona Medroso —dijo estirando la mano para anticiparse al típico saludo enano con cabezazo.

—¿La madre de Wifo? —preguntó Pedrolo estrechándole la mano con suavidad.

La mujer no disimuló su sorpresa.

—¿Conoce usted a mi hijo?

—Claro que lo conozco, es un muchacho extraordinario.

—¿Quién, mi Wifo?

El desconcierto de Ramona seguía aumentando.

—Sí, su hijo Wifo, o Blandito, como lo llamamos aquí —confirmó el enano—. Es una persona muy capaz e inteligente.

—¿Está usted hablando de un chico moreno, así de alto, bastante feo y enclenque...?

—Sí, sí, hablamos del mismo Wifo, sin duda. Su hijo me ha ayudado con alguno de mis inventos. Aquí en Villa Trifulcas yo soy el único alquimista y toda ayuda se agradece.

—En fin, usted sabrá mejor que yo —concedió Ramona, para quien su retoño era solo un chiquillo apocado que se pasaba la vida con la nariz pegada a un libro, no haciendo manualidades, en las que no se daba ninguna maña.

Las manos de Pedrolo habían vuelto a la faena y se movían con destreza limando un tubo metálico de misteriosa utilidad.

—¿Y qué hace usted en nuestra ciudad? ¿Turismo?

—Estamos en guerra, no sé si está usted al corriente —contestó ella cada vez más incrédula.

—Sí, algo he oído. Parece que hay un buen follón montado ahí fuera. Un poco de diversión de vez en cuando no viene mal.

—¿Diversión? Pero si vamos perdiendo. La falange se ha llevado una paliza y hay miles de bichos asquerosos intentando echar nuestra puerta abajo. Si eso es divertido, que bajen los dioses y lo vean.

—Señora Medroso, si cree que una paliza y unos miles de «bichos», como usted los llama, nos van a amedrentar, es que no conoce a los enanos.

«Ya estamos con las bravatas guerreras», pensó Ramona, que estaba cansada de oír a la testosterona dar discursos triunfales.

—En fin. Que no estoy aquí por turismo y no le he buscado a usted para que me enseñe la ciudad. Si he venido a su taller es para ver sus inventos.

—¿De verdad? —Pedrolo perdió el control de los músculos de su cara —. Nadie suele interesarse por mi trabajo, y es muy extraño porque a mí me parece fascinante. Han sido muchas heridas, incendios y explosiones en la cara, pero ha merecido la pena. Dicen que lo que más amas es lo que más daño te hace. Pues en mi caso son las máquinas y los objetos puntiagudos.

Ramona asentía y pronunciaba monosílabos para no resultar descortés, pero su atención no se centraba en la cháchara del enano sino en inspeccionar su colección de ocurrencias mecánicas en busca de artilugios destructivos.

—¿Esto para qué sirve? —preguntó curioseando uno de los aparatos.

—¿Esto? Para clavar cosas en la roca. Lo he llamado «ballesta».

—Qué nombre más tonto, ¿no?

—Tontísimo, lleva usted razón, pero cumple a la perfección su cometido —aseguró Pedrolo soplando para quitar el polvo acumulado sobre la máquina.

Ramona abanicó el aire con la mano para no tragárselo.

—Perdone que se lo diga, pero le va a comer a usted la mierda aquí dentro.

—Sí, debería limpiar un poco, pero siempre lo voy dejando. Mañana limpio, mañana limpio, y al final no limpio nunca. ¿A usted no le pasa lo mismo?

—Desde luego que no —contestó Ramona categóricamente.

—Ya, claro, me lo imaginaba. Va usted demasiado bien arreglada para ser un desastre.

—¿Y tiene mucho alcance la ballesta esta? —se interesó la señora Medroso volviendo a interrumpir el parloteo del enano. Era más locuaz que sus vecinas de Bellavista.

—Nunca se me ha ocurrido probarlo, la verdad. Para clavar no hay que alejarse más de un metro de la superficie a perforar.

La tal ballesta era un armatoste pesado y algo inestable, evaluó Ramona. Guiñó un ojo, apuntó con él hacia el otro extremo de la habitación y apretó el gatillo. Un virote salió disparado y atravesó de lado a lado un ánfora de arcilla de un metro de alto. Pedrolo dio medio salto vertical.

—¡Señora!

—Esto servirá —dijo ella muy satisfecha.

—¿Servirá para qué?

—Usted siga enseñándome cosas.

—Muy bien, muy bien. Pero no me pegue más esos sustos —dijo el inventor llevándose la mano al pecho—. Veamos... ¡Ah, sí! Mire este extraordinario objeto. Lo he llamado «brújula». Cójala, verá qué ligera es. Y fíjese en la aguja roja, la más gruesa. Apunta siempre al norte, se ponga usted donde se ponga.

—No, tonterías no; solo cosas útiles —dijo Ramona dejando la brújula sobre una mesa—. El que no sepa dónde está el norte que pregunte, como se ha hecho siempre.

Al oír aquello, el enano volvió a tapar disimuladamente con una tela el prototipo de máquina de vapor que acababa de terminar. Si la brújula no había interesado a su invitada, esto tampoco llamaría su atención.

—¿Y qué le parece...? —quiso continuar, pero fue interrumpido de nuevo.

—¡Eso! —exclamó Ramona señalando un tubo metálico con un depósito de cerámica. La señora Medroso parecía poseer una intuición sobrehumana para adivinar los ingenios con mayor poder de devastación.

—¿Esto? Lo he llamado «lanzallamas». Sí, ya sé, es un nombre muy tonto.

—Usted mismo lo ha dicho. Requetetonto. ¿Y qué hace?

—Este recipiente de aquí va lleno de petróleo y, al accionar esta palanca, una pequeña bomba expulsa el combustible a través del tubo de metal, en cuyo extremo hay una llama encendida que prende el líquido a medida que emerge. Sirve para fundir metales o extraerlos de la roca, y también para calentar cosas cuando uno lleva prisa. Claro que todavía está en pruebas y debo mejorarlo, porque tiene tendencia a explotar en la cara de quien lo usa.

—Es perfecto. Eso también nos lo llevaremos.

—Señora Medroso, ¿me permite hacerle una pregunta?

Un gesto de la mujer le indicó que procediera, así que procedió:

—¿Para qué quiere todos estos inventos?

—Para matar —contestó la interpelada con toda la tranquilidad. Seguía paseando la mirada por la estancia estudiando su contenido.

La cara de Pedrolo se estiró de espanto.

—¡Pero eso es horrible! ¿Es usted una asesina?

—No, solo soy una mujer muy atareada con una guerra que organizar. Y

no me mire así, que no parece usted un enano con tanto estremecimiento.

Pedrolo estaba consternado y bastante confundido. Nada de aquello tenía sentido.

—Sinceramente, no entiendo cómo va a utilizar mis inventos para la guerra. Porque supongo que los querrá para eso.

—Pues igual que he hecho con las catapultas —dijo Ramona sin alterar su calma indiferente.

—¿De verdad todas estas cosas pueden tener un uso militar?

—Ustedes los eruditos viven en las nubes, me parece a mí. Si hubiera usted pasado necesidad, habría agudizado su ingenio buscando otros usos a las cosas. Claro que para eso hay que haberse visto en situaciones muy jodidas. Y perdone mi vocabulario. El día que tenga usted cinco hijos y no encuentre con qué vestirlos y calzarlos verá cómo la imaginación se le dispara como a un dramaturgo.

Casualmente Pedrolo también tenía cinco hijos, aunque de vestirlos y alimentarlos se encargaba la comunidad, así que ni lo mencionó. Para los enanos la vida transcurría en un punto intermedio e inamovible entre el lujo y la penuria.

Al final, tras una inspección más o menos concienzuda, Ramona pidió a Pedrolo que preparase sus chismes para aprovecharlos en la defensa de la ciudad: las ballestas, el lanzallamas y esa arenilla negruzca que él llamaba pólvora y que quería emplear en actividades de minería. Ya se le ocurriría a ella cómo utilizarla contra los trolls.

Frente a las murallas de Villa Trifulcas, desdibujados entre la gélida niebla nocturna, miles de orcos, trollcos y trolls se arracimaban junto a las hogueras para intentar templar sus hediondos cuerpos. Los trolls, más ansiosos que los demás, devoraban ya la carne cruda de los cadáveres enemigos. Los enanos no estaban tan ricos como los niños o las hadas, pero si mordías donde no había pelo se dejaban comer. La parte del bandullo, por ejemplo, estaba más tierna y grasienta. Una lástima no tener algunas ninfas de guarnición.

Alrededor de la fogata más alta, en la retaguardia, se sentaba el comandante en jefe de la hueste, el troll Frjtrombj Gtrjmekpchbnntrf, una bestia gris y calva de casi tres metros de altura, musculatura epopéyica y dos colmillos inferiores que casi se le metían en los agujeros de la nariz. Con él estaban sus oficiales de más alto rango y sus dos guerreros de mayor confianza, armados con sendas cachiporras disuasorias por si a algún secuaz se le ocurría disentir.

Dos trollcos llegaron corriendo para informar de los últimos avances en el asedio.

—Una victoria abollante, Gran Lord. Procedo al agachamiento ante vos con toda homilía. —El soldado hizo una profundísima reverencia ante el comandante.

—Yo procedo aún más hondo —dijo el otro. Luego dobló su espalda hasta que su nariz pudo olfatear sus rodillas.

Frjtrombj ensartó otro duende en el espetón y lo puso al fuego. El pequeño ser se retorció y aullaba mientras las llamas lo devoraban.

—No más lisonjamientos —ordenó con su voz grave y vibrante—. ¿Habéis procedido ya a lo que viene siendo el derrumbe de la puerta?

Los trollcos se miraban entre ellos con nerviosismo.

—No a *grosso modo*, Gran Lord. La puerta es lo que viene siendo, presuntamente, muy dura —informó el recluta más robusto.

El otro asentía agitando la cabeza como un muelle estresado.

—Muy durísima sumamente. Presuntamente. Gran Lord.

El Gran Lord no estaba nada contento. Saltaba a la vista. Sin embargo, decidió reprimir por el momento sus apetencias asesinas. Ya los castigaría más tarde por comunicarle la noticia del fracaso de otros.

—¿Habéis procedido a iniciar lo que viene siendo llevar a cabo poner las torres y las escalas para saltar el amurallamiento?

—Presuntamente no, Gran Lord —contestó el del muelle en el cuello.

—Negativamente —confirmó su compañero.

La ira se iba adueñando del troll, que de repente no tenía ya tantas ganas de refrenar sus impulsos criminales. Una pregunta más y despanzurraría a sus esbirros contra el suelo con sus propios pies. Luego, quizás, desmembraría también a algunos de los responsables de las malas noticias y no solo a los heraldos.

—¿Y cuál resulta ser la causalidad de que no?

Los soldados ya no sabían por dónde más temblar y sudar. Empezaban a dar disimulados pasitos hacia atrás intuyendo lo que estaba por llegar, como si esa distancia los fuera a poner a salvo.

—Las presuntas torres y escaleras vienen siendo, *verbi gratia*, más bajas que las murallas. No llegan a lo que viene siendo arriba del todo.

—Es que las presuntas murallas parecían, *motu proprio*, resultar más pequeñas desde lejos. Un error de presunto cálculo, mayormente.

Los trolls se podían cenar igual un unicornio que un trollco. A pesar de no transmitir las mismas sensaciones al paladar, ambos tenían casi la misma composición nutricional. Los dos mensajeros constituyeron una buena cena para los capitanes y su líder.

Ya casi terminada la cena, cuando esgrubillaban con deleite los huesos para extraer de ellos hasta el último sorbo de tuétano, llegó el invitado al que los trolls esperaban. Era un elfo de hielo rubio como la llama de una vela, con ojos de un azul casi transparente y la piel blanca como la luz de un relámpago. Un archimago del Aura o algo así; quién sabía ya a esas alturas, con tanta gente de tanto renombre. Aelión se llamaba, recordó Frjtrombj.

Cumpliendo con su costumbre de convertir cualquier acto en una aparatosa ceremonia, los elfos aparecieron formando un séquito de escoltas a

caballo, sacerdotes portando candiles y por último, cerrando la comitiva, un coro femenino que solo cantaba la letra «a». Una afectación hilarante para orcos y trolls.

El elfo Aelión descabalgó y se colocó la capa en un gesto de autoridad. Con actitud lánguida echó un vistazo hacia los dos lados, arrugando la nariz en el proceso. Después, con idéntico desaire, se dirigió al Gran Lord de los trolls a la vez que mandaba callar al coro con un gesto de la mano.

—¿Habéis conseguido ya conquistar Villa Trifulcas? —preguntó prescindiendo de los preámbulos de cortesía que tanto gustaban a los de su raza. Aquellas criaturas no los merecían.

—Negativo, propiamente —le contestó Frjtrombj. A él tampoco le agradaban los elfos. Los niños elfos para comérselos sí, pero no los adultos, que tampoco es que estuvieran incomibles. Demasiado limpios y perfumados quizás. Su piel sabía a esencias y frutas. Una asquerosidad gustativa, aunque de textura suave.

El archimago agitó su capa dando a entender su decepción. Los dedos de su otra mano galopaban ruidosamente sobre el pecho de su blanquísima armadura. Cada vez que el elfo no miraba, el Gran Lord parodiaba su amaneramiento doblando hacia abajo las muñecas y girando de puntillas sobre sí mismo, lo que provocaba el regocijo entre el trolerío. Los elfos, por su parte, se tapaban la nariz con la capa expresando su desagrado ante la pestilencia emanada por sus anfitriones. De ese modo dejaban constancia de su mutuo menosprecio a pesar de estar colaborando en tan intrigante asunto.

—La ciudad caerá a muy grande prontitud —informó Frjtrombj, aunque no estaba seguro de cuándo podría cumplir su promesa.

—Eso si sois capaces, por una vez, de hacer lo que se os pide —repuso el elfo.

—¿Estás procediendo a lo que viene siendo hacerme un menosprecio, hechicero pimpollo?

—Llevo una vida entera despreciándoos.

El archimago podía leer el desconcierto en la mente del Lord, aunque de forma confusa. El troll no se turbaba de un modo lógico ni ordenado, y Aelión solo percibía un guirigay de gruñidos rebotando unos contra otros. Lo que sí pudo distinguir con claridad fue cómo la ira se apoderó de la bestia, llenando su corazón de sangre y sus músculos de adrenalina.

Cuando Frjtrombj quiso terminar de alzar la cachiporra por encima de su

cabeza para matar al archimago, veinte Impolutos —los soldados de elite de los elfos de hielo, famosos por su destreza con las armas y su cuidada higiene personal— le apuntaban ya con sus arcos largos. Aelión, además, tenía preparado en la palma de la mano un hechizo de transmutación verborreica capaz de confundir a los trolls mediante un bombardeo de silogismos cornutos y dejar a muchos de ellos sumidos en una suerte de trance dubitativo. El coro, por su parte, interpretó un acorde de tensión narrativa.

—No quiero líos —dijo por fin el Gran Lord bajando el garrote—. La ciudad procederá a su rendimiento muy prontamente.

—¿Ves qué sencillo es todo? —dijo el elfo deshaciendo a continuación el conjuro de su mano.

El troll meditó unos segundos.

—Mmm... Percibo, percibo, en efectivamente... ¿Y lo mío? ¿Qué hay de lo mío? —preguntó en voz más baja inclinándose hacia el elfo en un gesto de confianza.

—Tendrás también lo que me pediste —confirmó Aelión—. Yo siempre cumplo mi parte de un trato.

—¿Tendré la sabiduriencia de la gente que lee, como vosotros los elfos?

—Tienes mi palabra.

—¿La tengo? ¿Dónde? —exclamó el troll mirándose los brazos y las piernas.

—¿Ya me estás troleando? Es una forma de hablar —suspiró el archimago—. Señor, qué chusma...

Frjtrombj estaba convencido de haber cerrado un acuerdo magnífico. Con esa sabiduriencia que Aelión le concedería, podría gobernar a todo su pueblo y procurarle un futuro digno e independiente, libre de las maquinaciones de las razas que olían a perfume. Un razonamiento tan iluso que al archimago le provocaba incluso ternura. El troll no entendía que ser un sabio entre idiotas era en realidad una maldición. Cuando quisiera darse cuenta ya sería tarde.

Para Aelión no había necesidad de alargar más aquella desagradable reunión.

—Nos vamos —anunció—. Estaremos en el Hayedo de la Penumbra.

El archimago se giró para que su capa ondeara demostrando que se marchaba un elfo importante. Mientras se alejaba con infinita dignidad, dio al coro la entradilla para que interpretase unas «aes» majestuosas.

Los invitados se marcharon y llegó el anochecer. Un anochecer normal de asedio con sus insultos desde ambos lados de la muralla. Más tarde, a medianoche, empezó una lluvia de rocas sobre las cabezas de los trollcos. En un principio creyeron que el cielo se les caía encima, hasta que descubrieron que la tormenta provenía del interior de la ciudad enana. ¿Tenían gigantes que arrojaban piedras por encima de las murallas? ¿Gigantes ayudando a los enanos? Imposible. Y sin embargo las rocas volaban, descalabrando a no pocos de ellos.

Pues no. Aquel no era el túnel que había usado su madre para entrar en Villa Trifulcas. Ella le había indicado la localización, pero como, según sus palabras, estaba a veinte cosas a la vez, no debió de explicárselo bien o él no lo había entendido. Ramona se afanaba en organizar la distribución de las catapultas junto a los muros de la ciudad. A saber para qué, porque a esta mujer se le ocurrían unas ideas de lo más peregrinas. Wifo la hizo prometer que se mantendría alejada del portón y que, si los enemigos lo echaban abajo, escaparía a todo correr por el túnel. No consiguió arrancarle un compromiso más razonable.

«Que sí. Tú no te preocupes, que yo me apaño a las mil maravillas», le había dicho Ramona mientras coordinaba un traslado de piedras desde una cantera hasta la muralla.

«Mamá, tengo que decirte una cosa muy importante.»

«Ahora mismo no, Wifo. ¿No ves que estoy muy ocupada?»

«Solo venía a despedirme —insistió Wifo al borde del llanto—. Debo partir hacia una misión muy peligrosa de la que probablemente no salga vivo.»

«Pues abrígate bien, que estos fríos de entretiempos son muy malos y luego te acatarras. ¡Oye, señor enano, eso ponlo más allá, que si no cortas el paso ahí! Por favor, un poquito de cuidado, que yo no puedo estar en todo.»

Wifo quiso dar un beso de despedida a su madre, pero ella ya se había alejado en persecución de unos enanos que no estaban descargando las piedras donde ella les había indicado.

Seguramente el error estuvo en girar a la derecha y no a la izquierda después de bajar la rampa que daba al almacén de cerveza. El camino que tomaron parecía el correcto, así que Wifo pensó que su madre se había equivocado en su descripción. ¿Pero cuándo se había confundido su madre?

Si incluso cuando desconocía algo, lo juzgaba acertadamente con ese discernimiento sobrenatural que tienen las mujeres pasada la primera juventud. Ella decía: «Te vas a caer», y Wifo se caía. ¿Pero cómo —pensaba él—, si es recto y llano? Daba igual: su madre adivinaba el peligro que a él le pasaba inadvertido y luego añadía su inevitable «Te lo dije, pero como nunca me haces caso».

Resumiendo: que Wifo y su comando de enanos se habían metido en lo que podía denominarse «las cloacas» de Villa Trifulcas: un vertedero en forma de túnel que recorría el subsuelo de la ciudad y en cuyo interior, a través de múltiples aberturas en el techo, los enanos arrojaban toda su basura y residuos orgánicos, ya fueran previos o posteriores al procesamiento intestinal. Wifo todavía podía considerarse afortunado, pues la inmundicia le llegaba por debajo del pecho; los enanos, en cambio, estaban cubiertos de detritos hasta los hombros, y de ahí hasta la cabeza de trastos y bártulos viejos y rotos. Solo el moño de Robusta asomaba sobre la cochambre como un pato en una ciénaga. No era la mejor manera de empezar una hazaña épica.

Follón era el que peor lo llevaba. Algo se le había enganchado en un pie, luego en el otro, y después varios algos más se le estaban enredando entre las piernas. A cada paso arrastraba más cacharros tras él.

—Podríamos haber usado la puerta secreta norte —comentó.

—¿Hay una puerta secreta norte? —preguntó Wifo sorprendido.

—Sí, pero es secreta. Solo la conocemos los de la ciudad —confesó Follón.

—Pero ahora también lo sé yo. Ya no es secreta.

—Ahora no lo sabes —le corrigió el enano desde las profundidades de los desperdicios—, ahora lo crees, que es distinto. Los trolls también creen que hay una puerta secreta norte.

—Yo lo sé, me lo acabas de contar.

—¿Tú la has visto?

—No —confesó el estudiante.

—Pues nosotros tampoco.

—Entonces vosotros tampoco sabéis si existe.

—Claro, por eso es secreta. Pero estar, está ahí —afirmó el enano.

—¿Y cómo podéis estar seguros?

—Porque nos lo han contado.

—¿Quién?

—Eso es secreto.

Wifo se rindió, vencido por la lógica enana. El caso es que ya no sabía si esa puerta existía o no. Follón le había contado una certeza y, sin saber cómo, a él solo le había quedado una sospecha. Estas criaturas eran endemoniadamente confusas para no tener intención de serlo.

El conducto iba a parar a una fosa que en otro tiempo fue la desembocadura de un riachuelo subterráneo. La nauseabunda laguna estaba oculta a la vista por un promontorio cubierto de maleza que tapaba el portillo por el cual el riachuelo salía de la ciudad. Para escapar de aquella mucosa embalsada había que trepar por un desnivel de fango resbaladizo. Robusta sacó a Wifo a rastras, ya que al final del trayecto el muchacho se había desmayado por el hedor y el esfuerzo. Tenían que haber salido por la puerta secreta norte.

Detrás de los zarzales se oía mucho movimiento, así que Follón pegó la oreja al suelo.

—Silencio... Por las pisadas se nota que son orcos. Diría que unos cinco o treinta. Por ahí anda la cosa. Con el suelo húmedo no puedo afinar más.

Dejaron a Wifo sentado con la espalda apoyada en una roca y fueron a echar un vistazo. Seguro que esas alimañas estaban buscando la puerta secreta norte.

Cuando Medroso volvió en sí, se encontró tirado en el suelo y cubierto de una costra negruzca que despedía el mismo olor que el babero de un ogro. Al menos así se imaginaba él que apestaría. Su garganta quiso vomitar, pero su estómago no tenía nada que enviar hasta ahí arriba. Poco a poco fue recuperando la consciencia. Cuando logró descubrir dónde estaba y recordar cómo había llegado allí, llamó a los enanos a gritos. De repente le aterraba la idea de que lo hubieran abandonado.

—¡Riñas! ¡Robusta! ¡Follón! ¿Dónde estáis? ¡No quiero morirme!
¡Mamá!

La cabeza de Riñas emergió de entre unos matorrales.

—Ey, Blandito. ¿Ya te has despertado?

—¡Riñas! Qué hacéis, qué pasa, qué es ese ruido.

—Nada, nada, que hemos encontrado una patrulla orca. Tú descansa, que nosotros estamos negociando.

El enano volvió a desaparecer y continuó el barullo proveniente del otro

lado de las zarzas. Wifo solo oía gritos y golpes y, de vez en cuando, veía salir volando una cabeza de orco o cualquier otro trozo de alguno de ellos. Las negociaciones estaban siendo de aúpa, aunque tampoco duraron demasiado. En lo que Wifo tardó en tranquilizar a su estómago, sus amigos ya estaban de vuelta.

—Ya está. Ya los hemos convencido —anunció Riñas.

—Eran duros de mollera —añadió Follón.

Robusta se mostró de acuerdo.

—Bastante duros de mollera, pero en cuanto atraviesas el casco, *chof*. Tan comprensivos como los demás.

—Pude interrogar un poquito a su oficial. Estaban buscando la puerta secreta norte —informó Riñas.

A Follón le entró la risa tonta.

—No saben que la puerta secreta norte no está en el norte.

—Son bastante tontos —comentó Robusta.

—No se enteran de nada.

—De nada.

Wifo estaba de la dichosa puerta secreta hasta las narices.

—Te hemos traído una cabeza de recuerdo —le dijo Follón entregándole la testa cercenada de un orco.

El rostro conservaba todavía la mueca de alelado terror de la criatura.

—Vaya..., qué bien. Me encanta. La dejaré aquí escondida y la recogeré a la vuelta para ponerla en una repisa de casa.

—¡Ese es mi Blandito! —exclamó Riñas—. Al próximo te lo cargas tú, ¿eh?

¿Matar él a un orco? No perdió de nuevo el conocimiento porque su cuerpo no daba para más desvanecimientos, pero sí se pudo permitir un leve mareo de pavor. Matar él a un orco... Una locura y una estupidez.

Una vez que hubieron salido por fin del estercolero, Wifo tuvo que vencer la reticencia de los enanos a viajar ocultándose. A juicio de sus tres acompañantes, esconderse era actitud propia de cobardes. Un hijo de la Roca jamás se escondía de un enemigo ni rehuía un combate. Hacerlo equivalía a trasquilarse las barbas. Tras una negociación en términos humanos, que no incluía decapitaciones ni apaleamientos, Wifo consiguió llegar a un acuerdo con ellos: viajarían con discreción y, si se topaban con un troll o equivalente, podrían matarlos las veces pares. Y no, le aclaró a Robusta; no estaba

permitido llamar su atención para que se acercaran ellos. ¿Ni matarlos sin hacer ruido? No, eso tampoco.

Ya habían perdido demasiado tiempo y Grosa podría estar en peligro mortal.

—Vamos, tenemos que ponernos en marcha. ¡Andando!

Riñas le silbó como hacían ellos: plegando el labio inferior y sin usar las manos, que de ese modo quedaban libres para repartir yesca.

—Blandito, que no es por ahí. Es por aquí.

—Es por donde yo voy. Hace nada que fui al Paso del Descalabro. Sé por dónde me ando.

—Tú mismo. Nosotros vamos por aquí.

Malditos enanos tercos. Echó a correr detrás de ellos gritándoles que lo esperasen. Era mejor ir con ellos en una dirección incorrecta que ir solo.

—De verdad que no lo entiendo —repetía Contuso mientras caminaba a trompicones intentando seguir el ritmo de Ramona—. ¿Es que vamos a enviar corderos a algún sitio con las catapultas?

—¡Qué corderos ni qué corderos! Mira, de verdad, yo no sé cómo tu pueblo no se ha extinguido todavía.

—¿Extinguirnos? —preguntó extrañadísimo el enano.

—Me tienes la cabeza como un bombo. Te voy a poner a hacer algo útil, que me estás hartando. ¿Ves las catapultas de las que tanto hablas?

—Sí, claro que las veo. Las he puesto yo ahí.

—¿Y no ves nada raro en ellas? —preguntó la mujer con las manos en la cintura.

— Pues... no, la verdad es que no.

— Qué cruz, dioses, qué cruz. ¡Que están al revés!

—¿Al revés de qué? —Contuso no entendía a qué revés se refería Ramona porque no sabía qué pretendía hacer aquella señora con las catapultas.

—¡Que tienen que poder lanzar cosas hacia fuera de la ciudad! ¡Hacia fuera, no hacia dentro! Ve y encárgate de que las giren.

El enano se fue a cumplir con el encargo mascullando su fastidio. ¿Apuntar las catapultas hacia fuera de la ciudad? ¿Es que ahora les iban a enviar corderos a los trolls? Pues menuda ocurrencia la de esta mujer.

Villa Trifulcas no estaba preparada para un asedio. Estaban provistos y dispuestos para cualquier fiesta que pudiera surgir, con cerveza, carne de cerdo y guirnaldas de sobra. Lo que nadie previó fue la necesidad de hacer acopio suficiente de provisiones por si tenían que pasar semanas o meses sin los suministros de las caravanas de comerciantes. Daban el abastecimiento

tan por seguro como que el sol se levantaría cada mañana por detrás de las montañas si no estaba nublado.

Por fortuna había llegado Ramona. Los ciudadanos de Villa Trifulcas estaban maravillados ante el arrojo de aquella mujer, que no dudaba en exponerse al peligro para supervisar personalmente la defensa. Se subía a la muralla, caminaba bajo las lluvias de flechas, insultaba a los trollcos desde las almenas para desgastar su moral... Parecía inagotable e inquebrantable. Aunque lo que más sorpresa causó fue descubrir que se trataba de la madre de Wifo, que no se había ganado el apodo de Blandito por su coraje o por su reciedumbre precisamente. Quedaba claro que el chico había salido a su padre, a pesar de que no lo conocían.

Tras poner un poco de orden en el caos, las cosas empezaban a marchar. Cada enano tenía su tarea asignada y se entregaba a ella con diligencia. Los niños llenaban de brea hirviendo los pucheros que después los adultos volcaban sobre las espaldas de los trollcos, que ya no empujaban el ariete con el mismo entusiasmo. La lluvia de aceite cociendo les había infundido unos modales exquisitos y ahora, en lugar de pelearse por ser los primeros en atacar la puerta, se cedían insistentemente el turno.

Mientras unos arrojaban aceite y rocas desde la muralla, los trifulcanos más fornidos acarreaban pedruscos de todas las formas y tamaños hasta los pies de las catapultas.

—¡A ver, no me mezcléis las piedras de las catapultas con las de tirar a la cabeza, hacedme el favor! —les gritaba Ramona.

Entonces ellos reordenaban los proyectiles confiando en acertar en algún momento.

A aquella mujer no se le escapaba una. Lograba mantener el control hasta del detalle más insignificante. A su zaga, sin despegarse nunca de ella, iba siempre Contuso, al que Ramona había tomado como una suerte de ayudante de campo encargado de hacer llegar sus instrucciones adonde hiciera falta. Él la avisó desde abajo de que las catapultas estaban listas, orientadas hacia el exterior y cargadas con voluminosos peñascos. Entonces Ramona, desde lo alto del muro, le hizo la señal para disparar.

Dieciséis rocas cruzaron el aire como pájaros rollizos, trazaron una elegante parábola y aterrizaron sobre las huestes enemigas. De los dos proyectiles restantes, uno salió despedido en dirección contraria y el otro se llevó por delante un trozo de muralla y al enano que había encima, que debió

de aterrizar entre sus sorprendidos enemigos. No solo volaban las piedras sino que también lo hacían los enanos, observaron los trolls con gran sorpresa.

—¡Arró! —exclamó Contuso, que miraba maravillado al cielo con la mano como una visera sobre los ojos, aunque fuera de noche.

—¿Habéis calibrado bien los chismes esos? —le gritó Ramona desde su puesto de observación.

—Pues parece ser que no —vociferó el enano, que había visto a su camarada volando a lomos del proyectil desviado.

—Dile a Pedrolo que deje de tocarse los colgantes en su taller y que se encargue.

—¡A sus órdenes, lideresa!

Tras aquella primera descarga de peñascos se percibía el entusiasmo entre los enanos. Usar las catapultas como máquinas de guerra les pareció una ocurrencia tan maravillosamente ruidosa y destructiva que empezaron a dispararlas como posesos, con una cadencia de fuego vertiginosa. Soltaban una andanada, unos cuantos corrían al muro a ver el resultado, recargaban, soltaban la palanca, corrían... En el ejército enemigo los catapultazos causaban más desorden y desconcierto que bajas. Los sorprendidos trollcos no se ponían de acuerdo. ¿Llovían piedras? ¿Los trifulcanos habían adquirido de repente una fuerza sobreenana? La mayoría sospechaba que los enanos estaban utilizando alguna clase de magia proscrita por la Convención de Silvania, la cual establecía la prohibición de emplear en combate cualquier tipo de hechizo que aplastara, quemara, congelara, zarandeara, explotara o, en general, causara la muerte de mucha gente en muy poco tiempo. En la Batalla de Silvania, los hechiceros de ambos bandos se habían empleado en su cometido con tanto ahínco que no quedó nadie vivo. La guerra no pudo terminarse y los rivales se quedaron como estaban antes de la contienda pero sin ejército.

Contuso ayudó a Ramona a bajar las escaleras de la almena, pues la señora Medroso empezaba a acusar el cansancio de horas dirigiendo y decretando. Coordinar la defensa de un asedio no era muy diferente de hacer una mudanza, pero ella ya no era aquella jovencuela con ganas de cambiar de sitio todos los muebles del mundo. Se apoyó en la pared, dejando que su peso la hiciera descender, y se sentó en el último escalón.

—Es la primera vez en todo el día que me siento.

Suspiró para aliviarse de la carga que suponía incluso el aire de sus pulmones. Contuso trataba de imaginarse cómo sería la sensación de estar agotado.

—Oye, Ramona... —tanteó con precaución, casi con timidez—. Que dicen los chicos que si podemos montarnos nosotros en las catapultas y lanzarnos sobre los trollcos.

La mujer estuvo a punto de decirle que hicieran lo que les diera la gana, pero casi al instante, como impulsada por un resorte de ineludible responsabilidad, le contestó preguntándole que si eran todos idiotas o qué.

—¿Sabes lo que de verdad necesitamos? —preguntó no tanto al enano como a sí misma.

—¿Qué cosa? ¿Cerveza? ¿Una fiesta? ¿Un poco de hierba de la risa?

—No necesitamos enanos voladores, eso no —continuó Ramona sin prestar atención a su interlocutor—. Necesitamos fuego. Tenemos que abrasar a esos bichos malnacidos. Que se enteren de que vamos muy en serio.

—¿Fuego?

—¡Sí, fuego! Veamos... Lo primero que nos hace falta es algo con que encender una buena fogata. ¿Tenéis algo inútil que prenda bien?

—Tenemos una biblioteca —reflexionó Contuso razonando que los libros ardían pronto y que nunca los usaban.

Era la colección de antiguos manuscritos de Rocaviva con las crónicas de sus antepasados. Si tales volúmenes contuvieran algo importante, alguien lo habría memorizado.

—La biblioteca servirá —confirmó Ramona—. También necesitaremos vasijas y líquido inflamable. ¿Tenéis licor?

—Por favor, señora, la duda ofende. Que si tenemos licor, dice... ¡Eh, un momento! ¿Licor inflamable? ¿Qué pretendes que hagamos con el licor?

—Quemarlos, qué va a ser.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! —tronó el enano—. ¿Qué clase de locura te ha poseído?

Ramona agarró a Contuso por la pechera y tiró de él hasta que sus caras estuvieron a menos de un palmo de distancia.

—Escúchame bien, hijo de la Roca, porque estoy hasta la coronilla de aguantar quejas. Si a mí se me pone en las narices quemar todo el aguardiente del mundo para proteger a la gente de esta ciudad de esos engendros de ahí fuera, pues lo quemo. Y si os digo que os cortéis las barbas para hacer látigos

con ellas, os las cortáis. Pero por mi vientre que ha parido cinco hijos que esos trolls no ponen un pie en esta ciudad mientras yo esté aquí. Y el que se enfada tiene dos trabajos: enfadarse y desenfadarse. ¿Te ha quedado claro?

—Como el agua que beben los elfos.

—Entonces mueve esas patas rechonchas y ve a buscar lo que te he pedido.

—Ramona..., solo una pregunta —dijo Contuso antes de ponerse en marcha—. ¿Por qué tanto empeño en ayudarnos? A ti esto ni te va ni te viene.

Ella lo miró con una mezcla de fatiga y determinación en los ojos.

—Porque, por alguna razón que no alcanzo a comprender, sois muy importantes para mi hijo.

El señor de los elfos de hielo, Velarión el Implacable, esperaba en palacio la comunicación telepática de Aelión, a quien había encargado a la supervisión de la campaña militar mientras él apaciguaba a los detractores dentro de Velaria.

Pero Velarión se fiaba muy poco de ese archimago y le suponía un fastidio tener que tratar asuntos de Estado con él. El rey creía en el ejercicio tiránico del poder como vía para mantener la unidad y la prosperidad del pueblo. En su concepción del gobierno imperaba una máxima: era preferible la injusticia al desorden. ¿Por qué, si no, entregaban los súbditos su libertad al señor, a cambio de seguridad, cuando se veían en peligro o en una gran necesidad? La libertad era el último capricho del ocioso. Nadie abnegado, trabajador y responsable era libre ni pretendía serlo, a no ser que se tratara de un holgazán.

A la hora convenida sintió una leve presión en el cráneo y un zumbido en los oídos, señal de que Aelión trataba de penetrar en su mente. El archimago era muy poderoso y, aun así, le requería un notable esfuerzo entrar en el cerebro de Velarión. Solo cuando este accedió a abrir sus barreras neuronales, se estableció el contacto por telepatía.

«Saludos, oh gran Velarión...», comenzó el archimago.

«Oye, te oigo fatal», le interrumpió a gritos el gobernante.

«Es que estoy en un sitio con muchos árboles», gritó también el mago.

«Salte a un claro a ver.»

«Voy, espera. No cierres la mente.»

Aelión salió de la arboleda en la que había acampado con su séquito.

«¿Ya? ¿Me oyes ahora?»

«Sí, ahora mucho mejor. Dime.»

«Saludos, oh gran Velarión CLXVIII el Implacable, hijo de Velarión CLXVII el Manso, de la sangre de Velarión I el Primero.»

«Ahórrate las saluciones, Aelión, que nadie nos escucha.»

El peligro de mantener una conversación telepática residía en el hecho de que los pensamientos y emociones involuntarios se transmitían por el mismo canal que las palabras expresadas voluntariamente. Al no ser necesaria una verbalización del mensaje, este no pasaba por ningún filtro u obstáculo consciente.

«¿Cómo va la guerra por Villa Trifulcas?», prosiguió Velarión.

«Según lo planeado. Si las cosas continúan así, enanos y trolls no tardarán mucho en exterminarse mutuamente.»

«¿Y los hombres del Valle?»

«Han hecho justo lo que esperábamos que hicieran: traicionar a los enanos y salir corriendo hacia el sur, en dirección a Hacefresco», informó Aelión.

No dejaba de tener gracia que estuviera comunicando a su señor la noticia de la traición de dos amigos y aliados que en realidad no lo eran tanto.

Velarión escuchó, proveniente de la mente del mago, el rumor de una deslealtad no inesperada. Como una reacción automática, su propio cerebro dio forma a una emoción de venganza, que a su vez fue percibida por Aelión. Aquel repentino diálogo subconsciente provocó un largo silencio. Traición y venganza eran dos actos muy corrientes; más aún en el tema que estaban tratando. El mensaje era demasiado confuso para tomarlo al pie de la letra, pero no lo suficiente como para no tenerlo en cuenta. De modo que ambos estaban apercebidos de un peligro imaginario.

Finalmente el soberano preguntó por otro asunto en el que él y Aelión estaban colaborando: el hallazgo de un antiguo objeto mágico que podía haber caído en manos de los enanos o de los hombres del Valle. El archimago estaba esperando que el rey hiciera esa pregunta y deseando que no la hiciera. No tenía intención de revelar lo último que había averiguado acerca de ese objeto.

«Nada nuevo —mintió—. Creí que estaría en poder de los enanos, pero no logro percibirlo. Puede que sea el propio medallón el que me lo impide.»

«Está bien —concedió Velarión sabiendo que Aelión mentía—. Ahora esa reliquia no es tan importante para mí.»

«Tienes razón —añadió Aelión sabiendo que Velarión mentía—. Será

mejor que nos centremos en la guerra. La ciudad enana de Forcejeo sigue intacta, y es probable que acuda en auxilio de Villa Trifulcas.»

«Yo me encargaré de eso. Tú sigue con lo que estás haciendo. Si no me equivoco...»

«Oye. ¿Velarión? ¿Oye? Creo que te pierdo, hay interferencias mágicas...»

Aelión interrumpió el vínculo telepático. No le gustaba despedirse ni terminar preguntando por la familia y la salud por mero compromiso. De la conversación que acababa de mantener podía deducir que en aquel momento urgía más encontrar el medallón mágico que vigilar el desarrollo de la campaña militar. Si Velarión decía que no era prioritario significaba que, por algún motivo, era más perentorio que nunca dar con él. No permitiría que ese presuntuoso mequetrefe lo hallara antes que él. No. El linaje de Velarión no debía seguir ocupando el trono de Velaria.

Velarión llamó a su mayordomo. Le ordenó que preparase de inmediato su caballo y sus armas y que llamara al servicio a su Guardia de elfos gélidos. De ninguna manera permitiría que Aelión se hiciera con el medallón ahora que tenía la fundada sospecha de que pretendía quedarse con él una vez lo encontrara. Ese miserable traidor no sabía con quién rivalizaba. Bueno, no era un traidor todavía, pero en su corazón albergaba el deseo de serlo, lo cual equivalía a una traición emocional, que era mucho peor porque la ley no la castigaba.

Habían pasado una noche muy agradable que a Wifo le recordó las acampadas que hacía con su padre cuando era niño. Al atardecer, el viento helado del norte empezó a soplar con vigor, trayendo consigo copos de nieve de las montañas que se sentían en la cara como puñados de alfileres lanzados con saña. Cuando el sol se ocultó bajo el horizonte, decidió ponerse dramático para que sus amigos buscaran un refugio y encendieran una hoguera. Los enanos accedieron porque creyeron que de verdad a Wifo le estaba dando un ataque cuando se tiró al suelo, rodando sobre sí mismo, y empezó a despedirse del mundo recitando versos trágicos. Gracias a su conmovedora actuación se refugiaron en una cueva bastante bien oculta y resguardada. Además, Riñas encendió un fuego donde asaron catorce conejos y Wifo se templó los pies, chascando la lengua del gusto. Alrededor de la lumbre estuvieron contando historias de fiestas y combates, como cuando Robusta le partió la boca a cinco ladrones del Valle de un solo puñetazo de ciento ochenta grados. En el suelo quedaron tantos dientes rotos que parecía que habían arrojado confeti.

Rieron, comieron y bebieron hasta quedarse dormidos, aunque Wifo no pegó ojo temiendo que los ronquidos de los enanos alertaran a algún grupo de orcos que pasara cerca de allí. Cualquiera que se acercase a esa cueva pensaría que dentro había tres osos discutiendo.

Antes del amanecer ya se habían puesto en marcha. Seguían el camino que llevaba hasta Forcejeo sin perder de vista el rastro de cadáveres despachurrados que iba dejando Grosa a su paso. Sabían que era la enana porque también hallaban trozos de queso cada pocos kilómetros, como si ella misma los hubiera ido esparciendo para que pudieran seguirle la pista. En ocasiones, incluso, quedaban restos lácteos en los muertos, provocando que ni los animales carroñeros se acercaran a los cadáveres.

En aquel itinerario había patrullas de orcos por todas partes. Cada una estaba compuesta por entre quince y veinte soldados con un trollco al mando.

En cuanto al pacto de viajar sin hacerse notar, duró lo que tardaron en toparse con una de aquellas patrullas. Cuando Wifo quiso darse cuenta de su presencia, los tres enanos ya corrían terraplén abajo gritando «¡Furra!». Ni sigilo ni factor sorpresa ni táctica de ningún tipo. A un enano que ataca le gusta que se le vea y se le oiga llegar. Mucho más si son varios los que cargan en una formación de atropellado barullo. La ventaja que pierden renunciando a sorprender al enemigo la ganan provocándole terror. Todo el mundo sabe que si unos enanos se te echan encima, lo único seguro, gane o pierda tu bando, es que muchos de los tuyos no vivirán para contarlo. Y probablemente tú tampoco.

Acabar con una veintena de orcos era un mero trámite para tres enanos, así que Wifo se quedó detrás esperando a que terminaran de hacer sus ejercicios matutinos.

En cuanto lo vio sin hacer nada, Robusta le encargó la tarea de rematar a los caídos. Por si alguno seguía vivo y le estaba echando cuento haciéndose el muerto. Una actitud más frecuente de lo que podía creerse, incluso entre guerreros valientes que no deseaban malgastar su vida solo por hacer una heroicidad inoportuna.

—Vamos, Blandito, que no se diga que eres un cobarde. Decapítalos a todos —le animó la enana.

Después de todo lo que había hecho desde que llegó a Villa Trifulcas, nadie podía decir de él que no fuera valiente, aunque ni se acercase en coraje al nivel de un audaz paladín. Más bien tenía la valentía del perro pequeño que ladra al grande cuando sabe que su dueño tiene bien sujeta la correa. Y no necesitaba ni deseaba más agallas que esas para llegar a ser un sabio encerrado en una biblioteca.

Se tapó la nariz con el cuello del abrigo y empezó a cortar cabezas. En realidad cortó una sola. Cuando la espada atravesó la carne y la tráquea crepitó con varios crujidos borboteantes, Wifo vomitó el desayuno sobre el cadáver. Con lo bien que había empezado el día y lo bien que se sentía del estómago.

Mientras se limpiaba los labios dictaminó que ese orco ya estaba muerto del todo, así que pasó al siguiente, tambaleándose de la grima y el pavor.

La segunda cabeza que fue a cercenar no estaba ni siquiera herida. Su

dueño, que debía de ser el más inteligente de la patrulla, se había hecho el muerto sin que llegaran a tocarlo. Wifo acercó el filo a su garganta y la bestia se levantó de un salto, arrebatándole la espada y apuntándole con ella. Un humano joven, escuchimizado y desarmado era un rival mucho más asequible que un enano con un hacha y ganas de hacer ejercicio, así que el orco se lanzó sobre Medroso para asestarle una estocada fatal. Wifo, desde luego, no dio opción al combate y salió corriendo.

Como los enanos estaban rodeados de enemigos, no corrió hacia ellos sino que salió pitando en dirección contraria, chillando y pidiendo clemencia. En un tiempo increíblemente breve recorrió quinientos metros perseguido por el orco, saltando piedras, esquivando arbustos y descendiendo terraplenes. Solo se detuvo porque se topó con otra patrulla enemiga.

En ese momento se dio la vuelta, esquivó al orco que lo perseguía con su propia espada y corrió de vuelta adonde estaban Riñas y los demás con la velocidad y la agilidad que confiere el pánico. Los bichos lo siguieron, y al llegar junto a los enanos se liaron a espadazos con ellos.

Wifo, en cambio, no se detuvo como sus perseguidores. El primer orco seguía empeñado en darle caza, así que Medroso continuó su enloquecida carrera esta vez en la dirección opuesta hasta que, casi a un kilómetro de distancia, se dio de bruces contra otra patrulla. De nuevo giró sobre sí mismo y escapó, conduciendo a los orcos hasta el lugar donde luchaban sus amigos.

—¡De verdad, Blandito, no nos ayudes más! —le gritó Riñas rodeado de docenas de rivales.

Aprovechando que ahora Wifo corría trazando círculos alrededor de la refriega, gritando y agitando los brazos, Robusta lo agarró de una manga y lo atrajo hacia ella.

—¡Blandito, cálmate y escucha! ¡Deja de chillar y mírame! Ahora vas a pegarte a mi espalda y no te vas a mover de ahí hasta que yo te lo diga. ¿Entendido?

—Pierde cuidado. Yo de aquí no me muevo ni aunque se abra el suelo —contestó Wifo resollando.

—Coge la espada corta de mi cinturón —le indicó la enana mientras le partía la cabeza a un orco de un hachazo con un certero tajo horizontal—. Si se acerca un mierda de estos, simplemente clávasela. No es difícil, solo tienes que estirar el brazo.

—Mamaíta de mi vida...

A los enanos les llevó un rato largo acabar con todos los orcos que Wifo les había llevado, y a Riñas y Robusta les ocupó otro rato más la faena de decapitarlos y amontonarlos para prenderles fuego. Quemaban los cadáveres de los orcos porque sabían de la existencia, aunque solo fuera por habladurías y leyendas, de unos magos de la sangre, o nigromantes, que podían devolverlos a la vida. Nadie entendía qué interés podía tener alguien en resucitar a un orco cuando era más sencillo traer a otro que estuviera vivo, pero los hechiceros también tenían sus cosas de ellos.

—Menuda batalla, ¿eh? —dijo Wifo antes de soltar una risita avergonzada.

Robusta lo miró y negó con la cabeza. En la pira de cadáveres había por lo menos sesenta cuerpos, y Wifo no había matado a uno solo de ellos.

Por lo menos los enanos no sufrieron ninguna baja, aunque Follón había perdido tres dedos a causa del mordisco de un trollco.

—Pero esto luego vuelve a crecer, ¿verdad? Como las uñas —preguntó el enano chupándose la sangre.

Por suerte había sido la mano izquierda, la del escudo, y no la derecha, la del hacha y la jarra de cerveza. Sin aquella todavía se podía apañar.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Wifo—. Callaos, silencio. Escuchad.

Los cuatro se quedaron quietos, conteniendo la respiración y tratando de que la hojarasca no crujiera bajo sus botas. Habían llegado a las lindes de un bosque y Wifo aseguraba que alguien les hablaba desde dentro.

—Aquí... —susurró de nuevo la vocecilla. Parecía que fuera el viento, desde lejos, quien soplara aquella palabra.

—¡Eso! ¿Lo habéis oído?

—Yo no he oído nada —negó Riñas inclinando el cuerpo hacia delante, como si así fuera a ganar agudeza en el oído.

—Aquí... —insistió la voz bisbiseante.

—¿Y ahora tampoco? —preguntó Wifo, que oía el murmullo como si saliera de su propia boca.

—Nada en absoluto —confirmó Robusta.

—¡Aquí, coño! ¡Que estáis sordos! —gritó finalmente la voz misteriosa.

De entre el espeso follaje asomó una mano nudosa y crujiente; una mano esencialmente humana pero arbórea a la vez. Con su dedo índice les hizo una seña para que se acercaran.

Avanzaron en la dirección de la que provenía el movimiento de hojas y ramas hasta llegar a un pequeño calvero delimitado por el abundante ramaje de fresnos, castaños y otros muchos árboles y arbustos. Allí estaba ella esperándolos. Una dríada del bosque, de cuerpo humanoide pero cubierta de maleza de los pies a la cabeza. Era anciana, mucho más vieja que las cosas más viejas de la gente más vieja, nacida con los primeros tallos de aquella floresta. Su cuerpo menudo, encorvado y decrepito descansaba sobre un bastón de madera salvaje sin talla ni adornos.

—Bienvenidos —les dijo con su voz envejecida—. Soy Frutilda Cascarilla. Pero pasad, no os quedéis ahí. Y los gordos no me piséis los

brotos de rododendro, que aún están muy tiernos.

Ni Wifo ni los enanos podían experimentar un mayor asombro. Nadie veía nunca a las dríadas. Cada una vivía dentro de un árbol, al que estaba unida en una simbiosis de vida y muerte. Y eran muy pocos los motivos que podían llevar a una dríada a salir de su refugio y buscar el contacto con criaturas ajenas al bosque.

Además, los enanos nunca se adentraban en los montes. En ellos no había cerveza ni oro ni corderos asados, conque no se les había perdido nada allí.

—Me alegro de que por fin hayáis venido. Llevaba mucho tiempo esperándoos. Y cuando una dríada dice mucho tiempo, es mucho mucho tiempo.

—¿Esperándonos a nosotros? —preguntó Wifo.

—Sí, a vosotros. Sois los elegidos, ¿no? Los que vienen de la tierra de los elfos de los bosques.

—No, no, en absoluto. Nosotros venimos de Villa Trifulcas. Vamos a la ciudad de Forcejeo a pedir ayuda para una guerra.

—¿No sois elfos?

—¿Elfos? Qué va, nada más lejos —respondió Wifo sin aguantarse la risa—. Yo soy humano, de Bellavista para más señas, y ellos tres son enanos.

Los enanos sonrieron y saludaron con la mano.

—Es que no veo ni torta, hijos. La edad... Ya llegaréis vosotros, ya, y a saber cómo. Pero sí, claro, tenéis razón. Ya decía yo que esos tres eran demasiado gordos para ser elfos. Y tú muy feo. Y oléis como el culo de un ogro. Pero venid, sentaos aquí conmigo. Aunque no seáis elfos, algo podremos hacer con vosotros.

Se sentaron en círculo sobre la tierra húmeda. Mientras la anciana dríada se esforzaba en plegar las piernas para bajar al suelo, se oyó un sonoro pedo. Enseguida todos miraron a Follón pensando que había sido él —como siempre—, pero el enano lo negó moviendo la cabeza de un lado a otro. Esta vez era inocente. Riñas y Robusta también renegaron de la ventosidad. Con Wifo libre de toda sospecha, debido a su sobrado pudor en esas cuestiones, solo quedaba la dríada. Los cuatro la miraron.

—Se me ha partido otra rama. Las tengo ya muy secas —se excusó Frutilda con desparpajo—. Bueno, bueno, bueno —continuó cuando consiguió acomodarse—. Me alegro de que por fin hayáis venido. Decía que

llevo mucho tiempo esperándoos. Y cuando una dríada dice mucho tiempo, es mucho muchísimo tiempo. Vuestros años son medidas insignificantes. En un año solo da tiempo a perder las hojas una vez. Hacen falta muchos para... Perdonad, ¿qué estaba diciendo?

—Decía que nos estaba esperando —dijo Wifo desconcertado.

—¿Esperar a quién? —preguntó a su vez Frutilda.

—A nosotros. Eso ha dicho: que nos estaba usted esperando.

—¿Eso he dicho?

—Eso es. Hace un momento —insistía Medroso. Ya dudaba de si lo había dicho o no.

—¡Ah, sí! —exclamó por fin la dríada—. Os estaba esperando a vosotros, en efecto. Sois los elegidos, ¿verdad? Los que vienen de las tierras de los elfos de los bosques.

—No, señora, ya le he dicho que no.

—Perdona un momentito, hijo.

La anciana levantó el bastón y descargó un golpe seco sobre la mano de Riñas, que en ese momento se concentraba en aplastar, por puro aburrimiento, el fruto de un árbol con sus gruesos dedazos.

—Deja eso, cabroncete —le advirtió Frutilda después del garrotazo. Luego prosiguió con Wifo—: ¿De qué estábamos hablando?

El estudiante se llenó los pulmones de paciencia.

—Le decía que nosotros no somos esos elegidos.

—¿No sois los elfos que han de venir?

—Le repito que no, de verdad, no lo somos.

La vieja Frutilda los miró con desconfianza. Sabía que los elfos nunca bromeaban y aun así, en los tiempos que corrían, ya nada le extrañaba. La juventud andaba tan enloquecida que incluso gastaba bromas a las criaturas más ancianas sin ningún respeto.

Se quedó callada durante unos segundos, como si sus ojos mirasen hacia dentro de ella misma, y luego regresó de golpe de su ensoñación y continuó hablando:

—Por cierto, perdonad mis modales. No os he ofrecido nada. ¿Queréis un poco de agua fresca o de humus? Es de primera. Las hojas están en su punto justo de putrefacción.

Robusta cayó en la cuenta de que andaba bastante hambrienta.

—Yo me comería un buen muslo de venado —confesó pasándose la

lengua por los labios.

La dríada la miró muy seria. El ceño le crujía al arrugarlo.

—Aquí no matamos animales para comerlos ni arrancamos los frutos de su árbol, jovencita.

—Lo siento —se disculpó la enana.

—La caca de ciervo, en cambio, sí puedes comértela. ¿Quieres un poco? Aquí es de primera, recién hecha. Muy nutritiva.

—No, gracias. La verdad es que ya no tengo tanta hambre. A lo mejor Wifo sí quiere comer algo. Es vegetariano.

Frutilda dirigió hacia el estudiante una mirada de espanto.

—¿Vegetariano? —balbuceó—. Eres un monstruo...

—En realidad es crudivegano —aclaró Riñas—. Solo come verduras y se las toma crudas, sin cocinarlas.

—Eres la bestia más horrible que he conocido nunca. No puedo seguir escuchando estas atrocidades. Por favor, parad —rogó la anciana—. ¿Por qué tanta maldad? ¿Por qué?

Wifo no tuvo más remedio que comprometerse a dar una muerte digna a las hortalizas y hervirlas antes de comérselas. También prometió —aunque esto no pensaba cumplirlo— que a partir de entonces procuraría consumir vegetales ya fallecidos en lugar de arrancárselos vivos a la tierra. Solo entonces la señora Cascarilla accedió a seguir hablando. Su actitud vivaz y resabiada se había transformado en una aguda tristeza.

—Ya sé que los elfos nunca vendrán —suspiró—. Llevo demasiado tiempo engañándome a mí misma. No vendrán si no han venido ya. El caso es que me estoy muriendo, hijos. Ya me veis. Ha llegado el otoño y no tengo hojas que perder. Nunca más me pondré verde ni daré fruto, y poco a poco se me secará la savia hasta que mi tronco se quiebre y la vida me abandone. En este bosque nos estamos muriendo todos, ¿sabéis? —Levantó la cabeza hacia las copas de los árboles. Su cuello le crepitó en el recorrido—. La magia verde se agota en el mundo. Los jóvenes solo estudian alquimia, magia de sangre y cosas así, que tienen más futuro laboral. Yo lo entiendo, es el progreso. Pero ya no cuidan los bosques y los ríos. Los hombres, los enanos, los gnomos, los duendes..., todos tiran basura y talan sin medida. El agua del riachuelo baja negra de las minas y las fraguas, se quemán las arboledas para sembrar en la tierra desnuda... Y debido a esa guerra de la que habláis, los trolls están cortando lo poco que queda de este bosque para construir sus

máquinas de asesinar a otra gente. Lo más seguro es que no dejen nada cuando acaben.

La señora Cascarilla hablaba con tristeza y con resignación, no con el odio que tenía todo el derecho a sentir. Wifo escuchaba en silencio. Sentía pena por ella, por todos los seres que iban a extinguirse allí sin poder defenderse ni escapar. Se sentía en parte culpable, sentía rabia por no haberse dado cuenta, por lo menos, de la ruina a la que se enfrentaban las criaturas de los bosques.

Los enanos, por su lado, sentían hambre y aburrimiento.

—¿Sabéis qué? —soltó de pronto la anciana Frutilda con ánimo recuperado—. Vosotros seréis mis elegidos. Sí, eso haremos. Que hayáis venido aquí y ahora no puede ser casualidad. Cuatro enan..., bueno, más bien tres enanos y pico en un bosque, lejos de sus casas, alejándose del fuego y el filo de la guerra. ¿Qué otra cosa podría significar?

Los cuatro quisieron añadir una objeción a la vez, pero la dríada les interrumpió chascando cinco veces la lengua:

—Nada, nada. Os ha tocado. Así son las profecías: caprichosas y sin sentido.

Apoyándose en su vara, se levantó como un muñeco de trapo cuando lo alzas con una polea. No permitió que los enanos la ayudaran, no fueran a partirle las extremidades con su zafia brusquedad.

—Esperadme aquí —les pidió mientras se internaba en la espesura—. Y no toquéis nada; sobre todo el de antes, a ese vigiládmelo, que es un demente.

Riñas se señaló a sí mismo con el dedo índice y esbozó en su cara una expresión de sorprendida inocencia. Un gesto que parecía decir: «¿Quién, yo?». «Bah, ni que hubiera mucho que tocar en un bosque —pensó—. Ya ves tú. Me quedaré aquí quietecito sin tocar nada. Como si me importara a mí...».

Siguió así un rato más, retorciendo varias ramas verdes entre sus dedos, un poco indignado por la desconfianza.

Cierto que para las criaturas que gozan de una longevidad sobrenatural el tiempo no significa nada. Uno pierde la prisa cuando vive cientos de años. A ellos cuatro, sin embargo, la espera les pareció una eternidad despilfarrada.

En cuanto la dríada recuperó el ánimo, ellos recobraron el apetito. Estaban aburridos, hambrientos, extrañados por aquella situación tan peregrina. Y su misión urgía cada vez más mientras ellos estaban sentados en el suelo esperando a que una señora con ramas les trajera algo destinado a unos elfos elegidos para cumplir vete tú a saber qué cometido. Que esa era otra: se les empezaban a acumular las misiones.

—Y si no vuelve la anciana ¿qué hacemos? ¿Nos quedamos aquí comiendo caca de ciervo hasta que nos salgan raíces? —protestó Follón, que desde que supo que los dedos de la mano no volvían a crecer estaba de peor humor. No lograba entender por qué las uñas sí crecían y los dedos no. Era absurdo.

—Tú estarías guapa con raíces y hasta con un nido de cigüeña en la cabeza —le dijo Riñas a Robusta haciéndole cucamonas en la nariz.

—Oh, por favor... —se quejó Wifo—. Parad ya. Lleváis así desde que nos fuimos. No os aguanto.

—¿Has visto alguna vez a una enana con una barba más bonita?

—No, Riñas. Nunca. Tu chica tiene una barba espléndida.

—¡Ay, que te como el bigote! —siguió ñoñeando el enano.

Robusta se dejaba tontear fingiendo indiferencia, aunque todos sabían que debajo de la armadura, el vello pectoral, la grasa y la sólida caja torácica, tenía un corazoncito tierno a su manera, que no era la manera en la que expresaban ternura las damas de Bellavista, por ejemplo. Robusta te podía romper los incisivos de puro afecto.

La señora Cascarilla regresó con una sonrisa en su nudosa cara. Traía algo en la mano izquierda, envuelto en una ancha hoja de álamo que apoyaba amorosamente contra su pecho.

—Aquí está —anunció.

Wifo y los enanos se levantaron como muelles y se asomaron al misterioso bulto que Frutilda les enseñaba.

—¡Con cuidado, burros! Es muy delicado.

Acostada en la hoja de álamo descubrieron a una criatura insólita. Era un pequeño retoño arbóreo cuyas ramas formaban delgados bracitos y piernecitas, manitas y piecitos con frondosos y delicados deditos. Su carita, redonda y carnosa como un fruto jugoso, se reía y hacía pedorretas con los diminutos labios. Al verlo, Wifo juntó las palmas de las manos y levantó un pie doblando hacia atrás la rodilla.

—Oh... Qué cosita. —Parpadeaba con los ojos arrobados de ternura.

—¿Qué es esto? ¿Una acelga mágica? —preguntó Riñas.

—¡Pero qué acelga mágica ni qué niño muerto, ignorante! —exclamó Frutilda.

—Pues parece una espinaca —opinó Follón.

La dríada, molesta, apartó al pimpollo hacia un lado.

—Este es Papidoo, nacido de la última semilla de Térrico.

—Ah, pues vale —dijo Riñas. Aquel asunto le importaba poco, ya que toda su atención se centraba en su prometida y en las aventuras lúbricas que estaba planeando junto a ella en su imaginación. Eso sí que iba a ser una misión de alto riesgo... De alto riesgo de pasárselo caníbal.

A los otros dos enanos tampoco les sonaba ese nombre.

—¿Pero qué os enseñan en la escuela? —se indignó Frutilda.

—A excavar, a tallar y a matar —le informó Robusta como si la respuesta fuera una obviedad.

Los enanos tenían un sistema educativo moderno, orientado al mercado laboral, que prescindía del arte, la filosofía y esas zarandajas que no servían para nada.

A Wifo el nombre le resultaba familiar y poco más, ya que no solía prestar atención en clase de Entes y Prodigios. Dada su ignorancia supina, la señora Cascarilla les explicó que Térrico fue un elemental primigenio de los que poblaron el mundo de bosques, hierba, flores y toda clase de plantas y vegetación. Algo así como un jardinero divino. No divino de ir muy guapo y arreglado, les aclaró, sino que descendía directamente de los dioses. Por esa razón era tan importante lo que les encomendó:

—Tenéis que llevaros a Papidoo. Aquí no está a salvo. Es imprescindible que este pequeño sobreviva y crezca fuerte y sano, pues de él depende la supervivencia de las criaturas vegetales de este mundo. Es único en su especie. De hecho, que yo sepa, es el último de los elementales de tierra, y yo sé mucho, os lo puedo asegurar.

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó Follón con su habitual suspicacia—. ¿Lo plantamos y regamos?

Frutilda empezaba a arrepentirse de los nuevos «elegidos» que había seleccionado. Quizás fuera mejor atar al pequeño Papidoo al lomo de un cerdo y azotar al animal para que corriera lo más lejos posible.

—No hay que plantarlo —les corrigió. La suerte estaba echada; tenía

que apechugar con su decisión—. A medida que crezca será capaz de hacer lo mismo que hacéis vosotros, aunque espero que con algo más de estilo y decoro. Además, hay tres cosas muy importantes que debéis recordar, tres normas imprescindibles para su cuidado: la primera, que le dé mucho el sol; la segunda, hay que mojarlo mucho, y la tercera, es necesario darle de comer varias veces al día, sobre todo después de medianoche. ¿Lo recordaréis?

—¿Recordar qué? —preguntó Riñas. Le lanzó un beso con la mano a Robusta y le guiñó un ojo. Estaba «calentando la cena», como decía él.

—Tranquila, Frutilda —intervino Wifo—. Yo me acordaré de todo.

El chico estiró las manos para coger a Papidoo, pero la dríada lo detuvo.

—No, no puedes cogerlo.

—¿Pero en qué quedamos? —se quejó Wifo.

Frutilda se lo explicó:

—Debe ser él quien elija cuál de vosotros será su protector a partir de ahora.

Papidoo emitió una de sus alegres e infantiles risotadas. Luego estiró los brazos en dirección a uno de los enanos, abriendo y cerrando las manitas.

—¡Paaaapidoo! —balbuceó inclinándose hacia Riñas, que en ese momento tenía la cadera ocupada en enviarle mensajes libidinosos a Robusta.

Follón le dio un codazo.

—Atiende, campeón de los amantes, que te reclaman.

La señora Cascarilla estaba espantada. No se cayó al suelo de culo porque no le quedaba culo; lo había perdido del todo en la última desfloración. Aquello sí que no. No iba a dejar a Papidoo en manos de ese cavernícola incontinente. Bueno, en realidad sí, pero lo hizo porque no le quedó otro remedio: a lo lejos ya sonaban los cuernos y los tambores de los trolls. Llegaban hambrientos de tala y devastación.

Llorando, en silencio, la dríada le dio un beso de despedida al pequeño Papidoo. Su cabeza recuperó momentáneamente el verdor de su juventud por el mero contacto con la suave piel del bebé.

—¡Corred! ¡Cogedlo y corred! Vamos, deprisa. Seguid la marca del antiguo sendero que sube hacia el noroes... ¡Por ahí no! ¡Por ahí vais a...! ¿Hola, me oís? ¿No me oís? Ya la hemos liado.

—Oh, Gran Lord ultrapoderoso y megamagnífico —repetía el trollco arrastrándose sobre el fango, que empezaba a crujir a causa de la helada. Se le habían agotado los prefijos de grandiosidad y, temiendo que resultara escasa la pleitesía, reptaba como un gusano a los pies de Frjtrombj.

Los guardias personales del Lord habían formado un círculo y se entretenían con su pasatiempo favorito: las peleas de hadas. Le daban a cada una la afilada uña de un oso y las azuzaban hasta que solo quedara una. Era divertido solo porque eran hadas dulces y bondadosas, ya que en la esgrima no eran particularmente diestras ni se mostraban muy aguerridas a la hora de enfrentarse. Pero el mero hecho de mancillar la bondad y la belleza constituía un divertimento en sí mismo para los trolls.

—Jum... —ronroneó el Lord frente a su esbirro gusaneante—. ¿Qué cuita es la que procedes a adolecer mayormente?

—Tenemos lo que viene siendo un problema, su bubónica excelencia.

—Articula palabras, pues.

El secuaz levantó la cabeza como si temiera que se la fueran a devolver al barro de un pisotón. Sabía que había que hacer lo posible para no enfadar el Gran Lord, pero también era consciente de que si no le enfadabas tú se enfadaba él solo y el resultado venía a ser el mismo.

—Una señora, oh, pomposo —tartamudeó.

—¿Una señora? ¿Cómo que una señora?

—Una señora humana de Villa Trifulcas, su boyante excelsitud. Está procediendo, presuntamente, a lo que viene siendo dirigir a los enanos mayormente. Porta un colador en la cabeza y nos profiere amenazas y muy ingratos insultos desde las murallas. Los soldados están mismamente con poquedad de moral. En adición nos lanza piedras volumínicas y aceite

ebullente encima. Estamos procediendo a sospechar que tiene poderes mágicos. Oh, esplendísimo.

Frjtrombj se rascó la barbilla en su gesto de cavilar en profundidad. Luego aplastó la cabeza del trollco con su pie hasta que la oyó crujir y siguió meditando. Desde las profundidades de su cerebro le llegaba el rumor de un razonamiento como el eco de un ahogado pidiendo auxilio. Aguzó lo que pudo su rudimentaria perspicacia para descifrar el mensaje que le enviaban sus neuronas. Casi podía oír cómo se estiraban para poder tocarse entre ellas y establecer una sinapsis.

Era Aelión intentando contactar con él. El elfo había penetrado en su cerebro para presenciar la escena a través de sus ojos y oídos y conocer las últimas novedades de la guerra. Los trolls gozaban de una visión nítida y un oído agudo, pero su sistema de procesamiento de la información parecía un columpio abarrotado de monos. Era un milagro que aquellas criaturas pudieran hablar, incluso haciéndolo como lo hacían.

Sobreponiéndose al dolor de cabeza que le provocaba transitar por aquella jungla mental, el archimago intentó llamar la atención del troll. Era complicado establecer contacto telepático con alguien tan idiota como Frjtrombj porque lo podía confundir fácilmente con una alucinación fruto de la locura. Lo mismo sucedía con las criaturas demasiado inteligentes o atormentadas.

Le costó alguna que otra explicación y un par de juramentos convencer al Gran Lord de que era Aelión y no un producto de su imaginación, de que no estaba a su lado, tomándole el pelo escondido detrás de algún árbol, sino a varios kilómetros de distancia, y de que la comunicación mental era normal entre los magos del Aura y no, no le iba a explotar la cabeza por tener al elfo dentro de ella porque no se había metido literalmente en su interior.

El troll seguía sin asimilar el concepto de la telepatía, pero accedió a hablar a través de ella cuando Aelión volvió a prometerle que no le estallaría el cráneo.

«Pero luego, después del hablamiento, procederás a marcharte de mi mollera», le hizo jurar. Por si las moscas.

«Claro que me iré, Gran Lord de los idiotas. No pensarás que me voy a quedar a vivir en tus sesos.»

«¡Eh, sin insultar!», gruñó Frjtrombj, y se dio un puñetazo en la cabeza. Aelión sintió el golpe y el dolor del troll.

«¿Pero qué haces, imbécil?»

«Golpearte, propiamente.» —El Lord no sabía que el archimago podía sentir en ese momento todo lo que él sentía. Aun así, lo dedujo de chiripa.

«No tengo tiempo para andarme con chiquilladas. Te iba a preguntar si habíais conquistado Villa Trifulcas pero ya he visto que no, así que mi pregunta es por qué no lo habéis hecho todavía.»

«Mmm... —mugió el troll mientras analizaba la frase. A partir de treinta sílabas le costaba entender una oración; cuando escuchaba la última palabra ya se había olvidado de la primera—. No hemos procedido al rendimiento de la ciudad porque los enanos, *motu proprio*, no nos dejan. Lo que viene siendo.»

«Ya, claro —se mofó Aelión—. La razón de no poder vencer a un enemigo suele ser precisamente esa: que el enemigo no se deja.»

«En efectivamente», confirmó el troll, para quien el elfo acababa de hacer una observación inteligentísima que intentaría no olvidar. Usaría ese razonamiento más adelante para impresionar a sus oficiales.

En opinión de Aelión, aquella charla ya había durado demasiado. Igual que la estúpida guerra, que no debía alargarse mucho más. Todo el tiempo que desperdiciara en el asedio de ese inmundo villorrio eran días que Velarión podía aprovechar para sus intrigas en Velaria. Y como decían en su tierra: ten cerca a tus amigos y más cerca aún a tus enemigos.

«Está bien, Frjtrombj. Haremos una cosa.»

«Qué cosa.»

Aelión quería terminar con el asedio de Villa Trifulcas en cuestión de un par de días, y para ello estaba dispuesto a asumir el riesgo de que se revelara la participación de los elfos en la guerra. Si tal cosa se descubría, el mayor perjudicado sería Velarión, no él. Cuando se arriesga lo ajeno es más fácil tomar decisiones.

«Atiende bien. Quiero que pongas tus cinco sentidos en lo que te voy a decir.»

«¿Cinco?», se sorprendió el troll. No sabía que hubiera tantos. Intentó hacer recuento pero le faltaban dos. En realidad le faltaban tres porque había contado la vista dos veces.

«Por favor, por una vez en tu miserable vida trata de concentrarte. Nos jugamos mucho todos.»

«¿A qué jugamos?»

Era la primera vez que el archimago entraba en la mente de un troll y pudo comprobar que su estupidez no era una cualidad exagerada por los prejuicios de los elfos. Era muy auténtica. Una anarquía de pensamientos y emociones enmarañados en una especie de ovillo de conexiones neuronales.

«Enviaré un batallón de mis mejores elfos, al mando de mi mejor capitana, para abrir la puerta de la ciudad o un hueco en la muralla. En ese momento tus huestes de orcos deberán invadir Villa Trifulcas.»

El Gran Lord asentía con gravedad. Por ahora estaba entendiendo el plan del elfo y eso le hacía sentir importante, como si él mismo formara parte de su diseño.

«Y escucha otra cosa. Algo de vital importancia. No debes contar a nadie esto que te acabo de decir. Ni siquiera a tus oficiales de mayor confianza. ¿Lo has entendido?»

Esta vez Frjtrombj asintió con menos seguridad. No lo había entendido, pero no lo dijo para no parecer un idiota. El troll todavía estaba convencido de que Aelión le respetaba y temía.

Lo de las catapultas estaba bien, pensó Contuso. Era hasta divertido, lo cual ayudaba a disminuir el aburrimiento de los trifulcanos, que era la principal causa de una baja moral entre las tropas. El rumor que había empezado a correr y que hablaba de racionar la comida y la cerveza, sin embargo, ya no era tan gracioso. Algo así iba a provocar disturbios peores que los inherentes a cualquier bautizo o fiesta de cumpleaños.

—¿Que vamos a hacer qué con el licor? —exclamó Trompazo, que lo acompañaba al almacén para preparar las vasijas incendiarias.

—Lanzárselo a los trolls. ¿Es que no me escuchas?

—¡Altísima montaña, qué locura! ¿Pero esa mujer con quién va, con nosotros o con ellos?

—Esa mujer está manteniendo al enemigo fuera de la ciudad. Si no fuera por ella, ahora nos estaríamos matando dentro de nuestras propias casas —le contestó Contuso.

—¡Pues eso es lo que queremos! ¡Que entren para liquidarlos! *Pim, pam.* ¿O es que vamos a seguir matándolos a distancia como si fuéramos, yo qué sé..., elfos? ¿Es que ahora nos escondemos detrás de una muralla para tirar piedras y ollas de aceite? Oh, miradnos, peleamos como duendecillos.

El ayudante de Ramona empezaba a entender la estrategia de la mujer y la razón de las decisiones que tomaba, aunque fueran impopulares y opuestas al modo de actuar de los enanos, mucho más espontáneo y expedito. Pero también comprendía a Trompazo. Uno no podía dejar de ser lo que era de la tarde a la noche, lo que incluía ignorar su propia seguridad y dar prioridad al intercambio de opiniones cuerpo a cuerpo con los trolls.

—Además —insistía el otro—, si tiramos el licor, ¿qué vamos a usar de anestesia?

—Pues el palitroque, como nuestros antepasados. Un trancazo lo bastante fuerte en toda la mocha y a dormir. —Contuso hizo el gesto de descalabrar.

—La verdad es que era una tradición muy bonita. Es una pena que se pierda —reconoció Trompazo.

Entre los dos organizaron una cuadrilla para acarrear el aguardiente lo más rápido posible. Trompazo tenía prisa por llevar a Contuso a un sitio a hacer una cosa. No dio más detalles por si su amigo, ahora conchabado con la señora Medroso, se iba de la lengua y lo arruinaba todo.

Ramona preparaba masa de croquetas en una cocina que había improvisado en casa de su hijo. «Estos enanos desperdician demasiada comida —lamentaba—. Mira estos huesos, llenitos de carne; esto es una pena tirarlo —se decía a sí misma mientras removía sin pausa la mixtura y negaba con la cabeza.» El embrujo de ligar la harina con la leche la animó a entonar una romanza que se iba inventando según la canturreaba:

—*Ay..., las croquetas de Villa Trifulcas son unas croquetas que no son insulsas...*

Probó la bechamel con la punta de la cuchara y el sabor la satisfizo. Mugió de agrado.

—*Como cocina Ramona no cocina ni una mona...* —No era la rima que más le gustaba, pero tampoco estaba tan mal para haberla improvisado. Ya buscaría una mejor.

En ese momento empezaba a amanecer en Villa Trifulcas. Había dejado un retén en la muralla para hostigar a los trollicos, sobre todo con el propósito de socavar su moral con insomnio, afrentas y bravatas, y se había retirado, como solía decir ella, a descansar los ojos un par de horitas.

Al cabo de un rato se percató de algo que, de forma inconsciente, llevaba un tiempo inquietándola: la calma pertinaz. Por lo que había observado durante el poco tiempo que llevaba allí, no era normal que estuviera todo tan tranquilo, aunque fuera temprano. Ya deberían estar oyéndose el crujido de las catapultas al contraer sus bisagras, el vocerío de

los guardias y, en general, la bulla que acompañaba a cualquier acción colectiva emprendida por los enanos. Pero en lugar de la jarana, llenaba la atmósfera una quietud propia de civilizaciones más discretas. Casi se podía oír el aleteo de los buitres que planeaban sobre los cadáveres como políticos en la tesorería.

Enanos y silencio significaba, por fuerza, que algo andaban tramando.

Dejó la pasta enfriando a la puerta de casa, tapada con un paño —como si así fuera a evitar que alguien metiera el dedo por una esquina—, y fue a echar un vistazo.

Las calles estaban desiertas. El destacamento de guardia se aburría, solitario, recorriendo la cima de la muralla. Por no salir no había salido ni el sol de detrás de las nubes negras y obesas. Ni un alma por ninguna parte. Solo un gato arrastrando un lenguado que ni siquiera la miró. El animal, seguramente, habría sacado el pez del almacén de salazones, que era donde solían pescar los gatos de la ciudad.

En la calle Cuesta Arriba, esquina con la calle Donde Vive el Alcalde, se topó con un grupo de niños que jugaban a pasarse entre ellos la cabeza de un orco hasta que alguno, lanzándola desde lejos, atinaba a meterla en un cesto de mimbre. Su aparición hizo que los churumbeles abandonaran el juego y la rodearan.

—¡Hola! —exclamó el más rechoncho—. ¿Eres un troll hambriento?

—Jo, qué perra te ha entrado con los trolls hambrientos —le recriminó el que parecía ser el más adulto.

—¿No ves que es una mujer humana? —aclaró un tercero—. Una muy vieja.

—Seguro que está a punto de morirse de lo vieja que es, ¿verdad? ¿Verdad que te vas a morir ya de vieja, mujer? —insistía un cuarto enanillo tirándole de la falda hacia abajo.

Ramona apenas parpadeaba del estupor. ¡Menudos lenguaraces descarados! Los pequeñuelos, por su parte, seguían debatiendo la identidad y procedencia de la mujer vieja.

—Yo sé quién es.

—¿Ah, sí? A ver, listo, dilo.

—Es la madre del afeminado. Todo el mundo lo dice.

—Jo, pues si es una madre sí que tiene que ser vieja.

—A ver si es verdad lo que dices, dale una patada a ver si llora como

Blandito.

El pequeñajo cogió impulso con la pierna derecha para descargar un patadón con toda su alma contra la espinilla de Ramona, pero antes de terminar el recorrido pendular, la mano de la señora Medroso le cruzó la cara de un moflete a otro. Apenas le dolió y, además, el dolor le resultaba indiferente. Si se frotaba la mejilla era a causa del desconcierto. Sus amigos ni se movían, tan pasmados como él. Que se recordara, era la primera vez en la historia que un ser humano daba un bofetón a un enano y no recibía diez o doce a cambio.

Ramona se agachó hasta que su cabeza y la del crío quedaron a la misma altura.

—Mira, renacuajo. —Contrajo las cejas y le apuntó con un dedo índice muy tieso—. Yo no sé qué te habrán enseñado tus padres, pero a la gente mayor se la respeta. Y esto va por todos —añadió irguiéndose todo lo que le daba su altura—: aquí se os va a terminar el cachondeíto este que os traéis. En cuanto acabe la guerra vais a ir al colegio a aprender buenos modales, entre otras cosas. Pero ya habrá tiempo para eso. No creáis que no ando ya dándole vueltas al asunto. Y ahora decidme dónde está todo el mundo.

—Están en el Ayuntamiento. En una reunión de urgencia. Eso ha dicho mi padre —contestó el abofeteado, que seguía refregándose el carrillo con la mano tratando de borrar de él la vergüenza.

En efecto, algo urdían los trifulcanos, como Ramona había sospechado. Y no podía ser nada bueno porque, para empezar, a ella no la habían informado de la celebración de tal concilio.

En los muros de las casas cercanas a la alcaldía rebotaba el sonido de lo que parecía ser un millar de serruchos mordisqueando tablones de madera. Se iban confirmando los temores de Ramona: algo sucedía, aunque pronto descubrió que nada parecido, ni por asomo, a lo que ella imaginaba. En el Salón de las Celebraciones, excavado bajo tierra en un espacio de una hectárea larga por cada uno de sus cuatro lados, cientos de enanos borrachos yacían volcados sobre mesas y sillas o amontonados unos sobre otros de cualquier manera. El mismo Contuso se había quedado traspuesto dentro de

uno de los numerosos barriles vacíos que había desperdigados por todos los rincones.

En cuanto al ruido parecido al de un aserradero, no era sino un orfeón de ronquidos y bufidos, consecuencia de la ingesta insensata de alcohol.

Ramona se paseó por la sala esquivando una jungla de cabezas y extremidades inertes. Comprobó que no quedaba una gota de cerveza en ninguna cuba. Los trifulcanos se habían empleado a fondo y sin pereza en la faena, no cabía duda. Nada como una comunidad de enanos motivados para alcanzar un objetivo.

Pues se iban a arrepentir. Cogió una jarra de metal y aporreó con ella una bandeja de plata que contenía restos de un nauseabundo cordero estofado, supuso que utilizado para hacer poso en los estómagos antes de llenarlos de bebida.

—¡Arriba todo el mundo! ¡Vamos, holgazanes, que ya está amaneciendo!

No puede decirse que los enanos se despertaran de muy buen humor. Aquí y allá sonaban maldiciones y blasfemias en su lengua nativa del lugar. Ramona sabía que esa era la forma más molesta de despabilar a un borracho inoportuno. Un pequeño castigo por haberse alcoholizado irresponsablemente.

—Os parecerá bonito —los sermoneó—. Yo rompiéndome el lomo para defender este villorrio y vosotros de fiesta. El día menos pensado cojo la puerta y aquí os quedáis. —Cada palabra era gritada en el tono más agudo posible para provocar mayor molestia. Tenía el grado de perversidad calculado con precisión.

Los enanos desconocían que, además de Wifo, Ramona había criado a cuatro hijas bastante más díscolas y avezadas que el muchacho; cuatro mocitas que en sus años de primera juventud no se habían contentado con permanecer en casa aprendiendo las labores que se le presuponen a toda buena esposa. Lo cierto es que en eso habían salido a su madre, siempre en rebeldía contra las imposiciones masculinas.

Trompazo se incorporó de la banqueta en la que se había quedado inconsciente. Con paso resuelto aunque tambaleante se dirigió hacia Ramona, decidido a ponerle los puntos sobre las íes. Desde la noche anterior, el enano lideraba una especie de facción opositora a la señora Medroso, así que se

podía afirmar que hablaba en nombre de muchos de los trifulcanos que en ese momento vomitaban en la sala.

Su conciencia se debatía aún entre la borrachera y la resaca, lo cual no le impidió comenzar su discurso con el debido aplomo:

—Pues sí. Nos hemos bebido todo el alcohol antes de que nos mandes tirárselo a los trolls. Estaba exxxquisito. Qué pasa. —Se apoyó en una columna porque ni todo su aplomo conseguía mantenerlo erguido sin desplazarse lateralmente. Luego se concentró en mantener los dos ojos abiertos a la vez y mirando ambos en la misma dirección.

Ramona se aproximó a él caminando despacio, sin perderlo de vista. Los presentes la seguían con la mirada, a la espera de la tormenta que seguro estaba a punto de desencadenarse.

—¿Que habéis hecho qué? —preguntó con una entonación sibilina. Agachaba la cabeza para poder mirar a Trompazo a través de las cejas.

—*Glu, glu, glu* —contestó el interpelado haciendo el gesto universal de empinar el codo.

—Tenéis cinco minutos para adecentaros y presentaros ante el portón. Y no pienso repetirlo.

—Tú no nos mandas —se atrevió a contradecirle Trompazo—. Ahora que ha muerto Traumatismo hay que elegir a un nuevo alcalde y, que yo sepa, nadie te ha elegido a ti. Así que...

No tuvo oportunidad de terminar. En mitad de la frase, el pie de Ramona se hundió en sus testículos hasta que la pelvis lo detuvo. De no ser por ese hueso, el pie habría seguido su viaje hasta la faringe. Ese resultaba ser, a fin de cuentas, el único idioma que los enanos entendían con claridad, además de tratarse de un dialecto cuyo canal de recepción del mensaje estaba en la única zona de la anatomía capaz de doblar a un enano por el lumbago y provocar que se retorciera de dolor.

Escondido en su tonel, del que solo le asomaba la cabeza, Contuso asistía sin rechistar al plebiscito para nombrar un nuevo líder de Villa Trifulcas. Y, por la forma en que Trompazo se retorcía y giraba por el suelo maullando de dolor, parecía que Ramona se había impuesto al enano en la primera ronda.

—¿Alguien más quiere añadir algo? —los desafió la señora Medroso—. Porque no tengo toda la mañana.

Nadie dijo nada. Unos porque ya habían comprendido quién mandaba

ahora en Villa Trifulcas, y otros porque seguían demasiado bebidos para levantarse y discutir. Aun así, Ramona todavía tenía algo más que decir. Cuando se trataba de echar broncas nada le parecía suficiente.

—Se os debería caer la cara de vergüenza. Una raza milenaria como la vuestra, que yo no conozco pero que supongo que tendrá sus cosas buenas, como todas. Y miraos ahora. Menudo espectáculo estáis dando. ¿Qué es lo que queréis? ¿Que los trolls invadan esta ciudad y acabar esclavizados, trabajando para ellos a cambio de salarios miserables, todas las horas que ellos quieran, para enriquecerlos mientras vosotros subsistís miserablemente con lo justo para pasar el mes? ¿Es eso lo que queréis?

Tampoco esta vez se oyó en la sala ni una sola réplica.

—¿Nadie dice nada? Ya me parecía a mí... Pues venga, todo el mundo arriba. Quiero ver esta sala como los chorros del oro y a vosotros listos para la defensa de la ciudad.

—Pero, Ramona... —se atrevió a decir uno.

—¡Ni pero ni poro! ¡Y rapidito!

Ramona Medroso le había soltado un bofetón a un crío y una patada en sus zonas a un enano adulto y seguía viva. Y no solo eso, sino que nadie cuestionaba ya su liderazgo al frente de la defensa de la ciudad. Si Wifo hubiera estado allí, habría aprendido cómo se gana un extranjero el respeto de los enanos. Pero el estudiante se encontraba muy lejos, metido en sus propios problemas.

Frutilda intentó advertirles, pero su voz se perdió entre el viento que zarandeaba las ramas de los árboles. De haberse parado a escuchar las indicaciones de la anciana dríada, que les gritaba que fueran hacia el oeste, Wifo y los enanos habrían podido abandonar enseguida el bosquecillo yendo a parar de nuevo al camino que conducía a Forcejeo. Pero en su lugar echaron a correr en dirección norte como búfalos huyendo de un trueno.

Tras un largo rato despellejándose la piel con la espesa maraña de ramaje y hojarasca, se toparon con un claro en cuyo extremo divisaron una encrucijada que se bifurcaba en dos senderos. Lo lógico habría sido que uno de los caminos discurriera por una senda luminosa, con flores y ardillitas y pajarillos cantarines, mientras el otro conducía a un tenebroso cenagal con árboles secos, lechuzas escrutadoras y serpientes enroscadas en las ramas. Eso le habría dado un sentido a la disyuntiva que se les presentaba. En cambio, e inexplicablemente, ambas veredas parecían iguales.

En mitad del cruce había clavado un poste de señalización escrito en lengua élfica. Lo más probable, pensaron, era que aquellos dos tablones en forma de flecha, cada uno apuntando a uno de los caminos, contuvieran información acerca de lo que el viajero encontraría durante su travesía y adónde iría a parar si seguía en esa dirección. No tenían forma de saberlo porque ninguno conocía ese idioma.

—Lo podían haber rotulado también en lengua común —se lamentó Wifo, que lo único que podía afirmar con seguridad, observando el alfabeto, era que se trataba de la lengua de los elfos.

—¿Tú no sabes leer eso? —le preguntó Follón.

—No sé élfico.

—¿No se suponía que eres un sabio? —insistió el enano.

Wifo se rio ante semejante inocencia.

—Por los dioses, no. No soy ningún sabio. Solo soy un estudiante.

A Follón no le acababa de quedar claro.

—Si dices que tienes veintidós años y que eres un estudioso, ¿cuánto tiempo llevas estudiando?

—Pues déjame pensar. Desde el colegio hasta ahora... Diecisiete años.

El enano abrió todo lo que le daban de sí los párpados.

—¡Diecisiete años estudiando y no sabes leer un letrado! —exclamó pasmado.

—Bueno, es que no estudio todas las lenguas —se intentó justificar Wifo—. Verás, no es tan sencillo.

—Si a mí en diecisiete años tallando gemas se me quebrara una sola..., no sé, me arrojaría a un pozo —opinó Follón. Y lo decía en serio.

—¡Pero no es lo mismo!

—Oye, Blandito. Aclárame una cosa: si no sabes pelear ni tallar ni cosechar ni construir ni tampoco leer élfico, ¿para qué sirves?

Wifo quiso contestarle con un discurso sobre la importancia de poseer una sólida cultura general complementada con una generosa cantidad de teoría académica. Su prudencia, sin embargo, llegó veloz al rescate y lo convenció de que cerrara la boca antes de exponerse al ridículo. Lo cierto era que, a pesar de su nada desdeñable erudición en campos como la geografía, las matemáticas o la gramática, no era capaz de algo tan simple como cazar una liebre para alimentarse y encender un fuego con que cocinarla y calentarse. Si se veía, de pronto, solo y abandonado a su suerte en aquel bosque, lo mejor que sus conocimientos podían ofrecerle para sobrevivir era la capacidad de conjugar el verbo «morir» en todos sus tiempos y modos. Aquellos enanos medio analfabetos no solo salvarían la vida, sino que casi con seguridad volverían a casa con trofeos de caza, una lanza de madera y un elegante taparrabos de hiedra.

—Eh, Blandito, vuelve a este mundo —le dijo Riñas castigándole la espinilla con su bota—. ¿Qué hacemos ahora?

Su ciencia astronómica para guiarse mediante la posición del sol en el cielo quedaba inhabilitada por la fofa capa de nubes que cubría el firmamento. Ni en eso tenía suerte. Su orgullo tomó entonces el control de la situación y decidió que era preferible ir por el lado incorrecto que volver a quedar como un imbécil. Para ello necesitaba inventarse un argumento, en

apariencia complejo, que lo llevara a elegir aleatoriamente un sendero, aunque fingiendo una experta convicción.

—Iremos por la izquierda —anunció con solemnidad—. El estado de la vegetación nos indica su exposición a la luz solar en un ángulo de treinta grados con respecto a la incidencia de las partículas lumínicas provenientes del gradiente vertical de la cadena montañosa, de modo que este camino nos conducirá, indudablemente, de vuelta a la carretera a la que tenemos que regresar.

El sinsentido produjo el efecto deseado en los enanos, a juzgar por el gesto de enajenación en sus caras.

—Ahora Blandito no es tan inútil, ¿eh? —añadió mientras rogaba en silencio a los dioses no haberse equivocado.

Para continuar con el paripé, se puso delante de los demás. Temblaba hasta con los dientes y, aun así, afectaba intrepidez. Estiró el cuello husmeando en todas direcciones hasta cerciorarse de que ninguna bestia los acechaba desde la maleza. Audaz sí, pero no temerario. Después introdujo un pie en el camino, y después de unos segundos el otro, y así, como un flamenco en una charca, fue avanzando pasito a pasito.

—La prudencia, amigos míos, ha de preceder siempre al valor...

Aún tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba hablando solo. Papidoo se había descolgado de la espalda de Riñas, donde viajaba amarrado por dos cordeles, y había trotado con sus finas piernecitas hasta el interior del otro sendero.

—Papidoobidoo —exclamó con su vocecilla aguda y cantarina. Luego movió el brazo invitando a los enanos a seguirlo.

A Riñas le hacía gracia porque le parecía una lechuga con patas. En Villa Trifulcas no se lo iban a creer cuando lo vieran. ¡Verduras que andan! Menudo invento.

Quedaba claro que no saber élfico había terminado de desacreditar a Wifo como erudito y que los enanos seguirían antes a un murciélago con otitis que a él. Y, a pesar de todo, no se sentía tan hundido como tenía derecho a estar. Si terminaban devorados por un grongo de las cavernas no

sería culpa suya, sino del geranio parlante. Eso le ofrecía algo de consuelo en su derrota.

El sendero que tomaron era bastante soso, sin arenas movedizas, zanjas que saltar o fieras hambrientas deseando devorarlos al menor descuido. Wifo lo agradecía, pero a Riñas, Robusta y Follón les aburría la falta de peligro. Caminaban veinte pasos por delante de él, entonando una canción que era a la vez un juego consistente en enumerar por turnos cosas que podías encontrar en la barba de un enano después de seis meses sin lavarla. «Una barbaridad de objetos», calculó Medroso. Papidoo iba sentado en el hombro de Riñas y daba palmas al ritmo de los cánticos. Menudo fichaje habían hecho. ¿En qué se convertiría aquel risueño brotecillo si los enanos lo educaban? Por el momento, el pequeñajo se mostraba más dispuesto a observar y reproducir el comportamiento festivo e indecoroso de los tres enanos que su carácter serio y responsable. De hecho, ya le había oído en una ocasión eructar furiosamente, no por una necesidad fisiológica sino por el mero placer de hacerlo. ¿Cómo competir con tanta diversión infantil?

Entretenido en tales pensamientos, y en otros muchos que cruzaban su mente, a Wifo se le pasaron volando las varias horas que estuvieron caminando. Al final del sendero, que trazaba tantas curvas que no había quien se enterase de dónde estaba cada punto cardinal, se abría en la espesura un estanque no mucho más grande que poner cincuenta yunques juntos, hablando en medidas enanas.

—Papidoo doowa —dijo el pequeñajo señalando la balsa de agua.

Debía de ser un lugar mágico porque había bruma por el suelo, búhos ululando y ranas croando. Esos elementos eran muy importantes en un espacio sobrenatural, ya que, sin una ambientación mística o fantasmagórica, el lugar podría pasar por un simple merendero y llenarse de domingueros de las ciudades cercanas; o quedar ignorado su carácter mágico por parte del aventurero desprevenido debido a la falta de señales arcanas.

Solo Papidoo conocía el motivo por el que los había guiado hasta allí, aunque no podía explicarlo con el lenguaje que manejaba, que parecía limitarse a unas cuantas variantes de su propio nombre emitidas con más o menos entusiasmo.

A Wifo le picaba todo el cuerpo a causa de los mordiscos de los insectos y las rozaduras de espinas y abrojos. Además se sentía sucio, y la atmósfera espesa y enrarecida amenazaba con devolverle el asma infantil. Y por si fuera

poco, las ramas que apartaban los enanos a su paso se le estrellaban en la cara cuando las soltaban. Tenía toda la cara jaspeada de arañazos.

Solo esperaba no haber recorrido medio bosque únicamente para darse un baño en una charca misteriosa, porque podía estrangular al brócoli enano ese. ¿Quién les aseguraba que no era una hortaliza perturbada que los había perdido en un laberinto boscoso para abandonarlos después? No te podías fiar ni de las verduras en los tiempos que corrían.

—Vamos, Blandito, que aquí haces pie —le animó Riñas ya en el interior de la laguna.

Una vez, contando once o doce años de edad, Wifo estuvo a punto de ahogarse en el río Romejo. Y su cauce estaba seco.

La mayoría de los habitantes más acomodados del sur del Valle habían huido a la ciudad de Hacefresco pasando de largo Villa Trifulcas. Largas hileras de personas y carromatos a rebosar de sus valiosas pertenencias, atesoradas gracias al lucrativo comercio con los enanos. Tal era la abundancia de riquezas transportadas que los salteadores de caminos tuvieron que doblar turno y contratar extras para cubrir la oferta de hurtos. Hasta los cónyuges e hijos de los criminales tenían que echar una mano para dar abasto con la sisa.

Por fortuna para los vallenses, los delincuentes de aquella zona eran sumamente amables y muy poco ansiosos, ya que practicaban la criminalidad sostenible. En opinión del jefe de los ladrones, Birletto, era preferible sustraer pequeñas cantidades causando la menor molestia a la víctima, con actitud gentil, y asegurarse así de que en su siguiente viaje eligiera la misma ruta de nuevo, evitando otros caminos con forajidos más violentos. «Fidelizar víctimas y mantener boyante el caladero», decía él. Los delincuentes de los alrededores de Hacefresco también ofrecían servicios adicionales y gratuitos como información turística o asistencia en la calzada.

Por fin la caravana llegó a su destino, con algo de mengua en sus posesiones pero contenta con la exquisita educación de los malhechores locales y el trato recibido de ellos.

—Así da gusto —dijo la señora Krugg, a la que habían escamoteado un par de candelabros de plata sin que se diera cuenta hasta que leyó la nota de disculpa y agradecimiento del ladrón.

—No como esos bribones del Valle, que no tienen ningún miramiento —añadió la señora Squingley.

Doris Krugg asintió, muy de acuerdo con su amiga. Cuando las cosas se hacían bien, todos salían ganando.

—Es que estos son unos profesionales. No hay color.

—No lo hay. No lo hay —confirmó por duplicado su amiga y vecina Clétoris Squingley.

La siguiente rapiña que sufrieron fue perfectamente legal: una tasa que les cobraba la ciudad de Hacedresco a cambio de acogerlos allí por un periodo indeterminado.

En aquella ocasión pagaron de mala gana.

—Esto es un robo —se lamentó la señora Krugg.

—A mano armada —corroboró Clétoris con convicción.

—Intolerable. Son unos vulgares ladrones.

—Vergonzoso se mire como se mire.

—Yo pienso poner una queja.

Los líderes de los recién llegados fueron a la Casa de la Gobernación y solicitaron audiencia ante el gobernador de Hacedresco. En realidad no eran líderes de nada ni hablaban en nombre de nadie. Si se presentaron con esas credenciales fue con el fin de agilizar el trámite administrativo de convencer a Su Excelencia de que se dignara a recibirlos.

Los atendió Gustino, un solícito funcionario de tamaño ridículamente pequeño, tanto de estatura como de envergadura. Se movía con una rapidez roedora, y su ojo derecho estaba poseído por un tic nervioso que se descontrolaba cada vez que hablaba. Bajo una axila cargaba docenas de legajos y documentos desordenados.

—Por aquí, por aquí, por aquí —les dijo en el tiempo que una persona normal tardaría en decirlo una sola vez. A la vez les indicaba que lo siguieran con velocísimos espasmos de su cuello.

Para acompasar su ritmo al de sus acompañantes, el hombrecillo subía y bajaba varias veces cada escalón. Tenía el biorritmo de una musaraña. A pesar del ajeteo que se traía con las escaleras, no paraba de soltar palabras ni para coger aire.

—Cuidado con esa barandilla, está un poco suelta y podría provocar un accidente. Tengo que pedir que la arreglen. Lo he solicitado ya cuatro veces pero no lo han hecho. Tengo que insistir. Voy a apuntarlo ahora mismo para encargarme de ello en cuanto termine con esta gente y revise los balances urgentes.

Había pasado de hablarles a ellos a conversar consigo mismo con la misma celeridad con la que los adelantaba y se volvía a situar detrás.

En el primer piso los visitantes vieron una puerta de madera que, a juzgar por los distintos tonos de color y las texturas de la pared, había sido ensanchada en varias ocasiones. El funcionario dio tres veces tres golpes en ella con los nudillos y la abrió girando tres veces el picaporte. Un buen empleado público lo hacía todo por triplicado.

—El Muy Excelentísimo Gobernador de Hacedresco —anunció haciéndose a un lado.

Según el organigrama administrativo del Reino de Galacia, Holgón Flojín era el «excelentísimo gobernador a secas»; el adverbio constituía una dignidad que se había otorgado a sí mismo. Con todo el merecimiento, según él.

—Pasad, pasad, pasad —les insistió Gustino después de hacerles una extraña petición: debían sacarse los bolsillos por fuera del pantalón y no volver a metérselos hasta que abandonaran el edificio.

Su Excelencia yacía despatarrado sobre un diván ensanchado y reforzado para abarcar su volumen y soportar su peso. Se había quedado traspuesto con una pata de pavo asado en la mano y bufaba en sueños. Junto a él, un sirviente se afanaba en abanicarle para evitarle los sudores de la digestión.

—Excelencia —le susurró Gustino hundiéndole un dedo en la panza.

Holgón se agitó y sorbió la baba que le caía hacia la barbilla, pero no se despertó. El pequeño funcionario sumergió entonces su índice a mayor profundidad en la barriga, aun a riesgo de penetrar demasiado y no poder luego recuperar el dedo. Susurró entonces con más brío:

—¡Excelencia!

El gobernador abrió los ojos como lo hace quien es desvelado de un susto, inconsciente todavía de dónde está y de qué hora es. En algún lugar dentro de su extensa caja torácica, su corazón latía como una mula vieja puesta en fuga.

—¡Qué pasa! ¡Estaba meditando!

—Los hombres del Valle a los que ha concedido audiencia. Ya están aquí —le informó Gustino procurando sosegarle.

—¿Que yo he qué a quién? —preguntó Holgón forzando de nuevo los párpados.

—Que Su Excelencia va a recibir a los hombres del Valle.

—¿Pero qué hombres del Valle? ¿De qué me hablas? Yo no veo a nadie.

Gustino chascó tres veces los dedos y dos sirvientes se acercaron portando sendas pértigas que introdujeron bajo el costado del gobernador. El funcionario explicó la situación a los atónitos invitados:

—Le damos la vuelta varias veces al día. Para que no haga musgo.

Ya girado, Holgón pudo ver a los hombres que se amontonaban de pie en su despacho.

—¿Y estos individuos quiénes son? —inquirió señalándolos con la pata de pavo.

Gustino inspiró con rapidez y espiró despacio.

—Los hombres del Valle, Excelencia. Han pedido audiencia con usted y han abonado la correspondiente tasa en moneda de curso legal. Más el suplemento por hora intempestiva.

Eran las doce del mediodía.

—Pues no me acuerdo de nada. Ya sabes que cuando estoy meditando me abstraigo por completo.

Después bostezó y miró a los solicitantes con una pereza que no intentaba disimular.

—¿Y vosotros qué queréis?

Agonio dio un paso al frente. Era el portavoz del grupo y, además, cosa que desconocía el gobernador, un peligroso forajido que ya había sido expulsado de Hacefresco unos quince años atrás por dedicarse al oficio de administrar palizas por encargo, especializándose en el ramo de apalear acreedores. Lo cierto es que era un artesano de la zurra, pero no se le juzgó por la calidad de su trabajo, así que fue condenado al destierro.

Ni Su Excelencia ni sus jóvenes sirvientes podían reconocerlo. Después de tanto tiempo y de tantas cicatrices, poco se parecía al retrato policial al óleo que le pintaron al detenerlo.

Los demás componentes de su grupo eran también maleantes de la peor calaña, exiliados años atrás al Valle, donde sin Gobierno ni Administración ni Policía podían cometer las peores tropelías con comodidad y seguridad.

—Permítame que me siente, Excelencia —dijo Agonio asiendo el respaldo de una silla.

El gobernador miró a Gustino y le preguntó:

—¿Han pagado la tasa por hablar sentados?

—Sí, Excelencia. Han adquirido el paquete completo —contestó el funcionario. Luego continuó trasteando con su hatillo de documentos como si quisiera ordenarlos, o desordenarlos más aún, a saber.

—Sienta y habla —concedió Holgón al portavoz.

—Bien... Supongo que ya estará usted al corriente de lo que está sucediendo en nuestras tierras.

El dignatario asintió y añadió, afectando gran solemnidad:

—Oh, sí. De hecho, estoy preparando un comunicado para expresar nuestra más enérgica condena por el ataque de los trolls. El líder de la oposición se niega a denominarlo «ataque troll» y exige el uso de la fórmula «agresión de criaturas de raza troll». En cuanto solventemos ese inconveniente en el pleno del mes que viene, emitiremos el comunicado. O eso esperamos, porque se acercan las vacaciones de otoño.

—Ya, ya —dijo el maleante sin demasiado entusiasmo—. De todos modos no creo que sea ya necesario. En el Valle no queda nadie: los del norte han huido a la ciudad enana de Forcejeo y al Reino de los elfos de hielo, y los del sur hemos venido aquí porque no podemos refugiarnos en Villa Trifulcas, que está siendo asediada.

—Vaya... —masculló Holgón. Se rascaba la sien con el hueso de la pata de pavo—. En ese caso habrá que modificar el comunicado. ¿Gustino?

—Sí, sí, sí —contestó el hombrecillo—. Estoy tomando nota de todo. Yo me encargo. Usted estará muy ocupado.

El gobernador expresó su acuerdo con la cabeza.

—Pensar en todo lo que tengo que hacer es tan agotador que me impide hacerlo. Es una carga que no se la deseo a nadie.

«Este idiota va a acabar con mi paciencia —pensó Agonio—. En cuanto consiga lo que quiero, quizás ensaye con él un par de golpes letales.»

Holgón, ajeno a tales amenazas mentales, intentaba rascarse el centro de la espalda con el hueso de pavo. Al ver las dificultades del dignatario para aliviarse el picor, uno de los ayudantes se apresuró a poner sus uñas a su servicio. El gobernador se puso bizco y ronroneó de gusto.

—Oh, sí... Un poco más arriba. Un poquito más. ¡Ahí, ahí! Qué maravilla...

Agonio seguía tramando en su mente el magnicidio mientras su anfitrión se retorció de placer. En vista de la debilidad y la molicie del gobierno de Hacefresco, se planteaba seriamente dar un golpe de Estado y quedarse con la

ciudad. Un par de asesinatos veloces, un puñado de rehenes y la villa ciudad reconocería su autoridad.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de esta audiencia? —preguntó Su Excelencia sacando al delincuente de su ensoñación. Por fin parecía dispuesto a prestar atención, si bien era imposible saber cuánta o durante cuánto tiempo.

—Verá —comenzó el líder de los forajidos. Hablaba con la mitad de la boca retorcida por una sonrisa, que era la forma en que su cerebro somatizaba el placer experimentado al imaginarse a Holgón desmembrado y apuñalado con su propio hueso de pavo—. Villa Trifulcas va a caer, es una cuestión de poco o muy poco tiempo, y cuando lo haga, el oro de los enanos acabará en manos de los trolls. Los trifulcanos no tienen carretas ni caballos para sacarlo de allí. Creo que Su Excelencia ya sabe adónde quiero llegar...

—¿Me acerca la copa de vino? Es que si me muevo pierdo la postura —le pidió el gobernador.

Agonio lo habría mandado a la mismísima mierda. Si en lugar de eso le dio la copa fue porque la petición lo cogió por sorpresa.

—¿Me está usted escuchando? —le preguntó con vinagre en sus palabras.

—Sí, claro. Decía usted algo de los carromatos de los enanos. Lo que no termina de quedarme claro es qué tiene eso que ver conmigo.

Lo mataría, decidió el forajido. En cuanto consiguiera lo que quería de él, retorcería su rechoncho gonzate con sus propias manos como quien escurre un paño mojado.

El forajido echó mano de sus últimas reservas de paciencia y prosiguió:

—Poco podemos hacer por Villa Trifulcas sin arriesgar la vida combatiendo a los trolls. Riesgo que ninguno estamos dispuestos a asumir. Pero sí podemos poner a salvo sus riquezas.

—Entonces, ¿qué es lo que propone exactamente, señor Agonio?

Ahora era cuando el administrador de palizas debía ser muy cuidadoso para no regalar a su interlocutor más información que la necesaria. Y le iba a costar. Aquel maldito gobernante lo estaba desquiciando con su indolencia y su estupidez. Pero el otro, el tal Gustino, era incluso peor. Recorría la habitación como un roedor hiperactivo, cambiando objetos de sitio, sacudiendo motas de polvo de los muebles y rascándose el cuerpo entero con compulsión maníaca. Tan pronto estaba en el otro extremo de la estancia

batiendo una ventana como, al instante y casi por prodigio, se hallaba a su espalda sacudiéndole la caspa de los hombros.

—¿Señor Agonio? —le insistió Holgón.

—Sí —contestó él clavando las uñas en el apoyabrazos de su silla—. Decía que hay que ir a Villa Trifulcas a sacar de allí el oro. Pero para eso necesitamos su colaboración. Nosotros no podemos entrar allí así como así, sobre todo después de dejarlos tirados antes de la batalla. Pero si vamos con vosotros haciéndoles creer que Hacedfresco acude en su ayuda...

Gustino se situó detrás del malhechor y se puso a colocarle el cuello de la camisola. Agonio se levantó de un salto gritando:

—¡Que alguien ate a este tarado a un poste antes de que lo mate!

Quien sonreía ahora de media boca era Holgón. Mientras Gustino seguía importunando al forajido, Su Excelencia se dispuso a tensar el hilo hasta romperlo y liberar así la lengua de Agonio:

—¿Quiere usted una empanada de lomo de ciervo con almendras? —preguntó al delincuente, que intentaba zafarse del acoso de Gustino.

—¡No quiero ninguna empanada, imbéciles! —vociferó lanzando al pequeño funcionario por el aire.

—Quizás es usted más de dulce. ¿Tal vez un bollito de limón?

—¡Quiero el oro que guardan los enanos bajo la cripta, idiotas!

—¿Así que es ahí donde los enanos guardan su tesoro? —dijo Holgón. El gesto de alelamiento desapareció de su cara reemplazado por una mueca de astucia siniestra.

—¿Eh? —preguntó Agonio—. ¿La cripta? Yo no he hablado de ninguna cripta.

El gobernador giró despacio la cabeza de derecha a izquierda.

—¿Sabes? Pensé que me iba a costar más sacártelo. Era cuestión de tiempo que cometieras un error, solo había que esperar un poco. Gustino estaba a punto de besarte. Por suerte para él no ha sido necesario, aunque habría sido divertido y excitante verlo.

Dicho aquello, lanzó la pata de pavo por detrás de su cabeza y dio dos palmadas. Un grupo de soldados con espadas y cotas de malla entró en la sala.

—Apresadlos —ordenó Holgón.

Los malhechores se resistieron, así que los guardias tuvieron que aplicarles técnicas de tranquilización nasal y genital para reducirlos. Cuando

los sacaban a rastras, Gustino, agitado por convulsiones de excitación, pidió instrucciones a su jefe:

—Se..., se..., señor, señor, señor —tartamudeó—. ¿Los ma..., los ma..., los matamos, Excelencia? ¿Sí, sí, sí?

—Claro, pequeñín. Matadlos. Pero torturadlos primero, que si no, no sufren —concedió el gobernador.

El hombrecillo era puro entusiasmo e impaciencia.

—¿Puedo yo? ¿Puedo, puedo? ¿Sí, sí, sí?

—Pero no te entretengas demasiado. Mañana al amanecer salimos hacia Villa Trifulcas. Vamos a ser mucho más ricos de lo que ya somos. Sobre todo yo.

Dos soldados ya sacaban a rastras a Agonio, que gritaba y pataleaba. Tenía los ojos hinchados de puñetazos.

—¡Me has engañado, cabrón! ¡Me has engañado! —gritaba entre esputos de baba y sangre.

—Verás, querido idiota —le dijo Holgón—. Para hacer el bien puedes ser todo lo tonto que te plazca, pero el mal requiere inteligencia. Algo de lo que tú no vas muy sobrado. En cuanto te vi aparecer por el espejo te calé. ¿O acaso piensas que he llegado adonde estoy siendo un imbécil o un ingenuo?

—¡Esto lo pagarás! ¡Vendrá el Karma con sus dos balanzas y te dará lo que mereces!

—Genial, que venga. Incluso la desgracia es un ingreso.

Los habitantes de Villa Trifulcas oyeron un cuerno. Desde luego no era un cuerno de los trolls; los suyos sonaban más hostiles. Este, sin embargo, bramaba en un tono más agudo, como si anunciara una feliz visita y no un ataque salvaje.

Con el amanecer se había levantado una oportuna niebla que ocultaba a los visitantes de la vista de los enemigos. Una tormenta igual de oportuna, desatada en las montañas, silenciaba con sus truenos lejanos la marcha de la columna que se acercaba a la muralla oeste de la ciudad.

Venían los elfos.

Ramona sintió fastidio. Cierto que toda ayuda era bienvenida, ¿pero tenía que aparecer justo en ese momento, con media ciudad borracha y un motín recién sofocado? Fuera como fuese, no estaba dispuesta a dar una mala imagen a los recién llegados. Que no pensaran que tenía a sus enanos desatendidos. Ella no era una de esas.

Sin perder un segundo, encerró a los elementos más alcoholizados —los que se abrazaban a las columnas y gritaban blasfemias contra el pacifismo— e hizo formar en la calle a los demás, que tampoco es que se hallaran en un estado mucho más presentable.

Luego se dispuso a pasar revista a lo que tenía. A su lado estaban su fiel correveidile, Contuso, y Brusca, la jefa de la Guardia, que desde la patada en sus jugosidades a Trompazo sentía un mayor respeto por la señora Medroso. En opinión de la enana, esa mujer se había ganado por sí misma el derecho de manejar los asuntos de la comunidad. Y una jefa de la Guardia no estaba para cuestionar la autoridad, sino para defenderla a puñetazo limpio.

—¡Firmes! —gritó Brusca.

La tropa, formada en líneas descolocadas, se bamboleaba hacia los lados y emitía risillas por lo bajo. Unos cuantos enanos se cayeron de bruces y

otros de espaldas. Los que se mantenían de pie lo encontraron bastante cómico y así lo hicieron constar con burlas y carcajadas. Ramona se llevó una mano a la frente.

—Monto una defensa y se me caen los enanos —dijo. Expresión que, con los años, acabó derivando hacia la más conocida «Monto un circo y me crecen los enanos».

No había tiempo. Si fuera por ella, bañaría con agua fría a toda esa cuadrilla y los obligaría a bruñir y sacar lustre a sus armaduras, pero el cuerno sonaba ya con insistencia junto a los muros de la ciudad.

—¿Y cómo piensan entrar, si no hay portón en este lado de la muralla? ¿Volando? —preguntó Ramona.

—Por la puerta secreta —le aclaró Contuso.

—¿Hay una puerta secreta?

—Una no; un montón. Las hicieron al levantar el muro.

La puerta secreta del oeste —por lo menos aquella puerta secreta del oeste, pues nadie sabía cuántas había en realidad— se activaba mediante un mecanismo que requería cierta pericia empujando con los hombros.

Ramona contó cien jinetes elfos con armaduras blancas y cascos con cimera, también blancas, hechas de crin de caballo. Deslumbraban con su porte soberbio y su aguerrida elegancia. Si las batallas se decidieran por el atuendo más gallardo, aquellos caballeros no conocerían rival. Ella, desde luego, no los atacaría con tal de no manchar las armaduras. Contuso, en cambio, no se sentía tan impresionado por los visitantes. Un martillazo a esas armaduras y se chafaban igual que la hojalata.

La guerrera al mando del batallón elfo descabalgó y miró con asco a su alrededor. Escupía desprecio por los ojos.

—Dos horas llevábamos ahí fuera esperando —exageró. Y luego añadió, con un volumen de voz lo bastante alto para que todos lo oyeran—: ¿Qué pasa, que no oíais el cuerno?

El enojo de la elfa causó mucha guasa entre los enanos, que no se tomaban en serio la formalidad de los elfos. Como dijo el antiguo rey Picias II en la coronación de Velarión el Erudito, después de beberse el fermento sagrado con que se ungía a los monarcas élficos: «Esa rigidez os hace sacar

tanto pecho que vais a terminar apoyando la cabeza en el culo». Ningún enano volvió a ser invitado a una ceremonia tan egregia.

—No entiendo qué hacen estos aquí —susurró Contuso.

—¿Por qué no? —le preguntó Ramona—. Habrán venido a ayudarnos en la guerra.

—Pues por eso. Porque nunca les hemos importado nada y hacen lo posible por no juntarse con nosotros. ¿Y ahora de repente quieren ayudarnos? No me fio nada de ellos.

—Yo tengo aquí dos hostias preparadas. Por lo que pueda pasar —dijo Brusca frotándose el puño.

La señora Medroso puso una mano sobre el hombro de su jefa de la Guardia.

—Tranquila, brava Brusca. Vamos a intentar evitar las peleas por una vez. Démosles un voto de confianza.

—Está bien —convino la enana—, pero como se pongan muy tontos les reviento la cabeza. Que no me busquen las cosquillas que las tengo por todo el cuerpo.

La capitana elfa, llamada Arben y, al parecer, descendiente de la noble sangre de Arban, acarició la quijada de su caballo blanco. Un imponente y soberbio corcel de las llanuras boreales que estaba defecando a placer sobre el adoquinado. Habló a todos sin dirigirse a nadie en concreto:

—¿Dónde está vuestro líder?

Uno a uno, los enanos fueron señalando a Ramona.

Arben fijó entonces su despreciativa mirada en aquella mujer ataviada con una bata remangada por debajo de las rodillas, un colador de acero en la cabeza y la tapa de una olla por escudo. Una indumentaria que sugería el liderazgo de una churrería, no de una ciudad. Los artesanos enanos pensaban que a las guerreras humanas les importaba más lucir su cuerpo con sensualidad que ir bien protegidas, así que habían fabricado para la señora Medroso una armadura a medida que consistía, básicamente, en un bikini de acero que se le ceñía al pecho y al culo, dejando el resto de su cuerpo al descubierto. Ramona, como es lógico, les había tirado el modelito a la cara, no sin antes dejarles claro que ella necesitaba la armadura para combatir, no para poner cachondo a ningún baboso. La nueva coraza, más adaptada a un uso militar que erótico, todavía no estaba terminada.

La capitana elfa estudió a la humana con detenimiento y dijo:

—No esperaréis que me ría con esta broma absurda, ¿verdad?

—No —contestó un enano—. Nunca hemos visto a un elfo de hielo reírse.

—Porque la risa es cosa de borrachos y mermados como vosotros. Apestaís a alcohol y vileza.

—¿Apestar a alcohol? —se sorprendió otro enano. No entendía cómo se podía «apestar» a algo tan rico. A perfume quizás, ¿pero a alcohol? Qué tontería.

La elfa se había prometido a sí misma, y le había asegurado a Aelión, que intentaría moderarse y soportar con educación el hedor y la barbarie de los trifulcanos. Pero estaba claro que había sobreestimado su capacidad de reprimirse.

Dio media vuelta con brusquedad para que su capa navegara el aire nocturno y, de paso, dar la espalda a Ramona. Cuando apenas había puesto un pie en el estribo para subir a su cabalgadura, una zapatilla cruzó el aire como un dardo y se estrelló contra la parte posterior de su cabeza. El zapatillazo provocó que el yelmo se le cayera sobre los ojos. Volvió a girarse a la velocidad de una víbora.

Los cien elfos que la acompañaban no tardaron ni dos segundos en sacar sus arcos, cargar una flecha y apuntar a Ramona, que se mantenía firme y erguida a pesar de estar a la pata coja, con un pie descalzo. Los enanos, por su parte, aún tardaron unos segundos más en desenvainar las hachas y amenazar con ellas a los arqueros. Contuso ya se temía lo obvio. Juntarse con un aliado con el que uno se lleva peor que con su enemigo no suele salir rentable.

—Tú a mí no me das las espalda ni insultas a mis enanos —advirtió la señora Medroso mientras se aproximaba a la elfa saltando sobre su pierna derecha.

—No des un salto más, hembra humana —le amenazó la otra—. Detente o te convertiremos en un alfiletero.

Ramona no se detuvo. Siguió brincando y hablando, aunque la voz le temblara a cada salto.

—Mira, guapa. He conocido a muchas como tú: señoritingas importantísimas que se dan esos mismos aires de grandeza y que luego no son capaces ni de vestirse sin la ayuda de sus sirvientes. Pero a mí no me

impresionas, querida. Yo he gobernado una casa que era una guerra distinta cada día.

Al pronunciar la última palabra ya estaba al lado de Arben.

Los enanos, en círculo alrededor de ambas, reaccionaron a las palabras de Ramona agitando las manos y pronunciando largas «úes». El espectáculo prometía. Ya se podía andar con cuidado la elfa, que la señora Medroso no se achicaba ante nadie. Menudo genio se gastaba.

«Así que esta humana quiere guerra —pensó Arben—. Muy bien.» Ella también sabía cómo librar aquel combate. No había llegado a Guardiania de los Fiordos por su cara bonita, aunque fuera bonita su cara. Sabía muy bien cómo zaherir a aquella arrabalera usando sus mismas armas.

—Entonces, ¿eres tú la que está al mando de esta villa? Porque está sucísima —opinó agarrando su capa con la punta de dos dedos y levantándola para que no tocara el suelo.

Ahora fueron los elfos los que emitieron un tiovivo sonoro con las «úes»:

—Uuuuuh.

—Bueno, verás... —susurró Contuso—. Al final la vamos a tener. Y bien gorda.

Ramona se agarró la cadera con una mano e hizo girar un dedo índice en el aire.

—Uy uy uy... —maulló.

—Ramona, que te pierdes —le rogó su ayudante—. ¿No les ibas a dar un voto de confianza?

—Tú calla, que esto no se va a quedar así. A mí si me buscas, me encuentras.

Lejos de arrugarse, la señora Medroso usó de nuevo el dedo índice, esta vez para apuntar a la capitana. Si las miradas pudieran fulminar, la elfa se habría reducido a un montoncito de ceniza sobre el pavimento.

—No estarás sugiriendo que tengo mal cuidados a mis enanos...

Una nueva oleada de «úes» llegó desde los espectadores del sector local. Arben caminó un par de pasos de puntillas, como si evitara pisar un montón de escombros.

—Menudo desastre —comentó mirando al suelo—. Está todo manga por hombro. Y vosotros estáis mugrientos, y se nota que no habéis comido en

condiciones en muchos días. Desde luego que vuestra jefa no se ocupa demasiado bien de vosotros.

Satisfecha con las pullas que acababa de enviar a su oponente, Arben fijó sus pupilas en los ojos de Ramona, que aceptó el duelo de miradas con actitud de desafío. Ninguna de las dos estaba dispuesta a ser la primera en apartar los ojos de su contrincante, de modo que estuvieron así cerca de un minuto, disparándose todo el odio que podían sacar de sus entrañas.

Alrededor de ellas reinaban el silencio y la expectación. Fue Contuso quien rompió la quietud con su voz grave y ronca de enano:

—Aquí los elfos no hacéis falta. Estamos esperando a que vengan nuestros hermanos de Forcejeo.

—¿Estáis seguros de eso? —dijo Arben sin dejar de mirar a Ramona. Luego se volvió hacia los enanos. En sus ojos había algo más que animadversión; estaban cargados del regocijo de quien se alegra del mal ajeno—. Yo no esperaría mucho más a vuestros hermanos del norte. O aceptáis la ayuda que de mala gana os ofrecemos nosotros o estáis solos.

«Ya está bien —pensó Ramona—, a esta tipeja nadie la ha puesto nunca en su sitio», y se lanzó sobre la elfa como un gato sobre un ovillo de lana, tirándole del pelo con todas sus fuerzas.

—¡Elfa de los cojones!

Arben se revolvió con una agilidad gimnástica y se aferró a la cabellera de la señora Medroso, que sobresalía por debajo del colador que llevaba en la cabeza.

—¡Suéltame, maruja perturbada!

Los soldados de ambos bandos estaban desconcertados, aunque los enanos todavía tenían ganas de jalear y hacer apuestas a favor de su lideresa.

Contuso consultó con Brusca cómo debían reaccionar, pero la jefa de la Guardia estaba tan turbada como él. Su trabajo no incluía sutilezas. A ella le decían que destrozara a alguien y ella procedía con la paliza solicitada, sin hacer preguntas ni oponer objeciones. Y ahora tenía que tomar una decisión porque la persona al mando, una señora humana de otra ciudad, se estaba tirando de los pelos con una capitana elfa.

El mismo dilema se les presentaba a los arqueros del Reino de los hielos.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de ellos a sus compañeros.

—No sé —dudó otro—. ¿Intentamos separarlas?

Arben y Ramona ya estaban forcejeando por los suelos. La señora Medroso le había lanzado una dentellada a la pierna de su contrincante, que intentaba zafarse del mordisco anudándole la capa alrededor de la garganta.

La elfa estaba impresionada por el tesón de aquella humana y la fuerza de su mandíbula. No le quedaba otra salida que partirle el cuello con una llave de lucha élfica.

Papideo se había tirado de un salto al interior de la laguna. Detrás de él se metieron los tres enanos. Si el pequeño elemental lo hacía, ellos no iban a achantarse.

Los cuatro desaparecieron entre la bruma que exhalaba el agua. Wifo los llamó, primero con cautelosos susurros, después chillando a viva faringe. Nadie contestó. Estaba solo.

Él también tenía que entrar. Claro que el estanque le daba miedo, le aterraba, aunque no tanto como estar allí solo, a merced del sadismo de su imaginación, propensa a inventarse toda clase de pesadillas. Como le sucedió durante su viaje al Paso del Descalabro, le vino a la mente su gato Chancleta. Enfrentarse a una situación terrorífica y amenazante con la compañía de un simple gato ahuyentaba buena parte de su miedo. No tenía lógica y, sin embargo, era así. Pero en aquel momento Chancleta estaría en casa de alguna de sus hermanas, en Bellavista, repanchigado sobre una alfombra o arrastrándose perezoso hasta su cuenco lleno de raspas de pescado. Tan holgazán, tan viejo y tan pocho que su único temor no era morir, sino verse obligado a ganarse la vida.

Sus intestinos empezaron a somatizar el miedo con retortijones. «Si me cago patas abajo, mejor que sea dentro del estanque», pensó. Se llevó las manos al estómago, apretó una rodilla contra la otra y dio un paso corto. Luego otro más, y a cada uno que daba se giraba para cerciorarse de que nada o nadie lo siguiera.

En una de esas inspecciones oculares vislumbró un grupo de figuras que surgían de la floresta que rodeaba la laguna. Eran animales. Multitud de ellos. Ardillitas, cervatillos, conejitos, pajarillos, mapaches... Incluso dos urogallos y una tortugueta. Aquel bosque rebosaba de criaturillas encantadoras.

—Oh... Qué animalillos más adorables —dijo agachándose ante una ardillita.

La ardilla se alzó sobre sus patas traseras y le habló:

—Métete en el estanque, cobarde asqueroso.

Un conejito blanco con una mancha marrón en la frente también le dedicó unas palabras:

—¡Échale valor, inútil!

Uno a uno, los animales se fueron sumando al griterío que exigía a Wifo, con unos modos bastante hoscos, que entrara de una vez en la laguna. Aquello era una locura. Animales que hablaban y lo ponían a parir. Había un tejón agitando una pata en el aire y soltando por la boca unas blasfemias abominables. Otras bestias pateaban el suelo o brincaban como alienadas.

De pronto un pájaro carpintero se lanzó a toda velocidad contra su entrepierna y empezó a darle furiosos picotazos. Luego un ciervo le coceó la espalda mientras un par de mapaches le mordisqueaban los tobillos. Cuando hizo su aparición un oso pardo de cuatrocientos kilos de peso, Wifo decidió que era el momento de ignorar sus suspicacias y tirarse al agua.

Después de que Medroso desapareciera entre la bruma, la voz de Frutilda Cascarilla llegó empujada por el viento que agitaba el follaje:

—Gracias, amigos. Sí que habéis sido expeditivos —dijo la dríada.

—Ha sido un placer —comentó una ardilla.

—¿Es el elegido? —preguntó la tortuga al tiempo que estiraba el cuello y las patas.

—No, qué va —aclaró Frutilda—; es solo un bobo insignificante, pero va con tres enanos que llevan a Papidoo, y me fío aún menos de ellos.

El conejo blanco, sorprendido por la confesión de la dríada, puso las orejas tías y las patas rígidas y se cayó de lado. Rodó sobre el lomo y se puso de nuevo a cuatro patas, todavía tenso.

—¿Por qué le has dado a Papidoo a unos enanos? —preguntó temblando desde el morro hasta las almohadillas.

—Porque los elfos de los que hablaba la profecía no han aparecido —explicó la señora Cascarilla.

—Es que las profecías... Ya se sabe. No se puede una fiar —opinó la tortuga—. No debes lanzarte a profetizar si no estás segura de que se va a cumplir el augurio.

—Bueno —continuó Frutilda—. Además tenemos otro problema. Los

trolls ya están aquí.

Aquella información hizo cundir el pánico entre la comunidad animal. Los pájaros revoloteaban enloquecidos en todas direcciones, los topos se chocaban unos contra otros y las comadrejas, aprovechando la confusión, asesinaban y se comían a los ratones, a los que hacía rato que habían echado el ojo. El oso pardo se puso de pie y rugió a todo pulmón.

—¡A los trolls no les saldrá gratis talar y destruir nuestro bosque! —gruñó furioso—. ¡Vamos a por ellos!

—¡A por ellos! —gritaron también los chihuahuas, con las venas de los ojos hinchadas y escupiendo espumarajos entre los dientes.

Wifo se introdujo en la laguna sin saber qué sucedería. Sabía que el lugar era mágico, pero desconocía que se tratara de un estanque del Futuro Deseo. Ni siquiera había oído hablar nunca de ese tipo de emplazamiento arcano. La magia de la naturaleza era muy desconocida en aquella época porque su conocimiento proporcionaba escasos beneficios económicos. La alquimia era mucho más rentable, con sus pócimas curativas y de cuidado de la piel y el cabello, los elixires perfumados, los venenos y drogas o las píldoras para el vigor sexual.

En cuanto al estanque del Futuro Deseo, si te sumergías en sus aguas se te mostrarían algunos de tus futuros posibles: aquellos que era probable que acabaran sucediendo como consecuencia de tus actos presentes. Así tu corazón se decidiera por uno de esos escenarios, la laguna te enviaría en el espacio y en el tiempo hasta ese porvenir. En tal proceso no intervenía la parte racional de tu mente, sino únicamente la más primitiva y emocional. No era, por tanto, una decisión consciente sino sentimental.

Al meterse en el estanque, Wifo comprobó que el agua no estaba fría ni caliente. Ni siquiera la sintió húmeda o densa. Fue como zambullirse en una nube de humo sin olor ni consistencia. La neblina que flotaba sobre la superficie del lago se le introdujo por la nariz y cubrió cada pliegue de su cerebro. Luego percibió un breve e intenso zumbido, como si un moscardón anduviera lanzándose contra las paredes de su cráneo, tratando de salir de él. Ahí comenzó su primera visión, que parecía tan real que creyó que lo era.

Se hallaba de pie, en el estrado de un aula de la Alta Escuela de Humanidades de Bellavista, vestido con la toga y el birrete de los docentes. La misma indumentaria que siempre llevaba el profesor Enefecto Smith, el que fuera su tutor y referente. Frente a él, una multitud de jóvenes estudiantes, pluma en mano, lo observaba con reverencial expectación. En cuanto el profesor Wifo Medroso abriera la boca, los ávidos alumnos apuntarían en sus cuadernillos todo lo que él dijera, y con esas palabras redactarían sus evangelios de la disciplina de la Enanología. Su palabra no solo era la ley, sino que era un credo sagrado que ninguno de aquellos insignificantes jovenzuelos osaría poner en duda o contradecir. ¡Sus explicaciones eran dogmas de fe! Y la chiquillada estaba obligada a prestarle atención y memorizar sus enseñanzas.

Un muchacho levantó una mano temblorosa y preguntó con inseguridad: «Entonces, ¿los enanos no saben leer?»

Wifo se rio con desprecio de la ignorancia del escolar y ni siquiera se molestó en resolverle una duda tan estúpida. Tan solo sintió por él un infinito desdén por ignorar aquel dato que él sí conocía.

«Maestro Medroso, ¿me da usted permiso para ir al lavabo, por favor?», preguntó otro alumno con equivalente timidez.

En sus manos estaba la autoridad sobre los esfínteres de sus discípulos. ¡Si aquello no era poder, qué lo era! ¡Qué!

Wifo empezó a sudar de excitación cuando concedió permiso al infante para ir a descargar la vejiga.

Entonces la imagen cambió de golpe. Ahora Wifo se paseaba con displicencia entre los pupitres del aula, vigilando un examen final. Percibía el miedo de los jóvenes enfrentándose a aquella prueba, a merced del dictamen de la tinta roja de su pluma, que poseía el poder de subrayar sus errores y calificarlos del cero al diez. El futuro profesional de aquellos infantes en sus manos. La tiranía enciclopédica de su erudición. ¡Su dictadura académica!

Su respiración se aceleró y sintió un calambre que le recorrió el intestino grueso hasta comprimírselo y expandirlo después, como si un corazón latiera en sus vísceras innobles. Era el monarca absoluto de su propio reinado de terror, y no había necesitado poseer ninguna cualidad física extraordinaria para llegar hasta allí. Lo había conseguido acumulando y memorizando conocimientos. La sabiduría era su centro real con el que gobernaba, con pulso implacable, sobre la ignorancia de los estudiantes.

Durante su ronda sorprendió a un chico copiando de una chuleta que ocultaba con torpeza entre los muslos.

«No, por favor, profesor», suplicaba el pobre infeliz mientras Wifo rompía su examen en trozos minúsculos.

El alumno se echó a llorar, juntando las palmas de las manos e implorando comprensión, y Wifo sintió una erección como nunca había experimentado, ni siquiera cuando en la adolescencia se exploraba sus pundonores pensando en la bella Evermon. Aquello era distinto; mejor. Era su venganza contra un inocente por todo cuanto había sufrido, de pequeño, a manos de los verdaderos culpables, sus verdugos implacables que lo vejaban por ser más trabajador y aplicado que ellos.

En un instante imperceptible la escena cambió de nuevo, transportando a Wifo a un escenario del todo diferente.

Veía la ciudad de Villa Trifulcas pero él no estaba allí. Observaba los acontecimientos como a través de un cristal que lo aislaba de ellos. En su nueva visión, una larga hilera de enanos heridos y tullidos, cubiertos de cadenas, salía de la ciudad al paso que marcaban los latigazos de los trolls, quienes, para más escarnio, pinchaban a los cautivos con sus espadas y se reían de su desgracia. Unas risas que resultaban especialmente crueles porque quienes se reían eran idiotas y se habían impuesto a los vencidos por la fuerza.

Esa visión se mezclaba con otras donde se mostraba el Valle desprovisto de vegetación, arrasado e inerte, los bosques calcinados y los enanos esclavizados, famélicos, tristes y sobrios, despojados de cualquier dignidad. Entre todo ese horror, Wifo pudo ver los cadáveres de Riñas, de Robusta, de Follón y de Grosa, y a su madre, también encadenada, que no dejaba de reprender a gritos a los trolls. Una pesadilla violenta y demencial con la voz de Ramona en un bucle infinito de reproches.

Después las visiones cesaron y todo se volvió negrura, silencio y vacío.

Entre esas dos posibilidades tenía ahora que elegir su corazón, y decidir si era su deseo lograr lo primero o evitar lo segundo.

—¿Ya está lista Su Excelencia? —preguntó un corpulento soldado bajo un casco que le cubría por entero la cara y la cabeza.

Holgón se sacudió las migas de hojaldre del pecho y asintió al musculoso jefe de su Guardia personal, el temible Bob Cincuentamuelas.

—En marcha —ordenó.

Gustino dio tres palmadas y la litera del gobernador se alzó del suelo. Los portadores gemían y resoplaban mientras trataban de distribuir todo aquel peso sobre sus hombros.

Con un largo chirrido, la puerta de la Casa de la Gobernación se abrió para dar paso a la comitiva de guardias, trompeteros y zalameros. A medida que el cortejo abandonaba el edificio, las cornetas vociferaban un himno triunfal normalmente reservado a quien regresaba victorioso de una guerra, no a quien emprendía un viaje hacia ella. Otra tradición que Holgón interpretaba a su manera.

Miles de personas, apiñadas tras los cordones de seguridad, vitoreaban al paso del gobernador. Durante toda la mañana, el ejército había sacado a la gente de sus casas y comercios y la había ido acumulando en la calle principal para que aclamara a Su Excelencia. Además, cada soldado llevaba consigo una pica bien afilada con la que infundir entusiasmo al populacho reticente. Hacedfresco era un clamor de unánime júbilo.

—¡Viva el divino gobernador Holgón! —gritaban los súbditos al sentir la punta de una lanza empujando sus riñones.

—¡Que los dioses envidien su magna grandeza!

Era digna de admirar la creatividad halagadora de la gleba cuando su supervivencia dependía de la pasión con la que elogiaban a su líder.

Gustino, que corría de un extremo a otro de la caravana, organizando e inspeccionando, se abalanzó sobre la litera del gobernador.

—¡Le aclaman, Excelencia, le aclaman! —exclamó con la boca tan llena de efusión que le resbalaba la saliva por las comisuras.

—Normal —dijo Holgón abanicándose.

—¡El pueblo le ama!

—Soy consciente.

El pequeño asistente, de puntillas, introdujo la mitad del cuerpo entre los cortinajes y besó la mano de su señor hasta cubrirla de brochazos de baba espumosa.

—¡Yo le amo más! ¡Yo mucho más! —prometía entre un besuqueo y otro.

—Lógico, mi querido Gustino. Lógico.

Lo que ahora preocupaba a la gente era cuánto duraría el paripé, porque tenían cosas que hacer. El vasallo más optimista habría estimado que aún faltaban varias horas para poder regresar a sus actividades cotidianas, ya que en la caravana se contaban tres regimientos completos de infantería, dos escuadrones de caballería y más de cien carromatos a rebosar de víveres, pertrechos y, cómo no, cerveza negra: la llave que abría la puerta de cualquier ciudad enana. Holgón y Gustino habían calculado que cuando los enanos se bebieran la cerveza y las vituallas se agotaran, quedaría suficiente espacio en los carromatos para transportar el oro y las piedras preciosas. En teoría, después de la batalla los carros deberían emplearse para acarrear a los heridos, así que cuantos más murieran, mejor. A no ser que quisieran volver andando porque, de cualquier manera, el oro era prioritario.

Llegando al Arco del Triunfo, mandado construir para festejar ningún triunfo pero imponente de todos modos, la calzada se estrechaba y obligaba al segundo anillo de guardias a separarse de la litera del gobernador y rodear el monumento. Si alguien quería acercarse a Holgón, ese era el momento más adecuado.

Así lo vio el grupo de individuos que, desde el principio, acechaba a la comitiva mezclado entre el gentío. Era ahora o nunca. Se abrieron paso a empujones y se abalanzaron violentamente sobre el dignatario.

—¡Aquí, Excelencia, para *El Herald de Hacedresco*! —gritó uno al tiempo que agitaba su libreta en el aire.

—Mierda, la prensa —protestó Holgón asomándose por las cortinas.

No los habían visto venir. Ni siquiera sus mejores guardias. Tampoco Gustino, al que no se le escapaba una. Eran unos profesionales, sin duda.

—¡Excelencia! —insistía el periodista. Se revolvía dentro de una maraña de brazos y alabardas de los guardias, como si se hubiera quedado trabado en una enredadera—. ¡Para *El Herald*o, una pregunta! ¿Cree Su Magnificencia que el tiempo les acompañará durante el viaje?

—Eso parece —contestó el gobernador—. Tenemos un sol espléndido.

La muchedumbre explotó en un estruendo de aplausos y vítores.

—¡Aquí, Excelencia, para el *Druida Today*! ¿Es cierto que Su Magnificencia se encuentra en su mejor forma física para esta importante y justa expedición?

—Ya me ve. Estoy hecho un chaval. Me encuentro mejor que nunca.

Una nueva y jubilosa aclamación de la ciudadanía a su líder.

Holgón tenía amaestrados a los periodistas para que le preguntaran idioteces inofensivas. Unas cuantas monedas, unas pocas amenazas en algún callejón oscuro, y con la combinación adecuada de subvenciones y palizas creabas unos medios a tu gusto.

—¡Excelencia, para el *New Orc Times*! —solicitó uno más.

A este no lo conocía Gustino, que llevaba un registro minucioso de los reporteros y corresponsales que ejercían en la ciudad.

El periodista lanzó a traición su pregunta:

—¿Es cierto que ha organizado esta expedición sin informar de ello al rey y que su propósito no es exactamente el que nos ha hecho creer?

—Qué hijo de puta... —susurró Holgón.

Ciudadanos y guardias habían enmudecido y miraban al gobernador esperando su respuesta. A su lado, un pálido Gustino se arrancaba a mordiscos los pellejos de los dedos como un ratón ocupándose de una galleta.

—Todos amamos a Su Majestad el rey Fofón, mi hermano mayor, a quien deseamos un largo y próspero reinado —contestó por fin con la primera evasiva que se le ocurrió.

Gustino le siguió el juego y exclamó de inmediato:

—¡Viva el rey Fofón!

—¡Viva! —aullaron los guardias.

Enseguida el gentío, con las lanzas pegadas al lumbago, se contagió de amor monárquico y repitió los vivas a plena garganta.

Holgón indicó con gestos a su jefe de la Guardia que se acercase.

—A ese me lo matáis —le ordenó—. Y buscad a sus informantes y me los matáis también. Me lo matáis todo.

—Como ordene Su Excelencia. Todo muerto.

La comitiva continuó su marcha a través de la gran calle principal, llamada avenida del Grandioso Holgón y flanqueada por dos hileras de estatuas de mármol representando al gobernador como una divinidad ocupada en escenas cotidianas. La favorita del mandatario era aquella en la que de sus pechos brotaba un néctar que alimentaba al pueblo, situado a sus pies. A Gustino, en cambio, le gustaba más esa en la que su señor tumbado sobre un dragón, lo mataba por asfixia y aplastamiento y que se titulaba *Holgón el Bravo sometiendo a Drakonirus, antiguo señor de los dragones*. Sobra decir que el gobernador no había visto un dragón en su vida, pues estos rara vez abandonaban su isla, donde los elfos se encargaban de mantenerlos en una eterna guerra civil para evitar que se unieran entre sí y dominaran el mundo.

Doris Krugg y Clétoris Squingley, aunque recién llegadas a Hacefresco, también habían salido a despedir al gobernador. Obligadas por los soldados de la Guardia pero también por propia voluntad. Para cotillear y luego comentarlo, sobre todo.

Doris se arrebuja dentro de su abrigo de piel de armiño mientras Clétoris se frota una contra otra las manos enguantadas. Había sido un otoño suave que ahora iba dejando su espacio al frío invernal que llegaba desde el norte, desde la tierra de los elfos de hielo.

Un hombre encapuchado se situó junto a ellas. Sobre varias capas de ropa arrugada y mugrienta llevaba una armadura de cuero con una cabeza de lobo bordada en hilo plateado.

—Se acerca el invierno —dijo el hombre misterioso.

—Pues ya apetece este fresquito —le contestó la señora Krugg—. Porque menudo otoño hemos pasado con las olas de calor.

—El tiempo está loco —añadió Clétoris Squingley desde su bufanda.

—Loquísimo —confirmó Doris—. Yo no sé adónde vamos a llegar.

—Esto es cosa de los magos esos de la Esencia, seguro. Con tanto conjuro que echan al aire...

El encapuchado tuvo la prudencia de salir enseguida de aquella encerrona dialéctica. Escondió de nuevo la cabeza en la capucha de su túnica y se encaminó hacia un nutrido grupo de hombres para comunicarles que el invierno se acercaba.

Mientras tanto, la comitiva abandonaba ya la ciudad. Detrás de las tropas desfilaba una caravana compuesta por el resto del personal esencial

para la guerra: herreros, carpinteros, panaderos, cocineros, músicos, actores, bailarines exóticos, cómicos, cronistas, sacerdotes de varios credos, contables, abogados, lingüistas, curanderos, críticos literarios, concejales, cuentacuentos, malabaristas, adivinos, mimos, prestamistas, corredores de apuestas, adiestradores caninos, veterinarios, sastres, pasteleros, interioristas, filólogos, albañiles, linotipistas, caricaturistas, alguaciles, domadores de felinos, dentistas, psicólogos, camareros, masajistas, pedigüeños, podólogos, modelos de lencería, tertulianos, correctores ortotipográficos, expertos en mercadotecnia y maquilladores.

Una interminable fila a la que se añadían las familias de muchos soldados, que tenían permiso para acompañarlos para facilitar la conciliación de la vida laboral y familiar de los combatientes.

Temiendo que pudieran matarse mutuamente, un enano llamado Esguince había cogido a Ramona por la cintura y la había sacado en volandas de la pelea. Dos elfos hicieron lo mismo con Arben. Mientras las separaban, continuó el duelo de miradas pendencieras y mutuas alusiones destempladas a familiares y antepasados.

—¡Parad! —había gritado Esguince, para añadir después con un sentido de la estrategia impropio de los enanos—: Ahora no somos enemigos. Los enemigos de verdad están ahí fuera. Y los enemigos de mis enemigos son mis amigos.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar de eso! —gritó un camarada suyo, de nombre Tangana—. De amigos nada. Compañeros de tortazos por un día, como mucho.

—El enano tiene razón —opinó un elfo.

—¿Pero cómo le das la razón a un enano? —le regañó otro.

Tangana se encaró con el primer elfo:

—¡Tú a mí no me das la razón porque te la devuelvo de un hachazo!

—Tangana, cálmate —le pidió Esguince.

—¿Es que tú te crees, el elfo este dándome la razón? Qué se habrá pensado.

Tuvieron que intervenir las dos jefas para que la situación no empeorase. A pesar de la reciente aunque profunda animadversión que ambas se profesaban, no podían permitirse una pelea entre sus tropas. El pedernal estaba sobre una montaña de paja seca deseando que el mínimo frotamiento provocara la chispa que encendiera el fuego.

Una vez calmados los ánimos, condujeron a las dos a la enfermería para que el médico de la compañía élfica les tratara las heridas. La medicina de los elfos, que contaba con curandero universal y gratuito, era la mejor de las tres

capas del mundo y superaba con creces a la enana, consistente en poco más que en tratar los síntomas y anestesiar el dolor extremo mediante generosas dosis de alcohol y hierba de la risa.

—Pegas fuerte, humana —dijo Arben frotándose el mentón magullado.

Aparte de la patada en la barbilla, Ramona le había partido un labio a la elfa y le había dejado el pelo como si le hubiera caído un relámpago en la cabeza. Ella no salió mucho mejor parada, con los dos ojos morados y un mordisco en la frente que a punto estuvo de dejarla sin una ceja.

—Vosotros vais a la guerra de vez en cuando —explicó la señora Medroso—. En mi barrio la guerra es todos los días. Da igual si pretendes coger las ofertas en el mercado, apuntar a los niños al colegio que quieres o evitar que te roben el bolso en la puerta de casa. Si no aprendes a matar, estás muerto.

—Después de lo de hoy puedes estar tranquila, que no intentaré robarte el bolso —aseguró la elfa.

Ramona no pudo evitar reírse y contagiarle la risa a Arben. Quienes no se reían eran Contuso, Brusca y los dos escoltas de la capitana elfa. Ellos pensaban que las jefas deliraban a causa de las conmociones cerebrales de la pelea.

—Te lo ibas a encontrar vacío. Estos pequeños cabrones no saben lo que es la propiedad privada —añadió Ramona riéndose más todavía.

—Pues estos —dijo Arben señalando a sus guardias entre carcajadas— son tan pánfilos que no pueden coger ni una manzana de un árbol sin el permiso del rey. A veces me apetecería hacer algo ilegal solo para ver sus reacciones.

Los demás allí presentes se sentían desorientados: pasaban de la risa cuando hablaban mal de los rivales a la indignación cuando la chanza se refería a ellos. Pero la novedad era que las burlas provenían de sus propias jefas. Era la autocrítica, a la que no estaban habituados, lo que los confundía.

La risa de Arben fue menguando hasta que se extinguió en un prolongado suspiro:

—Ay... Qué harta estoy de todo, Ramona. De reyes, de ejércitos, de guerras...

—Hasta los ovarios —confirmó la señora Medroso. Ramona no tenía que lidiar con reyes ni con ejércitos, y los estandartes de Bellavista y el Reino de Galacia eran para ella nada más que dos trapos colgados de la fachada del

Palacio de la Gobernación. Pero sí que sufría, a diario, las consecuencias de esas luchas entre señores y gentes poderosas, que siempre recaían sobre las espaldas del pueblo.

—¿Sabes por qué hemos venido aquí? —le preguntó la elfa. Se lo pensaba contar fuera cual fuese su respuesta.

—Para ayudarnos a defender Villa Trifulcas —contestó Ramona a aquella obviedad.

La Guardiana de los Fiordos bajó la vista hasta el suelo. Le faltaba el valor para mirar a la cara a los demás, incluso a los enanos o a la mujer con la que se acababa de pelear como una verdulera de extrarradio.

—Te equivocas por completo. No hemos venido a eso sino a algo muy distinto.

Los dos guardias elfos se pusieron rígidos y más serios de lo que solían estar. Uno de ellos trató de disuadir a su líder: «Por favor, capitana, no lo haga». Pero Arben lo ignoró y continuó con su confesión:

—Estamos aquí para abrir el portón y permitir que los trolls invadan la ciudad.

Pasado el momento inicial de desconcierto, Contuso crujió los nudillos y Brusca levantó el hacha por encima de su cabeza. Estaban decididos a hacer trizas a los traidores allí mismo. Después harían lo mismo con los que había fuera. Una sola orden de la jefa de la Guardia y cientos de enanos se lanzarían a descuartizar elfos como los niños se tiraban a por caramelos al paso de la Cabalgata del Orgullo Plebeyo.

Si no los masacraron de inmediato fue porque Ramona les ordenó bajar a una el hacha y al otro los puños. La lideresa escudriñaba a la elfa con sus dos ojos morados, casi negros.

—Pero no lo harás, ¿verdad?

—No —susurró Arben. Sus pupilas, azules como el iris, buscaron a Ramona y a los enanos—. Ya os he dicho que estoy harta. Harta y fatigada. Llevo toda la vida despreciando a otras razas y es agotador. Desde pequeños nos enseñan a odiaros, a todos sin excepción, da igual que seáis enanos, humanos, gnomos o duendes. Sois todos basura. Eso no es difícil de creer e interiorizar porque pensamos en vosotros colectivamente. Es muy fácil aprender a odiar a un grupo; lo difícil es poder aborrecer a sus individuos por separado. Por eso, cuanto más sales de tu propio país más difícil te resulta pensar que todos los demás son una escoria. No sé cómo será para vosotros,

que vivís menos de un siglo, pero yo no me pienso pasar los próximos mil años odiando a todo el mundo. Vosotros los enanos, por ejemplo, sois unos salvajes y unos alcohólicos, oléis mal y os peleáis entre vosotros como diversión.

Contuso y Brusca sonrieron y asintieron, satisfechos por la definición tan acertada que había hecho la elfa.

—Pero a la vez —continuó Arben— tenéis vuestras virtudes. No demasiadas, tampoco vamos a pasarnos, pero vivís vuestras vidas grotescas sin meteros con nadie.

No era el halago que se esperaba de alguien que buscaba conciliarse la simpatía de sus antagonistas pero, dadas las circunstancias, no era un mal comienzo. Ramona le preguntó qué pensaba hacer.

—Ayudaros —anunció la elfa—. No voy a colaborar en el exterminio de toda una ciudad enana. No es que me importe demasiado que os muráis...

Brusca y Contuso mostraron su comprensión con gestos que expresaban obviedad.

—... pero tampoco voy a provocar una masacre. Así que podéis contar con nosotros. Lucharemos a vuestro lado —concluyó poniéndose de pie.

—Pero ya mañana, que no son horas —dispuso la señora Medroso.

Quienes no se sentían tan decididos a prestar su apoyo a los trifulcanos eran los dos guardias Impolutos. El más veterano de ambos, un oficial curtido en mil entrenamientos y simulaciones de combate contra estafermos de paja, fiel como pocos a la causa de la supremacía élfica, susurró al oído de su compañero de armas una confidencia que incluía las palabras «traidora», «nosotros» y «por la patria».

Al amanecer se encontraban todos los elfos en sus puestos de combate, sobre las murallas de Villa Trifulcas, para empezar a disparar a las siete en punto de la mañana. Estarían luchando hasta las cuatro de la tarde, con una hora entre medias para comer.

—Cien arqueros con veinte flechas en el carcaj cada uno. Os garantizo un mínimo de dos mil bajas enemigas —había dicho Arben.

Contuso, no obstante, había contado noventa y tres, si bien lo achacó al cansancio acumulado durante varios días de lucha. Porque los enanos

también se cansaban, en contra de lo que pudieran pensar otras razas que se cansaban antes.

La capitana esperó hasta que fue la hora en punto antes de dar la orden. A continuación sonó un cuerno con el propósito de alertar a los trollcos y orcos y sacarlos de sus escondrijos nocturnos. Cuando los enemigos, alarmados, empezaron a dejarse ver, comenzó la tormenta de flechas.

Brusca y Contuso habían trepado hasta una almena con otros dos miembros de la Guardia de la ciudad: Tosca y Fracturas. Desde su posición elevada podían contemplar el espectáculo de saetas voladoras y cabezas ensartadas.

—¡Arró! —exclamó Contuso cuando, a través del catalejo, vio cómo un proyectil atravesaba el cráneo de dos orcos antes de clavarse en el corazón de un troll, a la altura de la ingle—. ¡Menudo disparo! ¿Cómo lo habéis hecho?

Los elfos no le contestaron. Ni siquiera le prestaban atención, de tan entregados que estaban a su tarea. Semejante precisión con el arco exigía una concentración exclusiva intensa que no se conjugaba bien con andar charlando con los compañeros o haciendo pausas para fumar un poco de la pipa o tomar un café.

—Bueno, pues no me lo digáis. Total, a mí no me interesa para nada el arco, es un arma de cobardes —añadió Contuso con toda la dignidad que logró reunir.

Arben subió también a la almena para tener una vista panorámica de la masacre. Brusca le tendió una mano pero la elfa la ignoró. La Guardiania de los Fiordos no necesitaba ayuda para salvar ningún obstáculo, sobre todo si sus soldados podían verla. Delante de sus guerreros, la capitana tenía que dar la impresión de ser capaz de volar si se lo proponía.

—¿No está Ramona por aquí? —preguntó haciéndose un hueco entre los enanos. Luego, asomada hacia el campo de batalla, gritó unas instrucciones a sus arqueros—: ¡Los trolls! ¡Centraos en los trolls! ¡Los orcos como si no existieran!

—Ramona ha dicho que fuéramos preparando las catapultas, que ahora venía —informó Contuso—. Ha ido a buscar no sé qué para el desayuno.

Bajo las murallas, dentro de la ciudad, el ambiente era de jovialidad y camaradería. Los enanos engrasaban las catapultas para unirse a la degollina organizada por los elfos, con quienes la cooperación estaba resultando más amigable de lo que había esperar, sobre todo tratándose de dos razas que

preferían morir de hambre antes que aceptarse un mendrugo de pan duro. «Al menos con los trolls estamos emparentados», pensaban no pocos enanos⁶.

Ramona llegó con los primeros catapultazos. Aprovechando su ausencia, los artilleros habían empezado a lanzar cosas que no eran piedras para ver cómo volaban. Por ejemplo, treinta cuchillos de un solo disparo o una cristalería completa de los exclusivos talleres artesanos de Olmillo. «Simple curiosidad profesional», aclaró Fisura cuando la lideresa, con las manos en la cintura, le interrogó con la mirada. Él también tenía las manos en la cintura, igual que Brusca y Contuso mientras observaban desde lo más alto de la almena.

Desde que se lo habían visto hacer a Ramona en varias ocasiones, toda Villa Trifulcas había adoptado los brazos en jarras como la postura idónea para esperar, conversar o contemplar, sobre todo las cosas que hacían otros mientras opinaban sin participar.

—Vamos, venid aquí a desayunar que se enfrían las croquetas —dijo la señora Medroso.

Llevaba desde antes del amanecer envolviendo y friendo la masa que había preparado con la carne que desperdiciaban los enanos. Una forma de aprovechar la comida sin tener por el momento que racionarla.

Los elfos declinaron la invitación. Ya habían desayunado sus raciones de campaña y no les tocaba una pausa de quince minutos hasta dentro de un par de horas. Además no solían comer fritangas ni rebozados, y recelaban de aquellos óvalos grasientos y dorados.

Los enanos no se andaban con esos melindres. Se acercaron a la montaña de croquetas y las probaron con determinación. Mala pinta no tenían. Tras el primer bocado, sus caras mudaron el gesto de incertidumbre por expresiones de conmoción. ¡Aquellas pequeñas viandas tenían que ser algo mágico, una pócima cremosa por dentro y crujiente por fuera! Los mugidos de placer se sucedían mientras los trifulcanos cogían puñados de croquetas y Ramona se esforzaba en poner orden:

—¡Despacio, que os vais a atragantar! Si hay para todos. No os llenéis el cinturón, que os comen más los ojos que la boca. ¡Formad una fila, hacedme el favor!

Desde las alturas, Arben contemplaba el panorama pensando si no se habría equivocado al desobedecer la orden de Aelión de traicionar a los enanos. En Villa Trifulcas desconocían la funesta suerte que había corrido la

ciudad de Forcejeo; el mismo destino que, con toda seguridad, los esperaba también a ellos. Tras los muros, miles de bestias inmundas se congregaban frente a la ciudad con el único propósito de invadir y exterminar. Y seguían llegando muchos más, como el agua de un río a una presa a punto de rebosar. Al otro lado, una caterva de enanos se peleaba a puñetazo limpio por unas bolas de bechamel cubiertas de pan rallado.

—Y me faltan siete elfos —murmuró la Guardiana de los Fiordos. Luego los contó de nuevo, aunque ya sabía quiénes faltaban y creía saber por qué.

El estanque del Futuro Deseo había transportado a Wifo Medroso en el tiempo y en el espacio adonde su corazón quería ir. Ni un minuto más allá ni un metro más acá. Los emplazamientos mágicos funcionaban con una extraordinaria precisión siempre que se dieran las circunstancias adecuadas. De hecho, el estanque sería un buen medio de locomoción si no existiera el inconveniente de que el destino dependía del lugar al que quisieran viajar tus sentimientos, no al que tu voluntad ordenara trasladarse. Por eso utilizando este tipo de transporte muchas veces no solo no ibas adonde creías que querías ir, sino que en ocasiones ibas adonde creías que nunca querrías ir, descubriendo en ti mismo unos deseos que habrías asegurado no sentir. Algo parecido a lo que ocurría cuando utilizabas el servicio de transporte público de Bellavista las noches de fin de semana.

A pesar de que para el cerebro de Wifo las visiones duraron horas, el viaje astral fue instantáneo. Todas esas alucinaciones que experimentó no eran sino fragmentos de sus deseos y temores puestos en un orden determinado durante una fracción de segundo. Su mente no los había creado ni reproducido; solo los había ordenado.

Después de los espejismos vinieron las náuseas. El tránsito espacio-temporal era un periplo mágico que terminaba con un frenazo capaz de sacarte el entresijo por la boca.

Wifo vomitó hasta vaciarse el estómago antes de buscar el despacho del profesor Enefecto Smith. Tenían que darle su toga de docente e indicarle cuál era el aula en la que impartiría clase. ¡Profesor de la Alta Escuela! ¡Él! Y sin necesidad de hacer ningún mérito, como si su familia hubiera sido siempre rica, ni de trabajar duro y durante mucho tiempo para conseguirlo. Con el salto al futuro había perdido algunos años de vida, pero eran años de

sacrificio que no le importaba no vivir. Cuando el destino es una obsesión no disfrutas del viaje.

«Doctor Medroso», repetía mientras caminaba, con distintas entonaciones. Sonaba de maravilla en cualquier registro.

¿Pero dónde estaba exactamente? Solo veía árboles y matorrales. Quizás el estanque lo hubiera enviado al jardín, solo que él no recordaba un jardín como aquel ni dentro ni en las inmediaciones de la escuela. ¿Habrían hecho reforma? Tampoco sabía cuánto tiempo se había saltado en el estanque. Podían ser dos años como podían ser seis.

Siguió abriéndose paso entre la maleza con las manos magulladas, como si hubiera estado jugando con un gato fanático.

«Un momento —murmuró—. ¿Por qué tengo todavía las manos arañadas como en el bosque? Esto no tiene sentido.»

Tampoco lo tenía lo que oyó a continuación.

—Paaa... pidoo...

Y unas carcajadas que le resultaban demasiado familiares.

—Oh, venga, no puede ser —siguió musitando.

Era. Lo que se andaba temiendo. Bordeó un parterre y allí estaban, sentados en el suelo, riendo y dando palmas al ritmo de una canción que hablaba de beber hasta terminar con la cabeza donde empieza el culo. Cómo no.

—¡Ey, Blandito, ya era hora! —gritó Riñas agitando la mano.

—Llevamos un buen rato esperándote —añadió Follón, que estaba de mucho mejor humor—. ¡Mira mi mano! He tocado a Papidoo y me han vuelto a salir los dedos. ¿Te lo puedes creer?

No. Wifo no se lo podía creer. Ni se creía nada ni se explicaba que el estanque lo hubiera enviado allí y no a la Alta Escuela de Humanidades de Bellavista. ¿Es que no deseaba con toda su alma ser profesor y disfrutar de una existencia plácida e ilustrada? ¿De verdad prefería volver con los enanos a la guerra? Estaba claro que no conocía tan bien su corazón como su cerebro.

—¿Cómo es que me habéis esperado? El estanque podría haberme enviado a cualquier sitio y en cualquier momento.

—Qué va —dijo Robusta—. Sabíamos que vendrías.

—¿Y vosotros...?

Follón no le dio tiempo a terminar la pregunta.

—Nosotros hemos venido directamente.

—¿No habéis tenido visiones? —insistió Wifo.

—¿Visiones? Qué va. Nos hemos metido en el agua y hemos salido aquí mismo. Hemos tardado un segundo, ¿verdad?

Riñas y Robusta lo corroboraron. Los enanos habían hecho el viaje astral sin dudas ni retrasos. Sabían muy bien quiénes eran, quiénes querían ser y quiénes serían, y las tres cosas coincidían. No se andaban con muchas dudas existenciales.

—¿Y Papidoo? —preguntó el estudiante. Había oído su voz antes de salir de los matorrales pero no lo veía.

Un dedo de Robusta señaló un árbol. Agarrado a su tronco, el brotecillo daba vueltas de forma errática.

—¡Papidoo! —exclamó Wifo.

—Papa... —contestó el pequeño elemental con la boca pastosa y los párpados hinchados.

—¿Le habéis dado cerveza? —Wifo estaba espantado. Aquella barrabasada traspasaba el último límite de lo tolerable.

—Solo un sorbito —aclaró Riñas, para quien una cantidad escasa disculpaba cualquier disparate—. Lo estamos educando en nuestras costumbres.

—¿Pero estáis locos o qué os pasa? ¿No os dais cuenta de que se puede morir?

—¿Tú le ves quejarse de algo?

—¡Cómo va a quejarse si apenas se sostiene sobre las raíces! Miradle, no coordina. Se le cae la cabeza hacia los lados.

—Papi... —farfulló el retoño.

De un manotazo apartó a Wifo cuando este intentó cogerlo. Luego se abrazó al tronco del árbol y, entre risas, se dejó caer hasta quedarse sentado en el suelo.

—A nuestros niños les damos cerveza y mira qué sanos estamos —siguió arguyendo Riñas. En su opinión, el estudiante estaba exagerando. Algo muy típico de él—. Además la vieja de palulú me lo dio a mí, ¿no? Por algo sería. Piénsalo. —Se golpeó una sien con el dedo índice.

—Sois unos inconscientes —sentenció Wifo.

Se negaba a seguir discutiendo para que los enanos no volvieran a liarle con uno de sus galimatías argumentales.

La que no estaba dispuesta a dar la discusión por zanjada era Robusta. Más dada a litigar con las armas que con la gramática, esta vez sí tenía unas palabras que decir:

—¿Y nos llamas inconscientes tú, que quieres salvar a Grosa y no eres capaz de matar a un simple orco por ti mismo?

—Eso no es determinante —se quejó Medroso—. Vale, es verdad que no soy muy diestro con las armas, pero para eso estáis vosotros aquí. Yo pongo el cerebro y vosotros los músculos.

—¿Nos acaba de llamar tontos? —dudó la enana mirando a sus camaradas.

—Yo diría que sí —opinó Follón.

A esas alturas Wifo estaba tan exasperado como molestos los enanos. Era, por tanto, el momento de usar una de las herramientas con las que su experiencia y su educación lo habían dotado para la supervivencia: achantarse y medir con sumo cuidado sus palabras para no ofender a nadie.

—No he dicho que seáis tontos. De hecho, sois los enanos más listos que conozco. Lo que pasa es que...

Su cerebro le mandó callar antes de que terminara la frase con alguna inconveniencia. «Miente —le repetía—; no seas idiota, los cementerios están llenos de gente que ha dicho la verdad cuando no debía.»

—¿Qué es lo que pasa? Estamos esperando —le apremió Follón. Lo miraba de lado con las cejas arrugadas.

—Nada, no pasa nada. Je, je. Qué va a pasar. Que me siento afortunado de estar con unos enanos tan inteligentes como vosotros.

«Eres subnormal», le dijo su cerebro. Los enanos, como era lógico, no cayeron en su treta dialéctica. Wifo intentó arreglarlo regresando a la franqueza, aunque camuflada en un chiste. Pero carecía del sentido del humor que se necesita para lubricar la verdad hasta que entre sin hacer daño.

Riñas estaba igual de molesto que los otros, a excepción de Papidoo, que se había quedado dormido boca abajo. Informó a Wifo de que a partir de ese momento tendría que seguir él solo su viaje.

—No querrás estar con unos tontos que te peguen su tontería.

—La tontería no se pega, no es un virus —le corrigió Wifo.

—¿Ves? Ya lo has vuelto a hacer.

A Medroso solo le faltó ponerse de rodillas y juntar las manos.

—No, por favor, dejadme seguir con vosotros. ¡Me encanta ir con

tontos!

—Eso, tú sigue arreglándolo —dijo Robusta, que ya estaba recogiendo sus cosas para reemprender la marcha. Le lanzó a Wifo una espada, una cantimplora y medio ciervo sin despellejar—. Podrás volver con nosotros cuando traigas una cabeza de orco que hayas matado tú mismo. Estaremos en Forcejeo.

—Pero me van a matar —dijo Wifo sin exagerar ni dramatizar por una vez.

La mano de Riñas le palmeó dos veces la espalda. En su cara no había rencor ni enfado, aunque tampoco ese gesto de guasa permanente tan característico del enano. Estaba serio. Nada más. Esa seriedad que en cualquier otra persona a Wifo le parecía de lo más normal, en Riñas le resultaba aterradora.

—Venga, Blandito, confiamos en ti. Seguro que tu gran cerebro encuentra la manera de mantenerte a salvo. Si con unos tontos has conseguido sobrevivir, tú solo te vas a convertir en rey del Valle por lo menos.

Después recogió a Papidoo y se marcharon los cuatro sin entonar canciones. No encontraron ninguna apropiada para la ocasión.

—¡Y no nos sigas! —gritó cuando vio que Wifo iba de arbusto en arbusto detrás de ellos.

Ya se había quedado solo antes. Unos días atrás, cuando fue al desfiladero a observar al ejército enemigo y logró salvar su vida de milagro. Esta vez, en cambio, la situación era peligrosa de verdad, de poder morirse si pisaba una rama en el momento inoportuno o saludaba a un orco pensando que era una señora mayor. A cierta distancia apenas había diferencia entre un orco muy muy guapo y un aldeano muy muy feo. No era inusual, de hecho, que los orcos más apuestos y gallardos se infiltraran como espías en tabernas humanas sin ser descubiertos, en especial cuando los parroquianos ya habían bebido más de la cuenta.

Por la zona merodeaban patrullas de orcos y trollcos en tal cantidad que parecía que se estuviera celebrando un festival de las fuerzas del mal.

Además, en esta ocasión tampoco tenía un caballo sobre el que huir a toda pastilla si el peligro decidía intimar con él.

Y para colmo el tiempo. La llovizna, que antes flotaba en el aire como una nube de agua vaporizada, caía ahora medio congelada y con una abundancia innecesaria. Tal derroche de líquido le caló hasta el calzón.

«Estás jodido —le dijo su cerebro—. Si no te matan los trolls lo hará el frío, o tus pies al tropezar uno con otro.»

Wifo le mandó callar y tiró al suelo el medio ciervo que le había dado Robusta. Tenía que aligerar peso y él no comía carne. La espada la conservó. A pesar de no saber utilizarla, le daba tranquilidad llevarla colgada del cinturón. Cualquiera que lo viera con ella quizás creyera que sabía usarla y que estaba dispuesto a desenvainarla. Una medida disuasoria aunque poco efectiva frente a los orcos. Como mucho, le podría servir para ahorrarse un problema con algún aldeano igual de cobarde que él.

«Y pensar que ahora podría estar tranquilamente en el futuro, impartiendo clases en la escuela o corrigiendo exámenes junto a la lumbre», se recordó a sí mismo. ¿Por qué su corazón tenía que sentir lo que sentía? ¿Por qué no podía sentir lo que debía o lo que él quería que sintiera? Era una cualidad estúpida la de tener sentimientos y no poder controlarlos. No servía para nada.

Con los pocos pertrechos que podía transportar sin que se le saliera de nuevo su hernia de disco, se puso en marcha. Ya que los enanos habían ido hacia el noroeste, a él no le quedaba más remedio que seguir en dirección noreste, hacia las Montañas Gélidas, alejándose de Forcejeo en vez de aproximarse. Dejaría que ellos cumplieran la misión oficial mientras él buscaba el rastro de Grosa. Con mucha suerte, la enana habría ido también en aquella dirección, aunque no tuviera ningún sentido hacer tal cosa.

Wifo procuraba avanzar ocultándose tras cualquier roca, matorral o zanja que encontraba a su paso. Corría de un escondrijo a otro después de asomar la cabeza para comprobar que el camino estaba despejado. Además, resolvió viajar solo de día. La oscuridad le daba demasiado miedo y prefería pasar la noche escondido.

Igual que ocurría en el sur del Valle, allí en el norte también había grupos de personas que huían de la guerra cargando con algunas de sus pertenencias. Normalmente no las más útiles para sobrevivir, sino las de mayor valor económico. Era muy común cruzarse con personas hambrientas y sedientas que apenas podían levantar del suelo los fardos llenos de objetos carísimos.

Preguntar por una enana muy gorda y muy fea habría supuesto un esfuerzo vago e infructuoso, ya que todas las enanas solían ser gordas y feas. Su estrategia, entonces, consistió en averiguar si los transeúntes habían visto algún queso durante su travesía, ya que Grosa no salía de casa sin una buena provisión de lácteos. La mayoría de la gente a la que preguntó lo tomó por un mermado. Otros, al ver su cuerpo flaco y magullado y su ropa empapada y desgarrada, mientras preguntaba con insistencia por un queso, le dieron una moneda con la condición de que no se la gastara en pócimas alucinógenas y empleara el dinero en comprar algo para comer.

De poco sirvieron sus explicaciones acerca de una importante misión diplomática y el rescate de una valiente enana extraviada sino para convencer a quienes le daban limosna de que era un drogadicto o sufría una profunda idiocia.

Al cabo de un rato largo caminando sobre el barro, recibiendo monedas y soportando miradas de esa mezcla de superioridad y compasión con la que miran los piadosos, se detuvo a su lado un carromato. En realidad el vehículo

frenó para no atropellarlo, pues Wifo se arrastraba por el centro del sendero como un renacuajo en un fangal, obviando las precauciones de todo buen peatón.

—Muchacho —lo llamó el conductor de la carreta. Era un individuo grueso y calvo cuya cara parecía ocupar toda su cabeza. El típico hombre que, solo con verlo, dirías que había nacido para conducir un carro con una hebra de paja en la boca.

Wifo levantó la mirada contra la lluvia de aguanieve. El carromato estaba lleno de personas apiñadas unas contra otras, ocupando hasta el último espacio donde podía haber un brazo o una pierna. Algunos viajaban colgados por fuera del armazón, provocando que el transporte derrapara y que los caballos se dejaran las patas tirando del exceso de peso.

—¿Te llevo? —preguntó el carretero—. Todavía hay sitio atrás, y si no lo hay, lo hacemos. —El hombre sonrió con su enorme boca de conductor de carromatos.

A Wifo aquel ofrecimiento le sonó a cama mullida y cena caliente.

—¿Adónde vais?

—Lejos de esta guerra. Al Reino de los elfos de hielo a pedir refugio.

—¡Genial! Entonces sí que voy con vosotros.

—Muy bien —se felicitó el conductor del carromato—. Son cinco mil piastras de oro. Al contado.

—¿Cómo que cinco mil piastras?

—No pensarías que yo esto lo hago gratis. ¿Y en qué puedes gastar tu dinero mejor que en salvar tu vida? Cinco mil es una ganga. Casi te lo estoy regalando.

El joven Medroso sacó de su bolsillo las monedas que le había dado la gente y se las enseñó al traficante de refugiados.

—Esto es todo lo que tengo.

El carretero echó un vistazo indolente a la mano de Wifo, sacudió el látigo en el aire y se alejó de allí al trote penoso de los caballos. Ni siquiera se molestó en regatear.

«Ahora sí que te puedes dar por muerto», pronosticó su voz interior.

Morir. Ni más ni menos. Wifo profundizó en ese pensamiento, en la posibilidad cierta de terminar allí sus días, sobre el fango, descuartizado por alguna criatura inmunda que no sabría ni leer. Y para él solo había una cosa cierta: que no quería morir, ni por los enanos ni por Grosa ni por nadie. Eso

de «dar la vida» en favor de una causa constituía el sinsentido más estúpido de todos los sinsentidos estúpidos que esgrimían los héroes, que eran a su vez los estúpidos con menos sentido del mundo. Dar tu vida. Como si tuvieras otra de repuesto.

Su suerte cambió cuando el sol empezaba a recogerse detrás del horizonte y él ya había abandonado toda esperanza de sobrevivir. Después de esquivar a un par de patrullas orcas, que se entretenían en matar a otras personas que no habían logrado darles esquinazo, Wifo encontró a una familia de buenas personas.

Eran gente sencilla. Una de tantas familias humildes que, sin medio de transporte propio ni dinero suficiente para pagar a las mafias de carreteros, se veían obligadas a hacer el trayecto a pie. Wifo enseguida se encariñó de ellos porque eran la típica familia que él siempre había deseado. Los padres caminaban cogidos de la cintura mientras su bella hija adolescente, Casandra, guiaba de la mano al pequeño Timi, un querubín que esquivaba los charcos de un salto y hacía comentarios perspicaces sin llegar a ser pedante.

A pesar de tener lo justo, los Pitertur le ofrecieron algo de comer y una manta con la que resguardarse del viento álgido y chorreante.

Resultó además que el padre, Archivaldo Pitertur, era maestro de secundaria en una de las escuelas del Valle. Wifo enseguida lo admiró, no solo por la erudición que se le presuponía a un profesor de enseñanza pública, sino también y sobre todo por el valor que había que tener para enfrentarse a una clase llena de adolescentes. En Bellavista, por ejemplo, la esperanza de vida de un profesor de secundaria no era mayor que la de un domador de felinos.

—Y esta es mi esposa Perlita —le presentó Archivaldo. Una sonrisa amorosa le estiró la piel de los mofletes al referirse a ella.

A Wifo le sonaba ese nombre de haberlo oído hacía poco tiempo, y no necesitó hurgar demasiado en la memoria para recordarlo. ¿Sería aquella mujer Perlita Wildun la viuda del caballero errante? Debía averiguarlo porque, de ser así, tenía un compromiso que cumplir con el guerrero maldito.

Se situó al lado de Archivaldo y se dispuso a sonsacarle la información con disimulo:

—Tiene usted una mujer muy guapa. Seguro que la atrapó cuando era muy jovencita, para que no se le escapara —le dijo con la intención de averiguar si llevaba mucho tiempo con ella.

Perlita se sonrojó. Sin embargo, el señor Pitertur no se tomó con el mismo desenfado esa clase de halago, o lo que fuera aquello.

—No serás uno de esos pervertidos que pretenden a chiquillas preescolares, ¿verdad, hijo?

—Oh, no. A mí de hecho el sexo no me interesa —se justificó Wifo—. Nunca he accedido carnalmente a...

—Me estás incomodando con estos temas —le interrumpió Archivaldo.

—Disculpe, profesor. No era mi intención importunarle. Pero no hablemos más de mí, por favor, y cuénteme cómo conoció a su preciosa mujer.

La señora Pitertur se separó de su marido y estrechó a sus hijos contra sí. Puede que aquel muchacho que habían recogido en el camino fuese realmente un depravado con intenciones aviesas, ya fuera contra ella, sus hijos o incluso su esposo. Tratándose de pervertidos no sabía una a qué atenerse. Desde luego, en lo referente a su aspecto físico, con su figura flaca y desgarrada, los ojos saltones y los mofletes hundidos, daba la imagen de alguien moralmente degradado y consumido por las pociones estupefacientes.

—Mira, chico —le dijo Archivaldo buscando con la mano la empuñadura de su daga reglamentaria de personal docente—. Ya hemos hecho por ti todo lo que podíamos hacer. Lo mejor será que sigamos cada uno nuestro camino.

—No, por favor —imploró Wifo—. No me dejen solo. No tengo intenciones lúbricas con su mujer ni con su hija, se lo juro. Aunque no me malinterprete, son muy bellas y cualquiera querría cubrirlas en el lecho. Usted mismo también lo es.

—Fuera —le ordenó el señor Pitertur con el puñal ya desenvainado. En su cara se leía su determinación de blandir el arma temerariamente, incluso de usarla si la situación empeoraba.

Viéndose acorralado, Wifo echó mano de un último recurso y gritó el nombre del caballero maldito:

—¡Bregon Huifintar!

Para Archivaldo aquel nombre no significaba nada. De hecho, podía tratarse de un grito de guerra de aquel anormal previo a lanzarse sobre su

familia con propósitos insanos. Para Perlita, en cambio, esas dos palabras tenían un sentido muy claro. Soltó a sus hijos y agarró a Wifo de un brazo, haciendo presa con las uñas en la manta que lo tapaba.

—¿Qué has dicho? Repítelo.

—Bregon Huifintar.

—¿Dónde has oído ese nombre? ¿Quién te lo ha dicho? ¡Contesta! —gritó zarandeando al estudiante.

—Pues deja de agitarme, que me vas a partir el cuello.

—¡Habla!

—Si yo quiero contártelo. Eres tú quien no me deja con tanta hostilidad —dijo Wifo con la voz quebrada por las sacudidas.

Perlita accedió a canalizar su ira solo a través de miradas y palabras. Tiró del muchacho y se lo llevó a un aparte. Archivaldo, ignorado, se quedó apuntando con su daga en varias direcciones y apuñalando el aire con ella.

—Dime qué sabes de Bregon —ordenó la mujer.

Wifo le hizo un resumen de su encuentro con el caballero errante en el Paso del Descalabro. Obvió, eso sí, los detalles más truculentos para no afear el relato. En una historia de amor como aquella —donde la amada descubría de repente que su amado, al que daba por fugado o desaparecido, había muerto en valeroso combate y vagaba por un acantilado esperando reunirse con ella—, estaba de sobra comentar que al susodicho le colgaba un ojo sobre el maxilar o que los cuervos se le habían comido los pertrechos viriles.

—Tengo que ir a verlo —afirmó Perlita con la determinación de quien no se ha parado a meditar ni un momento.

—Eso es una locura —le advirtió Wifo—. La zona está infestada de trollcos montados en loballos.

—¿Loballos?

—Sí, una mezcla de lobo y caballo creada por..., bueno, qué más da. El caso es que allí te espera una muerte segura. No es que vayas a arriesgar la vida, es que la vas a perder. Además, piensa en tu familia. ¿La abandonarás para ir tras un espíritu condenado que lo mismo ya se habrá hecho ceniza cuando llegues?

A unos pasos de distancia, esa misma familia de la que hablaba Wifo esperaba bajo la lluvia a que la madre y esposa terminara de conversar con el joven trastornado.

—Perlita, cariño, ¿te falta mucho? —rogó el señor Pitertur.

—Calla un momentito, Archivaldo, que estoy hablando. ¿O es que no ves que estoy hablando, Archivaldo? ¿No lo ves?

—Perdona, amor mío. Pero los niños tienen frío y...

—Pues que se den unas carreras para entrar en calor, Archivaldo.

—Ya habéis oído a vuestra madre —dijo el hombre a las ateridas criaturas—. Id a correr un poco. Hasta el cadáver de ese señor y volvéis. No vayáis más lejos, que os podéis encontrar con algo desagradable.

El pequeño Timi salió disparado como una flecha, saltando cuantos charcos y obstáculos se encontraba a su paso. Como era de esperar, dada la etapa biológica en la que se encontraba, al llegar a la altura del cadáver desoyó las órdenes de su padre y siguió adelante, trotando y brincando como una cabra de monte. Su hermana Casandra se limitó a expresar su fastidio chascando la lengua y a acariciar el colgante que le había regalado su novio Jasper. Odiaba todo aquello: la lluvia, los caminos, a sus padres y al aire mismo que le rizaba el pelo con su humedad. Ella solo quería estar con Jasper y con sus amigas, no huyendo de unos estúpidos trolls. ¿Es que no había ejércitos para ocuparse de esas cosas? Para algo pagaban impuestos, ¿no?

Todavía discutían Wifo y Perlita cuando Timi volvió corriendo. Traía la cara lívida y los ojos verdes abiertos como dos aceitunas. Se detuvo con las manos en los muslos y pronunció dos palabras con su vocecilla cantarina:

—Orcos. Muchos.

El ejército de Hacedresco acampó a orillas del río Colibrí. Ese era un sitio igual de bueno —o de malo— que cualquier otro. No importaba. Miles de soldados marchando juntos se daban la suficiente sensación de seguridad unos a otros para no preocuparse de buscar un lugar más guarnecido. Como bien dijo el comandante de la milicia, Lindo Sokorki, cuando bajó de su caballo: «Aquí nos pueden atacar, sí, pero a ver quién es el guapo que se atreve».

Las órdenes fueron levantar allí mismo el campamento y preparar la cena enseguida. Al gobernador le dolía la tripa del hambre e insistía en el peligro de morir de inanición si no se llevaba pronto algo de carne a la boca.

Se asaron corderos, pichones y cochinitos, se hornearon panes y pasteles de manzana y se abrieron varias cubas de vino. Y esa era solo una fracción de todo lo que los campesinos habían donado para la expedición. Cuanto más cerca de los riñones sentían la lanza, más generosos se mostraban. Los comerciantes y artesanos también habían cedido su parte en forma de ropas, enseres, tabaco o flores para la próxima entrada triunfal de Holgón en Villa Trifulcas.

Después de la opípara cena, en la que hasta los perros e incluso las hormigas obtuvieron su ración más que generosa, los soldados se reunieron alrededor de las hogueras para beber licor, fumar puritos y apostarse la paga jugando a los nudillos y a saltar la daga.

Holgón estaba tan saciado que se retiró a su tienda a reposar. Gustino lo desvistió y, después de ayudarlo a tumbarse boca arriba para facilitar la respiración, se acurrucó en el suelo, a los pies de la cama del gobernador. Siempre dormía allí, preparado para atender cualquier necesidad o capricho de su amo. Cualquiera.

Todos dormían a pierna suelta en el campamento. No habían dejado a nadie montando guardia. Como bien dijo el comandante Sokorki antes de ponerse el pijama: «Pueden atacarnos por sorpresa, sí, pero a ver quién es el guapo que se atreve».

Eso bastó a las tropas para despreocuparse por completo de la vigilancia. A medianoche solo se oían los ronquidos típicos de cualquier vivaque militar mezclados con ladridos dispersos, unos pocos aullidos lejanos, el ulular de algún ave nocturna y unas cuantas ventosidades por aquí y por allá.

En mitad del silencio, Gustino se despertó sobresaltado. Tenía el sueño ligero y el oído afilado, y había percibido con nitidez la ráfaga de viento que levantó la lona de la jaima durante apenas un par de segundos.

Algo había entrado. Algo que estaba sentado en una silla, difuminado en la penumbra que dibujaba la llama de una vela.

—¿Despiertas tú al genio o lo hago yo? —pronunció la sombra.

«Esa voz —pensó Gustino—, y esa forma de limarse las uñas mientras espera...» No cabía duda. Lo había reconocido al momento.

—¡Señor, señor, señor! —exclamó al tiempo que frotaba la tripa de Holgón.

El cuerpo del gobernador intentó incorporarse de un brinco pero los pechos le rebotaron contra la barriga y se quedó como una tortuga panza arriba.

—¡Qué pasa, Gustino, qué es este escándalo!

—Es el Karma, Excelentísimo.

—¿Qué? —Holgón se frotó los ojos intentando que su consciencia volviera del mundo de los sueños—. ¿El Karma otra vez? ¿Aquí?

Karma se levantó de su asiento y se retiró la capucha que cubría su cara tranquila y su pelo mitad blanco mitad negro. A simple vista no se podía adivinar su edad ni su género. Además, según incidiera la luz en su cuerpo parecía ser más alto o más bajo, más gordo o más flaco, más o menos oscuro de piel, sin que ello guardara relación alguna con las leyes de la refracción o la perspectiva. Eso desorientaba mucho a quienes necesitaban referencias étnicas o raciales para decidir cómo tratar a alguien.

—¿Otra vez tú? —preguntó Holgón. Estaba de un humor de gringos.

—Te toca revisión —le dijo el Karma ayudándolo a sentarse, ya que Gustino no era capaz de manejar por sí solo todo el peso del gobernador.

—Pero si ya tuve revisión el mes pasado.

La entidad primordial llamada Karma le colocó la camisola al dirigente y le aplastó el quiqui del pelo. Un poco de pudor para afrontar el juicio divino. Aquel hombre era un desastre en todos los aspectos.

—Sí, ya sé que nos vimos el mes pasado, pero has sido muy hijo de puta últimamente. No me dirás que no... —Se chupó un dedo y peinó con él las cejas del gobernador—. Ya está. ¿Ves qué guapo? Si tú en cuanto te arreglas un poquito...

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Holgón gesticulando con la mano para que Gustino preparase una copa de vino y unas cuantas viandas.

—Pues mira, no te voy a decir que no. Vengo de visitar a una adivina y ando hambriento. Fíjate, la mujer esta. Estafaba a sus clientes haciéndoles creer que veía su futuro a través de una baraja de cartas. ¡De una baraja de cartas! ¿Te lo puedes creer? Luego les cobraba una fortuna a los pobres infelices por decirles las cuatro tonterías que querían oír. Cómo está el mundo...

—¿Y qué has hecho con ella? ¿Qué has hecho? —preguntó Gustino muy interesado. A él le habían echado las cartas una vez, cuando sus padres lo abandonaron y se pasó años buscándolos mientras ellos trataban de evitar que los encontrara.

—Le he enseñado su propio futuro. El auténtico. Y puedo aseguraros que no es un porvenir nada deseable —respondió Karma—. ¡Qué cara ha puesto! Creo que se le han quitado las ganas de jugar con las potencias arcanas.

Holgón quería seguir durmiendo, no escuchar penas ajenas en las que no tenía ningún interés, así que fue al grano:

—¿Y se puede saber qué he hecho esta vez para que vengas?

—Déjame revisar tu caso, que tengo mil cosas en la cabeza. —La entidad sacó unos papeles de su maletín—. A ver, aquí está. Vaya... —masculló al echar un vistazo a una hoja escrita por ambas caras—. No sé ni por dónde empezar, Holgón. Has estado muy ocupado últimamente maltratando súbditos.

—Solo he cumplido con mi deber —se quejó Su Excelencia—. La política es eso: tienes que maltratar a unos para que las cosas funcionen para el resto. Alguien tiene que pagar los platos rotos aunque no los haya roto él.

Ante la desconfianza de Karma, que movía la cabeza hacia los lados chascando la lengua, Gustino se arrodilló y besó la mano de Holgón como se

besa a un nieto muy querido pero poco visto.

—El amo es bueno. Es muy bueno. Él me recogió de la calle y me dio el hogar que mis padres me quitaron. —Y luego añadió, con más ardor si cabe —: ¡El amo es la mejor persona del mundo!

Karma suspiró de pura fatiga.

—Ya... Siempre me venís con lo mismo. No entiendo, si todos decís que sois tan buenos, cómo está el mundo tan lleno de mierda. Algo no cuadra en esa ecuación, ¿no os parece?

—Esta vez no, Karma —dijo Holgón tan serio que de milagro no se tronchó de risa—. No hay nada de lo que me puedas acusar.

La entidad primordial reprimió un bostezo y leyó la primera anotación que constaba en la ficha del gobernador:

—Has mandado decapitar a tres granjeros.

—Habían envenenado el pozo de otro granjero. No puedo permitir que la gente vaya envenenando pozos sin mi permiso —aclaró Su Excelencia.

—Bueno, entonces esos te los perdono porque eran unos cabrones. —Tachó los nombres con su pluma—. Sigamos. Aquí dice que ayer mismo mandaste torturar y matar a unos hombres en tu despacho.

—No eran hombres, eran unos facinerosos de la peor calaña. Además eso no fue culpa mía. Vinieron a mi propia casa a estafarme en mis narices, y de una forma muy chapucera. No puedes pretender ser malvado si a la vez eres idiota. O lo uno o lo otro.

Karma se sorprendió.

—¿En serio eran delincuentes e intentaron timarte? ¿A ti?

—Como lo oyes —confirmó Su Excelencia.

—Entonces estos tampoco cuentan, por bandidos y por gilipollas. —La entidad consultó de nuevo sus notas, tachó a los estafadores y leyó la siguiente línea—. A ver cómo explicas esto: te burlaste de un niño pobre y tullido que te pidió limosna.

—Ese es el problema de los jóvenes: que no quieren trabajar. Claro, es mucho más cómodo pedir.

—Tú sabes que no está bien reírse de los débiles y los desamparados, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Acaso lo prohíbe la ley?

—No lo prohíbe, no. Pero deberías aprender a diferenciar entre ilegal e inmoral. Ambas cosas están mal.

—El mal, el bien... —comentó el gobernador entre aspavientos—. Sutilezas para personas de estómago delicado. Yo soy un estadista; a mí solo me interesa el balance. ¿Te imaginas que tuviera que gobernar Hacefresco pensando en lo que está bien y lo que está mal? Una locura.

—Ay, Holgón, qué voy a hacer contigo...

El ente sobrenatural dejó la hoja de papel sobre sus rodillas y se quedó mirando a Su Excelencia, sin transmitir ningún sentimiento en concreto. Simplemente lo observaba.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro —concedió el gobernador.

—¿Tú por qué eres tan malo? Espera, espera, no me lo digas. Un poderoso criminal asesinó a tus padres, ¿es eso?

—No, qué va. Como bien deberías saber, mi madre sigue viva y mi padre se murió él solo, sin ayuda de nadie. Era muy independiente.

—En ese caso tuviste una infancia traumática. ¿Me equivoco?

—Por completo. Mi infancia fue muy feliz. Fui un niño muy querido y nunca me faltó de nada.

—¿Entonces?

—No lo sé. Simplemente lo llevo dentro. Hay otros que quieren salvar el mundo, aunque cada uno de una cosa distinta. Ni en eso se ponen de acuerdo los filántropos. Pues yo soy lo que la gente llama ser malo. Es lo mío.

Dicho esto, Holgón se vació en la garganta una jarra de vodkaniel como quien apura un vaso de agua fresca. Gustino se levantó del suelo y le rellenó el recipiente de inmediato.

—Eres un cabrón tan simpático que al final se te coge cariño —le confesó Karma sonriendo con la mitad derecha de la boca.

—¿Ya hemos terminado entonces? —preguntó el gobernador confiado por la alegre predisposición de su huésped.

—Oh, no. Desde luego que no. En este informe hay cargos contra ti que supondrían la tortura y la desdicha más terribles para cualquiera que hubiera cometido las mismas fechorías que tú. Mira, ¿ves? —Le mostró el documento—. Aquí hay unas tablas y baremos. Yo no me invento nada. Según esto deberías contraer la sarna, la gonorrea, perder los genitales, sufrir los dolores de un cólico, enamorarte perdidamente de tu peor enemigo, trabajar para el patrón más idiota y cruel y que tu madre se mudara a vivir contigo. Y eso solo para empezar.

—Venga, Karma, no pensarás hacerme todo eso, ¿verdad? Me harás un descuentito. Aunque solo sea por la confianza que tenemos.

La entidad se quedó pensativa durante un instante.

—Mira, hoy me siento magnánimo, has tenido suerte. Pero no sonrías tanto, que no te vas a librar de tu castigo.

Holgón esperaba el veredicto en silencio. Sabía cuándo callarse para no empeorar las cosas.

—Ya sé —dijo Karma al fin—. Tendrás que hacer un acto de extraordinaria bondad para saldar tu cuenta y recuperar tu vida normal.

—¿Como adelgazar, por ejemplo? —preguntó Su Excelencia.

—Me refiero a un sacrificio que no te beneficie a ti, sino a los demás.

—¿Dar dinero de los impuestos a los pobres?

—Tampoco. Tiene que ser algo que sea tuyo y que te suponga una renuncia personal.

—¡Qué difícil, maldita sea! No se me ocurre nada.

—Pues ya puedes ir pensando, porque el tiempo corre en tu contra. — Karma empezó a recoger sus cosas para marcharse—. Y a partir de ahora, por favor, deja que Justicia, Venganza o yo nos ocupemos de estos asuntos de granjeros pirómanos y malandrines estafadores.

Holgón se mostró molesto.

—Sois muy lentos. Sobre todo Justicia y tú, y alguien tiene que poner orden.

—Estamos hasta arriba —se excusó la entidad—. No damos abasto. Venganza lo tiene más fácil porque no le meten prisa y le dejan tomarse su tiempo, pero la justicia, ya sea terrenal o divina, es más complicada que la venganza. Hay que preguntar a las dos partes, reunir pruebas y testimonios, distinguir la verdad de la mentira... Además está la dificultad de discernir lo que la gente quiere de verdad, porque cuando claman justicia lo que de verdad desean es venganza. ¿Sabes lo difícil que es todo eso?

—No —admitió el gobernador—. Ya te he dicho que soy político. A mí la verdad y la justicia me interesan más bien poco —añadió con pereza.

Karma ya estaba a punto de irse. Tenía que atender muchos otros asuntos en lugares muy lejanos.

—Holgón, de verdad, no tengo tiempo para estas diatribas. Ahora dormiréis los dos profundamente, y cuando despertéis comenzará tu calvario. En cuanto a ti, Gustino, eres cómplice de las fechorías de tu amo, ya sea por

acción o por omisión. Así que decreto que compartas con él sus desgracias igual que has disfrutado de sus triunfos.

Cuando la entidad ya estaba saliendo de la tienda de campaña, se paró en seco y se dio la vuelta.

—Por cierto, ¿tus soldados saben cuáles son tus intenciones en Villa Trifulcas? ¿Que no dudarás en abandonar a su suerte a cualquiera de ellos con tal de conseguir más oro?

—Bueno, ellos creen que vamos a ayudar a los enanos. Lo de llevarnos el oro solo lo sabe mi Guardia.

—Ya... lo que me imaginaba. Pues se me acaba de ocurrir una cosa que te va a encantar. No, mentira, no te va a gustar nada de nada, pero de eso se trata.

—¿Qué cosa? Dímelo, no me dejes con esta duda —le pidió Holgón.

—Ya lo descubrirás cuando despiertes. Ah, se me olvidaba. Yo que tú no volvería por Hacedresco en una buena temporada.

Venían muchos, muchos más. Llegaban desde las montañas en hordas compactas que cubrían el horizonte. Trolls, orcos y trollcos hambrientos de asesinato, marchando juntos hacia Villa Trifulcas. Lo veía Arben a través del aire gris y húmedo, desde una almena de la muralla. No tendrían flechas para matarlos a todos ni aunque dispusieran de madera con la que fabricar más.

En realidad, el tropel de enemigos no le daba miedo sino asco. Le repugnaba la idea de que unos seres tan abyectos, pertenecientes a razas inferiores, fueran a acabar con ella y sus soldados, elfos y elfas de cabello rubio y ojos azules, cultos y educados, miembros respetables y respetados de una sociedad civilizada. Si de verdad existieran los dioses —cosa que ella dudaba—, no permitirían esa barbaridad.

—¡Arben! Baja a comer unas croquetas, mujer —voceó Ramona sacándola de sus cavilaciones.

Al principio la elfa se negó a aceptar las invitaciones reiteradas de la humana, hasta que esta anunció que subiría ella misma a la torre para llevárselas. Entonces bajó, aunque de mala gana.

Mordió una croqueta con razonable precaución, dispuesta a escupir esa asquerosidad en cuanto rozara sus papilas gustativas, pero al atravesar con los dientes la cobertura crujiente y acceder con la lengua a la bechamel, cremosa y condimentada con industria, se le escapó un gemido de deleite.

—Por mi línea de sangre, esto está buenísimo.

—Pues claro que está buenísimo —reafirmó la cocinera—. Toma, coge otra antes de que los enanos acaben con todas, que hay que tener energía para guerrear. Ese pan seco que coméis vosotros no es un desayuno en condiciones, por muy élfico que sea.

La Guardiania de los Fiordos se chupaba los dedos aceitosos después de comerse una y antes de coger otra.

—Buenísimas. En mi tierra no hay nada ni siquiera parecido.

—Te puedo pasar la receta si quieres —se ofreció Ramona, que no disimulaba su orgullo de guisandera.

—No, si yo no cocino. De las cosas de la casa se encarga mi marido. A mí me ocupa todo mi tiempo el trabajo.

—¿Estás casada?

—Desde hace doscientos treinta y ocho años —contestó la elfa después de un suspiro—. Y lo que me queda. Es lo que tiene la inmortalidad.

—Ya... Supongo que después de dos siglos y medio se pierde un poco la pasión del principio.

—Si ya de por sí somos poco apasionados, imagínate. Por fortuna nos encanta la rutina. Y tú, ¿estás casada?

—Viuda —puntualizó Ramona—. A mi marido lo decapitaron unos ogros mientras estudiaba su idioma. Era uno de esos lingüistas temerarios que recorren el mundo buscando un sitio donde no los llamen para meterse de cabeza. Me dejó sola con cinco hijos y una hipoteca, y todo por ir a mirar si los ogros aspiran o no la hache, que ya me dirás tú a quién le puede importar eso.

—A nadie —concedió Arben. Compartía con la señora Medroso el desinterés por los asuntos de otras razas inferiores.

—Al menos me dio cinco hijos maravillosos. Bueno, las niñas lo son porque han salido a mí; supongo que por eso soy más indulgente con ellas. Pero el chico no puede negar que es hijo de su padre. Es una calamidad.

—Yo tengo tres. Dos gemelos y un precioso muchachito de sesenta y dos años. Ese llegó de rebote, aunque no nos arrepentimos de haberlo tenido.

—Ay, los hijos... —suspiró Ramona.

—Por ellos hacemos todo esto, ¿no?

La señora Medroso no estaba muy de acuerdo con esa afirmación.

—Por ellos y por nosotras, cuidado, que antes que madres somos personas. Los hijos pueden ser muy egoístas y muy ingratos. Se creen que en cuanto salen de nuestro útero todo lo demás deja de importarnos, y que a partir de ese momento vivimos solo por ellos. Hartita me tienen. Estoy esperando a ver si el chico se va de una vez de casa y me dedico a vivir tranquila, sin ser la criada de nadie.

«No le falta su parte de razón», valoró Arben. Miró al cielo plateado.

—¿Sabes lo que me apetecería ahora? Un buen baño en un río helado y

dormir toda la mañana.

—Lo del río helado no, por la reuma, pero con lo de dormir no puedo estar más de acuerdo. Desde que llegué aquí creo que no he descansado más de tres horas seguidas.

—Cuando acabe esta estúpida guerra te vas a venir de visita a Velaria. Ya verás como un baño en el río Hielio te quita todos los males.

—Buenos días, señoras —las saludó un enano.

Era Pedrolo. Llegaba empujando una carretilla colmada de sus inventos más destructivos.

—¿Dónde pongo todo esto?

—Aquí mismo —le indicó Ramona—. Déjelo aquí y coja unas croquetas porque no creo que vayan a durar ni diez minutos. Trae usted cara de tener buen hambre.

—Pruébelas, están deliciosas —añadió Arben, que disimuladamente cogió otra y la masticó intentando que no se notara.

Glindorfín era oficial de los Impolutos y, como tal, había jurado lealtad a la Guardiania de los Fiordos, lo que no le impidió desobedecer su mandato en cuanto se le presentó un dilema ético respecto de las órdenes recibidas. Su jefa Arben había cambiado. Ahora era una traidora que ayudaba a una raza inferior en contra del mandato expreso de Aelión. Y la fidelidad a la patria y a la sangre de hielo estaba por encima de la obediencia a cualquier oficial, del rango que fuera.

Al Impoluto lo acompañaban otros seis soldados de elite que compartían su punto de vista. Todos estaban dispuestos a cumplir sus órdenes iniciales: facilitar la entrada de los trolls en Villa Trifulcas.

—¿Seguro que la puerta secreta del norte está aquí? —preguntó Glindorfín inspeccionando el muro con su penetrante visión élfica.

—Eso nos ha dicho un enano borracho jugando a los acertijos —le aclaró otro Impoluto—. Luego se ha caído de espaldas y se ha desmayado. Estaba tan bebido que es improbable que nos haya mentido.

—Aquí pone «Puerta secreta, mantener en secreto» —dijo otro.

Se trataba de un cartel escrito a mano, con una caligrafía gruesa y vacilante, que alguien había clavado en uno de los bloques de piedra de la

muralla. Una vez localizada la puerta secreta, para abrirla solo era necesario ejercer presión sobre el bloque y empujar con fuerza. Los elfos tardaron un buen rato en descubrir el mecanismo, ya que buscaban un engranaje mucho más complejo. Descubrieron cómo funcionaba por casualidad después de especular con infinidad de opciones, cada una más sofisticada que la anterior.

—¡Por nuestra raza y nuestra cultura! —exclamó el oficial a la vez que empujaba con los hombros.

—¡Por el rey y la tierra! —dijo otro haciendo lo propio con ambas manos.

La porción de la gruesa muralla giró sobre sus goznes cuando los siete se emplearon en la faena con todas sus fuerzas.

—Vale, ya hemos abierto la puerta. ¿Y ahora qué?

—Ahora tenemos que avisar a los trolls —ordenó Glindorfin.

A los trolls y sus secuaces les confundió ver las cabezas de unos elfos que los llamaban desde un hueco abierto en el muro de la ciudad.

Desconfiado, Nrrrtfrrr se acercó dando pasos cortos y arrugando las cejas. Era uno de los trolls encargados de hacer, con su látigo y su cachiporra, que a los orcos y trollcos de vanguardia les compensara más luchar que huir hacia la retaguardia.

—Chst, chst. Aquí —susurró a voces un Impoluto—. Por aquí podéis pasar, está abierto.

El troll echó un vistazo. Abierto estaba, sin duda. Que hubiera elfos invitándolo a entrar era lo que le desconcertaba. Pero estaba abierto, y si estaba abierto se podía entrar, y entrar era lo que querían. Ante el dilema avisó a un compañero. Jzzzzvmms escuchó con atención la exposición del caso y llegó a la misma conclusión que Nrrrtfrrr: si estaba abierto se podía pasar, y pasar era lo que querían.

Un tercer troll se unió a la disquisición. ¿Y si era una trampa? Entonces mejor mandar primero a los orcos, que iban a morir de todos modos durante la batalla. En eso estuvieron de acuerdo los tres, así que procedieron.

Sin que se dieran cuenta los enanos, una turba de orcos y trollcos, persuadidos a latigazos, penetraron en Villa Trifulcas a través de la puerta secreta. Detrás de ellos se colaron docenas de trolls. Los elfos rebeldes les dieron la bienvenida y ellos les despachurraron la cabeza contra la pared.

—Pero nos han ayudado —dijo Nrrrtfrrr mientras su compañero le arrancaba la columna vertebral a Glindorfin.

—Peor para ellos —opinó Jzzzzvmms con un desdén. Se chupó los dedos llenos de sesos de elfo y luego se relamió.

—¡Han entrado! ¡Han entrado!

Fracturas corría por la calle dando la alarma. Los orcos lo habían sorprendido vaciando la vejiga y ahora lo perseguían agitando las armas sobre sus cabezas.

La irrupción de los invasores provocó el entusiasmo entre los enanos, que abandonaron sus tareas logísticas y sus puestos en las catapultas y se lanzaron sobre el enemigo armados con lo primero que encontraron. De nada le sirvió a Ramona desgañitarse pidiendo orden y coordinación.

—Tort... Puñ... ¡Contuso! Que Pedrolo ha traído un montón de inventos, hay que armarse con ellos. ¡Corre la voz!

Su ayudante meneó la cabeza y dijo:

—No, Ramona, lo siento. Esta vez voy a ser un enano de verdad. — Luego se abalanzó contra los invasores maldiciendo y arreando mamporros en trayectorias aleatorias.

Sin una formación ordenada, y en muchos casos mal armados, los trifulcanos basaban su táctica en su destreza personal en el combate, que era mucha, aunque insuficiente para detener a la horda que se les echaba encima. Embestida tras embestida se veían obligados a retroceder ante la multitud que los empujaba.

—¡Avanzad! —gritaban los últimos.

—¡No avancéis más, que aquí no hay más sitio! —contestaban los primeros.

Mientras eso sucedía en el patio de armas, doblando la esquina de la calle Ancha y Céntrica empezó a retumbar la cadencia fúnebre del Tambor de la Última Sangre.

Desde los tiempos en que Rocaviva era la capital del Reino de Rogrund, el enano más anciano —si todavía se sostenía en pie— disfrutaba del privilegio de tocar el instrumento sagrado, abriendo con él la marcha de la unidad de elite de Villa Trifulcas: la Compañía de Veteranos. Tal honor le correspondió en aquella ocasión a la venerable Cazurra, de ciento noventa y siete años muy bien llevados.

Si la falange enana era letal, la Compañía de Veteranos era genocida. Al son de los lentos y lúgubres golpes del Tambor, avanzaba por las calles de Villa Trifulcas bajo su estandarte, cuyo lema era «Hasta el exterminio», sin precisar el de quién. Su paso era pausado y grave, contrario a la prisa por entablar combate de la gente joven. Para qué correr si los orcos no se iban a marchar a ningún sitio.

Sus compatriotas celebraron su comparecencia con aullidos y pateos. Los Veteranos, en cambio, no gritaban «furra» ni vociferaban insultos o bravuconadas, y tampoco golpeaban sus armas contra sus escudos, cascos o corazas. La Compañía no hablaba ni armaba escándalo; solo continuaba su camino en línea recta, extinguiendo toda forma de vida que se interpusiera en su trayectoria.

Incluso Arben quedó impresionada ante la visión de los soldados de elite, con sus larguísimas barbas blancas que caían sobre sus armaduras rojas como la sangre.

Contando a Cazorra, que aparte del Tambor llevaba dos hachas, una lanza y dos espadas atadas al cincho y a la espalda, la Compañía estaba formada por los trescientos enanos y enanas de más edad y, por tanto, de mayor experiencia militar. Su motivación era doble: tenían mucho que perder —hijos, nietos, bisnietos y tataranietos por quienes luchar— y a la vez poco futuro que arriesgar, pues los Veteranos tenían toda la vida por detrás, no por delante.

Trescientos guerreros podían parecer pocos si solo se tenía en cuenta su número. Apenas llenaban la mitad del patio de armas cuando marchaban a hombro pegado. Pero un Veterano de la Compañía no valía lo mismo que un orco en el campo de batalla. Un Veterano, con su cara arrugada y su gesto amable y sereno, podía arrancarle de cuajo la cabeza a un orco y con ella partir la cabeza de otros veinte orcos antes siquiera de blandir su hacha para rebanar veinte pescuezos más. Incluyendo la destreza militar y la disciplina en la ecuación, daba como resultado que trescientos Veteranos equivalían, sobradamente, a todos los millares de enemigos que asediaban Villa Trifulcas en aquella mañana otoñal. Siempre que se dieran, claro, las óptimas condiciones tácticas, como por ejemplo defender un paso de montaña que impidiera al adversario aprovechar su superioridad numérica y le obligara a enviar sus tropas en pequeños grupos que serían convenientemente apaleados.

Pero por desgracia ese no era el caso. En un escenario urbano de calles anchas y bien pavimentadas, el enemigo te puede salir por el flanco, por arriba, por la espalda o por todas partes a la vez, sobre todo si es tan numeroso como lo eran los orcos y trollcos. Aun así, la Compañía de Veteranos seguía adelante como una hoz desbrozando la mala hierba y dejando la tierra cubierta de tallos segados. Allí donde el Tambor redoblaba, volaban los cuerpos y las cabezas de los enemigos igual que corderos lanzados con catapultas.

Pronto los defensores se vieron desbordados por los numerosos enemigos, igual que le había sucedido a la falange fuera del recinto amurallado. A Ramona no le hacían falta conocimientos de estrategia militar para darse cuenta de que debían cerrar el hueco de la muralla por el que se estaban colando los asaltantes a centenares.

Abandonando a su suerte las croquetas que quedaban, se encaramó a la cima de un montón de piedras que habían apilado como munición para las catapultas, en aquel momento mudas y solitarias. Desde allí arriba sus ojos siguieron a su dedo extendido hasta que se detuvo en el lugar exacto donde el muro estaba abierto, señalado ahora por los sesos de los elfos pegados a la roca.

—¡Ahí! —gritó—. ¡Hay que cerrar esa puerta!

Por más que se desgañitara y señalara la brecha en la muralla con ambos brazos, ningún enano oía sus órdenes. Abajo la situación no estaba como para atender indicaciones de nadie. Los Veteranos, aunque aguantaban la formación, estaban rodeados de orcos. Algunos tenían a tantos bichos ensartados en sus lanzas que no podían espetar a más y los mataban a cabezazos y patadas. En cuanto a los trolls, se disputaban cada metro de calle con los trifulcanos causando tantas bajas como recibían. Contuso luchaba contra uno a puñetazo pelado mientras Brusca se enfrentaba a otro con el mango de su hacha, después de haber perdido el filo al partir con él un esternón. Los contendientes se resbalaban con los charcos de sangre y caían al suelo, donde seguían peleando con las manos desnudas, con los dientes o con cualquier objeto que sirviera para machacar o rebanar. La batalla había degenerado en un caos demencial.

—Yo lo haré. Yo cerraré esa puerta —dijo Arben.

—¿Estás segura? —preguntó Ramona—. Es una locura. No conseguirás llegar hasta allí.

—¿Nos apostamos unas croquetas?

Ambas sonrieron. Luego la capitana gritó a sus arqueros algunas indicaciones en lengua élfica de las que Ramona solo entendió la palabra «troll»; término común a todos los idiomas de la capa superior del mundo.

Ramona comprendió enseguida el audaz plan de la capitana: los arqueros, apostados en la muralla, abrirían un corredor de cadáveres que Arben y otros cuatro elfos recorrerían hasta la puerta secreta. Una vez allí, la cerrarían y regresarían por el mismo sitio, protegidos en todo momento por una lluvia de flechas certeras y mortíferas. Contaban con que los trolls no sabrían volver a abrirla desde dentro. Desde fuera no se podía, a no ser que un grongo de las cavernas derrumbara el muro a cabezazos.

Los proyectiles empezaron a atravesar el aire zumbando como moscardones. Cada disparo era un acierto en el ojo de un troll, en su sien o en su cuello. En cualquier parte de su cuerpo donde resultara letal. La jornada continua de ocho horas no solo permitía a los soldados elfos conciliar sus vidas familiar y laboral, sino que había aumentado su productividad con el arco más de un veinticinco por ciento, según el Consejero de Asuntos Raciales. Al estar más descansados y tener más tiempo para intimar con sus cónyuges y jugar con sus hijos, eran más eficaces matando que si se quedaban doce o catorce horas en el campo de batalla solo para que los viera el jefe, remoloneando y perdiendo el tiempo.

Como estaba planeado, la capitana y su comando llegaron al punto fijado sin contratiempos, debiendo preocuparse solo de dejar la puerta secreta bien cerrada. A su alrededor los enemigos de ambos lados de la muralla caían fulminados en cuanto se acercaban a ellos o intentaban arrojarles algo puntiagudo. Habían cumplido la misión sin sufrir bajas.

Arben miró a Ramona, levantó el dedo pulgar y esbozó una sonrisa de «Te lo dije, me debes unas croquetas». Solo se desconcentró durante ese instante. Fueron únicamente dos o tres segundos, una nimiedad en la vida de un elfo pero suficientes para extinguir su inmortalidad. Ramona, sobre el montículo de piedras, vio la escena como si sucediera ralentizada. Contempló cada movimiento del troll: cómo se incorporó del suelo, con una flecha ensartada desde la garganta hasta la nuca, vomitando sangre negra y espesa;

cómo levantó el brazo, más largo y más grueso que la pierna de un hombre adulto, con el que sostenía dos metros de espada curva y oxidada; cómo ese acero mezquino entraba por la espalda de su amiga Arben y salía por su pecho, ascendiendo después por su caja torácica hasta llegar a la cabeza y dividirla en dos mitades grotescas y muertas.

El grito de Ramona hizo estremecer incluso a los orcos que luchaban cerca:

—¡NOOOOOO!

Bajó corriendo por la montaña de munición hasta que tropezó. El resto del descenso lo hizo rodando. Pedrolo, que la observaba dar volteretas y traspiés, corrió a ayudarla. No conocía aún a la señora Medroso.

La lideresa apartó al enano de un manotazo rabioso. No quería ayuda de nadie. Quería el lanzallamas. Lo cogió y encendió la llama mediante el mecanismo de rueda dentada que provocaba la chispa.

—Señora, por favor —empezó a decir el camarada inventor con la intención de disuadirla.

Por respuesta recibió un codazo en la nariz.

Ramona se lanzó a la carrera contra los invasores disparando fuego como una dragona furibunda.

—¡Hijos de perra sarnosa! —gritaba, entre otras lindezas, mientras vaciaba el cargador de combustible sobre los orcos.

Como si el propio caos del combate fuera poco, la irrupción de una mujer disparando fuego por las manos terminó de desbaratar la situación. Los trolls y los orcos ya no tenían duda de que Ramona era una hechicera; la responsable de la lluvia de piedras de los días anteriores que ahora, además, escupía aceite en llamas y les gritaba injurias sonrojantes. El pánico sometió sus voluntades y los hizo huir en cualquier dirección como gallinas que ven a un zorro, solo que este zorro también les arrojaba llamaradas y no dejaba de mencionar a sus antepasados con expresiones muy inapropiadas para una señora de su condición.

Tampoco los enanos entendían lo que sucedía. ¿Era realmente la lideresa una maga? ¿Por qué una mujer de su posición gritaba como un ogro en una subasta? Eran cuestiones que tendrían que dilucidar en cuanto exterminaran al enemigo, que corría despavorido por las calles de Villa Trifulcas.

El ogro Wilmer Bayron contemplaba a su amada Deisy Winona como el glotón que admira su manjar favorito antes de lanzarle una dentellada.

—Tas mu wapa con la lepra.

—Asias —contestó ella arrobada de ternura.

Llevaban toda la vida juntos y aún se querían con la timidez y el temblor del primer día.

—¿Quieres caca?

—Un poquín —accedió Daisy. Cogió solo un pedacito con dos dedos por pura coquetería, pues se la habría comido entera de un bocado si su amado no hubiera estado delante.

Compartieron la boñiga de buey en silencio, sentados uno frente al otro sin quitarse los ojos de encima. De vez en cuando él hacía alguna maniobra chistosa con un trozo de excremento y ella se partía de risa hasta el eructo. ¿Cuántos años llevaban casados? Ni se sabe. Los ogros solo eran capaces de contar la cantidad de dedos que tenían en ambas manos, pero era mucho tiempo, y a Daisy le seguían haciendo la misma gracia sus bromas de cacas y mocos. El amor adorna así la monotonía.

La vis cómica de Wilmer no era casual. Él siempre había deseado dedicarse al teatro, pero ser un ogro lo limitaba mucho. Y no solo por no ser capaz de memorizar los guiones o no saber siquiera leerlos. Es que además no había demasiados papeles para ogros, y menos aún interpretaciones cómicas, registro donde él se sentía más a gusto actuando. Alguien de su especie solo podía aspirar a provocar la risa de forma involuntaria, por ejemplo si se caía o se abría la cabeza a causa de su propia estupidez. Una realidad demasiado mediocre para la grandeza de sus sueños. Los mejores números jocosos que sabía hacer con sus orificios corporales decidió entonces guardarlos para Deisy, su más fiel y entregada espectadora.

En una mañana normal, a esa hora estarían los dos dándose un baño de lodo en la ciénaga, jugueteando como dos pipiolos que tantean los rudimentos del erotismo. Pero ese día no se podían mover de su cueva porque junto a ellos, sobre un lecho de musgo, había un muchacho humano durmiendo. Lo había llevado allí su hija adoptiva, Grosa. «Y no os lo comáis», les advirtió antes de salir a buscar comida para el joven. La enana sabía que Wifo se alimentaba de bayas, hongos y frutos como si fuera un ciervo, en vez de comerse al ciervo, lo cual le parecía a ella más cómodo, sabroso y razonable en definitiva.

Los ogros, como los trolls, sufrían de mala fama entre las personas principalmente porque se las comían. También olían mal, eran toscos y no respetaban las normas más elementales de civilidad, pero eran odiados sobre todo por su dieta basada en campesinos rechonchos. Algo que los ogros consideraban injusto. A diferencia de los trolls, ellos consumían aldeanos por motivos nutritivos, no por maldad. La ogra no era una raza malvada, si se entiende por maldad el acto de causarle la muerte a alguien por un motivo distinto que cenárselo.

Esa era la razón de que tales criaturas se hubieran aficionado a comer queso: se trataba de un alimento con la misma proporción de grasa y proteínas que un aldeano seboso, y ambos olían y sabían de forma parecida. Las sutilezas gustativas, desde luego, no eran las mismas, si bien el queso en aceite daba el pego como sustitutivo.

Wilmer había olfateado a Wifo mientras este yacía inconsciente y no le había parecido un bocado apetitoso. Demasiado flaco y muy poco mugriento. Quizás cebándolo y manteniéndolo unos meses alejado del agua y el jabón mejorase en matices aromáticos y de textura.

—¿Ya sa despertao? —preguntó Grosa al entrar en la cueva.

Se había dado prisa en volver porque desconfiaba de los moradores de las montañas. No de sus padres, que cumplirían su promesa de no comerse a Wifo, sino de cualquier otro ogro que pudiera visitarlos e interpretar esa prohibición a su manera. Comiéndose solo una pierna, por ejemplo.

—Ta dormidino —le informó su madre. Se acercó al humano y le acarició el pelo.

Para un chico de veintidós años, cincuenta kilos de peso y propenso a las jaquecas, la caricia de un ogro era el equivalente a recibir un sartenazo en la cabeza. Así se despertó Wifo de su letargo. Primero se levantó sobresaltado

por el golpe y después, al ver a Deisy de pie delante de él, se hizo pis en los pantalones y rogó de rodillas por su vida. No se calmó hasta que vio a Grosa y se lanzó a sus brazos para ponerse a salvo de los mimos de la ogra.

¿Cómo había acabado allí? ¿Qué había ocurrido exactamente? Tras el ataque, un montón de datos confusos nublaban su memoria. Recordaba al pequeño Timi llegando aterrado y sin aliento para avisar de que se aproximaban los orcos. En ese momento, tanto la familia Pitertur como él escaparon en dirección contraria.

Sus perseguidores debían de ser unos siete u ocho —entre la lluvia y la oscuridad no logró distinguirlos bien— y pronunciaban palabras en la lengua de los orcos, que no será empleada en este libro.

Corrían mucho. Por lo menos más rápido que ellos. Wifo iba el último, ralentizado por el peso de la ropa empapada y la flojera de piernas provocada por el miedo y el esfuerzo físico. Justo delante de él iba el profesor Archivaldo con Timi en brazos. Aunque cargaba con más peso, corría más deprisa que Wifo porque tenía que proteger su propio pellejo y el de su hijo. Luchar por salvar la vida de un ser querido siempre te otorga cierta ventaja atlética.

En aquel instante, con los orcos a punto de darle alcance, a la mente de Wifo acudieron imágenes de Tiranus y de los enanos. Ellos habrían solucionado la situación con un par de coces o hachazos. Pero sus antiguos salvadores no estaban ni vendrían, y por mucho que gritara pidiendo auxilio nadie acudiría a ayudarlo. La gente, siempre tan egoísta, estaba demasiado ocupada tratando de sobrevivir.

Tenía que tomar una decisión difícil y mezquina para no morir en un camino perdido en el culo del mundo. Quería vivir por encima de heroicidades que permitieran a otros seguir vivos gracias a su sacrificio. Él no era un héroe. Solo era un intelectual. Y tenía muchas ganas de seguir en este mundo hasta que la vejez lo consumiera y escupiera sus huesos sobre la tierra. Eran los Pitertur o él.

Sin embargo, como había ocurrido en el estanque, algo en su interior tomó por él una decisión contraria a su instinto de supervivencia. En lugar de seguir corriendo, adelantó a un agotado señor Pitertur y escapó mientras los

orcos despedazaban al hombre y a su hijo, Wifo se paró en seco y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Corred, insensatos! ¡Escapad!

Después desenvainó su espada y, chillando como una soprano, empezó a soltar tajos en todas direcciones al tiempo que luchaba por no vomitar ni desmayarse. Era un acto heroico, sin duda. Ejecutado de forma algo patética pero heroico al fin y al cabo. Su gesta permitió a la familia Pitertur ponerse a salvo, al menos por aquella noche.

Lo siguiente que recordaba fue que los orcos lo molieron a palos. Puede que alguno cayera muerto o herido a causa de sus espadazos, aunque era poco probable.

En el suelo, machacado y pateado, solo pudo susurrar una última frase:

—Corre, pequeño Timi, corre...

Ese niño encarnaba todo cuanto Wifo había deseado a su edad. Algo tan extraordinario como ser un niño normal y corriente. Un alegre mocoso que saltaba charcos y desobedecía a sus padres para hacer sus juegos más emocionantes.

Cuando ya se sentía preparado para morir, vio a Grosa. O creyó o quiso verla. Fuera quien fuese, mató a un orco de un solo puñetazo, cogió el cadáver por un tobillo y lo utilizó como una cachiporra para golpear al resto hasta que todos murieron o escaparon reptando sobre el lodo.

A esas alturas Wifo ya había perdido el conocimiento.

Los ogros lo observaban con curiosidad. Así, de pie, Wifo les parecía más un insecto muy grande que un ser humano. Y les seguía resultando igual de poco apetitoso que cuando estaba tumbado. Si las personas no tenían grasa suficiente, al asarlas se quedaban duras e insípidas. Wifo no servía ni para ahumarlo.

—¿Me vais a comer? —preguntó sin despegarse de Grosa.

—Tas mu huesín. No vales pa la manduca —le contestó Wilmer, que definitivamente no veía por dónde hincarle el diente al chiquillo.

Si Wifo lo había entendido bien, eso significaba que estaba a salvo, al menos, de ser engullido. A su padre lo habían matado los ogros, aunque el hombre tenía una barriga de la que él carecía y que era una tentación para

cualquier antropófago. Meterse en las tierras ogros luciendo tu sobrepeso, sin una indumentaria que lo disimulara, era ir provocando.

Para terminar de aclarar el asunto, Grosa le confirmó que no sería devorado:

—No te van a comé porque los ogros no comen amigos ni familia. Si no fueres mi amigo te se comen, pero como lo eres pos no te se comen.

Wifo dio a Grosa otro abrazo. Uno de sincero afecto. Entonces se fijó en que la enana se había arreglado, seguramente para él. Llevaba los labios pintados de rojo hasta los dientes, una sombra de ojos que terminaba en los pómulos y una flor en lo alto de la cabeza, como si hubiera crecido de forma natural en su mismo pelo. Parecía una de las prostitutas de Remington después de que le cayera una maceta en la cabeza.

—¡Qué alegría verte, Grosa! Te estaba buscando.

—¿A mí? ¿A la Grosa? —preguntó ella gratamente sorprendida.

—Sí, a ti. He venido a buscarte porque tú saliste a buscarme a mí.

La enana no comprendía qué relación podía darse entre ambas cosas ni le importaba. Su amado había ido en su busca desde Villa Trifulcas; un viaje largo y peligroso.

—Quería agradecerte que me salvaras la vida y me la has vuelto a salvar —añadió Wifo.

Grosa tampoco recordaba haberle salvado la vida una primera vez, pero le seguía dando igual. De lo nerviosa que estaba tiró la mitad de la fruta que había recogido para él.

—Te he cogío comida tuya, de las plantas. —Se la ofreció formando un cuenco con sus manos rebozadas en porquería y detritos.

Los anfitriones, Wilmer y Deisy, no consideraban la fruta demasiado apetecible, así que preguntaron al estudiante si quería caca. Grosa se escandalizó al oír aquello, como si fuera una ofensa hacia su invitado.

—¡Ama, apa! ¡Wifo no come caca, hasfavó! —Mientras regañaba a sus padres movía la cabeza con violencia de un lado a otro.

Su pelo parecía la fregona de una guardería, observó Wifo. Estaba más sucia y desastrada que nunca. Supuso que se debía a que cuando uno visita la casa de sus padres se abandona un poco y descuida su higiene y su dieta.

Tampoco se podía reprochar nada al matrimonio de ogros. Habían tratado a su huésped como a una piedra, que era la mejor manera en que un ogro podía tratarte. No intentaron probar un trocito de él ni mirar dentro de

sus entrañas para ver si se había tragado algo interesante, como un anillo u otra cosa brillante. Simplemente lo ignoraron. Una actitud de lo más cortés viniendo de unas criaturas que descuartizaban personas como un cocinero deshuesa un pollo.

—Grosa, tienes que ayudarme —dijo Wifo. La enana lo miraba encandilada y no le prestaba atención—. Grosa, ¿me escuchas?

—Lo qué.

—Te estoy diciendo que tienes que ayudarme.

Su cara, gorda y peluda, sonreía desde los labios hasta las orejas, haciendo parecer que tenía en la boca más dientes que los comunes. También su cabeza asentía rebotando arriba y abajo, aunque era un movimiento mecánico que no respondía a un estímulo externo sino al atontamiento amoroso. Mientras Wifo hablaba, ella fantaseaba con la idea de formar una familia con él, abundante en hijos y en momentos íntimos.

—¿Grosa?

—Yo.

—Debemos ir a Forcejeo a cumplir una misión muy importante y necesito que me acompañes. ¿Estás conmigo?

—Muy —contestó la enana. Luego volvió a extender los brazos para ofrecerle otra vez la fruta cubierta de mugre.

Fue de nuevo el silencio lo que despertó a Gustino. Esa sensación inquietante de que estaba todo muy tranquilo cuando no debía estarlo. Holgón, en cambio, dormía con la placidez de quien se acuesta con el estómago lleno y la conciencia vacía.

El viento agitaba la tienda de campaña, en cuyo interior solo quedaba la cama sobre la que descansaba el gobernador. Todo lo demás —alfombras, tapices, sillas y sillones, adornos de oro y piedras preciosas, botellas de vino y licor— había desaparecido. Incluso la vajilla para el desayuno de Holgón, sin el cual Su Excelencia no solía tener el ánimo ni el vigor para salir de debajo de las sábanas.

Gustino no sabía cómo actuar ante una circunstancia así. Se acercó a su amo tropezando de terror.

—Excelencia, Excelencia, Excelencia —lo llamó.

La grasa de la tripa de Holgón vibraba con cada manotazo suyo.

—¿Qué pasa ahora, Gustino?

—Mire.

La visión de la tienda vacía desperezó al gobernador.

Los dos empezaban a temerse que la visita de Karma la noche anterior no había sido un sueño. Uno con su pijama de gnomos bordados, el otro con su ancho camisón de popelín y sus pantuflas de velludillo, salieron de la jaima tomando la precaución de asomar antes la cabeza. El aire frío y mocosos les pegó la ropa al cuerpo provocándoles una tiritona, aunque no se quedaron congelados y temblando solo a causa de la temperatura.

—Qué cabrones —masculló Su Excelencia ante la visión del campamento desierto.

Se habían marchado todos: la milicia, la corte de artesanos, artistas y familiares y hasta la Guardia. ¡Su Guardia personal! Karma, como un

cirujano emocional, había añadido al vaso de la paciencia de los soldados la gotita que faltaba para que rebosara, y ellos habían abandonado a Su Excelencia llevándose consigo todas las pertenencias del mandatario.

Los rescoldos de las hogueras aún humeaban entre montones de desperdicios de la fiesta de la noche anterior. Un yacimiento miserable para los menesterosos, que rebuscaban en él algo de valor, sobre todo restos de comida.

—¿Y esos de ahí qué hacen? —preguntó el gobernador a su ayudante.

—Recogen basura, Excelencia.

—¿Por qué, si hay servicios de limpieza en los caminos que se encargan de eso?

—La cogen para comer.

El rostro de Holgón se descompuso en una mueca de asco y perplejidad.

—Qué guarros... ¡Oigan, ustedes, debería darles vergüenza!

Un hombre andrajoso se incorporó, llevándose ambas manos a los riñones. Contestó a la provocación con una dignidad que era ya lo único que se interponía entre su piel y sus huesos:

—Y nos la da. Pero mejor esto que robar.

—Qué tontería —dijo Holgón—. Cómo va a ser mejor hurgar en la inmundicia que robar. Con esa mentalidad no van a llegar a nada en la vida.

—Nosotros en la vida ya hemos llegado adonde teníamos que llegar. La siguiente parada es la muerte.

Los desposeídos podían ponerse muy impertinentes. En esa falta de ambición, de la que Holgón les acusaba a menudo, estaba el germen de sus carencias. Una resignación que luego contagiaban a su descendencia. Por eso Su Excelencia estaba dispuesta a erradicar la mendicidad en sus dominios y restaurar el bienestar social. Se irguió, se colocó los pechos y la barriga bajo el camión y dijo con autoridad:

—Súbditos indigentes, les ordeno que dejen de comer basura y se alimenten de buena carne y buen vino.

—Qué bien gobierna usted, mi señor —concluyó Gustino.

Holgón asintió con gravedad. Regir a la chusma era un trabajo a jornada completa que no permitía un instante de descanso.

Un grupo de pordioseros se había reunido a cuchichear en círculo, lanzando breves miradas al dignatario y a su asistente. Una mujer seca y acartonada se salió del conciliábulo y apuntó a Holgón con un dedo raquítico:

—¿Eres tú el gobernador de Hacedresco?

—Así es —afirmó el señalado con toda la dignidad de su posición y su cargo, a pesar de ir en camisón y pantuflas.

—¡Os lo dije, sí que es él! —aulló la anciana—. ¡El bastardo hijo de puta!

—¡Matad a la rata! —gritó otro.

Una lluvia de mondas de patata, huesos de cordero y trozos de vidrio cayó sobre el poder ejecutivo de la ciudad.

—Corra, Excelencia. Por su vida. Que esta gente no se anda con bromas. —Gustino era consciente del peligro que los amenazaba porque él mismo había formado parte de una de esas cuadrillas de mendigos cuando lo abandonaron sus padres. Por eso sabía que cuando alguien no tiene nada más que perder que la vida, es la vida lo que arriesga.

Holgón corrió. Algo que no recordaba haber hecho desde su infancia.

Si los desperdicios eran el agua de aquella tormenta, los insultos eran los truenos. Y los había de todas clases e intensidades: los improprios más tradicionales mezclados con agravios inventados a base de combinar elementos de insultos ya existentes. Los desheredados manejaban la retórica del ultraje con maestría.

—No lo entiendo. Pero si el pueblo me ama —repetía el gobernador mientras trotaba a la manera de un puerco, con los pechos rebotando intermitentemente en su panza y en su barbilla.

Desde luego que el pueblo no lo amaba. Ni siquiera las clases más favorecidas que medraban en sus negocios alejando el hambre de sus casas. Si lo aclamaban cuando salía de su palacio y paseaba por las calles de Hacedresco en su palanquín era porque su Guardia personal, a punta de lanza, se encargaba de ello sin que él lo supiera. De esa forma evitaban que «el puto chiflado este» tomara represalias contra una población cansada de su despotismo y de su voracidad insaciable. Por la ciudad corrían incluso historias de aldeanos a los que el gobernador había dejado secos chupándoles toda la sangre, aunque en realidad solo les sorbiera los bolsillos. Pero la gente se inclina siempre a dar crédito a los rumores más inverosímiles en

detrimento de la explicación más razonable. Es uno de los pocos lujos que los pobres pueden permitirse.

De todo esto nada sabía Holgón. Gracias al teatro organizado por su Guardia y los principales gremios de la ciudad, estaba convencido de que sus súbditos sentían por él un apego rayano en la devoción. Gustino, pese a estar al corriente de la pantomima, la mantenía en secreto para no ensombrecer el ánimo de su amo.

El Muy Excelentísimo Holgón era el menor de los dos hijos que alumbró Su Majestad Benedita Flojín, reina de Galacia, y, por lo tanto, también era el hermano pequeño del actual rey Fofón, que subió al trono tras la abdicación de su madre por motivos de puro hartazgo reinante.

Desde que tuvo uso de sinrazón, el pequeño Holgón se reveló como una persona cruel, inútil, perezosa, cleptómana y embustera, entre otras muchas y perversas cualidades. Cuando alcanzó la edad de emanciparse y emplear su tiempo en alguna ocupación provechosa, su madre habló con el rey Fofón para que concediera a su hermano algún cargo político en el Reino. Temía que alguien como Holgón, que no servía para nada ni quería hacer nada, no estuviera capacitado para triunfar en ninguna empresa que requiriese talento y dedicación. Por ese motivo tuvo que proporcionarle un puesto en la política, donde no se exigía —ni se esperaba— actitud ni aptitud para ejercer un cargo. Así se convirtió en gobernador de Hacefresco por la gracia de su madre y la indiferencia de un hermano demasiado ocupado en sus observaciones astronómicas y sus libros de botánica.

—No mire, amo.

Si Gustino no hubiera dicho nada, probablemente Holgón, que caminaba mirando al suelo, no habría reparado en la estatua pintada y decapitada. Era una de las muchas representaciones en mármol del gobernador distribuidas a lo largo del Camino Real, en el tramo que unía Hacefresco y Villa Trifulcas. Imágenes de Holgón como las que adornaban la ciudad, mostrándole en escenas heroicas o paternales.

El gobernador se detuvo frente a la escultura y se frotó los brazos con las palmas de las manos. Se notaba que los gamberros se habían empleado con entusiasmo y creatividad en la destrucción de la efigie. El estropicio,

aparte de la mutilación a martillazos de varias extremidades, incluía una pintada saciada de faltas de ortografía que hacía referencia al órgano excretor de Su Excelencia en un tono muy chabacano.

—¿Qué clase de monstruo puede hacerle una cosa así a una obra de arte?

—Uno sin ninguna sensibilidad —afirmó Gustino.

—Un bárbaro ingrato. Con lo que yo he hecho por la gente de estas tierras. Por cierto, ¿qué tierra es esta?

—Las praderas de Viñaleón.

—¿De aquí viene el vino de escarcha? —preguntó Holgón fascinado.

—De aquellos viñedos se extrae la uva justo cuando está congelada y se prensa de inmediato.

—Vaya cosa...

Como se desplazaba siempre en su parihuela o en un carruaje cerrado y se pasaba los trayectos dormitando, se daba la paradoja de que había viajado mucho y no había visto nada.

—La uva está tan fría que si la muerdes se te rompen los dientes — continuó explicando Gustino—. Por eso no la roban y luce tan lustrosa. Y en los pastos, si se fija, no hay vacas sino toros. Como son más bravos y embisten, tampoco los roban. En las granjas han conseguido crear razas de cerdos y pollos rabiosos que no se dejan coger con facilidad. Y las cabras te dan coces si intentas ordeñarlas sin decir antes una palabra clave que las vuelve mansas.

Holgón asentía impresionado. El sector agropecuario del Reino de Galicia estaba diseñado a prueba de rufianes. Enseguida descubrió, además, que no solo el ganado velaba por la seguridad de las granjas. La señora Matata Terrón defendía sus dominios agrícolas valiéndose de una jauría de perros asesinos, poco predispuestos al diálogo, que se encargaban de proteger a aquellas verduras que no podían defenderse solas.

Gustino logró escapar de los canes frenéticos gracias a una sucesión de afortunadas piruetas. Una carrera contra la muerte para obtener de la rapiña una mísera mazorca de maíz de presencia poco apetecible.

—Solo he conseguido esto. Había también unas tomateras pero estaban llenas de trampas. Y había un cocodrilo en la acequia.

Le ofreció la mazorca a Holgón, quien antes de cogerla la juzgó con una mirada despreciativa. Durante un segundo Gustino se resistió a dársela. Solo

fue un instante, un pequeño tirón hacia sí, un asomo de duda que se disipó enseguida. El pequeño secretario soltó al fin la mazorca y el gobernador terminó de metérsela en la boca antes de que el primer grano le llegase al estómago. Por si su ayudante le pedía un poco.

—He tomado una decisión —anunció después de chuparse los diez dedos, por el gusto que pudiera haberse quedado pegado a ellos—. No volveremos a Hacefresco. Está visto que, por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, mis vasallos están molestos conmigo.

Gustino asintió. Él tenía mucha más información que su señor acerca del descontento de la población, y ni aun así comprendía el comportamiento de la plebe. Su amo Holgón podía darle una paliza, orinársele encima y exhibirlo después públicamente y él lo seguiría hasta la capa inferior del mundo.

—He decidido que iremos a Bellavista, a la corte de mi hermano —resolvió el gobernador—. En la capital del Reino no nos asaltarán más grupos de ciudadanos coléricos y podré cumplir el castigo que me ha impuesto el Karma, porque parece que esta vez va en serio.

—¿A Bellavista, Excelentísimo?

—Eso he dicho, Gustino, eso he dicho. En Bellavista tendremos una cama mullida y comida caliente. Allí podré satisfacer mi penitencia con todas las comodidades. Tampoco hace falta andar sufriendo para hacer sacrificios, creo yo.

Hasta los rudos y resistentes trifulcanos comprendían que cualquier criatura, ya sea un elfo, un ser humano o un troll, incluso un enano, tiene su límite. Un momento en el que agota toda su energía y se desmorona de repente, sin previo aviso. Esa capacidad de soportar la presión varía en cada personalidad. A Ramona su extraordinaria tolerancia al desaliento le había permitido afrontar la defensa de Villa Trifulcas con la oposición de un enemigo temible y la resistencia de muchos de sus propios aliados. Hasta que la muerte de Arben se añadió a todo lo anterior y provocó que desfalleciera.

El hecho de saber que eso podía pasar no evitó que los enanos se sorprendieran cuando sucedió. Unos pocos, especialmente los que más se oponían a ella, se sintieron incluso estafados cuando su alcaldesa ya no pudo más y se desmoronó de rodillas sobre el pavimento, con el lanzallamas aún humeante entre sus manos, rodeada de orcos y trolls chamuscados y crujientes. Si bien la mayoría se mostró más comprensiva y solidaria.

—¿Os dais cuenta de lo que esta mujer ha hecho por nosotros? —había preguntado Contuso a sus compatriotas. Y, en lugar de esperar a sus respuestas y argumentos, se marchó con andares desairados.

Ramona durmió diez horas seguidas y desayunó sentada. Dos lujos que un líder en una guerra no se suele ni se debe permitir. Brusca había velado su sueño sin moverse ni un instante de su lado. Eligió hacerlo así mientras Contuso parlamentaba con los elfos supervivientes, que no sumaban más de setenta y cinco almas desconcertadas.

Los elfos ni siquiera habían podido cumplir con su tradición sagrada de enterrar a cada muerto junto a la semilla de un árbol para que creciera alimentándose de su cuerpo. En su lugar, tuvieron que incinerar a su capitana y a sus compañeros caídos y guardar sus cenizas para esparcirlas en los bosques de Velaria cuando regresaran a casa, si es que regresaban.

En cuanto a lo que debían hacer a continuación, no se ponían de acuerdo. ¿Volver al campamento de Aelión y confesar que habían desobedecido sus órdenes y, para colmo, habían ayudado a los enanos a defender su ciudad? ¿Quedarse en Villa Trifulcas como traidores a su pueblo y seguir combatiendo junto a los enanos hasta que les llegase la muerte? O hasta que alcanzaran la victoria y tuvieran que regresar a Velaria como renegados. Ninguna de esas dos alternativas era de la apetencia del batallón de Impolutos.

Quedaba, no obstante, una tercera opción. Muerta Arben, ya no debían lealtad a sus instrucciones. Podían volver a cumplir las órdenes de Aelión y abrir de nuevo una puerta secreta para que los trolls la cruzaran. Esa parecía la elección más razonable.

Brusca se entretenía afilando su hacha y limpiándola de negra y espesa sangre de troll, una de las manchas más difíciles de quitar.

—¿Has probado a frotar con leche y bicarbonato? —preguntó Ramona. Estaba entretenida mordisqueando un apio sin demasiado apetito—. Déjamela aquí, que luego te la limpio yo. —Señaló un montón de armas ennegrecidas que esperaban a ser lustradas mediante procedimientos caseros—. Tengo que ponerme ya con eso porque se me acumulan y luego me da mucha pereza.

—Entonces, ¿no te vas? —quiso saber la enana.

—¿Tú qué harías? ¿Lo dejarías todo empantanado como está y volverías a casa?

—Yo ya estoy en casa —contestó la jefa de la Guardia.

Eso lo cambiaba todo, claro.

—No te voy a negar que se me ha pasado por la cabeza marcharme —continuó la señora Medroso—. Eso es lo que hace siempre la gente: largarse. Cuando mi marido murió y me quedé yo sola al cuidado de cinco hijos, sin ahorros y sin trabajo, ¿sabes lo que hizo la gente? Exacto: se fue. Todos los que venían a mi casa a cenar no vinieron nunca a traer cena cuando yo ya no tenía nada que ofrecerles. La mayoría de mis amigos dejaron de serlo de repente. Ninguno de ellos me debía nada, es verdad, pero pudieron haberme ayudado y no lo hicieron. Cuando las cosas se ponen feas lo más fácil es

desaparecer y si te he visto no me acuerdo. Luego, con compadecerte desde lejos y decir «Fíjate, pobrecillos», limpias un poco tu conciencia y sigues a lo tuyo.

La señora Medroso hizo una pausa para sorber de su café reutilizado. Hacía días que se había agotado, como casi toda la comida y la bebida. No les quedaban víveres para aguantar muchos más días de asedio. A continuación continuó:

—Es muy fácil crear una barrera y sentarse detrás de ella a compadecer. Pero a mí la compasión, desde que me quedé sola a cargo de todo mi mundo, me ha parecido siempre que es la crueldad de los cobardes. Mira, Brusca, yo a vosotros no os debo nada. Podría coger la puerta y largarme, crear mi propia barrera y esconderme allí a lamentar cómodamente vuestra desgracia.

La enana, su Brava Brusca, como la llamaba la mujer, se acercó a ella y le entregó su hacha mientras decía:

—Y por eso te vas a quedar.

Ramona asintió. Brusca asintió. Ramona volvió a asentir. Brusca también lo hizo de nuevo. Ambas asintieron a la vez. Luego la enana añadió:

—Ya sé que nunca te decimos nada bueno. No se nos da bien reconocerle a alguien sus méritos, lo consideramos una debilidad. Pero quiero que sepas que si tú caes, Villa Trifulcas caerá contigo. Aunque no vayamos a admitirlo nunca, te necesitamos.

Una lágrima se quedó haciendo equilibrios en el párpado de la señora Medroso.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca, querida Brusca. Mi marido era un desastre echando piropos; supongo que como cualquier lingüista.

Cuando Ramona reapareció en el patio de armas, los trifulcanos le dedicaron un homenaje espontáneo de vítores y golpes de armas. Contuso, para sorpresa de ella y de sus camaradas, interrumpió su aplauso y la abrazó.

—Toda la ciudad está encantada contigo, jefa. Míralos.

—¡Viva la lideresa! —bramó uno.

—¡Viva! —respondieron a una los demás.

—Ay, tontos. Al final me vais a hacer llorar.

—Mejor que lloren los trolls —propuso Cazorra agitando el estandarte de la Compañía de Veteranos en el aire.

—Eso, que lloren los trolls —repitió a voces otro Veterano llamado Barbacana.

Como la lideresa sufría un leve episodio de amnesia, Contuso le recordó que el día anterior había hecho una escabechina de trolls y orcos con el lanzallamas que quedaría en la memoria de los trifulcanos grabada a fuego, y nunca mejor dicho.

—Bueno, bueno. Tampoco creo que haya sido para tanto. Una nunca mata los trolls suficientes, ¿verdad?

El chascarrillo provocó un efecto agitante en los ánimos ya enardecidos.

—Fíjate hasta qué punto la ciudad está de tu lado que han traído incluso las reservas estratégicas de aguardiente para hacer bombas incendiarias —le confesó su ayudante.

—¿Reservas estratégicas? —preguntó Ramona con las cejas arrugadas.

—Sí, unos barriles que teníamos escondidos para que no... los... vieras... —según pronunciaba la frase, su voz se fue ralentizando y apagando hasta desaparecer en un susurro.

Poco a poco el enanío allí congregado enmudeció también. Unos silbaban y miraban al cielo o al suelo como si buscaran algo. Otros, los más intrépidos, argüían cualquier pretexto para hacer mutis por el foro, en previsión de que a la alcaldesa le diera uno de sus prontos y los mandara realizar otro recado descabellado, como limpiar cosas u ordenarlas.

Pero los segundos pasaron y los gritos de reproche no llegaron. En lugar de abroncarlos, la jefa los puso a trabajar. Se le había ocurrido otra idea de las suyas.

—Venga, venga, venga —dijo dando palmas—. No quiero ver a nadie sin hacer nada. A preparar bombas incendiarias todo el mundo.

—¿Qué te propones ahora? —preguntó Contuso esperándose cualquier ocurrencia.

Ramona rumiaba los pormenores de su idea con los dedos en los labios.

—No podemos matarlos a todos porque son muchos, ¿verdad?

—Verdad, aunque me duela admitirlo.

—Pero podemos terminar con su moral de una vez por todas y hacer que vuelvan a la capa intermedia del mundo con el rabo entre las piernas, o donde lo tengan. Eso haremos, sí. Llama a Pedrolo.

—¡Pedrolo! —gritó el enano.

—Así también puedo llamarlo yo. Ve a buscarlo, que desde aquí no te oye. Te estás volviendo muy vago, Contuso.

A su ayudante no le importó el reproche. Ramona volvía a ser la misma de siempre, y eso les daba una oportunidad de vencer al enemigo, aunque fuera pequeña y disparatada.

—Aquí estoy —anunció Pedrolo con la gravedad con la que le gustaba hacer sus apariciones.

—Atiende —le urgió Ramona— porque necesito que hagas una cosa.

Le resumió su idea en un esquema que el inventor captó enseguida. Necesitaban una túnica —o algo que se le pareciera— y un artilugio capaz de amplificar la voz. Esto último podía crearlo en un santiamén aplicando los conocimientos de acústica e ingeniería que, como alquimista, poseía.

—¿De verdad crees que esto va a funcionar? —preguntó Contuso.

—No perdemos nada intentándolo —opinó Pedrolo.

Desde el patio, ambos veían a Ramona de pie en lo alto de una almena, expuesta a las flechas y pedradas de los orcos, que, por fortuna y a consecuencia de su anatomía defectuosa, no gastaban muy buena puntería. La lideresa vestía una túnica de color negro que habían conseguido zurcir a base de retales de otras prendas. A distancia, las costuras y remiendos se disimulaban entre los pliegues y los acentuaban, dando como resultado una apariencia mucho más ominosa. Escondido en las anchas mangas sujetaba el lanzallamas. «Si salgo de esta, cambio los muebles de la cocina por unos fabricados a medida. Puestos a hacer locuras...»

La señal para que diera comienzo la operación consistía en que Ramona extendiera los brazos en cruz. Contuso corrió a encaramarse a la muralla para ver el espectáculo. Pedrolo, por su parte, se pegó el megáfono a la boca y comenzó su perorata:

—Oh, criaturas inmundas e insignificantes —bramó con voz ronca. Ramona movía los labios como si fuera ella quien pronunciaba aquellas palabras atronadoras y siniestras—. Habéis osado interrumpir mi reposo milenario con vuestra fútil pretensión de capturar esta sagrada villa a sangre y vil acero...

Ramona miró de reojo a Contuso y masculló con la mitad derecha de la boca:

—Dile a Pedrolo que corte el rollo de una vez y vaya al grano.

Orcos, trolls y trollcos asistían atónitos a la representación desde el otro lado del muro. La figura que ululaba con la voz de cien guerreros era la misma mujer a la que muchos tomaban por una hechicera sanguinaria. La humana responsable, entre otras cosas, de la lluvia de piedras que caía cada día sobre sus cabezas.

Pedrolo recibió la orden de darse prisa y procedió a recitar una sucesión de palabras inventadas que pretendían simular la entonación de un conjuro:

—¡Magicus potrinus arpajo gloglogló muncioricus regientum! —vociferó.

En ese momento Ramona encendió el lanzallamas y empezó a soltar fuego como si las llamas brotaran de sus manos, igual que hacían los magos de la Esencia. Al mismo tiempo, los enanos dispararon las catapultas cargadas con las bombas incendiarias de aguardiente.

—La hostia bendita... —susurró la señora Medroso al ver la que se estaba organizando con tanto fuego.

Tal como ella había previsto, el efecto sobre la moral del trollerío fue aniquilador. Las bestias pasaron del estupor al pánico y huyeron exclamando lamentos catastrofistas. Eso las que consiguieron huir y no quedaron carbonizadas por el fuego del lanzallamas.

Los enanos silbaron y jalearon. En contra de lo que muchos pensaban, el plan había funcionado a la perfección. Hasta Ramona se sorprendió con el resultado y ya pensaba llevarse el lanzallamas con ella cuando volviera a Bellavista. A ver quién se le colaba entonces en la pescadería.

Luego vieron el ejército que se acercaba por el sur y a todos les cambió la cara.

Los dos caminaban a buen ritmo. A veces Wifo silbaba una melodía pegadiza o saltaba haciendo entrechocar los talones de sus pies. Entonces Grosa se reía enseñando los dientes embadurnados de carmín rojo. Ambos viajaban contentos: Wifo porque había encontrado a Grosa y volvía a sentirse seguro; Grosa porque veía a Wifo feliz, y, aunque no entendía la felicidad del humano, no necesitaba comprenderla para disfrutarla.

Viajaron durante tres jornadas bajo el sol y bajo la lluvia, de día y a veces también de noche, si a Wifo se lo permitían sus ampollas en los pies. A ese ritmo llegarían pronto a Forcejeo y podrían por fin pedir ayuda para Villa Trifulcas.

¿Cómo andarían por allí las cosas? No había recibido noticias de la ciudad desde que partió hacía más de una semana. Probaron también a preguntar a la gente que se encontraban en los caminos, pero todos aseguraban no saber nada, ya que fingir que no se sabe nada es una de las argucias de los aldeanos para sobrevivir; igual que cerrar la boca, taparse los oídos y mirar hacia otro lado.

Ellos dos no estaban mal del todo. Problemas de abastecimiento, por ejemplo, no tenían. Grosa se encargaba de la comida y de casi todo. Como Wifo era vegetariano, la enana le llevaba kilos y kilos de cosas a ver si se las podía comer o no. Cuando el panorama parecía tranquilo y seguro, Grosa desaparecía y volvía al cabo de un rato trayendo un conejo, un murciélago, huevos de ave cloca o un árbol de melocotonero con sus raíces y todo. De entre esas provisiones, el estudiante elegía su menú diario y su compañera de viaje se comía el resto.

En una ocasión en que Wifo comentó que tenía frío, Grosa se metió en una arboleda y, al rato, salió de ella con la cara arañada y arrastrando del cuello un leopardo de las nieves. Luego le fabricó un tosco abrigo con su piel.

No cabía duda de que tenía recursos. Él ponía el cerebro y ella los músculos, aunque en aquella ocasión se abstuvo de mencionar tal peculiaridad, incluso sabiendo —porque de algún modo lo sabía— que la enana no se ofendería por nada de lo que él dijera.

Detrás de ellos, a una distancia suficiente para no ser vistos, iban Wilmer y Daisy. No les acabó de convencer esa historia del joven humano y de la ciudad enana, así que decidieron seguirlos para mantener a Grosa a salvo de cualquier peligro.

Obviamente no viajaban solos. Eran ogros, y los ogros siempre iban a todas partes con sus parientes. Hablar de una familia de ogros era lo mismo que referirse a una comunidad entera, ya que debido a la práctica de la endogamia más estricta estaban todos emparentados. Wilmer y Daisy, por ejemplo, eran hijos de la misma madre y de dos padres distintos que eran hermanos entre sí y, a la vez, primos de la mencionada madre. A veces en las bodas ogros había problemas para elegir a los padrinos. Si se cumplía con la tradición de elegir a los hermanos de los contrayentes como testigos del enlace, solía suceder que los novios terminaban siendo sus propios padrinos y se tenían que acompañar a sí mismos al altar.

Wilmer advirtió a toda su parentela de que se movieran con sigilo y procurasen no ser vistos, ni por Grosa ni por su amigo el insecto humano. Y que se abstuvieran de comer aldeanos durante el viaje y se limitaran al queso y a la caca hasta que estuvieran de vuelta en sus grutas. A no ser que alguien intentara hacer daño a su hija. Entonces aprovecharían la ocasión y se lo comerían. Pero por obligación, no por gusto. En definitiva: a nadie, ni siquiera al propio Wilmer, le quedó claro cuándo podían o debían comerse a una persona y a cuál.

—Vemos a hasé la cosa bien de esta vez —dijo solemne.

—La cosa bien bien —confirmó la tía Esteisi, que como jefa del clan tenía la última palabra.

El acuerdo fue unánime. Iban a hacer las cosas bien y a no comer gente buena a no ser que no sé qué, en cuyo caso se la comerían. O no. Ya lo irían viendo.

—¿Ves ese cartel? —preguntó Wifo señalando un poste de madera con el índice.

Grosa arrugó las cejas y se inclinó hacia delante.

—Muy —contestó.

—¿Y sabes lo que pone?

—Un algo sé —afirmó acercándose más al letrero. Intentó descifrarlo, pero leer sin usar un dedo como guía sobre las palabras provocaba que su mente se saltara algunas letras—. Fo...je... noete.

—Forcejeo. Noroeste —pronunció Wifo con actitud de triunfal sapiencia.

Se sentía tan inútil al lado de la enana que lo mismo cazaba que encendía fuego o ahuyentaba a las fieras montañosas, que necesitaba demostrar que él también servía para algo. Para leer carteles, por ejemplo. Él era poseedor de sus propias pericias.

Grosa agitó la mano y silbó impresionada. Cada vez que presenciaba cómo Wifo leía sin titubear o contaba sin usar los dedos, ella abría la boca maravillada. Cazar un leopardo a puñetazos e improvisar un abrigo con su pellejo no entrañaba mayor dificultad, pero contar hasta once sin la ayuda de las manos... ¡Guau!

—Vamos, Grosa, sigamos —dijo el estudiante sin disimular su orgullo de erudito. Cada vez que realizaba una gesta intelectual y dejaba a Grosa boquiabierta, se ponía a caminar resuelto y empingorotado.

—Espera —dijo de pronto la enana—. Cucha. Shhh. Cucha bien.

—¿Escuchar qué? ¿El viento contra las montañas?

—¡No! ¡Cucha otravés!

Wifo se concentró en percibir cualquier sonido que no fuera el del aire silbando entre las grietas de las rocas o el de la lluvia cayendo sobre el suelo encharcado.

—¿Ese ruido es de gente?

—De orcos sarnosientos. Vamo.

—¿Cómo que vamos? —se quejó Medroso—. Me prometiste que no cazaríamos más orcos.

Ella le dedicó una de sus sonrisas equinas.

—Te he mentío. Venga, tú detrás de la Grosa.

Se trataba de un grupo de orcos más grande de lo habitual. Estas partidas de cazadores eran cada vez más numerosas y agresivas, y tenían a los campesinos tan aterrorizados que echaban de menos lo que les aterrorizaba antes, como las riadas o las plagas de insectos devoradores de cereal. Los mismísimos grongos de las cavernas les parecían ahora apetecibles en comparación.

—Son demasiados incluso para ti, Grosa. No podrás con ellos —calculó Wifo desde su escondrijo.

—Uy que no. Esto pa la Grosa es miajilla.

La enana resultó tener una técnica bastante eficaz para afrontar combates desiguales. Recogió un palo del tamaño que consideró adecuado, apoyó un extremo en el suelo y pegó la frente en el lado opuesto. Luego corrió en círculos todo lo deprisa que podía alrededor del eje que formaba la estaca. Tras diez o quince vueltas se soltó y se abalanzó contra los orcos.

Era como ver a un tornado gritando «¡Furra!» y repartiendo tajos a troche y moche. Los adversarios no podían ni acercarse a ella para intentar lanzarle una estocada. Sus opciones se limitaban a dos: escapar o morir.

Wifo sabía que en combate la mejor forma que tenía de ayudar era no molestando, así que se mantuvo alejado hasta que terminó la lucha.

—Nos habéis salvado la vida —dijo un labriego que había estado cerca de ser asesinado por los orcos.

Le acompañaba un numeroso grupo de campesinos del Valle entre los que había ancianos y niños.

—Oh, todo el mérito es de Grosa. Es una gran guerrera —contestó Wifo.

La enana se ruborizó y trató de quitar importancia a la matanza. Según ella, eso lo podía hacer cualquiera con un hacha y buenas ganas de matar. La clave estaba en que te gustara lo que hacías. Pasión y entrenamiento.

—¿Podemos acompañaros? —preguntó el aldeano—. Como habréis podido comprobar, nosotros solos no vamos a durar mucho. En dos días hemos perdido cuatro bueyes, dos caballos y a nuestros amigos menos aptos para correr. Si no paramos esta sangría, pronto no quedarán obesos, asmáticos o cojos en el Valle.

«Sí que pinta mal la cosa», pensó Wifo, quien al formar parte del grupo de población más vulnerable, a causa de sus pies planos y su soplo cardiaco, entendía lo que suponía tener menos posibilidades de sobrevivir que el resto.

¿Debía guardarse a Grosa para él como un privilegio o compartirla con los demás como un derecho universal?

—Bueno, si a Grosa no le importa, a mí tampoco —dijo por fin.

La enana tampoco vio impedimento.

—Por mí venirse —accedió, y se puso a calcular mentalmente cuánta comida tendría que recoger para toda esa gente, o a cuántos felinos tendría que descalabrar para fabricar abrigo.

Como solo sabía contar hasta diez sin los dedos, y ahora tenía las manos ocupadas, tampoco se agobió mucho. Diez y pico era una cantidad asumible.

Velarión, señor de los elfos de hielo, contemplaba el panorama desde una atalaya erigida sobre una montaña. Aunque su visión élfica era aguda y penetrante, se ayudó de un artilugio llamado «prismáticos» que los alquimistas elfos habían creado uniendo dos catalejos. El inventor del catalejo, tuerto tras un accidente de caza, había ideado su artefacto pensando en sus propias necesidades.

Las Montañas Gélidas separaban el Valle del Reino élfico de Velaria con macizos y riscos inaccesibles que solo podían cruzarse por un paso situado a doscientos kilómetros de la ciudad de Forcejeo: el paso de Nopasaréis. Se trataba de un nombre disuasorio que nada tenía que ver con la orografía, que en aquel punto era menos abrupta y permitía atravesar la cordillera con vehículos y mercancías.

Otra forma de entrar en el Reino de Velaria era por mar. Pero esa opción era menos segura aún que cruzar las montañas a pie. El Mar Gélido estaba lleno de ballenas-topo, inmensos animales casi ciegos que trataban de aparearse con los barcos grandes y amamantar a los pequeños.

—Quizás no hayamos calculado bien —admitió el monarca sin despegarse los prismáticos de los ojos—. ¿De dónde salen tantos trolls y orcos? Esto no es lo que habíamos acordado con ellos. No; definitivamente han incumplido el trato o lo han interpretado como han querido. ¿Cuántos crees que hay?

El general Eaeriaeión cogió los binoculares y recorrió con la vista ciento cincuenta grados de terreno.

—Más de veinte mil, gran Velarión. Calculo que... ¡Mire! —exclamó cuando sus ojos alcanzaron Trollsavilla, al sureste—. Por los dioses...

—¡Por los dioses qué! —exclamó Velarión quitándole los largavistas de las manos.

El mundo, desde que fue creado por los Artesanos, se organizaba en tres capas superpuestas. En la primera capa, la superior, vivían sobre la tierra y bajo el cielo los elfos, los humanos, los enanos y todas las razas que necesitaban el sol, la lluvia, la noche y el día.

En la capa intermedia, bajo el suelo en el que crecían las plantas y corrían los ríos, moraban las criaturas que habían salido defectuosas. Orcos, trolls, trasgos y ogros, entre otras muchas bestias, vivían allí, en la oscuridad, alimentándose de gusanos, carroña y de los ejemplares que a veces capturaban cuando subían a cazar al exterior. Unas pocas de ellas vivían de forma excepcional al aire libre, en la capa superior. Tal era el caso de los trolls de Trollsavilla o de los ogros de las montañas.

Y aún había una tercera capa. Una mucho más profunda, oscura e insondable donde habitaban los seres más abyectos y abominables. Monstruos como demonios primigenios, orugas gigantes o grongos de las cavernas más grandes y fieros incluso que los comunes. Nadie sabía cuánto había de realidad y cuánto de mitología en lo que se contaba acerca de la capa inferior del mundo porque nadie se había animado a ir hasta allí para averiguarlo. Ni siquiera los temerarios filólogos.

Lo que el general Eateriaeión había visto antes de que Velarión le quitara los prismáticos era un agujero excavado en el suelo, junto a la ciudad de Trollsavilla, que conectaba las capas superior e intermedia del mundo. A través del orificio, de cincuenta metros de diámetro, una hilera infinita de orcos, trolls y trollcos estaba subiendo a la superficie.

—¡Esto no fue lo que acordamos! —tronó Velarión—. Les dijimos que trajeran las tropas justas para derrotar a los enanos y a los hombres del Valle, nada más.

—Se ve que no nos han hecho mucho caso —observó el general.

—¡Criaturas estúpidas!

—A lo mejor no son tan estúpidas como pensábamos. Hemos dado por hecho un grado concreto de idiotez sin medirlo antes. Me temo que los hemos...

—Como pronuncies la palabra «subestimar» te arranco el alma y se la doy de comer a un sacerdote.

El plan de Velarión ya no iba a funcionar como él había previsto. La idea era que trolls y enanos se matasen entre ellos hasta la mutua aniquilación, no que unos exterminaran a otros y prevalecieran.

—Hay otro asunto del que ocuparse, gran Velarión.

—Qué asunto

—Miles de humanos están llegando al paso de Nopasaréis. Huyen de la guerra y nos piden refugio.

El señor de Velaria deformó su cara con un gesto de asco en el que participaron todos los músculos. Su rostro era el retrato encarnado de la repulsión.

—Cerrad las fronteras —ordenó—. Levantad un muro de hielo en el paso. Que nadie pueda cruzarlo. Hemos organizado esta guerra para librarnos de ellos, no les vamos a dejar pasar ahora.

—¿Hemos? —dejó caer Eaeriaeión. Él no recordaba haber organizado ninguna contienda. Es más: siempre se había opuesto a semejante locura. De manera discreta para no ser acusado de traidor y ajusticiado, cierto, pero había discrepado.

—Sí, hemos —insistió Velarión—. La guerra la he ordenado yo, pero la historia unirá vuestros nombres al mío en esto. A ojos del mundo seréis todos tan responsables como yo. Nadie dirá que Velarión provocó el conflicto. Dirán que fueron los elfos. Y ahora llama a un archimago de la Esencia para que levante esa pared de hielo. No quiero ver a un sucio enano ni a un miserable humano dentro de Velaria.

—Tengo la mazorca ya en los pies —se quejó Holgón.

Gustino, que no había podido comer ni un poco de ese maíz seco, suspiró de hambre y de añoranza por los tiempos de abundancia. Tiempos que se remontaban al día anterior, sin ir más lejos.

Con el sol ocultándose tras el horizonte, el balance de la jornada no podía ser más deprimente. Tenían frío, tenían hambre y habían sufrido el ataque de varios aldeanos. La mayoría de ellos reconocía sin dificultad al gobernador y les arrojaba lo que tuviera a mano, ya fuera líquido, sólido y a veces hasta gaseoso; pero si a alguno de ellos le pasaba inadvertida su identidad, Su Excelencia se ofendía tanto que se lo hacía saber, lo que desembocaba en nuevos insultos y lanzamiento de más objetos.

Y por si fueran pocas las penurias padecidas —que no lo eran—, si no los admitían en aquella posada tendrían que dormir al raso. Eso significaba un montón de incomodidades, entre las que destacaba una que Gustino había padecido en más de una ocasión. Cuando el gobernador sentía frío durmiendo él solo en la cama, a su ayudante le tocaba procurarle el calor que no le proporcionaban las mantas. Nunca le había importado hacerlo: entraba dentro de sus funciones de asistente personal y suponía una minucia en comparación con todo lo bueno que había obtenido desde que entró al servicio de Su Excelencia. Y no le desagradaba compartir momentos íntimos con Holgón. Pero si se podía evitar, mucho mejor. Así podría dormir plácidamente, que buena falta le hacía.

—Bienvenidos al Raciones y Mazmorras —saludó el posadero con una sonrisa automática. Luego se detuvo un momento a observar a los recién llegados y la cortesía se esfumó con idéntico automatismo—. Lo siento, aquí no servimos a menesterosos. Márchense. Ya saben dónde está la puerta: acaban de entrar por ella.

Holgón se encendió de enojo.

—¿Cómo osa, tabernero? Usted no sabe con quién está hablando, ¿verdad?

—Con un mendigo con muy malos humos, por lo que parece.

—¡Gustino, saca a este hospedero insolente de su error, que yo me siento demasiado enardecido para ser razonable!

El servicial ayudante se dirigió al posadero por triplicado:

—Señor mesonero, señor mesonero, señor mesonero. No se deje engañar por el camisón manchado de sangre y orines. Mi señor no es un indigente; es Holgón Flojín, el Muy Excelentísimo Gobernador de Hacedresco.

Los clientes, en su mayoría ladrones, asesinos y políticos no reelegidos, pasaron de la indiferencia al interés en un instante. Si aquel hombre grueso en ropa de cama era el gobernador y si estaba tan necesitado como su aspecto indicaba, se encontraban ante una oportunidad única de ganar dinero e influencia política.

Quienes sí lo habían reconocido se apresuraron a levantarse para ofrecer sus sitios a Holgón y agasajarle de todas las maneras posibles. «Aquí, Excelentísimo», decían entre genuflexiones y reverencias. «Por favor, Su Serenísima, tome asiento y honre nuestra mesa con su presencia.» «¿Desea algo de beber, comida, un masaje, una canción quizás? Son composiciones originales de cantautor, nada de refritos veraniegos.»

—¿Ves, Gustino? —dijo el gobernador mientras se sentaba en un butacón junto a la chimenea, al lado de cuatro mercenarios del peor pelaje—. Con esta gente da gusto. Qué educación, qué modales, qué buena predisposición. No como esos ciudadanos que se dicen honrados y que solo saben quejarse y lanzar verduras a la autoridad.

El posadero enseguida se apercibió de la suerte que traía consigo aquella visita. Con la gentileza más servicial que había aprendido de su oficio, corrió hasta la mesa de Su Excelencia y retiró la vajilla sucia y los ceniceros colmados. Detrás llegaron sus hijos, que limpiaron la tabla de madera con diligencia. Holgón sonrió al más joven de ellos, el varón, recién entrado en la edad manceba.

—¿Qué tomará Su Excelentísimo Señor? Puede, si lo desea, probar un poco de cada manjar que servimos en esta casa y elegir de cuál de ellos desea repetir hasta quedar saciado.

—Muchas y buenas golosinas veo que hay en su posada —comentó Holgón mirando alejarse a los hijos del hostelero. Luego se frotó las manos cerca de la lumbre y añadió—: Tráigame un poco de todo, como usted ha propuesto. Y que me lo sirvan sus hijos. Se les ve unos muchachitos muy bien adiestrados en el arte de la servidumbre.

—Como desee Su Excelencia —dijo el posadero, y se marchó haciendo inclinaciones serviles hasta que su culo dio con la puerta de la cocina.

Gustino se procuró un cojín para sentarse junto a su amo de manera que quedase por debajo de él. Los camareros quisieron servirle una copa de vino, pero él la rechazó. Prefería beberse los culos de los vasos del gobernador.

Mientras tanto, ante Holgón se había formado una cola de rufianes que acudían a su mesa a presentarle sus respetos y ofrecerle sus servicios.

—¿Necesita usted asesinar a alguien? Total discreción. Le enviamos la cabeza en un baúl sin indicaciones exteriores.

—¿Un golpe de Estado quizás? Le garantizamos que subirá al trono o le devolvemos lo abonado.

—¿Morosos pertinaces le deben dinero? Nosotros nos encargamos de todos los trámites. Su Excelencia solo tendrá que molestarse en extender la mano para sostener la bolsa llena de monedas.

—¿Alguna poción para guerrear con esmero en el campo de batalla del amor? —Este granuja en concreto miró de reojo a Gustino y bailó las cejas cuando pronunció la palabra «guerrear».

La oferta era amplísima e incluía interesantes descuentos y rebajas de última hora. La industria del crimen había sabido adaptarse al mercado mejor que muchos otros sectores anclados en prácticas anticuadas.

—Me siento muy halagado —farfulló Holgón hozando en el muslo de un cordero asado.

—Dejad cenar tranquilo a Su Excelencia —se quejó el posadero.

Los bellacos retrocedieron con la cautela de un gato bufando ante un perro rabioso.

—Estimados truhanes —dijo el gobernador con la boca ya casi vacía—. Agradezco mucho sus variadas propuestas, pero solo necesito dos cosas de ustedes. Dos minucias por las que serán debidamente recompensados, desde luego.

Lo único que rompía el silencio de la fonda eran el crepitar de la madera en la chimenea y los últimos chasquidos de las muelas de Holgón triturando

la carne ensalivada. Todo lo demás era muda expectación.

—Necesito que me lleven a Bellavista. Y que le abonen mi cena a este buen posadero, incluyendo una buena propina para él y para sus encantadores hijos. ¿Ven qué fácil? No creo que hayan ganado nunca un dinero tan sencillo. Por cierto, saldremos mañana a mediodía. Necesito dormir y descansar de los últimos acontecimientos.

Dicho esto, se levantó de su asiento con la ayuda de dos fornidos asesinos, se limpió la grasa de las manos en el camisón y se dirigió, con paso decidido aunque bamboleante, hacia las estancias personales del posadero, donde él y Gustino iban a hospedarse aquella noche.

—Primero haré una visita al excusado —le dijo a su secretario—. Tengo un tapón formado en los intestinos que cuando por fin venza no quiero ni imaginar qué saldrá de ahí abajo.

—¿Quiere que le acompañe para darle ánimos, amo?

—Hoy no será necesario, mi fiel Gustino. Tengo la impresión de que esta vez seré capaz de hacerlo sin ayuda.

Holgón acarició la cabeza de su diminuto ayudante, que puso los ojos en blanco y movió involuntariamente una pierna, como si sufriera espasmos en ella.

Su Excelencia quería aprovechar el tiempo en el váter para pensar. ¿Qué estaría haciendo en ese momento su desleal ejército? Seguramente viajando hacia Villa Trifulcas en pos de una victoria y una gloria que eran suyas. Pero ese asunto no se iba a quedar así. Su felonía les saldría cara. Todavía no sabía cómo ni cuándo, pero lo pagarían con intereses.

Antes de acostarse, Su Excelencia pidió que le sirvieran un vaso de leche caliente con galletas en su dormitorio. E insistió mucho en que se lo llevaran los hijos del posadero.

Aquella noche Gustino durmió fuera de la habitación de su amo. Tumbado en el suelo junto a la puerta. Gimoteando.

El Gran Lord Frjtrombj no estaba nada contento con la marcha de la campaña militar. La botella vacía de licor de hada y los cadáveres de trollcos amontonados a su alrededor daban fe de su desagrado.

Otro emisario trollco se presentó ante él con noticias recientes. Otro muerto que añadir a la pila, pensó el Lord. Total, ni se va a notar.

—Porto nuevas que le vengo en referir, oh Gran Lord —anunció el heraldo junto con la pertinente reverencia.

Frjtrombj le indicó con un gesto indiferente que dijera lo que tenía que decir. Acababa de mantener una reunión con sus oficiales y se habían bebido más de veinte botellas de un alcohol que ellos mismos destilaban a partir de cadáveres de hadas. La asamblea también había incluido la presencia de varias prostitutas trolls, enormes y voluptuosas, que acariciaban a los generales y se ponían provocativas comiéndose los mocos y oliéndose los dedos después de rascarse el contramuslo.

Se trataba otra vez de la mujer humana, explicó el emisario trollco al Gran Lord. Ya no cabía duda de que era una poderosa hechicera que, por algún motivo, se había aliado con los enanos en su contra. Que les lanzara lluvias de piedras habían terminado aceptándolo como algo molesto aunque tolerable, pero lo de dispararles chorros de fuego espeso y pegajoso con las manos, acompañado de bolas de arcilla en llamas que estallaban al caer al suelo, rozaba lo intolerable para cualquier soldado. Las huestes de Frjtrombj se estaban retirando en un perfecto desorden.

—¿Cuántas bajas? —preguntó Su Grandiosidad.

—Plurales —respondió el pobre mensajero, que no quitaba ojo al montón de cadáveres de los recaderos anteriores.

—¿Cómo es eso plausible?

El Lord empujó todo el aire de sus pulmones hacia la nariz, provocando que la abundante mucosidad saliera por los orificios y revoloteara en la atmósfera. En él era un gesto de profunda concentración. Estaba buscando una solución y no veía otra salida que acudir a quien los había metido en ese lío. Contra enanos se podía luchar, contra la magia no. Al fuego no se le puede cortar la cabeza.

Para contactar con Aelión, el Gran Lord se concentró como este le había enseñado. Si el archimago había dejado un canal abierto, recibiría la llamada.

Frjtrombj tuvo suerte. El elfo estaba receptivo y contestó a su reclamo. Realmente estaba esperando que esa comunicación se produjera en cualquier momento, lo cual suponía un fastidio innecesario. Aelión llevaba ya varios días lejos de Villa Trifulcas; partió hacia el norte, en dirección a Velaria, en cuanto se enteró de que allí se preparaba algo gordo, abandonando a su suerte tanto a los trolls como a Arben y sus Impolutos. La conquista de la ciudad enana no le interesaba ya lo más mínimo.

—¿Qué quieres de mí, Lord de la chusma? —dijo. Le gustaba empezar una conversación indeseada con un insulto, para establecer el tono.

—Estamos procediendo a lo que viene siendo recepcionar una derrota, mago canijo. ¡Una derrota propiamente! —se quejó el líder de la horda.

Un eructo atronador retumbó en la mente de Aelión y permaneció allí haciendo eco durante varios segundos. ¡El miserable troll estaba borracho! El elfo empezó a maldecir en su propia lengua, en la que siempre se blasfema mejor. No es que le importase lo que el troll hacía con su salud o su vida social. Eso le era por completo indiferente. La borrachera del Gran Lord tenía consecuencias peores para él. Si un mago del Aura establecía un enlace telepático con una criatura en estado de embriaguez, él sufría los efectos derivados del alcohol como si hubiera ingerido una dosis similar. Y Frjtrombj había bebido licor de hada sin apatía.

Cuando Aelión se quiso dar cuenta, ya era tarde para interrumpir el nexo mental. Un hipo le sobrevino de repente, brusco e inconstante. Luego los vapores etílicos lo adormecieron. Sus ojos eran dos ranuras azules abiertas en mitad de los párpados; apenas podía mantenerlos abiertos.

—Eh, trollcito... —dijo aguantándose la risa. Aelión ya estaba borracho como un lémur.

Los trolls solían tener un beber muy agresivo, motivo de peleas, rencores y amenazas. Nada que ver con la borrachera mansa y cariñosa de Aelión, que nunca había bebido y de quien la risa tonta se iba apoderando lenta pero inexorablemente.

Fue la actitud jocosa del archimago ante el alcohol, cuya mente era más poderosa, la que prevaleció sobre la de Frjtrombj. El elfo apoyó una mano sobre una roca y soltó un agudo jijiji.

—¿Y dices... que os están derrotando? —preguntó entre una risilla y otra. Las palabras se le enredaban en la lengua.

—Masacrando, tú. Mayormente.

Hubo un par de segundos de silencio. Luego los dos soltaron a la vez una ruidosa carcajada.

—¡Masacrando! Jajaja —se tronchaba Aelión.

Frjtrombj también se carcajeaba:

—¡Propiamente! Jajaja.

—Os van a joder, mayormente —farfulló de nuevo el elfo, a quien le costaba hablar sin que unas palabras atropellaran a otras.

—¡Procedemos a proceder a que nos masacren! —añadió el Gran Lord, preso de un cachondeo feroz.

Aelión intentó secarse unas lágrimas que no paraban de brotar de sus ojos.

—Ay, calla, que me voy a hacer pis...

—¡Mayormente!

De nuevo otra tanda de carcajadas igual de vehementes que las anteriores.

—Lord... —llamó el archimago—. Oye, Lordcito... ¡Que me he meado! Meado de verdad.

—Yo me meo todos los días, cuando no bebo inclusive —le confesó Frjtrombj.

Siguieron riéndose a plena mandíbula durante unos segundos más hasta que Aelión, a quien ya le dolían la tripa y los pómulos, se calmó un poco. Estaba pasando de la fase de las carcajadas a la sensiblera, arrastrando consigo al troll hacia la ñoñería.

—Putá guerra, tío...

—Una hez como un grongo de grande, pimpollo.

—¿Y si nos largamos? Los dos solos —propuso Aelión arrastrando la voz sobre la lengua viscosa—. Por ahí, yo qué sé, lejos de esta mierda.

—¡A lo loco! —exclamó el troll entusiasmado.

—¡Eso es, tío, a lo loco! Joder, que yo te quiero como a un hermano. Aunque no te lo diga nunca.

—Y yo a ti. No procedas a lo que viene siendo creer que no. —Frjtrombj hizo una pausa. Luego añadió en un tono más sombrío—: Pero no puedo proceder a lo que viene siendo marcharme. Poseo soldados a los que liderar.

El archimago bufó de puro fastidio. Habría sido divertido irse de correrías con el troll. O al menos eso pensaba en su estado de embriaguez. Luego, con resignación, le confesó al Gran Lord que ya no le seguiría ayudando en la conquista de Villa Trifulcas, pues tenía que atender otros asuntos y, para ser sinceros, tampoco le daba la gana.

—¿Y mi sabiduría? —preguntó Frjtrombj—. ¿Qué pasa con la sabiduría que procediste a prometerme?

—Ah, sí. Tu sabiduría. No has cumplido tu parte del trato, pero mira, a estas alturas me la pela. Tómala.

Aelión pronunció un conjuro entre hipos y derrapes de lengua. Al terminar le dijo al troll:

—Ya la tienes. Disfrútala si puedes.

—¡Oh, cielos que reflejan el azul desvaído de los mares infinitos! —exclamó el Lord con voz templada y melodiosa.

El jefe de la Guardia de Hacedresco, Bob Cincuentamuelas, mandó formar a sus tropas de madrugada y levantó el campamento, dejando allí a su señor Holgón. Hasta ahora había soportado con paciencia los desmanes del gobernador, pero la visita de Karma y lo que la entidad le contó terminaron de colmar su paciencia. No estaba dispuesto a traicionar a los enanos y a abandonar a sus propios heridos después de la batalla para enriquecer a ese puto degenerado. Holgón había traspasado ya todas las fronteras de la mezquindad.

Cuando los soldados estuvieron preparados, Bob les ordenó avanzar a marchas forzadas. Un trámite habitual para sus hombres: soldados profesionales que dedicaban el día entero a endurecer sus músculos, mejorar su técnica con las armas y afinar sus capacidades marciales apalizando y torturando a los disidentes de la ciudad.

Quien opuso objeciones fue Lindo Sokorki, comandante de la milicia. A pesar de contar con tres regimientos completos de mil hombres cada uno, sus efectivos eran milicianos: gente reclutada por la fuerza entre la población civil que, en su mayoría, no había hecho ejercicio físico en años ni usado un arma en toda su vida. Y además estaba el personal logístico. ¿Qué harían, por ejemplo, con los abogados y los filósofos? Lindo dudaba que se pudiera ganar una guerra sin ellos. ¿Los abandonarían como se abandona la poesía después del matrimonio?

—Más que un ejército parecéis un puto circo —le dijo Bob—. Solo os faltan los payasos.

—Oh, los tenemos. Toda una compañía con malabaristas y domadores. Son muy importantes para mantener alta la moral de las tropas —le informó el comandante.

El jefe de la Guardia se llevó a los ojos una mano con la que luego se masajeó las sienes.

—Muy bien, marchad a vuestro ritmo. Pero iréis solos. Nosotros no vamos a esperaros. La situación de los enanos puede ser crítica y cada segundo es crucial.

—¿Ir nosotros solos? —exclamó Sokorki—. Daré la orden ahora mismo de acelerar el paso.

La sola idea de marchar a la guerra sin la Guardia a su lado infundió a los milicianos la ligereza de piernas de unos bailarines saliendo del escenario antes del entreacto. En pocos días llegaron a la cara sur de Villa Trifulcas, aunque en un estado tal de agotamiento que difícilmente podían entablar batalla en unas condiciones adecuadas.

Lindo azuzó a su caballo hasta situarse a la altura de la cabalgadura de Bob. Un remordimiento le andaba carcomiendo la conciencia.

—Lo que le hemos hecho al gobernador...

—Lo que se ha hecho a sí mismo —le corrigió el jefe de la Guardia con aspereza.

—¿Por qué? Él solo ha intentado ayudar a los enanos, como nosotros.

Bob lo miró revirado. Después de tantos años, experiencia y personas de muy diversa condición a las que había conocido, le seguía costando creer que existiera gente tan ingenua. No quiso precipitarse en su juicio, así que le dio otra oportunidad al comandante de probar que no era tan tonto como parecía empeñado en demostrarle:

—Entiendo que no conozcas el motivo por el que Holgón organizó esta campaña militar porque es secreto y nadie te lo ha contado. ¿Pero no te lo puedes imaginar? ¿No adivinas qué puede querer un hombre como el gobernador para montar semejante despliegue?

—¿Auxiliar a nuestros amigos los enanos y combatir al mal para que el bien reine en el mundo? —titubeó Lindo, a quien la suspicacia de Cincuentamuelas le empezaba a hacer dudar.

—¡Para que el bien reine! —se carcajeó el jefe de la Guardia. Su compañero de armas era definitivamente tonto del culo—. ¿El bien de quién, Lindo? ¿El nuestro? ¿El de los enanos? ¿El de los trolls?

—Eh...

—No te esfuerces, no tienes ni idea de qué va el asunto. Pero yo te sacaré de tu ignorancia. Holgón quería ir a Villa Trifulcas para traicionar a los enanos y robarles su oro. Para eso íbamos allí, nada más. Para eso todo este ejército, el desfile triunfal, las cornetas y los poemas épicos. Para asestar una puñalada por la espalda a nuestros vecinos y salir corriendo con sus riquezas como unos rateros de mierda.

Lindo se llevó tal impresión que por poco no se cayó del caballo. Aquello era horrible, de una malevolencia inhumana e inenana. Él nunca habría podido imaginar, ni en sus pesadillas más inmorales, que existiera alguien capaz de tanta iniquidad. Pero igual que creía que todos los seres humanos eran bondadosos por naturaleza, también estaba seguro de que ninguno mentía de manera consciente. Así que se le presentaba una disyuntiva difícil de resolver: ¿era Holgón malvado o Bob mentía? Cualquiera de las dos alternativas se le antojaba insoportable.

—¿Y tú? —le preguntó al jefe de la Guardia—. ¿Tú a qué vas a Villa Trifulcas? Espero que no pretenderás robarles tú también. Por favor, dime que no porque me muero aquí mismo del disgusto.

Bob le tranquilizó con una sonrisa bondadosa.

—No, yo no voy para traicionarlos. Les ayudaré, aunque por una cuestión práctica: si los trolls conquistan Villa Trifulcas seguirán hacia el sur y caerán sobre Hacefresco. Aunque esa no fuera su intención, cosa que desconozco, nada les impide, si ganan, ir a por más.

Aquella confesión consiguió calmar un poco al comandante Sokorki. Bob no compartía su idealismo justiciero, pero por lo menos pretendía obrar correctamente. Y hacer el bien por un motivo egoísta era mejor que no hacerlo.

Por fin llegaron a Villa Trifulcas tras una marcha sin apenas descanso. La Guardia, que viajaba a caballo, apenas acusó la fatiga de la carrera. La milicia, en cambio, acabó exhausta, aunque no tanto como el ejército de empleados civiles que la acompañaba. Quienes partieron a la guerra con tacones o sandalias no encontraban alivio a las ampollas de sus pies, los pasteleros se vieron obligados a abandonar la mayor parte de su instrumental

e ingredientes por el camino, y el bibliotecario perdió el listado de libros prestados tan imprescindible para reclamar su devolución o la consiguiente multa por el retraso. Y esta es solo una pequeña muestra de las muchas calamidades padecidas por el personal logístico.

A pesar de todo, Lindo estaba de muy buen humor. La perspectiva de dirigir a sus tropas hacia una victoria contra las fuerzas del mal llenaba su espíritu de la impaciencia de los audaces.

—Se ha quedado buena mañana para el noble arte de la guerra, ¿verdad? —comentó mirando al cielo.

«Otra vez el gilipollas», pensó Bob. Por respuesta se limitó a apuñalar al comandante con la mirada. Lindo no se dio por aludido; lo suyo no era interpretar señales.

—Me refiero a que el cielo está despejado y la brisa es suave. Ya sabes. Una mañana perfecta para demostrar la valentía de los soldados y la fuerza del bien y la verdad frente a la inquina y la barbarie. El sol calienta nuestros ánimos y el aire en calma nos permitirá percibir el heroico aroma del combate.

Cincuentamuelas seguía charlando mentalmente consigo mismo: «Tonto de los cojones...».

—Tú nunca has olido una batalla, ¿verdad? —preguntó despreciativamente.

—No —admitió Lindo—, pero puedo imaginarme que olerá a coraje y sacrificio por las causas nobles que los hombres defienden con sus vidas.

«Imbécil de los huevos...»

—Lamento decirte que el valor y el sacrificio no huelen a nada. Un campo de batalla huele a sangre, meados, vómitos y mierda. Todo lo que los soldados expulsan de sus cuerpos mientras los mutilan, destripan y asesinan. Eso que tú esperas ver no es una batalla, es una obra de teatro.

Lindo enmudeció de asco y contrariedad. Intentó balbucear una réplica relativa a la esencia poética de la guerra que se quedó en un murmullo inseguro. Bob lo contemplaba con la curiosidad que provoca un memo seguro de sí mismo.

—Una pregunta, Lindo. Y no me la tomes a mal. ¿Cómo coño conseguiste el puesto de comandante de la milicia?

—Mi padre es uno de los mayores benefactores del gobernador Flojín —explicó, y al ver la cara que ponía Bob, continuó para justificarse—: Sí, vale, es un enchufe, no lo niego, pero le dedico mucho interés y esfuerzo. He estudiado con atención la teoría de la estrategia utilizando mapas y bloques de madera para simular las maniobras tácticas...

Bob asentía sin escucharle, poniéndolo mentalmente a parir. Decidió que, en la batalla, la Guardia no lucharía coordinadamente con la milicia, sino que se enfrentaría a los trolls por su cuenta. Era su obligación velar por la supervivencia de sus propios hombres.

—Te voy a dar un consejo que quizás no te hayan dado nunca, comandante Sokorki.

—Soy todo oídos —accedió su colega prestándole toda su atención.

—En la batalla, cuando entabléis combate... procura no hacer mucho el gilipollas.

El veterano soldado volvió grupas y se marchó a organizar a su batallón. Lindo susurró un agradecimiento. Se quedó mirando cómo el caballo de Bob Cincuentamuelas arrancaba la hierba del suelo al galopar, intentando analizar el consejo que acababa de recibir.

Había llegado el momento que Lindo Sokorki llevaba años esperando: iba a dirigir su propia batalla. Una de verdad, con soldados de carne y hueso en lugar de miniaturas de madera. Casi podía saborear el azucarado néctar de la gloria imperecedera.

Montado sobre su jamelgo de pura raza galaciana se dispuso a arengar a su infantería, a la que había distribuido, según mandaban los cánones, en un amplio frente de varias líneas de profundidad.

—¡Soldados libres de Galacia! —exclamó.

Los milicianos se miraron entre ellos. No sabían a qué libertad se refería el comandante porque ellos estaban allí por la fuerza, no por gusto ni por amor a la justicia.

Lindo continuó, ajeno a las murmuraciones:

—Larga es la noche. Aunque ahora mismo sea de día y no se aprecie, pero larga es. —Hizo una pausa para recordar el discurso que se había preparado—. Larga es la noche... Ah, sí. Perdonad. ¡Avanzad sin temer la oscuridad! Porque es de día, claro, como ya he dicho... ¡Luchad, soldados de Galacia! Se os caerán las lanzas, os quebrarán los dientes, pero aún restará la espalda.

Los murmullos entre la tropa crecieron hasta convertirse en un clamor de perplejidad.

—¿Qué está diciendo?

—No sé, creo que se está liando y ni siquiera él lo sabe.

—Dice que nos van a romper los dientes y se nos van a caer las lanzas. Eso he entendido yo.

—Pues menudos ánimos.

Lindo pidió silencio. O lo decía todo de carrerilla o perdería el hilo de nuevo.

—¡Rojo se pone el sol cuando aprieta la canícula! —continuó. Eso no era lo que él había redactado la noche anterior, pero a esas alturas lo importante era terminar la soflama cuanto antes, no la exactitud—. ¡Luchad! ¡Luchad hasta la desolación y el fin del mundo!

De nuevo los murmullos de sus soldados.

—¿El fin del mundo? Nadie nos había dicho nada del fin del mundo.

—Joder, que de esta no salimos.

—Vamos a morir, vamos a morir. ¡Vamos a morir!

Lindo, enardecido por sus propias palabras, alzó el puño y gritó:

—¡Muerte! ¡Muerte!

El cuchicheo cesó de repente. Entre las tropas solo se oía el canto de unos cuantos grillos. Aquel debía ser el momento álgido del discurso y, sin embargo, nadie alzaba su arma pidiendo sangre. La milicia permanecía muda y expectante. Tanta referencia a la muerte y a la oscuridad de la noche los había dejado un poco chafados. «La arena muy bonita pero yo me quiero ir a mi casa», comentó un miliciano cuyas desavenencias con la valentía eran notorias para sus compañeros de pelotón.

Como apoteosis final del discurso, Lindo pasó al trote de su caballo paralelo a la primera línea de su hueste, golpeando las lanzas de los soldados con su espada. Hubo que atender a varios reclutas por contusiones leves en la cabeza y a uno por la pérdida de un ojo, que debió de quedar clavado en la

punta de la espada del comandante y que no se pudo recuperar, por mucho que se quedaron todos inmóviles para no pisarlo.

Para terminar, Sokorki añadió unos cuantos alegatos complementarios relativos al coraje, el holocausto y el rojo amanecer que sus suboficiales le habían aconsejado que eliminara de su discurso por resultar redundantes y poco apropiados para una tropa bisoña. Sugerencia que él, lógicamente, había desoído. Lindo siempre se atenía al guion.

Cuando los regimientos de la milicia, con paso lento y cauteloso, doblaron el lado oeste de la muralla de Villa Trifulcas, se encontraron de pronto frente al campo de batalla, que hasta ese momento les había permanecido oculto.

Lindo y su séquito de ayudantes de campo habían ascendido hasta un promontorio elevado. Desde allí podrían disfrutar de una vista panorámica que les permitiera decidir las maniobras más adecuadas. Junto a ellos, varios poetas y cronistas preparaban sus cuadernos y sus liras para glosar las gestas militares que habrían de quedar registradas para la posteridad. Completaban el puesto de mando y observación media docena de sirvientes con sombrillas, una cuadrilla de camareros expertos en coctelería, un puñado de aduladores de primera categoría, los primogénitos de varios cargos públicos de Hacedores y las esposas e hijos de todos ellos, para quienes habían preparado merienda y talleres infantiles que los mantuvieran entretenidos.

Ninguna semejanza podía establecerse entre las simulaciones de guerra de tablero con las que Lindo estudiaba estrategia y lo que en ese momento tenían delante. El comandante Sokorki se tapó la boca con una mano y agitó la otra en el aire.

—Madre del amor hermoso —balbució.

A su derecha se abría un llano infestado de criaturas diabólicas que gritaban, insultaban y lanzaban cosas contra la muralla. No pocas de ellas corrían envueltas en llamas, emitiendo unos sonidos sin equivalencia en el sistema fonético humano. A su izquierda, la milicia avanzaba hacia esos monstruos cada vez más despacio. Con tal lentitud que a veces se detenían y caminaban unos pasos hacia atrás en un vaivén indeciso.

—¿Qué es esa bestia terrible? —preguntó Lindo señalando con un dedo tembloroso.

—Es un troll —contestó su lugarteniente.

—Santos dioses... ¿Eso es un troll? Así no viene en el manual. —Ojeó la sección correspondiente de su libro de instrucciones de combate—. ¿Ves el dibujo? Esto está mal. No sé quién lo ha hecho pero no ha dado ni una.

El suboficial asintió y corroboró que fatal fatal.

—¿Y son muy hostiles?

En ese momento el troll cogió a un orco que se batía en retirada y lo lanzó de vuelta al combate volando diez metros por los aires.

—Pues parece ser que un poco hostiles sí que son —confirmó el joven teniente.

Sobre la colina al comandante le empezaron a temblar las piernas. Abajo, en la llanura, la milicia avanzaba pisando con cuidado para que los trolls no la descubrieran. En el fondo los milicianos albergaban la esperanza de poder dar una vuelta, para cumplir con el trámite, y marcharse por donde habían venido sin ser vistos. Pero los vieron. Tres mil hombres a campo abierto no lo tenían fácil para pasar inadvertidos.

La primera reacción de los enemigos fue de extrañeza. Y duró poco. Enseguida los trolls gritaron unas cuantas órdenes precisas, repartieron unas docenas de latigazos, y una barahúnda de orcos y trollcos se abalanzó sobre los asustados humanos.

Un ejército no profesional suele estar compuesto por un diez por ciento de soldados audaces y valientes, hombres dispuestos a cualquier heroicidad con tal de cumplir la misión encomendada o poner a salvo a sus compañeros de armas, un diez por ciento de cobardes integrales cuyo única intención consiste en escaquearse o salir corriendo a la primera oportunidad, y un ochenta por ciento de indecisos que siguen a unos u otros según se vayan desarrollando los acontecimientos.

Y la milicia también tenía, por supuesto, sus valientes. Como el intrépido teniente Baldasar, un suboficial inexperto cuyo corazón bombeaba temeridad como el de otros transporta sangre aguada a través de las venas. Viendo que los orcos caían sobre ellos, rompiendo sus líneas y poniendo en fuga a sus hombres, recogió del suelo el estandarte de Hacefresco y, a estocadas de mástil, se abrió camino hacia delante exclamando heroicas diatribas. Su cabeza no tardó en perder el contacto con su cuerpo, cierto, pero

con su gesta consiguió que los milicianos dieran la vuelta y regresaran al combate inflamados de un aterrorizado valor.

Lindo estaba en lo alto de su colina con la boca abierta. Si hubiera sabido que una batalla era así, se habría quedado en casa leyendo un libro de gestas militares junto a la lumbre. Cuando la lucha degeneró en una vorágine de tajos, mordiscos, apuñalamientos y peleas desesperadas cuerpo contra cuerpo, tomó una decisión que transmitió enseguida a su lugarteniente:

—Gustafff, hay que pedir una tregua para reorganizarnos. Hemos empezado muy mal y tenemos que repetirlo todo. Alza el banderín naranja.

El suboficial levantó la bandera y la agitó en dirección a los trolls, para que la vieran con claridad.

—No hacen caso —informó después de un rato enviando señales.

—Será que no han visto el banderín. Trae, que yo lo agito.

Lindo puso toda su energía en sacudir el paño. Los trolls lo habían visto, no cabía duda. Otra cosa era que supieran qué significaba o que les importara algo la petición de tregua, que no era el caso.

—Efectivamente, no atienden a nuestra solicitud. Esto es inaudito. ¿Cómo se puede librar un combate justo si el enemigo ignora las convenciones del noble arte de la guerra?

—Pues ya ve. Malamente —admitió Gustafff.

A esas alturas los orcos ya habían sobrepasado el flanco derecho de la milicia y empezaban a envolver su centro. Bob, que había reunido a su caballería a trescientos metros, se percató del peligro que corría la infantería de ser rodeada y masacrada por la espalda. Entre insultos y maldiciones, escupió al suelo, desenvainó la espada y ordenó cargar contra los orcos. Las circunstancias lo obligaban a renunciar a su plan original de hostigar directamente a los jefes trolls para salvar a la milicia de la aniquilación. Aunque ello supusiera la derrota casi segura en la batalla.

Lindo y su cohorte de oficiales, desde su puesto elevado, trataban de evitar el desastre mediante órdenes transmitidas a soplo de cuerno y corneta.

—¿Qué hacemos? Hay que tomar ya una decisión —le apremió Gustafff—. ¡Nos están aniquilando!

—No sé... —titubeó Sokorki—. Déjame pensar, no me atosigues. ¡Formad en cuña!

—¡Pero qué cuña vamos a formar si no hay un solo hombre en su sitio! ¡La mayoría está huyendo o llorando en el suelo!

—Bueno, no perdamos la calma, que bastante nervioso estoy ya. Si no se puede en cuña, formad en círculo. Será por formaciones...

El lugarteniente lanzó el cuerno contra el suelo. El instrumento se hizo trizas al chocar contra el saliente puntiagudo de una piedra. Luego el joven montó en su caballo y se dirigió al galope hacia el campo de batalla.

—Recoged, que nos vamos —dijo Lindo a la plétora de capitanes, camareros, periodistas y demás individuos apelotonados bajo los toldos. Y a continuación añadió, solo para sí mismo—: La próxima batalla será la buena. Estudiaré nuevas tácticas en casa.

El Tambor de la Última Sangre redobló en el patio de armas y las puertas de Villa Trifulcas se abrieron. O los enanos rompían ahora el asedio o no lo harían nunca. Tras el desorden organizado por el número teatral de Ramona y Pedrolo con el lanzallamas, y el caos añadido por los hombres de Hacefresco con su anárquica aparición, el momento no podía ser más propicio.

La Compañía de Veteranos salió a la llanura seguida de todos los trifulcanos, incluidos los heridos y los niños. Nadie quería perderse la batalla decisiva y todos tenían un par de manos que aportar a la masacre.

Ni siquiera Ramona estaba dispuesta a quedarse detrás de las murallas. Con el depósito de combustible de los lanzallamas recargado hasta el tope, abandonó la ciudad disparando fuego por sus manos contra todo bicho presente, ya estuviera sano, herido o agonizante. No había piedad ni para aquellos que la imploraban de rodillas. Para esos aún menos, de hecho. Por cobardes.

Quienes no salieron de Villa Trifulcas fueron los elfos, aunque ningún enano reparó en su ausencia. Había asuntos más importantes en los que pensar. Matar trolls, principalmente.

—¿Entonces? —preguntó uno de los Impolutos, de nombre Falendorvenglorfinnuel.

Desde la muerte de Arben y Glindorfin, él y sus compañeros vagaban de un sitio a otro sin tener claro cómo proceder.

—Entonces abriremos la puerta secreta, como era nuestra misión desde el principio, y aquí no ha pasado nada, ¿entendido? —dijo otro elfo—. Y que nadie se vaya de la lengua. Si Aelión nos pregunta, nosotros no hemos ayudado a los enanos en ningún momento. ¿De acuerdo?

—Pero los orcos nos han visto dispararles desde la muralla.

—Los orcos son muy mentirosos. Y nosotros muy honrados. Nos creerán antes que a ellos.

Repitiendo la operación llevada a cabo días atrás por Glindorfin, los elfos abrieron la puerta secreta norte y exhortaron a los trolls a entrar. En un primer momento las bestias se mostraron reticentes; ya habían tenido bastante con un intento de invasión del que no salieron muy bien parados. Ante la insistencia de los Impolutos, las enormes bestias simplemente rechazaron la invitación, moviendo el dedo índice negativamente, y se quedaron donde estaban.

Luego aparecieron los hombres de Hacefresco y los enanos salieron de la ciudad. Ante el nuevo rumbo de los acontecimientos, los trolls fueron cambiando de opinión. Lo mismo no era tan mala idea meterse en Villa Trifulcas. Además, ahora que se había quedado vacía sería más fácil de conquistar.

Los látigos restallaron en el aire y los orcos y trollcos fueron accediendo a la ciudad en marabunta. Por último entraron los trolls, que no se olvidaron de reventar las cabezas de los elfos contra las paredes antes de cerrar la puerta tras ellos.

Los restos del batallón de Arben habían sido aniquilados, la milicia de Hacefresco derrotada, y mientras los enanos de Villa Trifulcas salían de la ciudad por una puerta, los trolls se colaban en su interior por otra. Como suele suceder en las batallas, todo estaba saliendo al revés de como se había planeado.

—¿Dónde están los orcos? —preguntaba Brusca a todo el mundo con un hacha en cada mano. No habían matado a tantos como para haber acabado con todos.

—Estaban aquí hace un momento; yo acabo de cargarme a uno — aseguró Golpetazo, que para corroborar su relato enseñó su lanza, en la que había ensartado un brazo de trollco y dos cabezas de orco como si se tratara de una banderilla con un pepinillo y dos aceitunas.

Ramona llegó soplando las boquillas de sus lanzallamas. Traía en los labios la sonrisa de un recuerdo, en su momento traumático, que ahora, en

cambio, le hacía reír por lo irónico de la situación. Diez años atrás hirió sin querer a un gatito callejero y fue tal su cargo de conciencia que lo recogió, se hizo cargo de los gastos del veterinario y se lo llevó a su casa para cuidarlo con todo el amor al que obliga el remordimiento. En ese momento se prometió a sí misma que jamás haría daño a otro ser viviente. «Hay que ver cómo te cambia la guerra...», dijo por lo bajo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a su jefa de la Guardia—. ¿Dónde se han metido esas bestias asquerosas? Es como si se hubieran evaporado de repente.

Brusca levantó los hombros hasta las orejas y giró la cintura hacia la izquierda y después hacia la derecha, mirando a su alrededor.

—Ni idea. Estamos todos igual que tú.

Una flecha cruzó zumbado el aire e impactó en la coraza de la enana, donde se quedó clavada sin llegar a atravesarla. Desconcertados, Ramona y los enanos buscaron con los ojos el origen del disparo. No se lo podían creer. El arquero era un orco encaramado a la muralla de la ciudad.

—¿Habéis cerrado al salir? —preguntó la señora Medroso.

—Yo mismo me he encargado —contestó Contuso.

—¿Y cómo demonios se han metido dentro de la ciudad?

Otra flecha trazó la misma parábola que la anterior, aunque esta fue a ensartarse en el cadáver tumefacto de un troll que debía de llevar varios días descomponiéndose allí.

Tras los muros y almenas de Villa Trifulcas iban asomando cabezas de orcos y trollcos como frutos de verduras amorfas y repugnantes brotando de la tierra putrefacta. Golpetazo seleccionó un canto del tamaño idóneo y descalabró a uno, que cayó desde las alturas y se despanzurró contra el suelo. No servía de mucho; solo por el placer de matar a uno más y que quedase uno menos.

—No me lo puedo creer —se quejó Brusca bajando los brazos.

En realidad nadie daba crédito a la situación. Sin entender cómo había ocurrido, ahora todos los enanos estaban fuera de la ciudad y los orcos dentro.

—¡Vosotros, alimañas asquerosas, salid de ahí ahora mismo! —gritó Ramona apañándose un altavoz con las manos.

Un murmullo recorrió la muralla. Era la hechicera humana que escupía fuego por las manos e improperios por la boca. Algunos orcos se escondieron

tras el antepecho del muro, otros levantaron los brazos para rendirse y unos pocos, los más desquiciados, se lanzaron al vacío confiando en que morir despachurrados fuera menos doloroso que perecer abrasados por un chorro de llamas mágicas.

Hasta que un cacique troll subió a una torre y amenazó con hacer fosfatina a quienes se mostraran derrotistas no se calmó el revuelo. Ese troll, barrigudo, bizco y con un racimo de pelos ondulados en la coronilla, había subido hasta allí para contestar a los enanos y a la maldita bruja de las manos llameantes.

—No vamos a proceder a lo que viene siendo salir de la presunta ciudad.

—¿Por qué no? —preguntó Ramona ya con las manos en las caderas.

—Porque nos matáis, mayormente. Ya venimos sabiendo cómo parlamentáis los enanos.

—Nuestra fama nos precede —dijo Contuso sin ocultar cierto orgullo.

—¡No toquéis el licor, malnacidos! —gritó un enano desde atrás.

Sus camaradas se unieron a su exigencia en un vocerío amenazante.

La alcaldesa Medroso intentó negociar con los invasores. Les comunicó a gritos que se comprometía a no masacrarlos si salían de la ciudad y dejaban que los enanos volvieran a meterse dentro.

—¿Cómo que vamos a dejarlos marchar sin arrearles? —se indignó Contuso.

—Calla, tonto, que luego los matamos igual. Si solo es para que salgan.

—Ah... Mira que eres retorcida, lideresa.

—A ver, hijo, alguien tiene que serlo.

El troll del penacho en la cabeza, tan contumaz como desconfiado, se negaba a intercambiar el sitio con los enanos. Y eso que Ramona le prometió un completo catálogo de mentiras para que accediera. La única respuesta que consiguieron de él fue que no se fiaba de los enanos porque no eran trolls.

Tras la derrota diplomática, los enanos siguieron hostigando a los enemigos que, a saber cómo, les habían conquistado la ciudad en sus mismas narices. Empezaban a sospechar que se habían colado dentro a través de una de las puertas secretas, lo cual arrojaba más dudas de las que resolvía. ¿Sería culpa de los elfos? Porque estaba claro que ningún enano haría tal cosa ni

borracho, y ya serían dos las veces que una puerta secreta se abría misteriosamente.

Mientras tanto, el centro de atención de Ramona y su grupo de confianza se trasladó a otro suceso de similar importancia. Dos Veteranos regresaron del campamento enemigo trayendo consigo a un troll de aspecto decaído, casi desmayado.

—Hemos capturado a este —informó Rasguño—. Ni siquiera se ha resistido.

—Toda resistencia es fútil cuando la desazón sobrepasa a la esperanza —declamó el troll mirando al cielo. Luego se llevó el dorso de la mano a la frente y escenificó un desvanecimiento que lo obligó a apoyarse en sus captores para no caerse.

—Habla muy raro y no hace más que gemir y desmayarse —añadió Rodabrazo.

Se trataba de una enorme bestia de prominentes colmillos puntiagudos y una piel zurcida de cicatrices. Un aspecto físico que no se correspondía con su afectación y sus maneras delicadas, rozando lo pudoroso.

—Ponédmelo detrás de esas rocas —solicitó Ramona.

Los enanos se llevaron al rehén a un aparte. Lo iban a interrogar empleando métodos enanos de estimulación de la locuacidad. Pero a escondidas. No era cuestión de prometer a los trolls una tregua limpia de sangre y que les vieran partiéndole la cara a uno de los suyos para sacarle información.

—No será necesario golpearme o encadenarme —anunció el cautivo—; os diré cuanto queráis conocer. Necesito contárselo a alguien para desahogar el tormento y la aflicción que me provoca el silencio.

A pesar de su mansedumbre, Brusca y Cazorra condujeron al troll a patadas hasta el escondrijo rocoso. El pobre preso ni siquiera soltó un ay por los golpes recibidos. Todo su dolor era en aquellos momentos espiritual. Sacudiéndose de encima el barro y otras suciedades, carraspeó un par de veces antes de comenzar a hablar, irguiendo la cabeza lo que le daba de sí la dignidad que le quedaba:

—Soy Frjtrombj, nieto de Grtmtrrr, Gran Lord del Clan Cetrino de los trolls de Spkjtrbf, la ciudad que vosotros conocéis como Trollsavilla y que una vez, en tiempos inmemoriales, fue la urbe enana llamada Rocaviva.

—Yo soy Ramona y estas son Brusca y Cazorra.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

—¿Y ya está? —preguntó el troll.

—Y ya está —afirmó la señora Medroso.

—Vaya... ¿Les importa que tome asiento? Me noto desvanecer de flébil debilidad a causa de la pérfida malignidad de esta guerra sin sentido. ¡Oh, cuán aciago de contemplar resulta a tus amigos y hermanos muertos que han entregado la vida por satisfacer las oscuras ambiciones de esos elfos despiadados!

—Vale, vale, no te enrolles —le cortó Ramona—. ¿Qué tienen que ver los elfos con vosotros?

—¡Todo, caramba! ¿O acaso no lo sabéis?

—¿Saber qué?

—Ha sido el rey Velarión, al que yo he de nombrar a partir de ahora como El Sanguinario, el mandatario ladino que ha provocado esta guerra con la falaz promesa de procurar a mi pueblo un futuro de ilusoria prosperidad.

—Qué hijo de mil perras —farfulló Ramona.

Brusca y Cazurra estaban fascinadas. No imaginaban que hubiera trolls tan pedantes. Los tenían por criaturas más respetables, a pesar de todo.

—¡Y digo más! —continuó el Gran Lord, inflamado de facundia—. Es intención del pérfido monarca del hielo que trolls y enanos acabemos los unos con los otros en beneficio de sus intereses palaciegos. Tal es la calidad de su vileza y tales son sus planes insidiosos.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —le preguntó Brusca muy escamada ya a estas alturas. Entre no fiarse de un troll y desconfiar de un elfo había una diferencia imperceptible.

—El mago Aelión me ha concedido la sabiduría de los más sabios. Un don que ha resultado ser una maldición, pues ahora poseo discernimiento bastante para ver más allá de cuanto la felicidad aconseja. ¡Oh, mísero de mí! ¡Oh, infeliz! ¡Devuélveme, mago taimado, la dichosa ignorancia que me has arrebatado!

—¿Lo callo de una vez? —se ofreció Cazurra frotándose un puño con el otro.

—Podréis acallar mi boca, mas no silenciaréis la verdad de mis palabras. —Frijtrombj se cruzó de brazos.

Un bofetón le llegó por la izquierda, inesperado, y le cruzó la cara desde la oreja hasta la barbilla.

—¡Brusca! —exclamó Ramona.

—Me he aturullado —se disculpó la enana—. Es que este troll habla muy fino y ya no sé si nos está insultando o dándonos la información que le hemos pedido. Y yo ante la duda, la hostia.

—No me es posible expresarme en modo más llano, caray —se quejó el Lord.

Otro sopapo le alcanzó la cara, esta vez por la derecha.

—¿Cazurra?

—No sé qué significa «caray» —se justificó la Veterana.

—Será mejor que os alejéis un par de metros de nuestro «invitado» —recomendó la lideresa a sus compañeras—. Tranquilas, no me hará ningún daño. ¿Verdad que no, señor de los trolls?

—Será su curiosidad quien más la dañe a usted, señora.

—¿Veis? Está alelado. No supone ninguna amenaza. Y ahora dime, Trump... Tromp... Como te llames.

—Tromj. Se escribe Frjtrombj pero se pronuncia «Tromj». La efe, la primera erre, la jota y la be son mudas. El apellido directamente no lo pronuncio porque todas sus letras son mudas.

—Bien, Tromj. Lo que tú digas...

—Trooomj, en realidad es Trooomj —aclaró el troll formando un círculo con el índice y el pulgar—. No arrastras la «o» lo suficiente.

—¡Bueno, basta ya! ¡Me importa un gusánido cómo se pronuncia tu nombre! Límitate a responderme a una pregunta: ¿habéis atacado también Forcejeo?

—La ciudad de Forcejeo hace días que cayó en nuestro poder, subyugada por la fuerza irremediable de nuestras insuperables huestes. ¡Oh, fatalidad del hado funesto!

El tercer guantazo le vino de frente. Después de administrárselo, Ramona se sopló la palma de la mano.

—Como no pares de sentir con tanta intensidad, te dejo un rato a solas con mis dos amigas. Y créeme: lo están deseando. Diría que más que yo. ¿Vas a dejar de ponerte intenso?

—Lo intentaré, mas nada prometo.

—Bien. Si ya casi hemos terminado. Solo necesito una cosa más de ti.

—¿Qué cosa puede necesitar una dama como vos de un pobre espíritu atormentado como yo?

—No empecemos otra vez, que al final la vamos a tener tú y yo —le advirtió la señora Medroso—. Lo que quiero de ti es algo muy sencillo: únicamente tienes que ordenar a tus tropas que salgan de Villa Trifulcas.

—Sería inútil. No atenderían a mi solicitud —se lamentó Frjtrombj, que estaba realmente dispuesto a ayudar a aquella mujer si con ello conseguía que la guerra terminara antes.

—¿Y por qué no van a obedecerte?

—Para que un troll cambie de opinión primero tiene que entender por qué ha adoptado la opinión que tiene actualmente, y eso le puede llevar semanas. Además, desde que poseo esta anormal y elevada sabiduría han dejado de atender a mis mandatos. No se fían de mí, y no les culpo. Ahora poseo la capacidad, inherente a las grandes potencias mentales, de hacer pasar la mentira por verdad y mi propia ambición por el bien común.

Ambos intercambiaron sus miradas. No se trataba de un duelo, sino de una investigación mutua con el fin de recabar en las miradas y en los gestos aquella información que no se hubiera expresado con palabras.

Finalmente fue Ramona quien acabó con ese intercambio silencioso.

—Si no puedes conseguir que tus congéneres salgan de la ciudad, entonces no me sirves para nada. Vete. No voy a matarte; creo que para ti la peor tortura posible es seguir vivo.

—¡Espera, recórcholis! —gimió el Lord—. Yo os he ayudado. Os he contado todo cuanto sabía, convirtiéndome así, y en cierto modo, en un traidor a mi pueblo. Ahora solo os pido una cosa a cambio.

—Qué cosa —dijo Ramona.

—Golpeadme la cabeza con un tronco. Con todas vuestras fuerzas.

—Ya te he dicho que no vamos a matarte.

—Ni diez enanos juntos podrían matar a un troll de un simple garrotazo en la testa, diantre. Si os suplico tal merced es para que el golpe vuelva a dejarme tonto. No soporto poseer por más tiempo esta inteligencia y claridad de razonamientos. Es insoportable. Por favor, os lo estoy implorando. Si tenéis alguna caridad, dejadme tonto de un trancazo. Mostrad piedad. Golpeadme.

«Pobrecillo —pensó Ramona—. Se le ve sufrir de verdad. ¿Debería concederle la gracia que pide?» Lo que diferencia a un gran soberano de uno mediano es su predisposición a la clemencia. Pero, pensándolo bien, ella no

era una verdadera gobernante. Solo era una mujer con muchas cosas que hacer.

—Si quieres que te concedamos la estupidez que pides tendrás que conseguir que los trolls salgan de la ciudad. Si lo logras, un enano de mi confianza se encargará de dejarte incluso más idiota de lo que eras antes.

—Ah, humana cruel...

—No sigas por ahí, From. Si no te comportas como es debido, no te pegaremos más. Te lo advierto.

Los vigías apostados en las murallas de Bellavista charlaban tranquilamente de sus cosas de vigías cuando divisaron a un grupo de hombres que se aproximaban a la ciudad. Por las pintas que llevaban y el compadreo socarrón que se traían entre ellos, con alusiones constantes al hecho de poseer un pene grueso y pluriemplado, tenía que tratarse de una cuadrilla de maleantes. Los habrían acribillado a flechazos, sin darles opción a explicarse, si no hubieran ido acompañados de ese hombre gordo con ropajes excesivos. Aquel personaje no solo no parecía un forajido, sino que aseguraba ser el mismísimo gobernador de Hacefresco, Holgón Flojín, hermano pequeño —en edad, no en volumen; magnitud esta en la que andaban a la par— del rey Fofón de Galacia.

Su Excelencia había tomado la precaución de apropiarse —previo pago por parte de los delincuentes— de las mejores prendas del posadero, que gastaba una talla similar. Sobre varias capas de seda y pieles de visón se había echado encima, además, anillos y collares que le confiriesen un aspecto todavía más importante.

—¿Quién es el capitán de la Guardia? —preguntó Holgón a uno de los vigías que habían bajado el puente levadizo.

—Es aquel, Excelencia. El que está apaleando a esos activistas —respondió el muchacho señalando a un grupo de personas, con flautas y perros, que corrían delante de los agentes de la autoridad derramando el contenido de sus jarras de vodkaniel en su huida.

El jefe de la Guardia de Bellavista, hombre deprimido y deprimente que llevaba un parche en el ojo sin ser tuerto y un guante sobre la mano como si la tuviera de madera, estudió al gobernador de arriba abajo, de izquierda a derecha y de atrás adelante. Efectivamente, se trataba de Holgón. Lo dedujo por las hechuras orondas y el rostro enrojecido y fofo, donde los pómulos

casi se comían los ojos. Esa gordura desaforada solo era propia de grandes personalidades del comercio, la política y el culto a los dioses de la Indigencia. Y aquel hombre no era un sacerdote de los Padres Pobres porque no vestía la túnica de terciopelo de la escasez combinada con las joyas de rubíes y zafiros de la penuria y el bastón de oro y marfil del hambre. Además, guardaba un asombroso parecido con el fallecido rey Colgón, quien no cabía duda de que debía de ser su padre y hasta su madre, si tal cosa fuera posible.

—Necesito ver al rey. ¿Dónde se encuentra? —solicitó el menor de los Flojín bajo su ostentosa envoltura de ropa y bisutería.

—Está reunido con su hijo, el príncipe Mimón, en el Jardín de Urdir. Su Alteza será presentada mañana ante la corte como heredero al trono y lo están preparando todo.

—¡Entonces llego justo a tiempo! Qué oportuno he sido.

«No sé yo...», pensó el jefe de la Guardia, aunque se abstuvo de compartir su suspicacia con el gobernador.

—Por cierto —agregó Holgón—, reúne a unos cuantos guardias y matad a toda esta mierda. —Se refería a un grupo de aldeanos que le habían insultado y a los que capturó después con ayuda de su banda de rufianes—. Decid que Holgón ha apresado a estos peligrosos criminales y organizad un ajusticiamiento público con aperitivo y un pequeño obsequio para los asistentes. Algo sencillito, pero que tampoco sea una baratija.

El capitán observó con su ojo descubierto a los campesinos pálidos y temblorosos. Para evitar que relataran los pormenores de su delito y posterior detención, a aquellos que no sabían escribir les habían cortado la lengua, y a los que sí sabían les amputaron también las manos. A Holgón le pareció cómicamente irónico que los pobres animaran a estudiar a sus hijos para procurarse un futuro mejor y que acabaran padeciendo el doble que los ignorantes. La vida no dejaba de sorprenderle con su sentido del humor; por eso la amaba tanto.

—Vamos, Gustino. Primero pasaré a saludar a mi madre y después te enseñaré la preciosa ciudad en la que nací y crecí.

El pequeño Gustino llevaba ya un rato tomando nota visual de todo cuanto le rodeaba. Bellavista, capital de Galacia, era una ciudad erigida más para ser admirada que habitada. Los antepasados de la dinastía Flojín emplearon mucho esfuerzo y dinero público en transformar la arquitectura práctica y horizontal en una selva de mamotretos verticales que pugnaban

entre sí por alzarse un palmo más lejos del suelo. Solo los barrios de la periferia conservaban una planificación urbanística más habitable.

La reina madre, Benedita Brigitta Corimacia Flojín de Todos los Dioses Habidos y por Haber, paseaba por su jardín privado con una regadera en la mano. Le gustaba encargarse personalmente del cuidado de sus plantas, a las que dedicaba canciones y comentarios cariñosos mientras las podaba y nutría con afecto.

Amaba las buganvillas, los potos o los almendros por sus muchas cualidades: su belleza, su aroma, su juiciosa quietud y, por encima de todo, porque no eran gilipollas. Para Su Majestad Benedita Flojín, el mundo estaba tan infestado de «tontos de los cojones» que una persona hastiada de idiotas solo podía encontrar refugio espiritual en las plantas, que poseían la extraordinaria virtud de no poder abrir la boca para decir imbecilidades.

Cuando Holgón entró de puntillas en su vergel, la reina no necesitó oírle para percatarse de su presencia. La peste a jabón y a pachuli la alertó de la intrusión. Ninguna de sus amadas flores despedía ese tufo a almizcle y esencia de coco tan propio de tunantes y gente de vida licenciosa.

Terminó de regar una azalea y se dio la vuelta. Holgón esperaba quieto y silencioso a una temerosa distancia.

—¡Tú! —exclamó su madre al verlo. El gesto de serenidad se le cambió por uno indescriptible, aunque con seguridad feo y desabrido—. ¿Se puede saber qué coño haces aquí? ¿Acaso no te dimos el gobierno de una ciudad para que no volvieras?

—Mamá... —trató de decir Holgón.

—No me llames mamá. Para ti soy Su Majestad o la reina madre.

—Perdona, Majestad —se corrigió el gobernador bajando la mirada hasta sus pies.

—No la habrás cagado otra vez, ¿verdad? Pedazo de inútil.

—Esta vez yo no he hecho nada. Ha sido una vil trampa que me han tendido.

—Mira, no quiero saber nada. Tus problemas te los solucionas tú solo igual que tú solo te los causas.

Unos pasos más atrás, la cabeza de Gustino escudriñaba el reencuentro familiar asomada entre las hojas de un rododendro. La forma en que la reina Benedita trataba a Holgón, a su amantísimo señor, al hombre más sagrado de su universo, lo mantenía en un estado de atónita expectación. Por eso no se dio cuenta de que la rama en la que se había apoyado era demasiado delgada para sostenerlo y cayó de bruces al suelo, provocando el estrépito de una cara al estamparse contra unas baldosas.

—¿Y este quién es? —gruñó la reina al ver a Gustino sobre el suelo de su jardín—. No te habrás traído aquí a otro de tus «amiguitos»...

—Es mi secretario personal, mamá.

—¡Su Majestad!

—Su Majestad mamá, quería decir. Pero deja que te explique. Este joven se llama Gustino y me sirve como secretario, ayudante y mayordomo desde hace años. Es un funcionario leal y eficiente con una capacidad de gestión fuera de toda duda.

—¿Tú te crees que yo me chupo el dedo? Pero mira, no voy a ponerme ahora a investigar tus vicios nefandos porque bastante he tenido ya de todas esas cosas. No quiero entrar en pormenores ni conocer los detalles, allá tú con tu vida. Solo te voy a hacer una advertencia. Una nada más: ándate con ojo, Holgón. Como se te ocurra hacer una sola de las tuyas... —La reina madre cogió las tijeras de podar y, de un tajo rabioso, mutiló una rama larga y gruesa de un cactus—. Ya sabes lo que te espera.

El hijo tragó saliva. Su madre era la única persona, ente o criatura a la que el gobernador temía de verdad. Un temor reverencial que anulaba sus capacidades cuando se hallaba en su presencia, y que se agravaba por el hecho de que a ella no podía mandarla azotar o dársela de comer a los gringos. Al no tener autoridad sobre ella, y además deberle obediencia, se veía privado de todas las herramientas, como la guillotina o el foso de caimanes, con las que solía solucionar sus problemas.

—Solo quiero comer algo, descansar y asistir a la ceremonia de mi sobrino —logró balbucear.

—Ni se te ocurra acercarte a tu sobrino, desgraciado —gruñó Benedita sin separar los dientes, con las tijeras todavía entre los dedos, abriéndolas y cerrándolas ruidosamente.

—Eso tendrá que decidirlo mi hermano, que es quien gobierna...

—¡Qué coño va a gobernar tu hermano! —rugió la reina—. Apenas es

capaz de gobernarse a sí mismo, como para administrar un reino. Pero él, por lo menos, no es un sociópata, y la plebe puede tolerar sus vicios porque los comparte. Los tuyos, en cambio, están fuera de toda indulgencia.

—¿Y qué debo hacer entonces, Majestad? —escupió Holgón como si esputara veneno de su lengua.

—Te alojarás en los aposentos de retiro de tu padre y no saldrás de allí hasta pasado mañana. Llegado ese día, cogerás dinero y comida y te irás de aquí para no volver jamás. ¿Me has entendido? Jamás.

Holgón fue a decir unas palabras pero su madre le acalló con bruscas negaciones de su mano.

—No, no, no. No me cuentes nada más, no me vas a amargar la celebración. Así lo dispongo y así lo harás.

Benedita Flojín se dio la vuelta e ignoró a su hijo. Recogió un vaporizador y se dedicó a humedecer las hojas de un geranio hasta que oyó que Holgón y su acompañante se marchaban y volvía a quedarse a solas con sus queridas plantas.

—Ya me ha dado el día. Ya me lo ha dado el degenerado este —le dijo al geranio, que no añadió nada por su parte. Esa era su mejor cualidad: que nunca pronunciaba palabra.

La reina Benedita odiaba que le contestaran.

Holgón se dirigió a los aposentos que su madre le había asignado en el extremo más recóndito del palacio real, donde nadie más se hospedaba y ni siquiera anidaban las aves sobre el tejado. Un desierto en mitad del extenso oasis de la corte.

—Son las antiguas estancias de mi padre. Se alojaba aquí cuando quería estar solo —le explicó a Gustino. Y luego añadió con socarronería—: O bien acompañado. Tú ya me entiendes.

El pequeño secretario asintió y luego preguntó, así de golpe:

—¿Por qué su madre le odia, Excelentísimo?

—Pues mira, hablando de mi padre... Creo que es porque me parezco demasiado a él. Cada vez que mi madre me mira, ve en mí todos los vicios del rey Colgón y los sufrimientos que le provocó. A mi hermano lo aprecia

más porque se parece a ella y en él ve reflejadas sus mejores cualidades. Quiero pensar que es por eso.

—¿Y eso no le hace sufrir de manera insoportable?

—Ay, mi fiel compañero. En el corazón siempre hay espacio para una puñalada más. A veces no cabe más amor ni más odio, pero una cuchillada siempre se abre un hueco.

Gustino volvió a asentir, muy satisfecho con la explicación, y se preguntó si él se parecería más a su madre o a su padre. No recordaba a ninguno de los dos.

Cuando Holgón abrió las puertas de la habitación, él y su ayudante recibieron el escrutinio de dos párpados entrecerrados de desconfianza. Gustino dio un respingo e, instintivamente, se interpuso entre su amo y la persona desconocida, como si su cuerpecito menudo pudiera proteger de algún mal a la tremebunda anatomía del gobernador, cuyos pechos quedaban a la altura de su coronilla.

—¡Alto ahí! No se acerque a mi señor porque..., porque..., porque no respondo de mis actos.

La amenaza era muy seria. Incluso iba reforzada por un movimiento circular de ambos puños.

Holgón se rio con ganas y agarró con suavidad el hombro de su ayudante.

—No pasa nada, Gustino. No corro ningún peligro. Esta mujer es una vieja amiga a la que he contratado como guardaespaldas. Por simple precaución.

—Pero si es una matona a sueldo, no entiendo que se fie de ella. ¿Cómo sabe que no le traicionará si alguien le paga más que usted?

—Le he ofrecido doblarle la oferta que cualquier otro pueda hacerle. Triplicársela si me trae la cabeza de quien trate de contratarla para hacerme algún daño.

La hostilidad de Gustino hacia aquella misteriosa mujer estaba justificada. Esa confianza que Su Excelencia decía tener depositada en ella no venía avalada por un aspecto físico que transmitiera la sensación de una lealtad garantizada. Recostada sobre una butaca, con el cuerpo cubierto por una túnica y la cabeza por una capucha, la oscura mujer se entretenía en limpiarse las uñas con la punta de una espada de doble filo.

—Un placer, señorita. Me llamo Gustino —dijo el secretario

extendiendo la mano.

La mujer no le contestó. Tan solo le dirigió una mirada torva antes de continuar con su temeraria manicura.

—No habla mucho —informó Holgón—. Normalmente se comunica por medio de espadazos letales y puñetazos directos a la tráquea. Es, sin duda, la asesina más letal de todo el Reino de Galacia. Una artista del homicidio. Su nombre es Cristina, aunque todos la conocen como Assassin Cris.

Esta vez la asesina sí saludó, aunque el gesto se limitó a un leve movimiento ascendente de la cabeza.

—¿Queréis algo de beber? A mí la travesía me ha dejado sediento —dijo Holgón.

Gustino corrió a escanciarle a su amo un generoso copazo de vodkaniel. También se permitió la frivolidad de servirse un dedal de alcohol a sí mismo, aunque él no bebía a menudo, y menos aún en horas de servicio, que eran las veinticuatro del día. Assassin Cris declinó la oferta con un ademán despectivo.

—Ah... —suspiró el gobernador. Se dejó caer sobre un sofá de terciopelo rojo con manchas blancas y reseca en los reposabrazos. Su ayudante puso de inmediato un taburete delante para que Su Excelencia apoyara sobre él las piernas—. Me quedaría aquí mismo durmiendo hasta mañana —añadió después de un bostezo canino.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Fueron varios golpes rápidos y regulares, de escasa fuerza pero de ritmo enérgico. La persona que había llamado no esperó a que le dijeran que pasara y abrió las puertas de un empujón.

—¡Tito Holgón! —chilló una criatura menuda, regordeta y de mofletes sonrosados.

Trotaba con el desgarbo de una cría de herbívoro recién salida de la placenta. El príncipe Mimón había nacido con una cojera en la pierna derecha, pero cuando empezó a correr convirtió esa dificultad congénita en una ventaja. «Es que voy a caballo», decía.

—¡Mi querido sobrino! —exclamó Holgón abriéndose de brazos.

El churumbel se arrojó sobre su tío y le dio tal beso en la mejilla que al gobernador le brillaba el carrillo de saliva.

—¿Pero qué haces aquí, Mimón, sinvergüenza? Como te vea tu abuela conmigo...

—Shhh —chistó el príncipe con el dedo índice pegado a los labios—. La yaya se cree que me estoy bañando. Así puedo venir a verte y además me libro del baño. Lo tengo todo planeado.

—¡Qué listo es mi sobrinito preferido!

—¿Cómo no voy a ser tu preferido si no tienes más?

Holgón le rio la ocurrencia y le dio otro achuchón contra su pecho carnoso y confortable.

—Señor, señor, señor. ¿Es este niño Su Alteza Real el príncipe Mimón Flojín? ¿Lo es? —preguntó Gustino, excitado ante la perspectiva de conocer al primer príncipe de su vida.

—Así es. Tenéis delante de vosotros al Muy Altísimo príncipe Mimón de Galacia.

—¡Hala, tito! ¡Que no soy altísimo! —se rio el pequeñuelo.

—De altura eres tan altísimo como el sol. O más —sentenció Holgón antes de plantarle un amoroso beso en la frente—. Mira, este es Gustino, mi lacayo.

—Hola, Gustino. Me gusta tu pelo. Yo tampoco me lo quiero peinar nunca.

El ayudante cogió la mano de Su Alteza y la cubrió de un besuqueo servil.

—Y esta es Assassin Cris. Es una asesina implacable. Puede matarte antes de que parpadees dos veces.

El príncipe abrió la boca y la dejó así durante unos segundos.

—Mola... —dijo por fin, embelesado por la presencia misteriosa de la mujer asesina.

Cris se levantó, hizo una honda reverencia ante Su Alteza y se alejó hasta un extremo de la habitación, ocultándose tras una cortina.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo, tito? ¡Di que sí! Me aburro mucho en palacio. ¿Sabes que los otros niños no quieren jugar conmigo a los duelos porque si me hacen daño les castigan? Ganar siempre es un rollo. Yo quiero ser un perdedor como papá. Pero no tanto, claro. Solo a veces.

A Holgón le enternecía la inocencia de la criatura. También le admiraba su total carencia de maldad. Una cualidad que, sin duda, debía de haber heredado de su madre, la fallecida reina Trudi de Astruria. Era como si la mujer, antes de su muerte durante el parto, le hubiera transferido al chiquillo sus bondades.

—No puedo quedarme mucho tiempo, canijo. La yaya Benedita me tiene preparada otra importante misión que tengo que cumplir cuanto antes.

—Jo —gimoteó Mimón—. ¿Y si hablo con ella para que te quedes más tiempo?

—Como te pille aquí con nosotros sí que vas a tener que hablar con ella. ¡Y a ver qué te inventas esta vez!

—Pues le diré que estoy haciendo mi guardia y que he venido por si necesitabais que os protegiera.

La carcajada de Holgón fue la primera que le salió del alma en años. Besó a su sobrino en el pelo y le dio un cachete en el culo.

—Anda, ve a bañarte, que como la reina te vea tan lleno de mugre te vas a ganar unos buenos azotes. Luego en la cena nos vemos.

—¡Y le tiramos los guisantes a papá!

—¡Hasta el último! Lo cogeremos por sorpresa.

La cara del chiquillo era como la representación pictórica de la felicidad. Se abrazó a su tío con fuerza, le soltó otro beso pastoso y salió trotando en dirección a la bañera a lomos de su caballo imaginario. Por el camino iba planeando la estrategia para dispararle los guisantes al rey Fofón con la cuchara. Que le acertaran de lleno en la cara pero que no supiera de dónde procedía el ataque. Una emboscada de verduras.

Holgón se quedó un rato abstraído en su butacón, con la copa en la mano y los ojos en una pared de roca desnuda.

—Excelencia —le reclamó Gustino.

—Dime —contestó el gobernador volviendo bruscamente de su ensoñación.

—¿Vamos a cenar esta noche con el rey? —La idea le seducía hasta el paroxismo.

Su Excelencia dirigió hacia su ayudante una mirada vacía, como si lo observase sin llegar a verlo.

—No creo que esta noche siga habiendo un rey en Galacia.

TERCERA PARTE

LA BATALLA DEL MONTÓN DE EJÉRCITOS

—¿Grosa? —llamó Wifo.

—¡Momentín! —contestó la enana.

Tenía un orco en cada mano y los estaba estrellando uno contra otro como quien sacude dos borradores para quitarles el polvo de tiza. Cuando redujo sus cabezas a dos papillas sanguinolentas se acercó a ver qué ocurría esta vez.

—¿Estas raíces se pueden comer? —le preguntó Medroso enseñándole unos rizomas blancuzcos y cubiertos de tierra húmeda.

Grosa inspeccionó las raíces con atención. Lo cierto es que no le sonaban de nada, ni siquiera de referencias, y tampoco se parecían a otras más comunes con las que poder compararlas. Ante el dilema, se las metió en la boca a un aldeano y le puso una mano en los labios y la nariz para obligarlo a tragar. Tras esperar un rato y comprobar que el hombre no se moría ni se ponía de un color inusual, confirmó que eran comestibles:

—Se puen comer, se puen.

—Gracias, amiga. ¿Qué haríamos sin ti?

—Moriros —respondió ella con toda naturalidad mientras se dirigía a cumplir con una nueva tarea.

Desde que empezaran a unírseles aldeanos del Valle en su viaje hacia Forcejeo, la enana se convirtió en una especie de mayordomo que ayudaba a resolver cualquier dificultad y se encargaba de las labores que nadie más parecía saber hacer. Desde encender un fuego sin yesca hasta espantar a un oso que rondase por las inmediaciones.

Con el transcurso de los días, los vallenses, muy proclives a acomodarse, empezaron a requerir su auxilio para casi cualquier faena que les aburriese o incomodara hacer por sí mismos. La pobre Grosa se pasaba la jornada de aquí para allá, cambiando ruedas de carromato, despellejando

bisontes o contando historias a los niños —que la adoraban— para que se durmieran. Y todo ello sin descuidar sus obligaciones defensivas cuando una patrulla de orcos se aproximaba a la caravana.

Pero la enana no perdió su buen humor ni por un momento y, a pesar de sus incontables responsabilidades, aún sacaba tiempo para arreglarse todas las mañanas, con su carmín rojo hasta los dientes y su flor en la cabeza. Porque el exterminio orco no estaba reñido con un poco de coquetería.

Al quinto día de travesía eran ya miles los hombres, mujeres y niños del Valle que acompañaban a Wifo y a Grosa. Millares que, a ese ritmo, llegarían a docenas de miles en pocos días. Tal concentración de personas y cachivaches ralentizaba considerablemente el paso, ¿pero qué podían hacer? Wifo no estaba dispuesto a abandonarlos a su suerte, y Grosa decía que sí cuando Wifo decía que sí y que no cuando decía que no. Y cuando Medroso decía que a lo mejor ella confirmaba que «alomojó, depende».

Por los mismos caminos que ellos transitaban pasaban a menudo carromatos atestados de habitantes del Valle que sí poseían la cantidad suficiente de dinero para pagar el pasaje hasta el paso de Nopasaréis, en el Reino de los elfos de hielo. Wifo había intentado, aunque sin éxito, negociar con las mafias una rebaja en el precio para «su gente». Llamaba así a los miembros de su convoy porque, de manera tácita y más o menos inconsciente, los campesinos lo habían elegido como su caudillo. Si bien su liderazgo se debía no tanto a sus aptitudes de mando como al hecho de ser la persona a la que Grosa seguía con ciega obediencia.

Esa misma mañana la enana se había abalanzado sobre una carreta, lanzando por los aires al conductor y obligando a todos los pasajeros a apearse. Wifo le explicó que aquella no era la solución. No podía bajar a unos inocentes del carro para subir a otros inocentes en su lugar. Ni ella ni nadie tenía la potestad de elegir quién se salvaba y quién no. La enana, cabizbaja, admitió su error y volvió a subir al carromato a sus antiguos ocupantes. También colocó de nuevo al conductor en su sitio, aunque después de la paliza se le caía la cabeza hacia delante y hacia los lados. Grosa simplemente lo ató a su asiento, le metió los dientes que pudo encontrar en el bolsillo y arreó a los caballos para que continuaran su marcha.

Wifo podría tener la razón de su parte, nadie se lo discutía, pero las entrañas de los aldeanos se inclinaron del lado de Grosa. Ella ponía a su gente

por delante de la moral y de la verdad; justo lo que el pueblo espera de un buen gobernante.

Los ogros habían conseguido mantenerse, hasta el momento, ocultos a los ojos y oídos de la gente del Valle, incluyendo a Wifo y a la propia Grosa. Contaban con la experiencia de muchas generaciones anteriores que perfeccionaron sus técnicas de camuflaje, gracias a las cuales ahora podían simular que eran piedras, escombros o que estaban muertos, y pasar desapercibidos.

La destreza en los campos del disfraz y el escondite eran de principal importancia para ellos por culpa de los humanos, que se tomaban como algo personal que se los comieran. Por eso organizaban partidas de caza que tenían como consecuencia que los ogros se vieran obligados a huir de su propia comida y vivir en grutas y cavernas, cuando estaba claro que ellos preferían las confortables charcas y refrescantes lodazales.

—Habemos estao pensando —le dijo un ogro de nariz chata y párpados hinchados, llamado Bayron, a la jefa del clan, la Esteisi—. ¿Y si nos zampemos solo a uno? Pa quitarnos la gusa.

La Esteisi reflexionó durante unos instantes. Llevaban varios días alimentándose únicamente de los desperdicios de los humanos y, si bien sus excrementos eran de calidad notable, textura agradable y cantidad generosa, no suplían la apetencia de los ogros de saborear bocados más apetitosos y nutritivos.

—Uno solo no se va a notar —insistió el Bayron—. Hay un niño gordo que da pa compartir. Lo tengo ya visionao.

—No se van a darse cuenta si falta un niño. Los niños son mu pequeños y no sirven pa na —opinó el Yefri apoyando a su colega.

Con un dedo metido en la nariz y la mirada absorta, la Esteisi seguía reflexionando acerca de la posibilidad de comerse a una sola persona cuando Deisy irrumpió en la conversación dando manotazos.

—¡No! Na de jamar niños, ¿eh? Se lo habemos prometío a la Grosa y a su amigo el niño mayor sin grasa.

—¿Y medio niño? —tanteó Edilson.

—No, porque el otro medio niño qué hasemo con él, ¿eh? Que no discurrís —les regañó golpeándose la sien con el dedo índice—. Alomojó se dan cuenta de que al niño le falta la mitá. Alomojó no, pero alomojó sí. ¿Y qué hasen con la mitá de abajo de un niño?

—Pos... nos zampemos la mitá de abajo y les dejemos la mitá de arriba.

Esa opción hizo dudar a Deisy por un momento. Si solo dejaban las piernas, el niño, como mucho, podría caminar, aunque al no tener cabeza no sabría adónde iría. Si, por el contrario, se comían la parte de abajo, el niño sabría adónde iba pero no podría ir porque no tendría piernas. Al final se trataba de un disyuntiva irresoluble.

—¡No! —gritó en tono definitivo.

Seguirían ayudando a los humanos como hasta ahora, salvándolos, sin que ellos lo supieran, del ataque de orcos, osos y otras fieras merodeadoras. Ese era el compromiso adquirido con su hija Grosa, y tanto Deisy como su marido Wilmer estaban decididos a cumplirlo fuera como fuese.

—¡Mira, Grosa, mira! —chilló Wifo dando saltos.

—¡Momentín! —contestó la enana.

En cuanto terminó de sacar al burro a hombros del fango, fue corriendo a ver qué quería Wifo. ¿Estaría intentando partir una rama sin ayuda o tal vez tirando con todas sus fuerzas para sacarse las botas?

—Mira —le insistió el estudiante cuando llegó trotando sobre sus pies desnudos y callosos.

—¿Lo qué? —preguntó Grosa.

—Allí. Sigue mi dedo.

—Arró... —masculló impresionada.

A varios kilómetros de distancia, adherida como un mejillón a la ladera de una montaña, se levantaba imponente, o más bien se extendía sobre ella y a través de ella, la ciudad de Forcejeo. Medio alzada sobre el suelo, medio excavada en la roca viva, igual que Villa Trifulcas, era sin embargo de mayor tamaño que esta y contaba, por ello, con muchas más puertas secretas, aunque nadie podía confirmar cuántas había ni dónde estaban. Igual que sucedía en la ciudad de los trifulcanos, en Forcejeo la cantidad y ubicación de las puertas secretas constituían las certezas más misteriosas y desconocidas de todas.

—Por fin hemos llegado —anunció Wifo—. Ahora cumpliremos nuestra misión, les diremos que Villa Trifulcas necesita su ayuda y podremos comer algo caliente y descansar un poco.

Grosa se dejó contagiarse del optimismo de su amigo. La sola idea de descansar en una cama, aunque no fuera mullida, le provocaba bostezos de gusto. Y ese placer no era nada comparado con la perspectiva de poder reponer su mermada provisión de quesos.

Pero tras el avistamiento de la ciudad divisaron algo que les causó una sorpresa mayor. Un descubrimiento que en un primer momento no acertaron a entender. Entre ellos y Forcejeo había una especie de campamento poblado por multitud de enanos. O eso parecía. A aquella distancia no era posible distinguirlo con claridad. Grosa, de hecho, probó a guiñar un ojo, luego el otro, después los dos a la vez, se inclinó hacia delante, se protegió de la claridad con ambas manos sobre las cejas, y ni así pudo reconocer qué era exactamente lo que estaba mirando.

Reemprendieron la marcha y se dirigieron hacia esa aglomeración de figuras de anatomía barrigona y barbudamente enana. El paisaje que encontraban a su paso era desolador: el Valle, antes verde y fecundo, crujía abrasado por el fuego bajo las botas, y donde días atrás hubiera pastos, huertas y parterres, ahora solo quedaban el gris del barro, una alfombra de huellas de orco e inmensas boñigas de culos infectos de troll.

Cuando la cabecera de la interminable columna de gentes de Valle llegó por fin al campamento, fue recibida por dos docenas de enanos equipados con hachas más altas que ellos mismos. Si en Villa Trifulcas el arma típica era la lanza de un metro de asta y metro y medio de filo, llamada «ensartadora», el hacha «cortamontañas» era el armamento preferido por los guerreros de Forcejeo. Matices culturales sin excesiva importancia.

El primer impulso de aquellos enanos fue establecer contacto metálico con los intrusos, pero bajaron las hachas al ver a Grosa, con la que se saludaron a cabezazos con una jovialidad que hacía parecer que se conocían de algo.

—Qué alegría ver a otra enana por aquí. No sabemos cuántos hemos sobrevivido a la batalla. Van llegando en pequeños grupos o solos, como tú —dijo uno de los enanos ignorando deliberadamente a los miles de humanos del Valle que tenía delante—. Soy Catapumba, ¿y tú?

—Yo la Grosa.

—Yo soy Wifo —dijo el estudiante ofreciendo una mano que se guardó de nuevo en el bolsillo cuando Catapumba no le devolvió el saludo.

—¿Qué dice el fideo este? —preguntó con sorna el enano.

Grosa levantó un puño en el aire y exclamó:

—¡Oyes! No es el fideo, es el Wifo. Amos a respetar que te reviento.

Ella no necesitaba una ensartadora ni una cortamontañas para transformar a un enano en una papilla peluda.

—Vale, vale, tranquila. Es Wifo, sin fideos. Pero eso da lo mismo. Los humanos no pueden entrar aquí, este es un campamento de guerra enano y no queremos estorbos.

—No es un hombre cualquiera —se aventuró a decir un anciano del Valle que seguía de cerca al estudiante y a la enana. Era un empleado doméstico de una familia de vallenses acomodados que lo habían abandonado en su huida. Aunque de apariencia insignificante, aquel hombre tenía el valioso don de improvisar mentiras sin que le temblara la voz ni sus gestos faciales lo delataran—. Es Su Majestad Wifo Medroso, rey del Valle —añadió con aplomo.

Los enanos se agolparon unos sobre otros para contemplar al monarca.

—¿Y este es vuestro rey? Porque mucha pinta real no tiene —desconfió Catapumba.

—¿En el Valle tenéis rey? —preguntó otro enano—. Es la primera noticia que tengo.

—Si desconocéis la existencia de nuestra monarquía es porque no soléis interesaros lo más mínimo por nuestros asuntos —sentenció el anciano Timoro con la entonación adecuada para que se percibiera el reproche, pero sin llegar a resultar hostil.

—Si vosotros lo decís será verdad —concedió Catapumba—. No veo por qué tendríais que mentir en algo así.

Wifo, siguiendo el juego, solicitó ser llevado ante el líder de Forcejeo para discutir cuestiones de mortal importancia. Los enanos se rieron de él. Entonces Grossa tradujo la petición a un lenguaje más llano, con el hacha en la mano, y los forcejinos los condujeron a presencia de Rehostia, alcaldesa de Forcejeo.

—¿Cómo que te vas tú también a Forcejeo? —gritó Contuso, más por la preocupación que por enfado.

Ramona terminaba en ese momento de preparar su hatillo para el viaje. Metió las cuatro o cinco pertenencias que le quedaban y unos buenos puñados de piedras preciosas que llevaba siempre consigo porque nunca se sabe.

—Pues claro que yo también voy. Está allí mi niño, y a mí pueden hacerme lo que sea, pero a mi Wifo que no le toquen un pelo. Eso no se lo permito ni a los trolls ni a los mismísimos dioses que bajen del cielo o que suban de las profundidades.

—¿Y qué hacemos con Villa Trifulcas? Porque si nos vamos a Forcejeo...

—No, tú no vas a ningún sitio —le interrumpió la señora Medroso—. Tú te quedas aquí con todos, al mando del asedio. No voy a permitir que los trolls se queden con esta ciudad ni con ninguna otra. Iremos Brusca, Pedrolo y yo con la Compañía de Veteranos.

—Pero yo... y tú... —titubeaba el enano. Volvía a sufrir, de repente, ese tic suyo de la infancia de arrancarse los padrastrós de los dedos hasta hacerse sangre—. Tú eres mi lideresa y yo soy tu ayudante. Somos un equipo...

—Contuso —dijo Ramona irguiéndose con una afectuosa sonrisa en la boca—. No irás a llorar...

—¡Pues a lo mejor!

—Pero si los enanos no lloráis.

—¡Pues a lo mejor este enano sí que llora! ¡Vas a saber tú lo que hacemos todos los enanos! Pues si te quieres ir, vete. Me da igual.

Después de la advertencia se cruzó de brazos y se dio la vuelta. Ramona lo rodeó para volver a ponerse frente a él, pero Contuso volvió a girar ciento

ochenta grados sobre sus pies.

—¿Sabes que te voy a echar mucho en falta allí en el norte? —dijo la alcaldesa.

—A lo mejor yo a ti también. A lo mejor —contestó el enano con los brazos todavía cruzados sobre el pecho.

—Esto no es un adiós, ¿eh? Ni mucho menos. Es solo un hasta pronto. Nos volveremos a ver antes de que te haya dado tiempo a echarme de menos.

Contuso levantó la cara y apuntó con la nariz al cielo.

—Más te vale volver. Y de una pieza. Es una amenaza, así que advertida quedas.

—¿Y si no vuelvo? —insistió Ramona, ya por picar a su fiel camarada.

—Pues te iré a buscar, que te quede bien claro. Con un enano no se juega.

La señora Medroso abrazó al enano por la espalda y dijo:

—Nunca me había alegrado tanto de conocer a nadie. Amigo mío.

Y se marchó de allí tal como había llegado: con su cabeza bien alta y la resolución de poner a su hijo a salvo de todo mal. Contuso se quedó en silencio, con los brazos en cruz y la cara levantada, haciendo eso que los enanos nunca hacen.

Tenían que viajar deprisa, así que prescindieron de transportar cualquier objeto que pudiera enlentecer su paso. De todos modos, no habían sacado casi nada de la ciudad antes de que los trolls les engañaran y se metieran dentro. Una carretilla con unos pocos artilugios de Pedrolo, el lanzallamas y lo que cada enano llevaba encima como parte de su equipo de combate. No poseían nada más en aquel momento. Tendrían que cazar por el camino para alimentarse y beber agua en los arroyos. «¡Agua!», había exclamado Cazurra dándose un manotazo en la frente. La ausencia de alcohol era lo que más mortificaba a los Veteranos. Toda una vida de trabajo, lucha y sacrificio para ir hacia la muerte sin cerveza. ¿Podía alguien imaginar un final más trágico que ese?

De camino a la carretera que debían tomar para llegar a Forcejeo, pasaron junto al campo de batalla donde unas horas antes el ejército de Hacefresco se había enfrentado a sus enemigos con calamitoso resultado. El

suelo estaba cubierto de piernas, cabezas y brazos revueltos en una macedonia de muertes y mutilaciones.

—Muy pocos orcos muertos para todos los hombres que han caído —observó un enano.

—Esto no ha sido una batalla; esto ha sido una escabechina —concluyó otro tras examinar el desastre.

El estómago de Ramona apenas conseguía mantener la comida en su interior.

—Qué pena de gente —se lamentó—. Han sido muy valientes.

—Así han acabado.

—Pues también es verdad. Tenían que haber huido, porque dejarse así la vida, que son dos días...

Brusca no podía estar más de acuerdo:

—Se agradece el sacrificio, aunque no haya servido para nada.

A pesar del auxilio de la carga de caballería de Bob Cincuentamuelas, la milicia no tuvo ninguna oportunidad de sobrevivir. La Guardia no contaba con suficientes hombres para dispersar a la horda de orcos y terminó por retirarse. Llegó un momento en que el capitán consideró que no valía la pena seguir arriesgando la vida por aquellos que ya estaban sentenciados. Hizo girar su espada en el aire y sus jinetes se replegaron hacia el Valle.

Una vez aniquilados los milicianos, los trolls ordenaron atacar su campamento, donde se apiñaban los familiares de los combatientes y el personal civil a la espera de una victoria que les habían asegurado. A esas alturas Lindo ya había escapado a caballo, seguido de su camarilla y de los miembros de su servicio personal, dejando atrás a los monitores que habían impartido los talleres infantiles.

Los trolls se acercaron al campamento humano con cautela. Ya andaban escamados con todo el asunto de la hechicera humana que disparaba fuego y las piedras que volaban sobre sus cabezas y no sabían qué los esperaba allí. Las sensaciones, para empezar, ya eran extrañas. Percibían olores exóticos, de guisos y perfumes, y sonaba una música con un ritmo y unos instrumentos que no reconocían. Algunos trolls, al oírlo, habían empezado a mover los pies y a chascar los dedos de manera involuntaria. ¿Los estarían hechizando con aquellas melodías endiabladamente pegadizas? En un momento dado, las voces que surgían del campamento entonaron un *Ramalá, din don* al que los orcos contestaron con un *Ramalá, din din don* y unas cuantas palmadas.

Siguieron avanzando tapándose las orejas. El embrujo de la música se había vuelto tan poderoso que un cacique troll del importante clan de los Trituradores se animó con un solo de barítono, muy afinado pero inoportuno.

Cuando por fin cayeron por sorpresa sobre los humanos acampados, la alegría que estos compartían con cánticos y brindis degeneró en una desbandada en la que de repente ya no existían amigos ni camaradería. Los primeros en escapar fueron los concejales y otros cargos políticos, que habían acudido a la guerra para posar en los retratos oficiales del triunfo. Estos no dudaron en usar a sus guardaespaldas para acuchillar o pisotear a quien hiciera falta con tal de salir de allí cuanto antes. Los siguieron muy de cerca los sacerdotes y otros profesionales, como prestamistas y especuladores, que consideraban que tenían mucho más que perder de lo que podían ganar si se quedaban.

Los filósofos permanecieron quietos, analizando las consecuencias éticas que comportaría su decisión. Igual que los psicólogos, que antes de actuar querían poder prever la reacción que provocaría su comportamiento en la impredecible psique de los trolls, tanto a corto como a medio plazo.

Aunque el ambiente general era de huida o inmovilismo, no fueron pocos quienes plantaron cara a las bestias perversas. Los primeros en enfrentarse a ellas fueron los individuos más temerarios de entre todos los que conforman la raza humana: los lingüistas. A este grupo de hombres y mujeres, osados aunque irreflexivos, lo siguieron otros profesionales cuyo desprecio por la muerte no era mucho menor, como antropólogos, historiadores, filólogos y maestros de primaria y secundaria.

No obstante su arrojo y osadía, los humanistas poco podían oponer al empuje asesino de las huestes orcas. Como mucho, algún análisis socio-cultural de la violencia o una selección de los mejores y más agraviantes dardos verbales que podía ofrecer la lengua común. Pero, si bien los análisis eran certeros y los vituperios venenosamente ocurrentes, no eran armas suficientes para enfrentar aquella amenaza.

Entonces una ayuda inesperada les llegó cuando todo parecía ya perdido. Prostitutas, travestis y bailarines exóticos no se iban a quedar al margen. Demasiado sufrían a diario las agresiones y vejaciones de los moralistas para dejarse ahora avasallar por unas criaturas inmundas. Obviando sus desavenencias con las esposas de los soldados, se lanzaron junto a ellas a

defender el campamento a la desesperada. Había que poner a salvo a los niños. Darles tiempo para escapar.

Carniceros, pescaderos y charcuteros habían formado una vanguardia con sus cuchillos y sus delantales de mallas metálicas. Esa barrera humana no conseguiría frenar al enemigo, pero al menos les daría unos minutos a los malabaristas para alejar a los niños de allí. En este punto fueron de gran ayuda los cómicos, que con su carácter arisco y su bilis reconcentrada obligaron a los orcos a retroceder. Contaron para ello con el apoyo de actores, tertulianos y críticos literarios, que se gastaban un mal genio similar al de los humoristas, y también con el desconcierto que los mimos provocaban en las tropas enemigas con sus imitaciones y sus reacciones imprevistas.

Aunque finalmente todos ellos se dejaron la vida en las afueras de Villa Trifulcas, mataron a más orcos que la milicia, y la historia habría de recordar su heroísmo a través de las palabras de la profesora Condolencia Procastinova: «Nunca tan pocos hicieron tanto para nada; porque, total, habría sido lo mismo que se hubieran quedado en casa».

Gustino estaba desconcertado. ¿Había comprendido bien la frase de su señor? Con Holgón nunca sabía uno a qué atenerse. Si su amo dijo lo que él pensaba que había dicho, se presentaban problemas no solo para ellos sino para toda la ciudad de Bellavista. Matar a un rey no era tan grave, formaba parte de la institución de la monarquía. Matar a la reina madre no le importaba lo más mínimo porque le había caído muy mal y deseaba verla despellejada. ¿Pero asesinar a un niño como Mimón? Ahí residía el entuerto.

—¿Cómo que ya no habrá rey de Galacia? —preguntó para asegurarse de que lo había entendido correctamente.

—Quiero decir —respondió el gobernador— que sería una tragedia que muriese toda la familia real. Aunque también es verdad que, si sucediera tal calamidad, no nos vendría nada mal...

Al tiempo que terminaba la oración, Su Excelencia miró de reojo a Assassin Cris. La regicida captó enseguida el significado de aquella perífrasis y de la mirada soslayada de Holgón. Se levantó, enfundó su espada en la vaina que llevaba sujeta a la espalda y salió de la habitación por la ventana, atravesando el cristal en lugar de abrirlo. Gustino corrió a cerrar las contraventanas.

—Pensé que sentía usted cariño por su sobrino —observó el secretario.

—Y lo siento. No vayas a creer lo contrario. Es solo que esta no es una cuestión de afectos. ¿Te das cuenta de la situación en la que nos encontramos los dos?

—No muy ventajosa —admitió Gustino.

—Exacto, mi querido lacayo. Si no hacemos nada para remediarlo, mañana estaremos los dos en la calle. ¿Y adónde iremos? No podemos volver a Hacedresco, ya oíste la advertencia de Karma. Y aquí no nos dejan quedarnos, ya oíste a mi madre. La única alternativa que nos queda es vagar

por el mundo como dos piojosos, huyendo de campesinos encolerizados y robando mazorcas de maíz para alimentarnos. ¿Es esa la vida que quieres?

—No, no, no —confesó cabizbajo el asistente. Ese era un estilo de vida que no deseaba volver a llevar.

—Mimón es un niño extraordinario que cuenta con todo mi amor, pero si tiene que morir, eso lo convertirá en el mártir de una causa justa. Niños hay muchos, Gustino, no sientas pena. De hecho tú mismo puedes fabricar los tuyos si por alguna razón sintieses la necesidad o la apetencia de reproducirte. En cambio, nuestra vida es única e irrepetible. Y no hablamos de cualquier chusma desharrapada. ¡Yo soy el gran Holgón Flojín, gobernante bendecido por la gracia de los dioses! El populacho no puede prescindir de las virtudes que me han otorgado las divinidades para regir su destino.

Gustino asentía maravillado ante el discurso de su amo, a quien los dioses, aparte de otorgar una clarividencia sobrenatural, habían consagrado con una elocuencia capaz de hacer sonreír de ilusión al más amargado de los humoristas.

—Además —prosiguió el gobernador—, mi hermano es un inútil. Se pasa el día leyendo y escribiendo como si tal cosa sirviera para algo. El trono debería ser mío, que soy un hombre de acción. Ciertamente que no me corresponde por derecho de sucesión, pero tener derecho a algo es la reclamación más débil que se puede esgrimir.

Asunto zanjado. Holgón movió su copa en el aire y la volcó. No quedaba una sola gota que pudiera caer al suelo. La señal para que Gustino se la rellenara de vodka miel hasta el borde.

La llovizna glacial que el viento traía consigo convertía en superficies resbaladizas los tejados de pizarra de Bellavista. Un obstáculo que no suponía ninguna dificultad para alguien como Assassin Cris, habituada a moverse entre las azoteas de los edificios. Saltaba de una a otra agarrándose a vigas, cañerías y veletas, donde cogía impulso para proyectarse hacia el vacío dando volteretas con tirabuzones y giros carpados de los que siempre clavaba el aterrizaje.

Desplazándose de ese modo, la gente se fijaba más en ella que si fuera caminando tranquilamente por la calle. Una persona encapuchada trepando

muros y haciendo cabriolas por los tejados no era espectáculo que se pudiera ignorar con facilidad. Pero la mejor asesina del Reino de Galacia no podía circular por el suelo como un tendero cualquiera; era una cuestión de celo profesional.

A la altura de la plaza del Sol, donde los techos estaban demasiado alejados unos de otros para brincar entre ellos, Assassin Cris se detuvo y, en cuclillas sobre una cornisa, oteó el infinito con gesto intrépido. A continuación bajó hasta el pavimento y echó a correr, soltando puñetazos a los transeúntes para abrirse paso entre el gentío que deambulaba haciendo sus compras o curioseando en los puestos de venta ambulante. Cuando un verdulero se cruzó en su trayectoria, ella saltó por encima, derribando el tenderete de frutas y verduras. El suelo se llenó de naranjas y manzanas rodando en direcciones aleatorias.

Después de dar un rodeo innecesario por el centro de la ciudad, regresó al Palacio Real para cumplir su encargo. Sigilosa como un leopardo, se deslizó por un chapitel y se descolgó de un contrafuerte para acceder a las estancias personales del rey.

Al primero de los dos guardias que custodiaban la puerta de la habitación lo degolló con un tajo horizontal de su «víbora»: una daga que salía de la manga de su túnica mediante un mecanismo de muelles y resortes. El otro guardián no vio ni oyó nada porque el yelmo le tapaba las orejas y le privaba de visión periférica. Un defecto común a la mayoría de cascos diseñados por expertos en moda. La asesina pudo tomarse el tiempo necesario para desvalijar al primer soldado mientras el otro miraba al frente sin pestañear. A este lo mató del susto. El hombre se desplomó de un infarto al ver a su compañero degollado y a Cris manchada de salpicaduras de sangre. Llevaba ya un tiempo delicado de salud y lo habían destinado a aquel puesto por ser el más tranquilo de la corte. Le quedaba un día para jubilarse.

Las puertas del dormitorio de Su Majestad se abrieron en silencio. Sus goznes estaban tan bien engrasados que facilitaban el acceso sigiloso de cualquier intruso furtivo. Assassin Cris escondió los cadáveres de los centinelas y volvió a cerrar las puertas.

El rey Fofón estaba en la bañera. Su cuerpo grasiento y lechoso yacía sumergido en un agua jabonosa de la que solo sobresalían su cabeza y sus dos pechos vacunos. Cris observó cómo se contorsionaba bajo el líquido. Estaba intentando masturbarse. Las convulsiones se debían a su intento de capturar

con la punta de los dedos su minúsculo miembro, sepultado bajo una barriga que le caía hasta los muslos.

La asesina hizo ruido con su bota en el suelo para que el rey advirtiera su presencia y cesara en su ansia por acceder al diminuto apéndice.

—¡Solo me estoy rascando! —fue lo primero que se le ocurrió decir a Su Majestad.

Assassin Cris se limitaba a contemplarlo arqueando los labios en algo que podía considerarse lo mismo una sonrisa socarrona que el prólogo de una arcada. Como la mujer no decía nada, Fofón insistió:

—¿Tú quién eres? ¿Cómo has entrado aquí? ¿Qué quieres? — preguntaba mientras se tapaba los pechos con las manos.

La agente secreta levantó las palmas de las manos hacia el techo. Seguía sin pronunciar palabra.

Dos eran los puntos débiles de la mortífera asesina, y uno de ellos era su voz. Que se comunicase siempre mediante gestos, miradas y mohines no obedecía a una razón fortuita ni a un impedimento fisiológico. La causa era el sonido que emitía su garganta, similar al chirrido de una trompeta mojada. Una voz chillona, desagradable y mal modulada que provocaba la risa en quien la oía. ¿Adónde iba una temible homicida cacareando como una cotorra vieja?

Fofón reanudó sus preguntas. Había intentado incorporarse en la bañera pero se había resbalado, y a punto estuvo de darse la vuelta y quedarse boca abajo.

—¿Qué quieres de mí? ¿Quién te envía? ¿Qué has hecho con mis guardias? ¿Por qué no dices nada?

«Bueno», pensó Assassin Cris. Se disponía a matarlo de un momento a otro, así que podía contestarle. Los cadáveres guardan bien los secretos. Cogió aire y, casi con miedo, pronunció su frase:

—He venido a matarte, Fofón Flojín. Prepárate a morir.

—Jajajajaja —se rio Su Majestad, que enseguida trató de rectificar—: Lo siento, lo siento. No pretendía reírme. Es solo que...

—Vas a morir. Despídete del mundo.

—Jajajaja. En serio, no puedo evitarlo. Estoy muerto de miedo y aun así... Esa voz... Jajajaja. Dilo otra vez, por favor.

Assassin Cris se había arrepentido de abrir la boca en cuanto salió de ella el primer gorjeo estridente. ¿Por qué le había contestado? Se debería

haber limitado a matarlo sin anunciarle que se disponía a hacerlo. ¡Por eso nunca hablaba! ¡Precisamente por cosas como esta!

En una maniobra veloz como el relámpago, desenfundó su espada y decapitó al rey de Galacia. La cabeza del soberano cayó al suelo y se quedó de pie como un tentetieso. Dentro de la tina sus manos todavía cubrían sus senos en un gesto de pudor póstumo.

Ahora solo faltaba matar a la reina madre Benedita, pues a Mimón había decidido no liquidarlo.

Dos eran los puntos débiles de Assassin Cris, y si uno era su voz de cacatúa, el otro, el peor de ambos, era el miedo que le provocaban los niños. Un terror cerval, insuperable, insondable, primitivo. Un pavor capaz de sumirla en un llanto desesperado. Por eso diría que el príncipe había escapado. Si el secreto de su pedofobia llegaba a conocerse en los mentideros y conciliábulos de Bellavista, su carrera criminal podía quedar arruinada.

Wifo yacía inconsciente en el suelo. Cuando le comunicaron que Forcejeo había sido invadida por los trolls y que, por tanto, no había ayuda que pudieran enviar a Villa Trifulcas, el estudiante se cayó de espaldas con la lengua fuera.

—¿Qué hace? —preguntó la alcaldesa Rehostia.

—Desmayarse —contestó su primo Catapumba.

—¿Y eso qué es?

—Es una cosa que hacen los humanos cuando reciben una noticia chunga o se llevan un disgusto muy gordo.

—Qué comportamiento más curioso. ¿Y para qué sirve desmayarse? No lo entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo. Creo que es algo parecido a hacerse el muerto pero sin querer.

Rehostia masajó las costillas de Wifo con la punta de su bota.

—Pues menuda birria de rey —dijo mirando hacia abajo, al cuerpo flaco e inerte del estudiante, que había aterrizado sobre el barro con los brazos y las piernas formando cuatro aspas deslavazadas.

Un enano lo cargó sobre un hombro y se lo llevó a una tienda de campaña. Se disponía a reanimarlo con un vaso de aguardiente de setas cuando Wifo volvió en sí. El solo aroma de aquel mejunje le había devuelto la consciencia.

A su lado, Grosa daba forma a una piedra golpeándola contra otra, lo que provocaba que saltaran esquirlas que se le enredaban en el pelo. Wifo se fijó en los dos chichones que su amiga tenía en la frente. Se había estado saludando afectuosamente con más de un enano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

El cuerpo le pedía quedarse unas cuantas horas más allí tumbado, descansando y recibiendo atenciones y cuidados, pero al mismo tiempo la mente le ordenaba levantarse para cumplir con sus obligaciones.

—¡Wifo! —exclamó Grosa al verlo recuperado—. Nos tenías mu preocupaos.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—A hombros —le reveló la enana.

—Me refiero a qué ha pasado para que me hayan tenido que traer a hombros.

—Ta dao un soponcio.

Wifo se incorporó en el camastro de madera y se dirigió al enano del aguardiente:

—¿Puedes dejarnos solos?

—Sí —contestó aquel, pero no se movió del sitio.

—Pues déjanos solos entonces.

—Ah, vale.

El enano salió de la tienda y Grosa sacó la cabeza a través de la abertura de tela.

—¡Sa despertao! ¡El Wifo! —gritó.

Parecía como si se acercara una manada de bueyes chocando unos contra otros. El primero en entrar fue Riñas, seguido de Robusta montada sobre Follón.

—¡Ey, Blandito! —exclamó el primero. Al ver a Wifo tumbado sobre el camastro y a Grosa a su lado, arqueó las cejas con esa procacidad tan suya—. Uy, perdón. ¿Interrumpo algo?

—No empieces, Riñas —le advirtió el convaleciente.

Afortunadamente, Grosa era inmune a las sutilezas y a las indirectas, porque podría haberle hecho comer sus dos piedras a Riñas de haber captado sus insinuaciones.

—Y no me llaméis Blandito, llamadme rey Wifo —añadió Medroso—. Ya os lo explicaré en otro momento.

—Entonces, ¿tú eres el rey del Valle enclenque y asustadizo del que todo el mundo habla? Vaya con Blandito. Le dijimos que trajera una cabeza de orco y viene con una corona sobre la suya.

—Que yo no soy ningún rey, por los dioses. Y no volváis a llamarme Blandito.

Wifo tuvo que explicarles cómo las gentes del Valle se les habían ido uniendo por el camino hasta contarse por miles. Eran personas adocenadas, habituadas a una vida tranquila y sencilla que no les había preparado para afrontar una situación como aquella. Si se unían a su grupo era porque, igual que los herbívoros, se sentían más seguros cuanto más numeroso era el rebaño. Ante el ataque de un depredador, era mejor ser una probable víctima entre mil que entre cien. Las matemáticas prácticas que manejaba el pueblo.

Luego les tocó a los enanos el turno de contar su historia.

—A nosotros nos han dado pero bien —dijo Follón lanzando puñetazos al aire.

—Lo que te has perdido —siguió Robusta—. Cuando llegamos aquí los trolls ya habían invadido Forcejeo, pero seguimos luchando por todas partes, día y noche. ¡Una pasada! —Cogió aire y continuó, aún más exaltada, señalando a Riñas—: Tenías que haber visto a este. Se coló a escondidas en el campamento del jefe troll, mató a cinco de sus oficiales y se fue como si nada.

Riñas miró a su novia con su cara de sinvergüenza.

—He sido un enano muy malo... ¿Vas a castigarme? —Se dio un azote a sí mismo, a lo que Robusta respondió con el gesto que hacen las madres humanas para advertir a sus hijos de que les va a caer una azotaina.

Wifo no podía creerse lo que oía. Sobre todo el tono en que sus amigos narraban los hechos, con esa alegría demente que demostraba su desprecio por la vida, tanto la ajena como la propia.

—Entonces, ¿es cierto que Forcejeo ha caído?

—No, caer no ha caído. Todavía sigue en pie. Aunque ahora está llena de orcos —matizó Follón.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Eso preguntaselo a Rehostia —contestó Robusta—. Creo que ya ha pensado en un plan.

Fuera de la tienda, Wifo se percató de algo que antes le había pasado inadvertido a causa del lío que habían provocado su llegada y su posterior desmayo. La tierra, como ya había observado, había muerto abrasada por el fuego, pisoteada por los ejércitos en combate y envenenada por la sangre

vertida por trolls y orcos. Pero eso no era lo más extraño, ya que es consustancial a la guerra que se lleven la peor parte quienes no han participado en ella. Y esta lista no solo incluye a mujeres, niños y ancianos, sino también a la naturaleza, a víctimas inertes como la arquitectura y a otras, más intangibles, como la fraternidad, la confianza y la esperanza. En no pocas ocasiones, cuando la guerra termina, el soldado regresa a un hogar que lo espera hambriento, enfermo, violado y destruido física y moralmente.

No se trataba de nada de eso. Aquello que llamaba la atención de Wifo era algo que parecía un prodigio inexplicable. Por todas partes, como islas emergidas de un mar negro y putrefacto, veía pequeños oasis rebosantes de hierba, flores y árboles de abarrotado follaje. Brillantes lunares verdes sobre una tela oscura.

Follón, que se dio cuenta de su sorpresa, le señaló algo:

—No busques más explicaciones que te vas a volver loco. Es Papidoo.

El pequeño elemental estaba a varios cientos de metros, junto a una pila de cadáveres enemigos. A pesar de la distancia, Wifo pudo deducir, por sus movimientos laterales e imprecisos, que el retoño se encontraba en un evidente estado de embriaguez. En uno de sus erráticos vaivenes dio con un saliente en el que apoyarse y se puso a hacer pis. Entonces se obró el prodigio: allí donde caía la orina de Papidoo, brotaba la vida sin esperar a germinar o a que pasara el tiempo por ella. A pesar de estar cerca el invierno, el barro se llenaba de hierba húmeda de una abigarrada gama de verdes, flores de colores espesos que casi se podían saborear con los ojos y árboles de cuyas ramas colgaban frutos rollizos y brillantes.

—El canijo cabrón lleva días que no hace otra cosa que beber cerveza y mear —explicó Riñas.

Papidoo movía la cabeza hacia los lados, negando con aplomo. En sus gestos se podía leer su indignación. También farfullaba palabras que, aunque no pudieran oírse desde la lejanía, debían de ser infinitas combinaciones de las letras que formaban su propio nombre.

—¿Qué le pasa? —preguntó Wifo a Riñas.

—No lo sabemos. Se monta unos monólogos que alucinas. Creemos que está averiado o algo. ¿Tú sabes si las verduras parlantes se averían?

—Pues no lo creo, Riñas. Pero no puedo estar seguro, nunca he conocido a ninguna.

—Fue al ver la tierra arrasada, ¿sabes? Se volvió medio loco. Estuvo

toda la tarde de brazos cruzados murmurando esas cosas suyas, mirándonos de reojo y sacándonos la lengua. Y por la noche, sin venir a cuento, se atiborró de cerveza y empezó a echar esas meadas mágicas. Como siga así, va a convertir el Valle en una jungla.

—Me parece que esa es precisamente la razón de su existencia.

El rey del Valle fue en busca de la alcaldesa Rehostia mientras Papidoo, nacido de la semilla de Térrico, el último de los elementales primigenios, resucitaba la tierra yerma dando bandazos y exclamando a saber qué blasfemias insondables.

Rehostia era una enana corriente y moliente. A ojos de cualquier ser humano no era más que una cabeza ancha, fea y barbuda sobre una panza pletórica y dos piernas con clara vocación de pata. Lo que la hacía distinta y merecedora de la dignidad de la alcaldía era el repente que se gastaba. La regente de Forcejeo podía estar brindando contigo por muchos lustros de amistad y, ante cualquier inconveniencia que se te escapara, te estrellaba el barril de cerveza en la cabeza y lanzaba tu cuerpo descalabrado contra un muro.

Wifo estaba advertido del carácter complicado de la alcaldesa y llevó consigo a Grosa, quien, a pesar de no ser tan impulsiva, también tenía lo suyo.

—Bebe —le ordenó Rehostia ofreciéndole una jarra.

A la enana, que aquel mindundi fuera el rey del Valle le importaba lo mismo que las normas de etiqueta que se supone que uno debe observar cuando trata con un monarca forastero. Como ella decía: «Me importa como una mierda con lazo».

Wifo bebió la enésima cerveza que tomaba desde que empezó su programa de prácticas en el extranjero. También aceptó la pata de cordero carbonizada que le ofreció Su Señoría. Con suerte, la diarrea lo atacaría una vez finalizada la conferencia.

—Tú me dirás, ¿qué quieres de nosotros? —preguntó Rehostia escupiendo las palabras.

—Necesito ayuda para salvar a esta buena gente del Valle. Están famélicos, muertos de frío y muchos de ellos enfermos.

—Que cada buey se lama su cipote —dijo la alcaldesa. Con su sentencia dio por concluida la reunión y se levantó con intención de marcharse.

—¿Y Villa Trifulcas? ¿Tampoco ayudaréis a vuestros hermanos?

—Ya has visto nuestro campamento de mierda —se dignó a responder la regidora—. ¿Crees que estamos en situación de ayudar a alguien? Cojones que no. Bastante tenemos con recuperar nuestra tierra antes de que los trolls traigan a sus familias, porque entonces no habrá quien los saque de aquí. Y esos hijos de puta son muchos y, aunque me joda admitirlo, pelean bien. Se han cargado a la mitad de mi Guardia Tronchacuellos. ¡A la mitad! Ni los putos dioses de la Guerra que bajaran a esta mierda de barrizal podrían cargarse a tantos. ¡Que me cague un dragón en los ojos y me deje ciega si miento!

«Ahora sí que la discusión está zanjada», pensó Rehostia. Pero Wifo volvió a insistir, aun cuando hacerlo podía suponer comerse un barril y quedarse sin los dientes que todavía conservaba. Si encontró el valor para perseverar fue porque a su lado Grosa ya había empezado a acariciar el filo de su hacha.

—Hagamos una cosa. Por favor, escúchame.

Rehostia miró a Grosa. Enseguida comprendió que, de organizarse una pelea, ninguna de las dos saldría de ella con vida. Esa enana de una sola ceja, labios grotescamente pintados y una flor en lo alto de la cabeza tenía pinta de poder matar a un oso a cabezazos.

—Dime —concedió al fin.

—Ayúdanos a llegar hasta Velaria. Allí pediremos refugio a los elfos para los niños, los ancianos y los heridos, tanto los nuestros como los vuestros. Los demás os ayudaremos después a expulsar a los orcos de vuestra ciudad.

—¿Vosotros nos vais a ayudar a nosotros a luchar?

—Vale, quizás no sepamos luchar muy bien, pero somos un cebo de primera.

La alcaldesa consultó la conveniencia del plan con una nueva mirada dirigida a Grosa. Esta asintió con gravedad y añadió, por si no había quedado claro:

—Es plan weno el de Su Majestuosidad el Wifo.

—Me cago en los dioses, de acuerdo. No nos vendrá mal que los elfos

nos presten un poco de comida y de cerveza. No se puede ir a la guerra con el estómago vacío y la conciencia serena. ¡Catapumba! —llamó a gritos.

—Dime, prima.

—Nos vamos a Velaria. Recogedlo todo cagando hostias.

—¿A Velaria para qué?

—Para lo que me salga a mí del mismísimo coño.

—A lo de siempre, entonces.

Ramona caminaba arrastrando los pies sobre el camino fangoso. Su ropa estaba sucia y mojada y ella apenas podía sostenerse erguida. Con voz lastimera repetía una y otra vez:

—Por favor, necesito ayuda. Me he perdido. ¿Puede ayudarme alguien? Os lo ruego.

Sus súplicas fueron escuchadas por varios orcos que merendaban carroña ocultos tras un saliente rocoso. Eran treinta miembros de la misma patrulla, y en ese momento compartían historias sobre sus hogares y familias mientras dividían a partes iguales medio cadáver de vaca. La comida escaseaba últimamente a causa de la huida de la gente del Valle.

—Carne fresca —dijo uno de ellos cuando vio a la mujer humana.

Un compañero de patrulla le chistó para advertirle:

—¡Chsss, Graun! Ten cuidado. Por aquí merodean bestias terribles. — Se refería a criaturas abyectas como enanos armados hasta la coronilla o esos miserables gnomos, que te robaban y acuchillaban mientras dormías.

—Tranquilo, está sola y desarmada. ¡Vamos a por ella!

Comprobando que se trataba de una presa fácil, se abalanzaron sobre Ramona sin precaución ninguna, profiriendo gritos feroces. Todos querían ser el primero en cazar la presa para quedarse con sus partes más sabrosas y jugosas, en especial las entrañas y los sesos.

La señora Medroso corría despavorida.

—¡Socorro! —gritaba con las manos en la cabeza, lo cual enardecía aún más a sus perseguidores.

—¡Venga, matadla! ¡Que no escape!

—Yo me pido los pechos.

—A mí con que me dejéis un cachito de tráquea me conformo, que me encanta chupar los huesos.

Unos tupidos arbustos cortaron el paso de Ramona. Los orcos ya se relamían. Graun, de hecho, casi podía tocar a la víctima con las uñas de las manos, e imaginaba ya el sabor que tendrían sus jugosos riñones.

—¡Ahora! —se oyó de pronto tras el follaje.

Las primeras en salir fueron Brusca y Cazorra, distribuyendo hachazos con violencia. A sus espaldas se apelotonaban los Veteranos, que empujaban a sus camaradas para conseguir un sitio en primera fila en la pelea. Por su parte, Ramona, armada con un palo, se había encaramado sobre sus compañeras y se asomaba como podía por encima de ellas, soltando golpes sañudos con los que intentaba alcanzar la cabeza de algún orco.

—¡Hijos de puta! —gritaba. Escupía las palabras al tiempo que se estiraba para descalabrar a alguno. A cualquiera. Le daba igual este que aquel.

Al cabo de unos minutos, la reyerta había terminado con un resultado definitivo de treinta a cero a favor de los visitantes.

—¿Cuántos llevamos ya? —preguntó Brusca. El musgo de las rocas le servía para limpiar su arma de sangre pestilente.

—Unos cuatrocientos —contestó Velloso—. Pero no es una cifra fiable. Si no los desguazáramos en trozos sería más fácil contarlos.

—Muy pocos —dijo Ramona con indisimulado disgusto—. Hay que espabilar. Y la próxima vez salid antes, desgraciados, que casi me matan.

—Nos hemos despistado un poco porque Terrón se ha caído en un agujero. No ve bien ya —dijo Cazorra sin poder aguantarse la risa.

Llevaban algunos días de marcha y, sin bien el destino apremiaba, habían decidido aprovechar el viaje para limpiar de orcos y trolls las inmediaciones del camino y las aldeas. Se trataba de una tarea necesaria y gratificante a la vez. Además no les robaba demasiado tiempo, visto lo visto.

Si el sentido de la orientación no les fallaba y los antiquísimos mapas de la biblioteca de Villa Trifulcas —que Wifo había rescatado, ordenado y clasificado— no mentían, tomando el camino que se desviaba hacia el oeste no tardarían mucho en llegar a Forcejeo.

Ramona obligaba a los Veteranos a marchar a un ritmo exigente. A pesar de ser recios enanos, la edad no perdona a nadie. No eran pocos los que

arrastraban achaques y averías que empezaban a manifestarse tras varios días de caminatas bajo la lluvia y sobre el lodo.

Debido al deterioro de su salud, buena parte de los Veteranos había cambiado sus apodos, y quienes antes se llamaban Luxación, Tormento o Calamidad ahora eran conocidos como Toses, Sabañón o Dondestoy. Seguían siendo letales en combate, sin duda, pero empezaban a sufrir esos descuidos, alifafes y fatigas propios del transcurrir de las décadas.

—Acabo de ver un trozo de madera caminando —dijo Cazorra.

—Eso es porque ya no enfocas bien —le contestó Ramona.

—Estoy hablando en serio. Era una especie de tronco con piernas y brazos, muy viejo. Y andaba apoyándose en un palo.

—A ver, ¿dónde estaba ese madero andante?

—Míralo, ahí lo tienes. Ahora hay más de uno.

«La madre que me parió —pensó Ramona—. Resulta que la enana no tenía visiones.» La señora Medroso difícilmente podía entender lo que veía, aunque lo podría describir, simplificando un poco, como un grupo de ancianas, cuya piel se asemejaba a la corteza reseca y cuarteada de un árbol, que caminaban encorvadas ayudándose de rústicos bastones.

—¿Hola? —gritó. Como ninguna de las criaturas arbóreas reaccionaba, voceó aún más fuerte—: ¿Hola? ¿Oigan? ¿Me oyen?

Fueron necesarios varios alaridos más para que una de ellas se diera la vuelta.

—Frutilda —dijo esa anciana golpeando con su bastón la espalda de otra—. Oye, Frutilda, que nos llaman.

—¿Quiénes?

—Todos esos.

Frutilda Cascarilla aguzó la vista.

—Ah, sí, ya los veo.

—¿Qué son? Parecen jabalíes y una niña —preguntó su compañera, Tomilla Bulbosa.

—¿Jabalíes y una niña? Anda que tú también estás buena de la vista. Son enanos y una mujer humana —le corrigió la señora Cascarilla.

—¡Ay, repólenes! Si es que me ha salido un liquen en el ojo bueno y con el otro ya no distingo.

Ramona se acercó al grupo decrepito acompañada de Brusca y Cazorra.

—Están ustedes sordas —les gritó cuando estuvo junto a ellas.

—Como piedras —confirmó Frutilda, que lejos de ofenderse por la observación se la tomó como la simple constatación de una evidencia.

—¿Qué son ustedes? Porque estamos todas muy intrigadas.

—Pues dríadas del bosque, qué vamos a ser. Que no lo sepan ellos que son enanos lo comprendo, pero tú, que eres una mujer hecha y derecha... Hace días me pasó algo parecido con tres enanos y un muchacho.

—¿Un muchacho así feíto, famélico y con barbas y pelos de loco? —preguntó Ramona.

—Sí, sí, el mismo. Creo que se llamaba Windows o Winston o algo así.

—¿Wifo? —La señora Medroso se sentía cada vez más inquieta.

—¡Eso, Wifo! Como para acordarse. Iba con tres enanos, pero de esos sí que no recuerdo el nombre, aunque juraría que eran dos machos y una hembra. Eso tampoco lo puedo saber porque los enanos son todos iguales. Dos de ellos creo que eran novios, y, si no lo eran, cerca andaban. Lo sé por los besuqueos y los arrumacos. Es repugnante cómo os reproducís vosotros. Con lo higiénico y prudente que es polinizar.

—¿Y sabe adónde fueron?

—Iban a la ciudad de Forcejeo, pero en lugar de regresar al camino se internaron en el bosque por la senda que va a parar al estanque del Futuro Deseo.

Al hablar de su bosque, a la señora Cascarilla le atacó una tristeza que ni la más desdichada de las personas podría llegar nunca a comprender. Su desaparición a manos de los trolls era el equivalente humano al exterminio de tu familia, amigos, vecinos y conocidos y a la destrucción de tu ciudad entera. Un genocidio de hachas y antorchas.

—¿Y ese estanque...? —quiso insistir la señora Medroso.

—Ese estanque es un sitio mágico, y como todo sitio mágico no lo entiende ni la madre que lo parió —dijo Frutilda—. Pero no os preocupéis: si querían ir a Forcejeo lo más seguro es que hayan ido allí.

Las palabras de la dríada no consiguieron calmar a Ramona. De alguna forma presentía el peligro al que su hijo estaba expuesto. En realidad no lo presentía, sino que las probabilidades de que algo malo le sucediera eran tan elevadas que su sentido común le advertía de la cercanía de una desgracia inevitable.

—Tenemos que ir a ese estanque.

—El estanque ya no existe. Ni el bosque. No existe nada. Los trolls y los

orcos lo arrasaron todo, talaron e incendiaron hasta el último brote que asomaba del suelo. Solo quedamos nosotras. Por eso vamos a la guerra.

—¿A la guerra? —preguntó Brusca—. No parecéis estar muy en forma para ir a una batalla.

Otra de las ancianas, llamada Arbustina Chirimiri, dio un paso adelante. Cazurra, con la curiosidad de un chiquillo, alargó la mano para tocarle la corteza y la dríada le partió su bastón en la cabeza.

—No os equivoquéis. Aquí donde nos veis, podemos dar mucha guerra —afirmó Arbustina con aplomo.

—Estamos hechas una mierda, es verdad, pero no subestiméis la capacidad de una dríada para pelear. Os sorprenderíais —sentenció Tomilla Bulbosa.

La noticia corrió tan rápido de las bocas a los oídos que antes del anochecer no había un solo habitante de Bellavista que no estuviera enterado de la muerte de la reina madre Benedita y de su hijo, el rey Fofón. Aunque del pequeño Mimón no había trascendido información alguna, la gente aventuraba sobre él las conjeturas más siniestras, en las que el pueblo suele encontrar cierto placer morboso.

La cena en honor del príncipe fue cancelada, no sin cierto enojo de los invitados, que llevaban semanas preparando sus atuendos y organizando los contactos que mantendrían en la corte para obtener contratos o beneficios públicos.

En cuanto al fallecimiento del monarca, el rumor que iba ganando más fuerza era el del asesinato, lo cual provocaba un estupor que alimentaba nuevas conjeturas y habladurías. ¿Quién —y por qué— podía querer asesinar a alguien como Fofón, que nunca le hacía mal a nadie, que no actuaba contra nadie, que no tenía una mala palabra con nadie? En definitiva: alguien que jamás hacía nada, ni bueno ni malo. Absolutamente nada.

Las sospechas, irremediablemente, recayeron sobre Holgón. Demasiada casualidad que Sus Majestades hubieran sido halladas muertas, cada una en una estancia diferente de palacio, justo el mismo día en que el menor de los Flojín había llegado a la ciudad, y además en compañía de aquel séquito de delincuentes.

Un grupo de ciudadanos leales a Fofón se presentó en la plaza Real. En los mentideros de Bellavista ya se contemplaba la posibilidad de que Holgón asumiera la corona del Reino, y los fofonistas no estaban dispuestos a entregarle el trono al más desequilibrado de la dinastía Flojín. Sobre todo antes de averiguar el paradero del príncipe heredero Mimón y su estado de salud.

Holgón agradeció a sus adversarios habérselo puesto tan sencillo. Estando todos apelotonados en la plaza, al gobernador no le resultó difícil sofocar la revuelta, capturar a sus líderes y ejecutarlos sumariamente. En este punto, la ayuda de la Guardia y del ejército resultó crucial.

La tarde de Su Excelencia había sido muy movida. Lo primero que hizo, tras encargarle a Assassin Cris el triple regicidio, fue asaltar el edificio de mayor importancia estratégica del Reino: el Archivo. Allí obtuvo la dirección de todos los líderes militares de la capital y utilizó la información para que sus criminales secuestraran a las familias de los oficiales de mayor rango. De esa forma se ganó la lealtad temporal del Estado Mayor, al que pensaba utilizar como un títere hasta descabezarlo en la purga que ya planeaba realizar.

Con la Guardia y las Fuerzas Armadas de su lado, a Holgón le fue fácil hacerse con el poder antes del canto del gallo más madrugador. En una ceremonia breve e improvisada se colocó él mismo la corona sobre la cabeza y se sentó a comer con ella puesta, ante la mirada turulata de los asistentes.

Nadie más alzó la voz. En especial quienes podían hacerlo: los políticos. A ellos les importaba poco quién gobernara mientras les mantuviera su estatus y sus prebendas. Con los disidentes asesinados por docenas y las protestas sofocadas a golpe de estaca, lo que Sus Señorías juzgaban más apropiado era cerrar la boca, esconderse y pasar desapercibidos, como cuando el maestro se dispone a sacar a algún alumno a la pizarra.

Si no se tiene en cuenta la sangre derramada de los opositores al nuevo régimen, podía considerarse que el cambio de poder se había producido de forma bastante pacífica.

Karma llegó sudoroso y jadeante. Sus mejillas enrojecidas bien podían deberse al esfuerzo físico, bien al enojo que demostraban sus hoscas maneras.

—¿Pero te has vuelto loco? —gritó a la vez que arrojaba su maletín y sus dos balanzas contra las delicadas baldosas de cerámica de Palin.

Holgón movió los dedos de la mano derecha igual que si fueran una boca parloteando.

—Blablabla. Que si me he vuelto loco, que si soy un puto lunático... Me aburrís. —Giró el cuello sobre su gelatinosa papada y se dirigió a los

guardias—: Dejados solos un momento. Y vosotros también —añadió refiriéndose a los criados que se afanaban en adecentar los aposentos de su hermano para dejarlos al gusto del nuevo regente—. Que no entre nadie hasta que yo os lo indique.

Holgón Flojín, ahora Su Altísima Majestad el Divino Rey de Galacia —tratamiento que había dispuesto para sí mismo en el primer edicto que mandó emitir—, digería plácidamente la cena mientras Gustino le masajeaba los pies. Llevaba más de una hora recibiendo la visita de pelotas y advenedizos que acudían para presentarle sus respetos y asegurarle su lealtad. El soberano se sentía ya agotado de fingir reciprocidad.

—¿Has matado a tu hermano y a tu madre? —insistió Karma sin templar el tono de su voz.

—Yo no. Ha sido esta —dijo señalando a Assassin Cris, que se tocó el borde de la capucha a modo de saludo y confirmación—. Y el niño se nos ha escapado.

Esta vez la asesina ni se movió. Confiaba en que alguien hubiera sacado a Mimón de la ciudad y que el chiquillo no volviera jamás a Bellavista. En caso contrario, corría el riesgo de que Holgón descubriera su desobediencia.

La explicación, como era de esperar, no convenció a Karma. La entidad estaba decidida a aplicar al demente de Holgón un castigo ejemplar.

—¿Y cómo has conseguido que te hayan coronado rey después de lo que has hecho?

—Pues ya ves. Mis ambiciones se complementan de maravilla con el miedo de mis súbditos. Formamos un buen equipo.

—Tengo que hablar con la diosa Fortuna —meditó Karma en voz alta—. Está claro que tengo un problema de comunicación con ella. No cruzamos datos y claro, luego pasa lo que pasa.

—Deberías dejarme a mí gestionar tus asuntos —se cachondeó el monarca.

Pero Karma no estaba para muchas bromas. No aquella noche.

—Se acabó, Holgón de la dinastía Flojín. No tienes ningún remedio. Darte más oportunidades es malgastar el tiempo y poner en un peligro innecesario la vida de otras personas. Te fulminaré yo mismo en este instante, no voy a esperar ni un segundo más y tampoco voy a hacer que tu castigo te llegue de la mano de un tercero. Ahora mismo entrará un relámpago por esa ventana y te dejará tieso en el sitio.

Holgón se puso de pie con la ayuda de la cabeza y los hombros de su fiel secretario.

—Eh, para un momentito, no tan deprisa —advirtió a la entidad—. Tú no vas a hacerme nada.

—¿Ah, no? ¿Y por qué, si puede saberse?

—Atiende, que esto te va a encantar. He dado orden de que si algo me sucediera, maten a los hijos primogénitos de todas las familias de Galacia y propaguen el rumor de que ha sido cosa tuya, que te has vuelto loco.

La cara de Karma era el trampantojo de un muñeco de nieve. Sus mejillas perdieron el color y sus ojos se abrieron tanto que parecían los botones de una chaqueta.

—Pero..., pero... No habrás sido capaz.

—¿De verdad crees que soy incapaz de algo? —En vista de que la entidad primordial no contestaba, Su Altísima Majestad fue concluyendo, pues tenía ganas de tomarse su leche con galletas y acostarse—. Tú verás lo que haces, aunque mi consejo es que me dejes de una vez en paz y te dediques a regularle la balanza a otros. En un mundo tan podrido como este no te faltará el trabajo. En cuanto a mí, da por hecho que soy un caso perdido. Todos tenemos alguno, ¿no? Pues yo soy el tuyo. Acéptalo para que ambos podamos dedicarnos a nuestros asuntos sin distracciones.

A Karma la oferta no le sonó del todo mal. Quizás lo más inteligente sería dejar que fuera Justicia quien se encargara del caso. Eso suponiendo que tuviera remedio, lo cual era mucho suponer. Aun así, le rondaba una duda que deseaba resolver antes de cerrar aquel expediente.

—¿Sigues sin comprender la maldad de tus actos? ¿No sientes siquiera un poco de empatía?

—Comprendo perfectamente la naturaleza oscura de mis actos —le explicó Holgón —, pero me importa tres pepinos. Soy el León de Galacia, y no tengo noticias de que los leones se disculpen por los ciervos que se comen o los cachorros que matan. ¿Te imaginas a un felino pidiendo perdón o mostrando escrúpulos o remordimiento? No, ese no es el lugar del rey de los animales.

«Ni siquiera Justicia o Venganza podrán resolver esto —pensó Karma—. Quizás Azar, con el tiempo...» Hablaría con él por si se pudiera hacer algo, pero lo veía muy negro. Al fin y al cabo, Fortuna y Azar favorecían a los audaces, y Holgón Flojín era un hijo de perra muy osado.

—Por cierto —agregó Holgón cuando Karma ya se marchaba—, quiero que sepas que todo esto es culpa tuya. Si no hubieras metido las narices en mis asuntos, la familia real seguiría viva. Pero como en todo te metes...

—Claro. Y habrían pagado tu demencia los enanos —gruñó la entidad.
El rey se cachondeó:

—Los enanos, ya ves. Como si a alguien le importaran.

Riñas y Follón iban delante abriendo la kilométrica caravana. Se pasaron casi todo el trayecto cantando a coro con los enanos de Forcejeo. La música enana era muy rítmica, sin instrumentos musicales pero con abundante percusión a base de golpes, puñetazos y ruidos que hacían con sus bocas. En cuanto a las letras, lo cierto es que no había mucha variedad temática. Casi todas las canciones hablaban de peleas, matanzas, borracheras y el trabajo en la mina, lo cual no daba para una excesiva riqueza argumental.

Detrás de Riñas y Follón iba Grosa intentando seguir el compás con palmadas asíncronas. Como no se sabía las canciones, mascullaba un montón de vocales y luego, ya a gritos, repetía la última sílaba de cada estrofa, después de que todos la hubieran entonado.

Papidoo también viajaba con ellos. Iba sentado sobre el hombro de Riñas, como siempre, pero no cantaba ni aplaudía como cuando lo conocieron. Llevaba ya varios días muy enfadado con los enanos, con los humanos, con los trolls y con todo el mundo en general, puesto que nadie parecía preocuparse por las criaturas vegetales que habían muerto en la guerra. Cuando alguien le dirigía la palabra, el pequeño elemental se limitaba a mirarlo con desprecio y a escupir despectivamente en el suelo. Entonces, en el lugar en el que caía cada escupitajo, se obraba el prodigio de su magia primigenia y nacía un arroyo o una charca rodeada de vegetación.

La columna, a consecuencia de su tamaño y su variada composición, avanzaba a un ritmo más lento del deseado. Cerca de mil enanos se habían quedado en el campamento, y el resto había emprendido el viaje, con sus heridos y la gente del Valle, hacia el Reino de los elfos de hielo. El plan de Rehostia era escoltar al convoy hasta Velaria y luego regresar a organizar una «respuesta diplomática» para los trolls.

Con las astas de algunas armas y unas cuantas cuerdas y pieles, habían improvisado unas camillas sobre las que viajaban los enfermos, los impedidos y los barriles de cerveza. El resto caminaba penosamente sobre el empedrado resbaladizo del camino o sobre los arcones enfangados. Mojados, hambrientos y derrotados, pero cantando y haciendo ritmos con la boca y las manos.

A Wifo le apenaba dejar atrás una ciudad legendaria como Forcejeo, con sus torres gruesas como montañas y sus murallas inclinadas. Pero los enanos se comportaban como si no les importase lo más mínimo ver su hogar invadido de trolls y devorado por las llamas. Llevaba meses conviviendo con ellos y daba por hecho que jamás llegaría a comprender su forma de pensar.

Cuando le echó en cara a Robusta que los enanos sufrían de un optimismo enfermizo, ella le contestó que llorando y lamentándose no se conseguía nada. Un enano tenía la obligación de estar alegre desde que nacía hasta que moría. Al preguntarle Wifo si no podían cambiar un poco de esa alegría por una pizca de sentido común, ella le contestó:

—¿Puede acaso un poni dejar de ser un poni y echar a volar? Podría volar, pero solo si lo tiras desde una torre y solo durante unos segundos antes de hacerse papilla contra el suelo. Podríamos decir que los ponis planean, no vuelan.

Esa fue su explicación. Y Medroso no insistió porque sabía que no serviría de nada.

Rehostia decidió dar un rodeo para no pasar cerca de Forcejeo. Aunque no le faltaran ganas, no era el momento de liarse a guantazos con los trolls. Y eso que incluso los enanos heridos querían pasarse por allí para «despedirse» de ellos. Pero la alcaldesa se mostró firme en su negativa, cosa que agradecieron los hombres y mujeres del Valle. A ellos no les importaba vivir como cobardes mientras pudieran seguir vivos. Lo importante de la vida, para un campesino, no era cómo sino hasta cuándo.

Wifo echó un vistazo a través de un catalejo a la imponente ciudad de Forcejeo.

—La puerta no está destruida. Está abierta —observó—. ¿No habían invadido los trolls la ciudad?

—No entraron los trolls; salieron los enanos —le explicó Robusta—. Hicieron lo que tenían que hacer: salir y dar la cara en lugar de ocultarse detrás de unos muros. Es lo que dicta nuestro código de honor.

—¿Y por qué tenéis murallas entonces?

—Si no tuviéramos murallas, ¿dónde pondríamos entonces las puertas secretas? No sabes nada, Blandito. Perdón; no sabes nada, rey Wifo del Valle, quería decir.

Una mañana fría y nublada llegaron por fin a su destino en Velaria. Lo supieron en cuanto divisaron, sobresaliendo de las montañas, la torre de cristal y diamantes, en forma de aguja, que se alzaba hacia el cielo hasta clavarse en las nubes. Wifo había visto aquella edificación antes, representada en un cuadro en el Museo de Arte Élfico de Bellavista. Pero la de verdad era mucho más impresionante. El arte, a veces, es una simple sombra de la realidad.

—He ahí la Atalaya del Infinito que custodia las puertas de Velaria — anunció con solemnidad, poseído de un sentimiento de sobrecogedora fascinación.

—Una puta mierda —dijo Rehostia.

Para los enanos el vidrio no era un material que mereciera la pena trabajar.

Enseguida la gente del Valle se contagió de una vivificante sensación de esperanza. Por fin podrían ponerse a salvo de la guerra y disfrutar de algunas de las comodidades que tanto echaban de menos; en especial la comida caliente, una cama seca y una generosa dosis de entretenimiento banal.

Pero lo que hallaron a su llegada a las Montañas Gélidas no fue lo que ellos esperaban.

El paso de Nopasaréis estaba cerrado por un grueso muro de hielo de tantos metros de ancho como de alto. Un bloque liso y brillante de agua helada que daba la impresión de ser impenetrable. Ni siquiera tenía puertas secretas; información que, de haberla sabido los enanos, habría provocado un gran revuelo en sus filas.

La imagen que encontraron frente al muro era estremecedora. Había ya mucha gente allí, hacinada sobre la nieve, hambrienta y aterida. Algunos elfos les habían lanzado mantas, comida y hierbas medicinales desde lo alto de la muralla, pero ese gesto de buena voluntad no bastaba para satisfacer ni siquiera las urgencias. Y, mientras tanto, las carretas de los traficantes no

dejaban de llegar con más personas que sumar a la aglomeración de refugiados. Los descargaban a unos cuantos kilómetros de distancia para que no descubriesen la verdad antes de que ellos se marcharan a por un nuevo cargamento de exiliados.

Tan desesperada era la situación que llegó un momento en que las personas acampadas junto al muro se enfrentaban a los recién llegados y los expulsaban, como si fueran extranjeros tratando de colarse en su campo de concentración.

Pero lo que más preocupaba a la gente, no obstante la falta de comida y abrigo, era la inminente aparición de los trolls y los orcos que venían de arrasar el Valle. Si esas bestias ponían un pie allí, los cazarían como a gallinas en un corral.

La llegada de Rehostia provocó un gran revuelo en el campamento. Los vallenses necesitaban aferrarse a cualquier perspectiva de supervivencia, y la presencia de los enanos acorazados les permitía librarse, por lo menos, del miedo a los trolls.

Además, no tardó en extenderse el rumor de que con ellos venía un nuevo rey del Valle. Aquel de quien hablaban los augurios. Un joven, apuesto y aguerrido paladín que, cubierto por su armadura dorada y blandiendo una espada de fuego, salvaría a su pueblo de todos sus peligros a lomos de un corcel negro de mirada ardiente.

La gente acudía en multitudes a conocer al nuevo monarca, al que ya se referían como Wifo el Terrible, Wifo el Indómito, Wifo el Salvador e incluso Wifo el Destructor de Mundos. La historia había ido engordando de boca en boca hasta convertir al rey en un semidiós que lo mismo podía fulminarte con su filo llameante que enamorarte con una simple inclinación de párpados. Las chicas jóvenes —y también algunos muchachos—, sin siquiera haberlo visto, ya soñaban con caer desmayadas entre sus brazos legendarios. Por eso Grosa no se despegaba ni un segundo del estudiante; «por si las mosquitas y moscones». No se había visto nunca a la enana tan seria y concentrada como lo estaba en proteger a su amado de cualquier agresión física o insinuación sensual.

Pero los aldeanos fueron conociendo al auténtico Wifo Medroso. Iban muy ufanos a su encuentro, afirmando que ya no necesitaban la ayuda de Velaria ni de los enanos, que tenían a su rey legendario, y entonces veían con

sus propios ojos a Wifo y volvían cabizbajos a rogar una vez más a los elfos que los dejaran pasar y a los enanos que los protegieran.

Tras hallarse en presencia de Wifo, los ancianos lloraban de desesperanza. Los niños lloraban porque lloraban los ancianos. Incluso hombres y mujeres adultos no podía evitar que las lágrimas se les cayeran de los ojos al ver frustradas, de repente, todas sus expectativas. También las chicas jóvenes —y algunos chicos— regresaban y tachaban con rabia y desdén el nombre del rey de sus cuadernos escolares, resignándose a continuar soñando con fantasías más asequibles.

A Wifo ya no le importaban esos desprecios, a los que había terminado acostumbrándose a fuerza de convivir con ellos. La gente suele crearse unas expectativas sobre ti basadas en sus propios deseos y necesidades, sin tener en cuenta, ni consultar siquiera, lo que tú quieres o puedes ofrecer. Y cuando ven esas expectativas defraudadas, te echan la culpa de haberlas frustrado. Cosas que esperan de ti pero que no se han molestado ni en hacértelas saber. Para Medroso solo cabían dos alternativas ante algo así: o caer en el cinismo o en la indiferencia. Y lo segundo le resultaba más benigno a su sistema digestivo.

Rehostia estuvo recabando información entre los lugareños del Valle y constató lo que ya se sabía: que los elfos no los dejaban entrar en Velaria y que no les explicaban la razón de tal prohibición. Las autoridades élficas habían establecido una cuota de veinte personas diarias que podían entrar en su Reino, pero la estaban incumpliendo por motivos igualmente desconocidos. Hasta el momento, solo habían podido acceder doce ancianos a través de una puerta mágica que se abrió en el muro helado. Un vórtice azul que apareció de repente, se tragó a los abuelos y se contrajo sobre sí mismo hasta desaparecer con un chispazo. De eso hacía ya tres días, y de los yayos no habían vuelto a tener noticias.

La alcaldesa Rehostia y su primo Catapumba disculpaban hasta cierto punto el comportamiento de los elfos. Que no dejaran entrar a los humanos en sus tierras les parecía comprensible. No eran de fiar. Los enanos sabían que la gente del Valle los estafaba en sus intercambios comerciales, aunque accedían porque el oro les sobraba y les faltaba la comida y la bebida. Pero

era habitual que, en no pocas ocasiones, les cobraran una oveja al precio de un rebaño entero. Y que aun así les regateasen para rapiñarles unas piastras de más.

En palabras de Rehostia, el muro helado era «alto de cojones», pero su voz podía escalarlo y llegar clara y estruendosa hasta su cima.

—¡Abrid la puta puerta!

—No podemos —contestó un vigía desde las alturas.

—Cómo no vais a poder. Soy enana, así que sé de sobra que todo muro tiene por lo menos una puerta secreta. Abrid.

—No —insistió el elfo—. Es que no podemos abrir porque no nos da la gana.

—¡A ver, tú, el del polo de mierda por cara! —le gritó a otro Impoluto—. Abre ahora mismo, que tenemos que poner a buen recaudo a nuestros bebés y a nuestros heridos.

El segundo elfo no solo se negó también a abrir el muro, sino que disparó una flecha que se clavó a los pies de Rehostia.

—La próxima irá directa a tu garganta —amenazó.

La alcaldesa de Forcejeo retrocedió unos pasos. Sabía que un Impoluto te podía acertar en un ojo a doscientos metros de distancia.

—¿Pero qué tripa se les ha roto a estos? —comentó con gestos desairados.

No dejar pasar a los vallenses tenía una disculpa, pero hacerles lo mismo a los enanos no tenía lógica ni perdón. Ni que fueran unos salvajes...

—Quizás si se lo pido yo como rey del Valle y de una manera más cortés... —propuso Wifo.

—Tú verás si te quieres quedar sin ojo —le contestó Rehostia—. Nosotros vamos a echar este muro abajo hagas lo que hagas.

—Pero si tú eres un cobarde, Blandito. Te vas a desmayar —le dijo Riñas cuando la alcaldesa se marchó a hablar con su primo y sus oficiales—. ¿Y si te disparan y te matan? ¿Y si uno de esos elfos te tira una flecha que se te clava en el ojo y te atraviesa los sesos y se te cae el cerebro al suelo por el agujero entre dolores terribles? ¿Eh? ¿Y si pasa eso? O te quedas tuerto y tonto, que yo eso lo he visto.

—Riñas, por los dioses, que ya estoy bastante asustado como para que tú encima me digas esas cosas. Me pueden matar, pero hay que poner a esta gente a salvo antes de que lleguen los trolls.

«Y pensar que cuando empecé estas prácticas yo solo quería volver a Bellavista con un sobresaliente, convertirme en profesor y conquistar a Evermon con mi irresistible erudición —iba pensando por el camino—. Quien haya dicho que estudiar en el extranjero es una experiencia enriquecedora que todo joven debe probar, no sé dónde habrá hecho sus prácticas, pero seguro que en ninguna ciudad enana.»

Tal como había propuesto, Wifo se situó a los pies del muro y ahuecó las manos alrededor de su boca para que le oyeran los elfos. Lo acompañaban Grosa, Riñas, Robusta, Follón y el viejo Timoro. Esa no parecía, en modo alguno, la camarilla de un soberano, pero era lo que había.

—Soy el rey Wifo del Valle —gritó a pleno pulmón.

Los guardias sobre la muralla se tomaron un momento para murmurar entre ellos. No tenían constancia de la existencia de ningún rey en el Valle, pero accedieron a parlamentar.

—Habla, rey Wifo —concedió un Impoluto.

La acústica del lugar amplificaba su voz hasta hacerla perfectamente audible a muchos metros de distancia.

—Debéis abrir el paso de Nopasaréis y dejarnos entrar. Los trolls no tardarán en llegar, y aquí hay niños, ancianos y gente enferma que necesita cuidados.

—Ya os hemos dicho que no. ¿Por qué insistís? Poneros pesados no os servirá de nada.

Cuando Wifo vio que los elfos no mostraban intención de disparar, se decidió a continuar con su argumentación.

—La Convención de la Isla Kraken, que vosotros mismos promovisteis y firmasteis, establece la obligación de dar asilo a aquellos que lo necesiten en caso de guerra, hambruna o similar calamidad.

—Espera, que avisamos a la encargada —dijo un elfo.

El soldado desapareció tras la mole de hielo brillante y tardó un buen rato en regresar.

Entretanto, Wifo y sus compañeros esperaban de pie sobre la nieve. A su alrededor se habían ido reuniendo centenares de personas que asistían con gran interés a las negociaciones. Todos los observaban sin apartar la mirada ni un instante. Grosa los saludaba y sonreía, pero los demás no sabían ya qué hacer para sobrellevar aquella vigilancia escrutadora. Riñas optó por dedicarles muecas grotescas que dibujaba deformándose los ojos y la boca

con los dedos. A Wifo solo se le ocurrió silbar y mirar fijamente al suelo mientras daba patadas a la nieve.

La oficial elfa llegó por fin con la armadura a medio poner y el pelo alborotado. Después de un bostezo leonino, se dignó a solventar de una vez por todas la controversia:

—Hemos consultado lo de la Convención de la Isla Kraken y el texto es bastante impreciso. Estamos obligados a conceder asilo, pero no se especifica a quiénes ni a cuántos. Así que os vamos a hacer una última oferta que esperamos que aceptéis. Sobre todo porque no pensamos haceros ninguna otra. No podemos estar aquí perdiendo el tiempo con estos asuntos triviales.

—¿Qué oferta? —intervino Robusta, que sentía una más que justificada desconfianza.

—¿Y esta quién es? —preguntó la elfa.

«¿Y ahora qué digo?», pensó Wifo. No tenía esas contingencias previstas.

—Es..., eh..., mi jefa de la Guardia.

—¿Una enana?

—Sí, bueno, ya conoces la legendaria ferocidad de su raza.

—Tú sabrás lo que te haces, rey del Valle. Pero yo venía a exponeros nuestra última proposición, así que escuchad bien. Daremos asilo a vuestros líderes y a sus familias. Podréis, además, llevar con vosotros un sirviente por cada unidad familiar. Si yo fuera tú, aceptaría, porque no vas a conseguir de nosotros un compromiso mejor.

Resultaba turbador el silencio que mantenía mudos a los centenares de hombres y mujeres que rodeaban a Wifo, esperando de él una respuesta. Los individuos más importantes y notables del Valle, aquellos que supuestamente entraban dentro de la categoría de asilados establecida por la elfa, se abrieron paso a empujones entre la muchedumbre y asaltaron al rey con gritos apremiantes.

—Acepta —le decían—. Al menos podremos ponernos nosotros a salvo, tú incluido. Mejor que sobrevivan unos pocos que nadie. Una vez estemos dentro, ya fuera de peligro, podremos negociar una solución para los demás desde una posición más ventajosa.

Los argumentos eran infinitos, y los sobornos los hacían ascender, en la escala de persuasión, de convincentes a casi irrefutables. «Salvar la vida de algunos vallenses, obteniendo por ello una suma indecente de dinero, no

parece la peor de las opciones posibles», pensó Wifo. ¿Pero por qué le correspondía a él tomar aquella decisión de tanta importancia? Él no era un político; solo era un estudiante involucrado por la fuerza en una guerra que no era de su incumbencia. Y todo por esa absurda invención del viejo Timoro de hacerle pasar por rey.

Al fin, zarandeado y apremiado, se vio obligado a resolver. Se dirigió a los elfos apostados sobre el muro y les gritó:

—¡Que os zurzan! —Pero cuando ya se disponía a irse, se volvió para gritar otra vez—: ¡No, que os zurzan no! ¡Que os den por culo! —Y levantó su dedo corazón hacia el cielo.

La multitud prorrumpió en ovaciones y silbidos, ahogando las quejas de los gerifaltes que habían estado tentando los oídos y los bolsillos del monarca. Para el populacho su rey seguía pareciendo una mierda desharrapada, pero tenía huevos y les había dicho a los elfos lo que todos deseaban decirles. Había estado a la altura y se había ganado los vítores. No es que fueran a considerarle de repente un héroe —no con ese aspecto de pedante andrajoso—, aunque lo tendrían en mejor consideración a partir de ahora.

Wifo se solazó en aquel baño de aplausos. Era el primero que se daba en su vida y la sensación le pareció incomparable. No sabía que cuando el ego come hasta saciarse, la digestión es aún más placentera que la ingesta. Se estuvo recreando en su triunfo político hasta que la multitud tuvo que dispersarse bajo la lluvia de flechas que les lanzaron los elfos.

Las dríadas iban montadas encima de los enanos. No les gustó tener que hacerlo, desde luego. Por las velocidades imprudentes que alcanzaban los hijos de la Roca caminando, las asustadas ancianas creían que se iba a desintegrar, y eso que iban a unos cinco kilómetros por hora.

Arbustina Chirimiri, que viajaba a caballito sobre Brusca, le iba soltando bastonazos en la cabeza para que frenara en las curvas. Y la arreaba con toda su alma. A veces también sin venir a cuento, solo porque la coronilla de la enana se le ponía a tiro.

—¿Cuántos años decías que tenías? —le preguntó Tomilla Bulbosa a Cazorra, aferrándose penosamente a sus hombros para no caerse.

—Ciento noventa y siete.

—Fíjate..., ciento noventa y siete añitos. ¡Quién los pillara! Menuda era yo con esa edad. No me acuerdo muy bien, claro, porque el tiempo te quita los recuerdos que te ha ido dando, pero tenía que ser guapísima entonces, con un follaje tierno y espeso. Yo era un nogal muy exuberante, ¿sabes? En primavera y verano era verde, pero en otoño se me ponían todas las hojas amarillas amarillas. Ahí es cuando más guapa me veía, justo antes de quedarme desnuda.

—¿Pues cuántos años tienes tú? —preguntó la enana ya escamada. Para ella tener casi doscientos años no era precisamente andarse por la infancia.

—¿Yo? Ya he perdido la cuenta. No recuerdo ni qué cené anoche... Bueno, sí, cené agua, como todos los días. Pero mira, para que te hagas una idea. Cuando di mis primeros frutos todavía no había hombres en el Valle ni enanos en las montañas. Allí donde ahora hay una casa, un granero o una fragua, antes había un árbol. Pero cada vez quedamos menos. Nuestro problema es que no podemos correr. Os vemos llegar con las hachas y solo podemos mover las ramas pidiendo misericordia.

Dríadas y Veteranos, al ser los más ancianos de sus razas, habían congeniado razonablemente bien. No solo comparaban los achaques propios de la edad, en una suerte de competición por decidir quién estaba más averiado; también establecían vínculos emocionales a partir de la añoranza de los tiempos pasados, que siempre son mejores que los presentes, ya que la memoria es más indulgente que la consciencia.

Cuando llegaron a las inmediaciones de Forcejeo, los enanos que allí encontraron pensaban que lo que veían era consecuencia de alguna partida de cerveza adulterada. Al principio creyeron que sus primos de Villa Trifulcas portaban fardos de leña sobre sus espaldas. Cuando descubrieron que aquellos bultos de madera seca y crujiente eran, en realidad, dríadas del bosque, tuvieron que llamar a algún camarada sobrio para que certificase que no se habían vuelto locos.

—¿Los demás? Se fueron ayer por la mañana a la tierra de los elfos de hielo —respondió un enano a las preguntas de Ramona—. A llevar a los heridos más graves y a los niños más pequeños, los que todavía no luchan. Iban con un montón de gente del Valle y con su nuevo rey, un tal Wifo Medroso.

A Ramona se le atragantó la saliva al oír lo último.

—¿Wifo Medroso? ¿Un chico joven, así de alto, bastante feúcho y birrioso?

—Sí, era justo así como lo describes.

—¿Estás bien seguro? ¿Wifo Medroso de Bellavista, bastante flaco, aprensivo y cobardica?

—Se desmayó cuando le dijimos que Forcejeo había sido invadida por los trolls.

Era él. Sin duda alguna. Lo de «rey del Valle» era lo que no tenía sentido. ¿Cómo narices se había metido en ese berenjenal? Quizás pareciera absurdo pero, de ser verdad, su hijo corría un serio peligro. Wifo podía desenvolverse más o menos bien en el anonimato, donde pasar inadvertido era su mejor garantía de supervivencia, pero exponerse al escrutinio público no solía traerle más que problemas.

Por eso su madre, que para algo están las madres, se dispuso a llevar de vuelta a su pequeño a la zona segura de la apacible mediocridad. Urgía llegar cuanto antes a Velaria. Esta vez sí.

Rehostia había reunido a un grupo de guerreros frente al muro de hielo. Iban a echarlo abajo a hachazos. Lo habían intentado dialogando, pero si no podía ser por las buenas, sería por las malas.

En un primer intento sobreestimaron su capacidad de hacer las cosas por las bravas, sin más planificación que lanzarse desordenadamente contra el muro. Pero eso contra los elfos no servía. El cielo les escupió una tormenta de flechas que, de haber sido esa su intención, los habría matado a todos. Por suerte para ellos, los arqueros solo apuntaron al culo.

Esa primera oleada regresó cojeando y frotándose las nalgas agujereadas. La segunda se preparó mejor.

Con los escudos en alto formaron un caparazón, parecido al de una tortuga, bajo el que se protegerían de los proyectiles. Así guarnecidos, pretendían acercarse al bloque de hielo y abrir en él una puerta cuadrada por donde cupiera un enano tanto de alto como de ancho.

Esta formación ofrecía una cobertura extraordinaria contra cualquier objeto volador que impactara sobre ella, permitiendo a quienes iban dentro moverse con total seguridad. Lo malo era que el armazón de escudos estaba tan bien cerrado que los enanos, desde su interior, no veían nada del exterior. Otro compañero debía guiarlos desde fuera para que llegaran a su destino en vez de caerse por un barranco o acabar detrás de las líneas enemigas después de dos horas dando bandazos.

Wifo estaba en una tienda de tela primorosamente adornada y calentada con una lumbre que chisporroteaba en el centro de la estancia. Era una carpa que había pertenecido a un rico comerciante de cerveza hasta que Riñas y compañía lo sacaron de allí a patadas. Ahora eran el rey del Valle y su camarilla de enanos quienes se alojaban en aquel suntuoso trozo de tela.

Su Majestad Medroso llevaba puesto el abrigo de leopardo de las nieves que le había fabricado Grosa, un par de botas confiscadas a un peletero, dos guantes de seda y unas polainas de terciopelo sobre calzones de hilo bordado. Lo mejor que habían encontrado en todo el campamento de refugiados. Grosa también le había tallado un cetro en cuyo extremo había engastado una esmeralda del tamaño de una mandarina. La enana no tenía ni idea de qué

estaba pasando. Su cerebro todavía estaba procesando los acontecimientos de días anteriores, así que se limitaba a cumplir recados y mantenerse alerta contra cualquier peligro que pudiera acechar a Wifo. Ahí tenía que entrar en juego su perspicacia para distinguir las sutilezas en las que su mente solía perderse. Por ejemplo, no podía seguir dando palizas a las adolescentes que se acercaban a Wifo para pedirle un autógrafo, pero debía, en cambio, partirles la cabeza a las personas que iban a insultarle. Eran matices difíciles de distinguir, pero se iba haciendo con ellos.

—Yo te otorgo mis bendiciones —le dijo Wifo a un hombre del Valle arrodillado ante él, pasándole su cetro sobre los hombros y la cabeza.

Su Majestad había dispuesto que todos sus vasallos pasaran por su tienda de campaña —ahora llamada Salón del Trono— para recibir su gracia divina. La cola de gente daba dos veces la vuelta al campamento. Miles de aldeanos a los que no les quedaba claro todavía quién era ese nuevo rey, de dónde había salido y quién lo había coronado.

—Ve, y que mi luz te ilumine.

Después de oír la fórmula beatífica, Follón le indicaba por gestos a cada campesino que besara la mano del rey y que saliera, en silencio, por la puerta trasera. Riñas y Robusta se encontraban detrás del estudiante, aguantándose a duras penas la risa.

Pero Wifo no le veía comicidad a la situación por ningún lado. Los enanos se reían porque eran unos ignorantes predestinados a una existencia de banalidad. Él, en cambio, era rey. Ni profesor de la Alta Escuela ni mediocridades semejantes. ¡Rey! Por eso el estanque lo había enviado allí. Tenía que ser cosa de los dioses, que lo habían elegido para cumplir un cometido glorioso. Sus estudios de Enanología ya no le interesaban. Ser un poderoso soberano era su destino.

El viejo Timoro se acercó a él hasta ponerse a su lado. No sabía si Wifo estaba interpretando su papel de regente con indiscutible talento escénico o si el poder se le estaba subiendo a la cabeza hasta volverlo completamente imbécil.

—Majestad —le dijo—. Hay una mujer que pregunta por usted.

—¿Una mujer?

—Sí, pregunta por Wifo y dice que ni rey ni puñetas. ¿La hago pasar?

No hizo falta. Ramona entró en la carpa sin esperar la invitación del mayordomo real.

—¿Se puede saber en qué andas metido ahora? Yo preocupada por ti y tú aquí jugando a los cortesanos.

Wifo se tragó el susto como pudo. Un rey no debía mostrar debilidad ante los vilipendios de una subordinada; más aún cuando sucedía delante de tantos testigos. Con una determinación desconocida en él, alzó su cetro real y exclamó:

—¡Póstrate, súbdita!

El guantazo de Ramona no podría haberlo esquivado ni el más ágil entre los elfos del bosque.

—¿Pero cómo que súbdita, desgraciado?

Grosa también era rápida, a pesar de su morfología esférica y sus patas corvas y voluminosas. Cuando vio la mano de aquella mujer humana cruzando la cara de Wifo de una oreja a otra, arrancando de sus mofletes el sonido que una rama seca al partirse, se abalanzó sobre ella con el hacha en ristre. Pero si Grosa era veloz, Brusca lo era todavía más. La jefa de la Guardia se movía como una centella rechoncha de fuerza irresistible. En cuestión de un instante, volando por el aire igual que una osa lanzada por una catapulta, interpuso su hacha entre el arma de Grosa y el cuerpo de Ramona.

Ambas enanas rodaron por el suelo y se enzarzaron en un combate a puñetazo limpio que amenazaba con desvencijar todos los muebles de la tienda real. No había nadie que las separase. Los humanos escaparon de la lona con la agilidad del campesinado asustadizo, Cazorra se estaba mondando de risa, y Riñas, Follón y Robusta jaleaban a las luchadoras y hacían apuestas. Se trataba de un combate muy igualado que podía durar horas. Brusca contaba con una mayor agilidad y más pericia en el combate, si bien Grosa se tomaba más a pecho las cosas, lo que le otorgaba la ventaja de una predisposición más fanática.

—Basta, Grosa —dijo por fin Brusca después de recibir un sillazo en la cabeza—. Esta mujer es Ramona, la madre de Wifo.

—¿La ama del Wifo? —Como Grosa no había visto nunca a la madre de Wifo pensó que no tenía una. Enseguida se recompuso la ropa, volvió a colocarse la flor en la cabeza y estiró la mano, ofreciéndosela a Ramona—. Es plaser. Yo la Grosa —dijo mientras estrechaba la mano de la señora Medroso y la agitaba con vehemencia. No le dio un cabezazo porque no llegaba, así que puso toda su fuerza en el apretón para no resultar maleducada.

—Vale ya, que me vas a romper el brazo —dijo Ramona.

Wifo seguía frotándose el carrillo enrojecido. Una de dos: o su madre había ganado fuerza o había mejorado su técnica, porque nunca le había soltado un guantazo de tantísima calidad.

—Jo, mamá, este ha dolido...

—Eso es para que la próxima vez te lo pienses muy mucho antes de hablarle así a tu madre. Yo no me he postrado ante nadie en toda mi vida, y menos aún delante de un mocoso. Y ahora ven a darme un abrazo, que me tenías muy preocupada.

Riñas y los demás estaban asombrados. Por lo que parecía, la tal Ramona era la madre de Blandito y a la vez la nueva alcaldesa de Villa Trifulcas, y estaba claro que se gastaba un humor de mil grongos. Los trolls habían invadido su ciudad mientras los enanos estaban fuera. Entonces los Veteranos, con la señora Medroso a la cabeza, habían recogido a unas dríadas y habían venido hasta aquí todo lo rápido que habían podido. Un lío de tres pares de narices que dejó a Riñas, Robusta y Follón anonadados y a Grosa al borde del colapso cerebral.

—Pero no acaba ahí la cosa —anunció Ramona—. Todavía falta lo más increíble de todo. No han sido los trolls quienes han provocado esta guerra, sino los elfos.

—¡Arró! —exclamó Riñas.

Menudo final para un relato. La madre de Blandito sí que sabía dramatizar las noticias interesantes.

—Claro. Por eso se abrían las puertas secretas sin explicación —dijo Pedrolo confirmando así el relato de su jefa.

—Y por eso no nos dejan ahora entrar en su país —dedujo Robusta en voz alta.

«¿Pero por qué los elfos hacen esto si siempre han sido nuestros aliados?», pensaron los enanos. Unos aliados que nunca se habían profesado un mutuo respeto ni afecto, pero aliados al fin y al cabo. Y con enemigos comunes, que es lo que más une.

Salieron todos de la tienda de campaña con Wifo a la cabeza. Era necesario continuar con el paripé monárquico y aparentar normalidad, aunque la historia del guantazo que le había dado Ramona y la pelea de Brusca y Grosa ya había corrido por todo el campamento.

—¿Y esta quién es? —se preguntaban los campesinos entre sí cuando veían a la señora Medroso.

—Por lo visto es la madre del rey.

—Y dicen que también es la alcaldesa de Villa Trifulcas.

—Qué me dices...

—Lo que oyes.

—A ver, con estas familias modernas de ahora es lo que pasa. Que ya no hay valores.

—Una mujer viuda debería estar en su casa guardando el luto y criando a sus hijos, no aquí en comandita con los enanos —opinaban, sobre todo, las mujeres.

Mientras el soberano y su séquito caminaban hacia el muro, la gente les señalaba y cuchicheaba a su paso. Las cotillas más acreditadas se habían encargado de propagar toda clase de rumores sobre Ramona, a cada cual más falaz y estrafalario. No soportaban ver a una mujer fuerte y dueña de sí misma controlando la situación. Eso de la igualdad de sexos era cosa de los elfos y los enanos; dos razas que no observaban adecuadamente las leyes de los dioses, las cuales establecían, de manera ineludible, que la mujer venía al mundo para servir al hombre y hacerse cargo del hogar, no para embarcarse en locas aventuras masculinas.

Ramona, por su parte, ojeaba a la muchedumbre chismosa con displicencia. Aquellas miradas despreciativas no eran nada que no viviera a diario en Bellavista.

—¿Dónde está ese muro, que yo lo vea? —preguntó.

—Ahí mismo, un poco más adelante —le indicó Pedrolo—. Lo he estado inspeccionando y se trata de una mole de hielo de origen mágico. Pero a pesar de eso estoy convencido de que podemos agujerearlo con el lanzallamas.

La señora Medroso se volvió hacia el camarada alquimista y le regaló una mirada de complicidad.

—¿Entiendes ahora lo que te decía de tus inventos? Destruyendo también se pueden crear muchas cosas buenas.

Ante el muro de hielo que cerraba el paso de Nopasaréis estaba la tortuga que los enanos de Forcejeo habían formado con sus escudos. Impenetrable era, eso se veía enseguida y nadie lo ponía en duda; pero que se trataba de una tortuga ciega y sorda tampoco había quien pudiera negarlo. Los cincuenta enanos apiñados en su interior iban de un lado a otro dando bandazos como un pato mareado mientras Catapumba se dejaba la garganta intentando dirigirlos:

—¡A la derecha! ¡No, no tanto! ¡Un poco más a la izquierda! ¡Cuidado con el montículo, que os lo tragáis! ¡Vale, no pasa nada, levantaos del suelo y cuidado con el próximo!

Todo ello complicado por las salvas de flechas que lanzaban los elfos, esta vez sí, a dar. Los arqueros apuntaban a los pies por ser la única parte del cuerpo que el caparazón de escudos dejaba al descubierto, de modo que los enanos que formaban el perímetro exterior de la formación sufrían la dificultad añadida de los constantes agujonazos.

Catapumba sintió cómo unos dedos lo llamaban al hombro. Al darse la vuelta se encontró con el rey del Valle, que llegaba en compañía del viejo Timoro, una mujer humana y siete enanos de los que solo reconoció a cuatro.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Por favor, dile a la tortuga que vuelva, si eres tan amable —solicitó Wifo con su recuperada mansedumbre.

—Qué tontería. No voy a hacer eso.

—El rey te ha dado una orden —intervino Ramona.

—Este no es mi rey. Yo solo obedezco órdenes de mi jefa, que está ahí delante intentando llegar al muro de hielo. Así que no me molestéis más.

—Espérate, que ahora sí que vas a obedecer —insistió la alcaldesa Medroso.

Hizo un gesto con la mano a Brusca y Cazorra, quienes, en menos de lo que tarda un gallo en aclararse la garganta, redujeron al insumiso con una vivaz sucesión de puñetazos y patadas.

—Chicas, de verdad, tenéis que relajaros un poco —aconsejó Ramona a sus dos matonas después del linchamiento de Catapumba.

—Si no es por nervios, es por ahorrar tiempo —se excusó Brusca.

Pedrolo cogió el cuerno del pobre Catapumba, ahora postrado sobre la nieve, y lo hizo sonar varias veces. La tortuga dio la vuelta y regresó, si bien aún tardó un cuarto de hora largo en llegar dando tumbos a su destino.

—¿Qué coño pasa? —gruñó Rehostia lanzando contra el suelo su escudo con tantas flechas clavadas que parecía un puercoespín—. Ya estábamos casi en la muralla. ¿Por qué nos habéis hecho volver? ¿Dónde cojones está Catapumba?

—Está ahí, echándose una siesta —dijo Riñas. Con su hacha señalaba el cuerpo exangüe del enano.

—¿Qué cipotes le habéis hecho a mi primo?

Ramona se adelantó. Pretendía intervenir antes de que la situación se desmadrara.

—Soy Ramona Medroso, alcaldesa de Villa Trifulcas...

—A mí como si eres las tetas de una burra. ¿Quién ha puesto a Catapumba boca abajo?

El resto de componentes de la tortuga ya se acercaban blandiendo sus hachas en disposición poco amigable.

—Mi madre... —intentó decir Wifo, pero la sola mirada de Rehostia bastó para que el corazón se le subiera a la garganta y le dejara sin voz.

—Oiga usted —intervino Ramona.

—Tenéis cinco segundos para explicarme qué habéis hecho con mi primo. Cinco.

—Hemos hecho un viaje muy largo...

—Cuatro.

—Villa Trifulcas está invadida...

—Tres.

—¡Pero deje de contar hacia atrás, demonios!

—Dos.

Cazurra se abrió paso hasta el meollo. Envainó sus armas y abrió la boca en una sonrisa afable.

—¿Tú eres Rehostia, la hija del famoso Masacre? —preguntó.

—Sí, soy yo. ¿Por qué? —contestó la aludida sin bajar su hacha.

—Yo soy Cazurra, portaestandarte de la Compañía de Veteranos de Villa Trifulcas. Luché junto a tu padre en las Lomas de Rocamar, en la Batalla del Millón de Trasgos.

—¡Que me coma el coño un grongo! ¿Tú eres la Cazurra que subió con él al puto promontorio y salió viva de allí?

—La misma que vio morir a tu padre, a tus tíos y a tus abuelos.

—La hostia puta —dijo la alcaldesa palmeando el pecho de la Veterana—. Lo de antes sí que eran batallas, y no esta mierda. Aunque nosotros acabamos de tener una con los orcos y los trolls que sigo meando huesos desde entonces. Ven conmigo. Quiero que me cuentes esa historia con pelos y señales. Que le den por culo al muro durante un rato.

Ignorando a los demás, Rehostia rodeó con su brazo el hombro de Cazurra y se la llevó hasta su campamento. Abrirían un barril de cerveza y asarían cinco cerdos para recordar aquellos buenos tiempos, cuando todavía quedaban trasgos en las Montañas Ferrugientas. Había tantos que exterminarlos era como ir a cazar ratas a las cloacas.

—¿Y ahora qué? —dijo Brusca después de que Cazurra hubiera salvado la situación.

—Ahora el muro, claro —contestó Ramona, que estaba convencida de no haberse encontrado nunca tan cerca de la muerte como en aquel momento.

La tal Rehostia era un hueso que ni ella misma iba a ser capaz de roer. Lo más sensato, por ahora, sería esquivarla. Aunque los huesos llega un momento en que no queda más remedio que triturarlos.

—¡Venid por aquí, rápido! —exclamó un elfo agitando la mano.

Pero las dríadas no podían hacer nada con rapidez, mucho menos caminar o correr.

Otros elfos salieron de entre la arboleda sosteniendo largas varas confeccionadas con hojas secas e hilo de algodón. Instrumentos duros a la vez que flexibles con los que dispersaron a golpes a los últimos humanos que acosaban a las ancianas; sobre todo niños, adolescentes y adultos aquejados de la epidemia de imbecilidad de la que siempre enferman los hombres al llegar a la edad adulta. Luego ayudaron a las dríadas a entrar en Velaria a través de un sendero mágico: un camino que solo se hacía visible si un elfo se aproximaba a él.

—Creí que nos mataban —dijo Frutilda Cascarilla intentando recuperar el aliento.

—No había pasado más miedo en toda mi vida —afirmó Tomilla Bulbosa para después añadir que ni siquiera los castores, en sus épocas de expansión urbanística, le habían provocado un pavor igual.

Había muchas dríadas heridas cuya corteza colgaba penosamente de sus troncos o que mostraban regueros de savia corriéndoles por brazos y piernas. Todas, además, habían padecido unos terrores mortales. Pero la que peor parada salió fue Arbustina Chirimiri.

Cuando llegaron al campamento humano, la gente del Valle no les prestó más atención de la que se dedica a una mercancía exótica de escaso valor económico. Viendo, entonces, que podían disfrutar de una tranquila indiferencia por parte de los humanos, las dríadas se dispusieron a buscar a Papidoo, pues había muchos enanos presentes en la llanura y quizás entre ellos se encontrarán los que se habían llevado al retoño.

Ahí comenzó la pesadilla.

Al descubrir que aquellas extrañas figuras decrepitas eran árboles parlanchines, los humanos, maravillados y poseídos de una violenta curiosidad, se abalanzaron sobre las dríadas para saciar su intriga.

—Son increíbles —decían. E invitaban a más gente a huronear—. Son criaturas maravillosas —exclamaban.

Y llegaban más personas, en manadas, en rebaños, en multitudes extasiadas y vociferantes.

Las dríadas intentaron huir, pero para ellas dar un solo paso suponía el empleo de tanto tiempo como necesitaba un ser humano para recorrer varios metros. Al momento ya estaban rodeadas.

La gente las tocaba, las golpeaba para observar sus reacciones, arrancaba trozos de corteza para fabricarse amuletos o conservarlos como recuerdo, las

zarandeaba en una lucha agónica por situarse más cerca de ellas... Los cachorros humanos, incluso, trepaban por sus extremidades y se balanceaban en ellas, chillando poseídos de una feliz locura de alaridos y carcajadas. Por más que las dríadas se desgañitaron pidiendo que parasen, nadie las hizo caso. Sus voces no conseguían alzarse sobre el griterío de la muchedumbre.

—¡Oigan! —chilló Tomilla Bulbosa a una pareja que animaba con palmadas a su hijo—. Díganle al niño que se baje, que no soy un columpio.

Ni siquiera recibió una mirada por respuesta. El churumbel siguió oscilando en su brazo, adelante y atrás, cada vez con más fuerza, hasta que lo partió y corrió hacia otra dríada para reanudar sus salvajes juegos.

Arbustina Chirimiri se llevó lo suyo cuando aparecieron los adolescentes humanos. Ya había oído antes relatos horribles acerca de aquellas bestias feroces. Todos en el bosque, de hecho, conocían las historias de muchos animales que habían sufrido su violencia indiscriminada y gratuita, aunque la anciana Arbustina siempre consideró que se trataba de exageraciones.

Cuando los púberes acabaron con ella, su cuerpo quedó enteramente mutilado. La dríada no supo decir cuántos fueron, pero le habían arrancado de cuajo la corteza y habían grabado en su cuerpo desnudo, con cuchillos, sus nombres y el dibujo de muchos corazones atravesados por flechas. La anciana Arbustina se arrastró como pudo hasta situarse junto a sus compañeras, con el vientre tatuado por un puñal con el que habían escrito en su carne viva: «Jason (corazón) Laurie. Te quiero mucho, bobita».

Los elfos se estremecieron al escuchar el relato. Esos humanos eran unos salvajes. Por suerte, en Velaria disponían de la alquimia y la magia necesarias para curar a las dríadas, aunque las amputaciones y los traumas psicológicos ya no tenían solución posible.

Los hombres y mujeres del Valle, después de aquel episodio, habían vuelto despreocupadamente a sus quehaceres cotidianos, y guardarían para siempre el grato recuerdo de esa divertida anécdota con los árboles parlantes.

El Consejo de Oyentes de Velaria se había trasladado desde la capital hasta el castillo de Lothmirthinglon-Lariongrinflingdon, junto al paso de Nopasaréis. Allí los consejeros seguían discutiendo apasionadamente sobre los inconvenientes de acoger en sus tierras a todos los refugiados que solicitaban asilo.

—Si los dejamos pasar, nuestro sistema público de salud se colapsará. No tenemos suficientes curanderos ni brebajes para tanta gente —informó el consejero de Salud y Bienestar Élfico—, y no vamos a dejarlos sin asistencia médica.

El consejero de Educación y Alquimia apoyaba a su compañero sin reservas:

—Lo mismo pasa con las escuelas. No hay profesores ni aulas para todos. Ni presupuesto para atender una necesidad tan costosa.

—Y las costumbres bárbaras que traen consigo —intervino el consejero de Asuntos Raciales. Coreografiaba su discurso con gestos fervorosos de manos y brazos—. ¿Estamos seguros de que van a respetar nuestra cultura cuando ya estén asentados aquí? En algunas de sus ciudades cuelgan a la gente por su orientación sexual o su filiación política. Con juicios sumarios y la complicidad de la población civil. Además, sabemos de manera manifiesta que nuestros principios de libertad, igualdad y respeto a los derechos fundamentales les son del todo ajenos, de modo que no es de esperar que los respeten o se esfuercen por defenderlos. Ni siquiera estamos seguros de que los entiendan.

—Según nuestros cálculos —dijo el consejero de Defensa, Ofensa y Equilibrio—, si todos ellos entran, serán mayoría en el sur de Velaria. Los elfos pasarán a ser la minoría étnica desde las Montañas Gélidas hasta la capital. Eso significaría nuestro propio etnocidio.

Todas ellas eran importantes cuestiones que a Velarión no le interesaban lo más mínimo, pues ya había tomado sus decisiones antes de abandonar la capital. Nunca esperaba a recibir el dictamen de la asamblea. Normalmente, cuando el Consejo se ponía por fin de acuerdo respecto de una cuestión, el problema ya se había solucionado por sí mismo o había evolucionado hacia un contratiempo distinto y, por lo común, más grave.

Sentado en la cabecera de la larga mesa de cristal, el soberano se esforzaba por lograr que sus gestos transmitieran una absoluta indiferencia. Bostezaba, estiraba los brazos y silbaba, buscando que los demás le prestaran atención solo para percatarse de que él no parecía prestársela a ellos. La reunión hacía tiempo que había terminado, aunque Sus Señorías continuaran actuando como si sus disquisiciones fueran a servir para algo.

Al lado de Velarión se sentaba, como siempre, su más infiel ayudante fiel: Aelión. El archimago no aparentaba indiferencia como el monarca ni argumentaba apasionadamente como los consejeros. Lo único que podía hacer, dado su actual estado, era babear, con la lengua colgando de la boca, y mirar fijamente a cualquier punto indeterminado.

Había pasado demasiado tiempo en la mente de Frjtrombj. Demasiados viajes a esa jungla de placeres y peligros primitivos. En un principio solo se introducía en el cerebro del Gran Lord por motivos profesionales: para vigilar el desarrollo de la guerra y mantener reuniones de trabajo con el troll. Pero pronto se vio tentado a entrar, cada vez más a menudo, en busca de sensaciones fuertes. Cada visita a la mente del troll era un chute de adrenalina, y se colaba en ella a escondidas en busca de unas sensaciones extremas que nunca experimentaba en su propia vida, monótona y ordenada. Aelión podía sentir la ira de Frjtrombj cuando discutía con sus oficiales o cuando asesinaba a un subordinado, lo que sumergía al elfo en un estado de febril excitación. También su lascivia, su apetito voraz, su envidia enfermiza o su odio irracional. Y él, Aelión, sentía todo aquello como si fuera suyo, y las emociones del Gran Lord se mezclaban con el terror que le provocaban, con su propia lujuria reprimida y con sus deseos personales de traición y venganza.

Día tras día, esos viajes mentales al cerebro de Frjtrombj se fueron haciendo mucho más frecuentes. Eran como una droga para el archimago, y cada vez necesitaba una dosis mayor en un intervalo más breve. No podía parar. Se había convertido en un adicto a las traslaciones psíquicas.

Como resultado de esas prácticas tan arriesgadas se había quedado idiota. Un mago del Aura corría ese peligro si no tomaba las precauciones necesarias y medía con precisión la periodicidad y duración de sus incursiones telepáticas.

A Velarión la desgracia de su amigo le había puesto de un humor risueño. Ahora podía controlarlo y utilizar sus capacidades mágicas —las que le quedaran— a su arbitrio.

—Señores, señoras —dijo levantándose de la silla—. No quiero interrumpir sus importantísimas disquisiciones. Les dejo solos para que puedan alcanzar tranquilamente sus conclusiones. Yo me marchó.

Si alguno hubiera prestado atención al soberano, se habría dado cuenta enseguida de que ni la amabilidad ni el respeto de Velarión eran comportamientos normales en él y se habrían puesto alerta, pero se encontraban demasiado concentrados en sus estériles diatribas.

El monarca se alejó a enérgicas zancadas de la sala, desde donde le llegaba, cada vez más apagado, el galimatías de los consejeros. Llevaba consigo a Aelión. Cogido de la mano para que no se perdiera.

Un mayordomo los abordó en un pasillo.

—Mi rey, os reclaman en el muro.

—¿Y qué puede ser tan importante para que deba acudir yo en persona al muro? ¿Es que no hay nadie lo bastante competente para encargarse de lo que sea que esté pasando allí?

—Hay problemas con una mujer humana, mi rey. Problemas serios. Dicen que es la alcaldesa de Villa Trifulcas. Una tal Ramona Medroso.

Oír aquel nombre provocó una sobrecarga en las conexiones neuronales de Aelión. El parpadeo de sus ojos perdió su sincronización. Cada uno pestañeaba a su propio ritmo y velocidad.

—¿Y qué problemas puede causarnos a nosotros una simple mujer? —insistió el monarca.

—Es mejor que lo vea Su Majestad por sí mismo.

—Como sea otra tontería, vamos a tener unas cuantas dimisiones.

La palabra «dimitir» le parecía a Velarión una advertencia inofensiva que solo asustaba a los prebendados más ineptos. Amenazar con hacer rodar cabezas tendría un efecto mucho más eficaz sobre la eficiencia de los subalternos, pero estaba toda esa tontería de la Constitución, la igualdad ante la ley y las garantías procesales. Esas paparruchas inventadas por los débiles

y los cobardes para defenderse de los fuertes y los audaces y evitar que prevalezcan.

A lo largo de la cima del muro helado, a casi cien metros de altura, una barandilla de hielo había sido colocada más para disminuir la sensación de vértigo que para evitar caídas al vacío, ya que quien está convencido de que se va a caer al final se las arregla para caerse, haya o no haya donde agarrarse.

Velarión recorrió el antepecho de la muralla agitando su capa para que los vasallos se apartaran a su paso. Su objetivo era un elfo bastante poco agraciado para pertenecer a aquella raza de bellas criaturas. Estaba aquejado de ese tipo de fealdad que no tiene su origen en los rasgos faciales, sino en los gestos con los que estos deben formar la armonía de una cara. También estaba al mando de lo que sucedía en el paso de Nopasaréis.

El soberano lo encontró asomado a la baranda, dando la orden a los arqueros de que disparasen a matar. Le notó más preocupado de lo que debería. ¿Acaso no estaba todo controlado allí arriba? ¿No le había dicho, horas antes, que estuviera tranquilo, que aquello era humus comido?

—Han hecho un agujero en el muro. Están tratando de echarlo abajo — informó el oficial así de sopetón, sin lubricante.

—¿Pueden? — preguntó el rey.

—Por poder, lo mismo pueden. No sabemos con qué destrezas cuentan.

—¿Pero este no era un muro mágico impenetrable? Porque eso es lo que yo encargué.

—El problema es esa mujer de ahí abajo, la tal Ramona. Nuestros servicios de inteligencia nos han informado de que es una persona imprevisible y sobrada de recursos. Pero eso no es lo peor. Por lo visto también es una poderosa maga de la Esencia.

—¿Cuál? ¿La del colador en la cabeza? — dudó Velarión.

—Esa misma —le confirmó el oficial.

—Y luego se preguntan por qué quiero exterminarlos...

—El caso es que dispara fuego por las manos. Pero no un fuego mágico normal, como cabría esperarse en una hechicera, sino unas llamaradas viscosas que no se apagan cuando caen sobre la nieve. Es como si sus dedos escupieran petróleo ardiente.

El rey ya veía venir la disculpa y se anticipó a ella:

—Vamos, que me estás queriendo decir que el muro no aguantará.

—¿Cómo íbamos a saber que una señora con semejantes poderes se plantaría aquí delante a hacer lo que está haciendo? Ni los protocolos más absurdos contemplan una situación como esta. Y tenemos protocolos para dar y tomar; algunos francamente disparatados.

—No sigas porque vas a conseguir enfadarme de verdad —dijo Velarión, que de hecho ya estaba enfadado de verdad—. ¿Habéis puesto a salvo a los niños? ¿La biblioteca? ¿Las reliquias?

Los pómulos del oficial mudaron su color del blanco élfico al rojo gnomo beodo. Sus labios apenas podían pronunciar con nitidez las primeras palabras de su explicación:

—No. Ni se nos ocurrió que esos salvajes pudieran sobrepasar nuestras defensas. Tan solo se ha activado el protocolo de baja seguridad. Hemos puesto carteles de «No tocar» en todos los objetos valiosos, niños y ciudadanos venerables incluidos. Pero viendo cómo son esos bárbaros de ahí fuera, basta que les digas que no toquen algo para que lo toquen más. He pensado en poner en marcha el protocolo de seguridad media.

Obviamente, las justificaciones y los remedios propuestos por el subalterno no satisficieron a Velarión. Era el momento de depurar responsabilidades.

—Me has decepcionado, así que ya sabes lo que te toca, ¿verdad? —le dijo al asustado oficial.

—Sí —contestó el otro temblando—. El Juicio de la Providencia.

—Exacto. Nuestra sagrada tradición de la ordalía. Tienes que lanzarte al vacío. Si has actuado correctamente en el desempeño de tus funciones, los dioses harán que vuelas. Si, por el contrario, has incurrido en negligencia o mala fe, te estrellarás contra el suelo.

El elfo se encaramó temblando a la barandilla y se encomendó a unos dioses en los que no creía para que le salvaran la vida. Luego saltó. Su deseo habría sido enfrentarse al ritual con entereza, mudo de convicción, hierático, pero cayó gritando y agitando los brazos y las piernas hasta estamparse contra el suelo como un saco de tomates.

—Ni uno vuela. Ni uno —susurró Velarión al estirar el cuello y observar el aterrizaje—. No sé por qué seguimos practicando esta tradición, la verdad. —Y luego añadió, también para sí mismo—: Tendré que salir ahí fuera. Está visto que si no me ocupo yo personalmente de las cosas, nadie lo hace.

Wifo volvía a su tienda en compañía de Grosa y del viejo Timoro. Le había tocado a él comunicar a la gente del Valle la traición de los elfos de hielo, aunque hacía ya horas que la noticia era del dominio público. Alguien había oído algo confuso acerca del tema y se había dado prisa en extender el rumor, inventándose aquellas partes incompletas o poco claras. La exactitud era lo de menos. Como ya se había demostrado, en estos casos era más importante la velocidad de transmisión de la información que su veracidad.

Campeños y burgueses, reunidos alrededor de su joven rey, reaccionaron con la lógica indignación que provoca una confesión así. Enseguida canalizaron su malestar a través de gritos e insultos, y cuantos más se iban reuniendo, más fuerte aullaban. A Wifo le había durado poco la gloria conseguida unas horas antes. Los vallenses deseaban indignarse con los elfos, como era natural, pero al ver que estos los ignoraban, la tomaron con el rey Medroso. Con alguien tenían que desahogarse. No se lo iban a tragar.

Wifo, por su parte, se esforzó cuanto pudo por explicar que él no tenía la culpa de nada, que ni siquiera conocía las intenciones de los elfos y que se había enterado al mismo tiempo que los demás. Pero cuanto más insistía en su inocencia, más se agitaba el populacho en su contra. Entonces se le ocurrió acceder a las demandas de los vallenses y admitir una culpa que no tenía, a ver si de ese modo se calmaban.

Sobra decir que ocurrió todo lo contrario.

—¿Veis? —repetían los más críticos—. Lo que yo os decía.

—La culpa la tiene él desde el principio —opinaban otros.

—Es que no te puedes fiar de los políticos. Son todos iguales.

—Seguro que algo habrá trincado. Una buena cantidad de oro.

—O un puesto para cuando se retire.

—Yo, desde luego, no pienso volver a votarle —afirmó doña Patti Perkins con la determinación de quien piensa cumplir su amenaza.

—Pero si no ha habido elecciones, Patti, cariño —trató de corregirle su esposo.

—Para cuando las haya, Leopoldo, para cuando las haya, que todo hay que explicártelo.

Finalmente, con la ayuda de Timoro y la amenazante presencia de Grosa, Wifo pudo abandonar la asamblea de una pieza.

Los enanos habían encajado la noticia con otro talante. También se sintieron estafados, como era de esperar, y hasta cierto punto sorprendidos, aunque afrontaron la traición con más entereza porque, de algún modo, esperaban que algo así sucedería antes o después. Elfos y enanos estaban unidos únicamente por lazos comerciales. Y aunque una relación fundamentada en el mutuo interés económico es de las más fuertes que se pueden establecer, no pasa de ser un vínculo frágil cuando intervienen recelos culturales y raciales.

El orgullo impedía a los humanos considerar siquiera la posibilidad de ser engañados, pero los enanos, más prácticos, lo veían tan natural que si no lo hacían los elfos primero, acabarían haciéndolo ellos. ¿Para qué habían creado los dioses diferentes razas sino para que compitieran y cooperasen según las circunstancias, igual que competían y cooperaban las deidades entre sí?

Wifo caminaba hacia su carpa real. Cuando se encontraba a unos pocos pasos de distancia, oyó las risotadas de los enanos provenientes del interior. La feroz sonoridad de las risas le hizo quedarse inmóvil y al acecho. Un mecanismo de defensa de su subconsciente. Esas carcajadas habían dejado en él un residuo de temor que lo paralizaba, como si su cerebro previera que la conjunción de enanos y alboroto festivo en un mismo lugar significaba por fuerza que él saldría mal parado. Instintivamente se exploró los restos de sus dientes con la lengua y respiró profundamente.

Desde dentro de la lona también le llegaba el inconfundible tono de voz de su madre. No demasiado agudo. Como un zumbido persistente e inagotable. Cuando se acercó unos metros más y pegó la oreja, descubrió que era precisamente la cháchara de su progenitora la que provocaba el cachondeo entre el enanío. ¡Les estaba contando intimidades de su infancia!

Más concretamente, Ramona narraba en ese momento, sin ahorrar

detalles, cómo Wifo se hizo pis en la cama hasta los quince años. Cuando, en respuesta a una pregunta de Riñas, les confesó que su hijo se meaba estando perfectamente sobrio, el pitorreo de los trifulcanos alcanzó el paroxismo.

—¡Mamá, ¿por qué les cuentas eso?! —gritó mientras entraba en la tienda de campaña.

Allí estaban todos. Riñas, Robusta, Follón y los que habían llegado con su madre: Pedrolo, Brusca y Cazorra. Una audiencia de lo más entregada a los chismes indiscretos.

—Ay, hijo, si solo estábamos compartiendo anécdotas graciosas. Les he contado cuando te amenazaba con que los ogros te comerían si te portabas mal y les ha parecido divertidísimo. ¿Sabías que a los niños ogros les amenazan con que vendrán los enanos si no obedecen a sus padres? No sabía yo que los hijos de la Roca fueran gente tan amena, y mira que he pasado días con ellos.

—Me abochornas delante de mis amigos, mamá.

—Qué va, Blandito. Si te abochornas tú solo —le dijo Riñas—. Pero te queremos igualmente.

Estirándose la falda por debajo de las rodillas, Ramona se levantó de la silla y soltó un suspiro.

—Bueno... —añadió con otra exhalación—. Será mejor que me ponga ya en marcha. Me espera un largo camino hasta Bellavista.

—¿Cómo que te espera un largo camino hasta Bellavista? —repitió Wifo perplejo.

—Me vuelvo a la capital —le explicó Ramona—. Aquí ya he hecho todo lo que tenía que hacer. Vosotros ya sabéis cómo romper el muro de hielo, os he dejado el lanzallamas, y tengo la casa sola desde hace un montón de días. Y a tus hermanas. No quiero ni pensar la que pueden haber liado en mi ausencia esas cuatro.

—Pero... —titubeó Wifo—. Yo tengo que recoger todas mis cosas todavía. Aún no nos podemos ir.

—No, si tú no vas a ningún lado. Tú te quedas aquí a terminar tus prácticas. Recuerda la promesa que me hiciste al montarte en aquel burro: que no volverías a casa sin acabar el trabajo, como tu padre su estudio de las lenguas ogros. Y no me pongas esa cara. Aquí vas a estar seguro. Estos enanos cuidarán bien de ti. Son buena gente, eso lo puedo afirmar sin ningún

género de duda. Y además ahí fuera está la Compañía de Veteranos para protegerte.

—¿Pero y tú?

—Por mí no te preocupes. Brusca, Pedrolo y cincuenta Veteranos me escoltarán hasta la ciudad. Y tengo un cofre lleno de oro y piedras preciosas para los gastos. Lo primero que voy a hacer en cuanto llegue a casa va a ser cambiar el cuarto de baño, que está que se cae a trozos. ¿Te puedes creer que nunca lo hemos reformado desde que tu padre y yo nos casamos?

Wifo no vio otra salida que recurrir a sus mohines y sollozos.

—Pero mami, yo quiero volver contigo a casa. Que os tengo mucho aprecio —añadió refiriéndose ahora a los enanos— y esta ha sido una experiencia irrepetible, pero creo que ya es hora de volver a mi casita y recuperarme de tanto trajín. —Girando sobre sus talones volvió a mirar a su madre—. Mamá, recojo mi hatillo en un momento y nos vamos.

Los enanos asistían a la conversación como espectadores de un partido de pelotarraqueta. Nadie decía nada. Solo miraban y escuchaban.

—¿De verdad quieres seguir discutiendo? —dijo Ramona—. Porque ya sabes lo que pasa cada vez que discutimos. ¿Es que no te cansas de no tener la razón? —La señora Medroso se acercó a su hijo y se puso a peinarle con los dedos el revoltijo de cabellos lacios que le cubrían la cabeza y parte de la cara.— Tenemos que hacer algo con estos pelos. ¡Menudas pintas llevas! Si pareces un menesteroso. Mira, Wifo, tienes ya veintitrés años.

—Tengo veintidós, mamá.

—Los que sean, no me interrumpas. Lo que quiero decir es que ya tienes edad para hacerte adulto, Wifo. Cuando elegiste estudiar Humanidades sabías que te exponías a todos estos peligros y aventuras. Y yo no te dije nada.

—¿Cómo que no me dijiste nada?

—Bueno, quizás te dije un par de cosas, pero porque una madre tiene que preocuparse por sus hijos y protegerlos. Adonde quiero llegar es que ahora es el momento de que crezcas de una vez y tomes el control de tu propia vida. Siempre bajo cierta supervisión, claro; que si a ti se te deja a tu aire, vete a saber... Pero todo esto: la guerra, las torturas, los asesinatos, las traiciones, te preparará para cuando seas profesor de enseñanza pública. Tú haz caso a tu madre, como siempre. ¿Cuándo me he equivocado yo?

—Nunca —admitió el rey en un susurro agachando la cabeza.

La despedida fue igual de emotiva que de traumática. Wifo lloraba. Más

por no poder marcharse a casa que por la futura ausencia de su madre, pero lloraba de todos modos. Cosa que no hacían los enanos, si bien la falta de lágrimas no impidió a Cazorra demostrar el afecto que sentía por Ramona por medio de abrazos y palmadas en la espalda. Los demás también lamentaron la marcha de aquella extraordinaria mujer. No habían tenido apenas trato con ella, así que no les había dado tiempo a encariñarse, y aun así les entristeció que tuviera que marcharse.

—Cómo mola tu madre —le dijo Riñas a Wifo.

—Ojalá fuera la mía, si pudiera tener dos —añadió Follón.

—Idos a freír puñetas —les invitó Medroso levantando el dedo corazón y plegando el resto.

—Esa boca, Blandito. Recuerda que soy tu tutor.

—Como empieces a hablar como mi madre, te corto las barbas mientras duermes.

No todos los elfos de hielo estaban de acuerdo con los postulados racistas y xenófobos de Velarión. Tal era el caso, por ejemplo, del joven Arban, hijo de Arben, Guardiana de los Fiordos, que se oponía al soberano desde su cargo de presidente de la recién creada Asociación Velariana para los Derechos de las Minorías y la Ayuda al Refugiado.

Cuando Arban se internó en los bosques que crecían en las laderas de las Montañas Gélidas, lo hizo en compañía de varios compañeros⁷. Muchos elfes que, como él/ella/elle, asumían la obligación moral de ayudar a las personas que buscaban asilo, fuera cual fuese su género, sexo, edad, raza, orientación sexual, credo o creencia, así como sus distintas sensibilidades étnicas, identidad nacional, lengua vernácula, principios políticos, sentimiento de procedencia geográfica o tendencia ideológica, tanto en lo social como en lo económico.

El joven elfe guio a los miembros de su organización hasta el sendero mágico que solo se hacía visible en presencia de un elfo de hielo. El mismo camino que habían utilizado para poner a salvo a las dríades y que ahora pretendían emplear para hacer lo mismo con las personas humanas y los enanos. Velaria era un territorio muy rico. Más que eso. Era un reino tan opulento que la riqueza seguiría sobrando aunque la compartieran. Por esa razón, la suya debía ser una tierra de acogida y solidaridad.

Al otro lado de esas mismas laderas boscosas merodeaban los ogros. Cumplir la promesa de no comer personas les había resultado asumible mientras no estuvieron cerca de ellas. Es muy fácil menospreciar la tentación cuando no la tenemos delante. Pero ahora, ante sus narices, había un

campamento lleno de seres humanos, y no podían evitar mirarlos como si fueran los platos de un apetitoso banquete.

Allí delante se les ofrecía toda la gama de sabores y texturas de la carne humana. La sabrosa enjundia de los obesos, el gusto fuerte y curado de los musculosos, la jugosidad de los genitales juveniles, la chicha melosa de los bebés, que incluía además su guarnición de caca y mocos... Y eso solo la carne, porque las entrañas eran incluso más sabrosas. Pensar en sus hígados cremosos, sus pulmones crujientes y sus arterias rellenas de grasa les hacía salivar hasta el espumarajo.

Esos seres humanos eran condenadamente sabrosos; la raza más complaciente al paladar, gracias, sin duda, a su variedad de matices gustativos y olfativos. No en vano la religión ogra sostenía que la humanidad había sido creada con la única finalidad de servir de alimento a los ogros. Toda la actividad de las personas estaba encaminada únicamente a ponerse ricas y jugosas. De ahí su vida sedentaria, su tendencia al sobrepeso o sus rituales de macerar sus carnes en licor y ahumarlas con el aroma de sus tabacos.

El clan de la Esteisi se mantenía a una distancia que permitía a los ogros vigilar a Grosa y ver a los humanos, pero no olerlos. Porque si alcanzasen a percibir, aunque solo fuera por un momento, el delicioso aroma del sudor humano, ningún juramento evitaría que se dieran un festín de campesinos.

—Semos desnutridos —se quejó la Wendolin. Mientras protestaba se rascaba una oronda barriga que emitía lamentos gaseosos.

—Pos nos aguantemos —replicó Deisy.

La Esteisi mandó callar a las dos con un chistido. Las ramas de los árboles se estaban moviendo, y no podía ser el viento porque no lo había.

—¡Andarse al escondrijo! —ordenó.

—¡Ay, me maten! —volvió a quejarse la Wendolin.

El mencionado escondite no era sino una zanja excavada en la nieve y la tierra que, no obstante ocultar sus cuerpos, dejaba sus cabezas al descubierto. Desde su trinchera escudriñaron la espesura boscosa hasta que vieron emerger de ella a un numeroso grupo de elfos. Parecían jóvenes y no iban armados más que con ideales y poderosas razones.

Wilmer los olfateó. La fragancia de frutos y esencias que emanaban los elfos le inundó las fosas nasales con su asquerosa pestilencia. Le dio un codazo a la Esteisi, que también olisqueaba el aire en busca de información.

—Pos no son personas humanas —dijo el ogro.

—Pos alomójó no —confirmó la jefa del clan.

Eso lo cambiaba todo. Un rumor fue pasando de ogro en ogro a lo largo de la zanja: aunque de lejos pudieran parecerlo, las criaturas bípedas que tenían delante no eran seres humanos. Y si no eran seres humanos, se los podían comer sin romper la promesa que le habían hecho a Grosa.

A Arban y sus compañeres voluntaries les cogió por sorpresa la caterva de ogros saliendo de debajo de la tierra y corriendo hacia ellos con los rostros desfigurados de avidez. El instinto de los elfos les aconsejaba correr, pero su determinación, surgida del convencimiento de que hallarse en posesión de la verdad te protege de todo mal, los convenció de permanecer en el sitio.

—Hola, amigos ogres. Bienvenidos seáis al reino de Velaria —dijo una compañere.

—¿Lo cualó? —exclamó el Bayron. Aunque solo habló él, se podía decir que lo hacía en nombre de todo su clan, que asistía a la bienvenida con equivalente incredulidad.

—Este es también vuestre hogar —afirmó Arban lleno de la satisfacción personal que provoca el altruismo.

—¿Seis humanos? —preguntó la Esteisi todavía estupefacta. Era importante asegurarse del todo, sin dejarle margen al error.

—Somos hijes del cielo y de la tierra, como vosotros. No creemos en etiquetas raciales —intervino otro voluntario, de nombre Elerion, para terminar de aclarar el asunto.

La Yénifer cogió al joven y delgado elfo con sus manazas elefanciacas y lo alzó medio metro del suelo.

—Qué le paísa en la boca... —Creyendo que el elfo estaba aquejado de algún tipo de mal, la ogra lo zarandó con tanta fuerza que le partió el cuello. La cabeza de Elerion quedó colgando de su pescuezo como la de un pavo desnucado—. ¡Sa roto!

—Coge otro pa ver —propuso el Bayron.

Les miembros de la asociación levantaron las manos. ¿Qué había pasado? La pregunta era retórica, ya que todes habían visto perfectamente lo que había sucedido; lo que no encontraban era una explicación. Elles eran elfes solidaries cuya única intención era acabar con les injusticies del mundo. ¿Por qué, entonces, habían asesinado a una de sus compañeres?

—¡Parad, amigos ogres! —exclamó Arban—. Solo pretendemos

ayudaros.

—Pos eso vais a hacer —le respondió la Esteisi—. Nos veis a ayudar a quitarnos la hambre.

—Sagradece —añadió la Wendolin frotándose ya la panza en previsión de su inminente llenado.

Fue la propia Esteisi la que se animó a dar la primera dentellada a una elfa que rogaba por su vida. Esa fue la señal que esperaban los demás para lanzarse sobre la carne élfica en un frenesí de gula y ansia, como los comensales de un bufé libre dispuestos a amortizar el precio de la entrada.

Tardaron menos de media hora en comerse a toda la Asociación Velariana para los Derechos de las Minorías y la Ayuda al Refugiado. Solo un montón de huesos atestiguaba que algún día existió esa organización benéfica, que había dado su vida realmente para nada, pues los ogros no buscaban refugio en Velaria ni huían de nadie ni constituían una minoría, ya que nunca convivían con otras criaturas.

—Saben a pollo —dijo el Bayron relamiéndose.

El Yoni se agachó y apartó unas ramas de abeto. Al estar cerca los restos óseos de los elfos, el sendero mágico seguía abierto.

—Han salío por aquí. Alomojó hay más. ¿Amos o qué?

A efectos prácticos, la reina Liviana de Velaria no pintaba nada en el gobierno del Reino. Su esposo la había ido privando progresivamente de las pocas atribuciones que le correspondían a una monarca consorte, y ella tampoco se había opuesto a esa pérdida gradual de competencias. «La regencia es un oficio para personalidades más animosas», decía siempre ella desde su posición, un paso por detrás de Velarión. En la crianza de sus hijos y la administración del palacio había encontrado Liviana todo cuanto necesitaba para sentirse realizada.

Muchos eran los asuntos en los que la reina disentía de la opinión de su esposo, aunque solía ocultar sus desavenencias tras un sonriente silencio, buscando no encolerizar a Velarión más de lo que lo hacía su propia naturaleza, ya de por sí furibunda.

Pero algo dentro de Liviana rebotó por algún borde de su entendimiento a consecuencia de la forma en la que Velarión estaba gestionando la crisis de los refugiados. Si bien siempre se había convencido a sí misma de que las decisiones del rey eran correctas, aun cuando no lo parecieran, en esta ocasión su error era dañino y manifiesto. Y a ella le correspondía intentar, por lo menos, que entrase en razón.

La reina abandonó sus aposentos y esperó a Velarión al pie de las escaleras del muro de hielo, cortándole el paso en el último peldaño. El rey movió su capa indicándole que se apartara, pero ella se mantuvo firme en el sitio.

—Esposo amado, detén esto —le rogó con las palmas de las manos unidas—. Bien sabes que jamás me opongo a tus mandatos, pero esto es una locura. Más que eso; es un crimen. Todas esas personas de ahí fuera sufren más de lo que puedes imaginar, ya que tú has conocido pocos sufrimientos en tu larga vida. ¿Qué crimen han cometido esas pobres gentes? Solo huyen de

una guerra que has provocado tú mismo. ¿De verdad vas a dejarlas morir de frío y de hambre, o asesinadas por los trolls que pronto vendrán?

El rey la miró con una mezcla de desprecio y compasión.

—Mi ingenua mestiza... —susurró para sí mismo.

Liviana era de las pocas elfas de hielo con el pelo moreno. Razón por la cual muchos —y entre ellos el propio Velarión— la consideraban inferior, pues ese color de cabello indicaba la presencia de algún remoto antepasado humano. El rey, que de joven era incluso más impetuoso que ahora, la desposó por puro deseo carnal. En cuanto la conoció, se enamoró de su impertinente belleza y de esas cualidades, como la bondad y la prudencia, que a ella le sobraban y de las que él estaba tan necesitado.

Pero a pesar de un amor arrebatado y ardiente, Velarión tuvo a sus hijos con una concubina rubia. Por simple precaución racial. Y Liviana crio a esos pequeños como si fueran suyos. Hizo el esfuerzo de empatizar con su esposo, se puso en su lugar y logró entender su deseo de tener descendencia de cabello rubio que perpetuase, sin mancha, su antiquísima estirpe.

Tanto había cedido ella para conservar el amor de su esposo que él terminó por menospreciarla precisamente por ello. Cuando la bondad se convertía en debilidad, dejaba de ser una virtud para el señor de los elfos de hielo.

—Aparta, hembra —dijo por fin Velarión—. Estas cuestiones te sobrepasan. Vuelve a palacio a entretenerte con tus cosas. Cambia las cortinas, contrata nuevos siervos, haz lo que te apetezca pero no sigas molestándome con tus ruegos lastimeros.

—Al menos pon a salvo a los niños, los ancianos y los enfermos — insistió ella suplicando tan desesperadamente que se puso de rodillas.

El rey esquivó su cuerpo postrado y siguió su camino, no sin antes dedicar a su esposa una última sentencia:

—¿Niños, ancianos y enfermos? Las peores cargas. En caso de querer a algún ser humano aquí, esos serían los menos necesarios y los últimos en entrar.

El viento anunciaba una tormenta. La primera gran tormenta del invierno, que traería el agua desde los mares del norte para descargarla, en

forma de nieve, en tal cantidad que nada podría verse a través de la espesa cortina de copos. Una ventisca se había levantado ya como avanzadilla de la tempestad, arrojando gotas congeladas en direcciones aparentemente aleatorias. Entre el vendaval y la luz cada vez más mortecina del sol estival, los hombres y mujeres del Valle no vieron a los elfos hasta que los tuvieron, literalmente, a un palmo de sus narices. Sus cabellos de un rubio ceniciento, sus pieles albinas y sus capas y armaduras blanquísimas los camuflaban en el entorno, que también era blanco, como todo en la tierra de los elfos de hielo. Incluso sus ojos azules, cuando no incidía la luz del sol directamente sobre ellos, se volvían del color de la nieve.

—¡Qué susto nos habéis dado! ¡No os hemos visto llegar! —se quejó un campesino a voces cuando un Impoluto se le puso delante con su espada, de acero obviamente blanco, arañándole la garganta.

Velarión se había situado sobre un montículo de nieve desde el que su vista élfica podía escudriñar el campamento de refugiados en toda su extensión, incluso a través de las rachas de nevisca. Allí subido, pronunció unas palabras en su lengua que sonaban a canto ominoso a oídos humanos. El rey de los elfos tenía que poseer una garganta mágica o algo similar, porque su voz fue oída por todos; incluso por los enanos, que en ese momento no se encontraban allí.

Lo que parecía un verso cantarín del soberano de hielo era, en realidad, la orden para que los arqueros disparasen mientras la infantería rodeaba a la muchedumbre. Pretendían provocar una pequeña masacre que persuadiera a los demás humanos de marcharse de allí aquel mismo día, en ese mismo momento. Una cosa discreta. Apenas un centenar o dos de cadáveres.

Pero ningún soldado disparó. Ni a la primera ni a la segunda orden de Su Majestad. Velarión enseguida vio lo que pasaba.

Era la reina Liviana, que, acompañada de una docena de doncellas, repartía comida y palabras de consuelo entre los refugiados. De tanto en tanto, después de confortar a un hombre afligido y antes de dedicar un gesto amable al siguiente, levantaba la vista y miraba a su esposo, hierático sobre su montañita de nieve. Ahí subido, con los brazos cruzados y el gesto impertinente, parecía un crío jugando a cazar dragones.

Cuando oyó la orden de disparo, la reina se irguió y recorrió con la mirada a la hueste de guerreros gélidos. Los soldados también la miraban a

ella, sin decidirse a actuar. Lo cierto es que ninguno sabía cómo manejarse ante aquella contingencia.

—¡Vamos, disparad! —gritó Liviana—. Es lo que queréis, ¿no? Pues hacedlo. Pero aseguraos de que una de las flechas me alcanza a mí, porque a partir de ahora yo también soy una mujer del Valle. ¡Venga, lanzad vuestra lluvia de acero y madera!

A esas alturas las doncellas ya se habían escabullido. Tiraron al suelo los cestos de fruta que cargaban y echaron a correr como alma que llevan los gringos, aunque sin perder su elegante compostura en la desbandada. Seguían siendo damas cortesananas por mucho que se estuvieran dando a la fuga.

—¿Qué pasa?, ¿que de repente os falta el valor? ¡Disparad! —insistía Su Majestad señalándose el pecho con un dedo en lo que parecía ser una invitación a atravesarle el corazón de un saetazo.

A sus pies yacía un aldeano que le tiró del abrigo con mano temblorosa.

—Señora, por favor, no insista más. A ver si al final le van a hacer caso y nos van a disparar. Que se agradece su gesto, pero la reiteración cae ya en lo innecesario.

Los Impolutos, con los arcos cargados, miraban alternativamente a los dos soberanos. Su entrenamiento militar, que comenzaba en la adolescencia —a eso de los cuarenta años—, los convertía en eficientes ejecutores ajenos a consideraciones éticas, pero aquella a quien apuntaban era su reina. Ninguno estaba seguro de que matar a Liviana fuera un acto correcto, ni de que el rey quisiera matarla realmente, de modo que se encontraban en un brete.

Velarión extendió un brazo. Todos sabían lo que aquello significaba. Si el rey levantaba el dedo pulgar tendrían que disparar, ya fuera su objetivo la reina o los mismísimos dioses que hubieran bajado de su morada celestial. Si, por el contrario, su dedo apuntaba hacia el suelo, bajarían las armas y allí no había pasado nada.

La decisión se demoraba. El puño de Velarión continuaba cerrado, con todos sus dedos contraídos. Los Impolutos sentían ya la ansiedad creciendo en sus estómagos y subiendo hasta el corazón. ¿Estaría dudando el rey o alargando teatralmente el momento para que quedase grabado en la mente de todos, igual elfos que humanos?

Entonces uno de los hombres del Valle, que permanecía acurrucado en el suelo para protegerse, se levantó y se situó junto a la reina. Inmediatamente

una mujer hizo lo mismo. Y otra más. Y otro campesino. Así hasta que veinte personas rodearon a Liviana, formando en torno a ella un círculo tan cerrado que ninguna flecha podría atravesarlo. Los demás aldeanos se quedaron agazapados en sus sitios. Con un poco de suerte, el sacrificio de la elfa y la heroica temeridad de esos veinte bastarían para enmendar la situación. Y si no ya irían viendo, que tampoco era cuestión de forzar las cosas.

Entre tanto silencio, solo interrumpido a intervalos irregulares por el siseo del viento, se oyó con nitidez ese sonido tan característico de un hacha cuando vuela y se clava en la armadura de un elfo, atravesándola de un golpe hasta partir en dos el esternón que hay debajo. Y el no menos inconfundible ruido de un cuerpo sin vida cuando se desploma sobre el suelo.

Después de esa lógica sucesión sonora, el tañido del Tambor de la Última Sangre comenzó a retumbar de tal manera que la nieve acumulada sobre los cascos de los elfos vibraba y se desprendía.

Y por último los gritos. Alaridos roncros y atronadores capaces de provocar que casi cualquier enemigo se meara encima.

—¡Furra! ¡Hasta el exterminio! ¡Furra!

Los Veteranos corrían con los escudos por delante en una furibunda estampida. Ni formación de combate ni sobriedad marcial ni nada. El tiempo apremiaba y las flechas iban a empezar a volar de inmediato.

Hasta Wifo se había unido a la carga de la Compañía. De hecho, cuando comenzó el ataque él estaba en primera línea con Riñas y los otros, gritando y agitando su espada, aunque a la hora de avanzar fue aminorando el paso deliberadamente para que los demás lo adelantasen. Con los gestos de su cara fingía estar corriendo todo lo deprisa que podía, pero con sus piernas se aseguraba de que no fuera así. «Combatir, por supuesto —se dijo a sí mismo—; pero llegar el primero, de ningún modo.» Si había llegado vivo hasta allí, y encima se había proclamado rey del Valle, había sido precisamente por dejar que los demás fueran delante al combate.

Y eso que la carga de la Compañía la provocó él. Los enanos no tenían intención de acudir en ayuda de los humanos, que los habían abandonado en la víspera de la batalla contra los trolls en Villa Trifulcas, pero Wifo fue muy convincente en sus súplicas. «Os lo pido yo, Blandito, que he arriesgado mi

vida por vosotros ya no sé ni cuántas veces», les dijo el estudiante. «Lo increíble es que sigas vivo, la verdad. No nos lo explicamos ninguno», le confesó Robusta antes de que Cazorra y los demás accedieran a su petición.

Además, les debían una paliza a los elfos por provocar aquella guerra. Para una vez que los enanos no se metían con nadie y respetaban una paz de años, tenía que venir ese rey elfo relamido a causar problemas. Pues no se librarían de pagar la cuenta del carnicero por lo que habían hecho. Una cuenta que empezaba a acumular una deuda de sangre demasiado cuantiosa.

A pesar de la voluntad que le ponían los Veteranos, su carga a la carrera degeneró, en los últimos metros, en algo parecido a una procesión de tullidos. A excepción de Riñas, Robusta, Follón y Grosa, los demás llegaron sin resuello, renqueando y tosiendo. Algunos apoyaban las manos en las rodillas y se encorvaban intentando meter algo de aire en sus pulmones.

—Joder —refunfuñó Toses—. Ya no somos unos chavales.

—A mí se me ha vuelto a salir un menisco —añadió Burda frotándose la rodilla.

Los elfos habían abatido a flechazos a unos treinta enanos, la mayoría de ellos con disparos en las piernas que, si bien no los mataron, los dejaron heridos por los suelos.

Pero los Veteranos se recompusieron enseguida. Estiraron sus escacharrados cuerpos y comenzaron con su tarea de lanzar tajos y mamporros a sus rivales. En pocos minutos, los enanos habían conseguido aquello que tan bien se les daba hacer: convertir la batalla en una gresca tan caótica y confusa que al enemigo le resultaba imposible maniobrar tácticamente. Sobre la nieve, Impolutos y Veteranos se batían a muerte en un barullo de piernas, brazos y armas volando. En mitad de semejante jaleo, los puñetazos, testarazos y patadas se mezclaban con las mejores estocadas de la esgrima más refinada.

Velarión se anticipó al desastre. Conocía lo suficiente de los hijos de la Roca para saber que a un enano no basta con derrotarlo, ya que no permanece mucho tiempo en ese estado. Los enanos no tropiezan dos veces con la misma piedra, sino que arremeten contra ella con contumacia hasta que la parten a cabezazos. «No, aquí no valen baños tibios —se dijo a sí mismo—. A estas bestias no basta con abatirlas; si quieres vencerlas es preciso aniquilarlas.»

Agarró a Aelión de los hombros y lo agitó con brusquedad, tratando así

de sacarlo de su idiotizado aturdimiento. El archimago le devolvió una mirada atontada. Por lo menos ya no se le caía la baba de la boca abierta. Su mirada reflejaba tan solo un escombros de lo que había sido, pero quedaba algo de vida en ella.

—¡Los enanos! —le gritó—. ¡Un conjuro! ¡Pronto!

Aelión, como un muerto viviente, caminó hacia el campo de batalla. Con una lentitud que a Velarión le resultaba exasperante, el hechicero levantó los brazos y abrió la boca. En un principio salió de ella el lastimero mugido de un hombre alelado, pero lentamente el bramido dio paso a un balbuceo que, a su vez, se transformó en un salmo. El canturreo del mago fue creciendo en intensidad hasta convertirse en una retahíla estrepitosa.

En un momento, y de forma simultánea, todos los enanos se cayeron al suelo desplomados. Después empezaron a roncar.

—Habría preferido que los matara, aunque con dormirlos supongo que será suficiente —comentó Velarión.

El archimago continuaba con su cántico siniestro. Mientras siguiera entonando su encantamiento, los trifulcanos seguirían roncando plácidamente. Eso permitiría a los elfos matarlos sin mayor dificultad.

Pero había una enana que seguía en pie. Los ogros eran inmunes a los sortilegios de los magos del Aura, y Grosa, aunque anatómicamente no era una ogra, había aprendido de sus padres adoptivos muchas cosas. Entre ellas, a sustraerse a los hechizos que utilizaban la propia mente de la víctima en su contra.

Grosa terminó de partir por la mitad a un Impoluto y miró a su alrededor. Sus gestos no podían expresar mayor perplejidad.

—¡San dormío! —exclamó muy indignada. Le parecía inadmisibles que los demás se echaran a descansar mientras ella cumplía su parte.

En cuanto a los elfos, se sentían casi tan desconcertados como la enana. Nunca se habían enfrentado a un ejército de enemigos dormidos. Su entrenamiento los preparaba para afrontar situaciones peligrosas, no absurdas. Y eso de matar a enanos roncando no les parecía lo más honorable, ni siquiera educado. Su tendencia natural, cuando veían a alguien descansando, era procurar no hacer ruido.

—Y ese d'ahí qué hase cantando —se preguntó Grosa en voz alta cuando descubrió a Aelión entonando su hechizo. Estaba muy cerca del archimago, de modo que se encaminó hacia él con resolución. Los Impolutos

la observaban inmovilizados por el estupor—. ¡Tú! —volvió a gritar la enana—. No cantes, que los ves a despertar. ¡Poquito de educación!

Velarión, desde su montículo, no alcanzaba a distinguir qué era eso que causaba tanta inquietud entre sus soldados. Tan solo veía una flor que parecía caminar a gran velocidad entre los Impolutos.

—¿Te callas o te callo? —preguntó Grosa ya al lado de Aelión.

El archimago no contestó y siguió con su cántico mágico.

—Pos te callo —sentenció la enana.

Movió su hacha como un péndulo. Primero hacia atrás, para darse impulso, y luego hacia delante, clavándola en la entrepierna del elfo. El filo atravesó la pelvis y siguió subiendo hasta el estómago. Cuando el acero dejó de roer carne, las entrañas de Aelión ya habían empezado a desparramarse sobre el suelo, tiñendo la nieve de rojo y marrón.

—Ale, callao.

En cuanto cesó el sortilegio, los trifulcanos se despertaron y se incorporaron entre bostezos y estiramientos de brazos y piernas.

—¡Ey, Grosa! ¡Has matado al mago! ¡Qué tía! —gritó Riñas ante el cadáver destripado de Aelión.

—Ah, ¿que era un mago? —se sorprendió ella—. Por eso sa muerto fácil. Les quitas las cosas del cerebro y no son más duros que un queso.

Cacerolas, tenedores, cuchillos, sartenes... Los hombres y mujeres del Valle se habían armado con lo primero que encontraron. Cualquiera cosa era suficiente porque no tenían ninguna intención de pelear, sobre todo después de ver la brutalidad con la que elfos y enanos se estaban batiendo entre sí, con amputaciones traumáticas y muertes horribles.

¿Qué podían hacer, en semejante tesitura, un labriego o un mercader sino dejarse la vida inútilmente?

Con el mayor disimulo, en grupos grandes o pequeños, caminando de espaldas o de puntillas, los humanos se alejaron del campo de batalla y se replegaron hacia el sur. Era la segunda vez que abandonaban a los enanos de Villa Trifulcas en plena lucha. También la reina Liviana se quedó sola en mitad de la nada. En parte elfa, en parte humana, se vio repudiada por unos y por otros. Y para arrepentirse ya era tarde; eso tenía que haberlo hecho antes de desobedecer al rey y abjurar públicamente de su nacionalidad velariana.

Los humanos, sin embargo, no llegaron muy lejos. En cuanto vieron la horda de orcos y trolls que se aproximaba por el sur, dieron la vuelta y echaron a correr hacia el norte, de nuevo en dirección al muro de hielo. Si se mantenían muy cerca de él, la horda se encontraría con los elfos y los enanos antes que con ellos, y quisieran los dioses que trifulcanos y velarianos fueran lo bastante fuertes y numerosos para detenerlos.

La horda maligna tenía un nuevo líder. Un Gran Lord aún más grande y más fiero que Frjtrombj. Este jefe tribal, llamado Rkmtruj aunque conocido por sus esbirros como Puño Rabioso, había unido a varios clanes troll de Trollsavilla, a los que sumó los orcos y trollcos que llegaron de Forcejeo y

Villa Trifulcas, y había formado con todos ellos un ejército tan temible que ni siquiera los grongos de las cavernas se acercaban a él.

Con sus tropas reunidas y listas para la batalla, se dirigió directamente a Velaria. Él no había pactado nada con Velarión y le importaba tres cojones lo que su antecesor, Frjtrombj, hubiera acordado con él. Con Forcejeo, Villa Trifulcas y el Valle en su poder, ahora le tocaba el turno a la tierra de los elfos de hielo. Allí no había nada que pudiera interesarle. Los trolls aborrecían el frío, el arte, el perfume, la igualdad de género y todo en general. Su capacidad de odiar era infinita. Pero querían invadir Velaria por fastidiar. Cuando odias algo tanto como los trolls odian a los elfos, empleas toda tu energía y tus recursos en destruirlo, aunque no saques ningún provecho de ello. Incluso si te perjudica de algún modo.

—Puedo proceder a lo que viene siendo oler el miedo —dijo Puño Rabioso con su voz grave y rasposa al ver a los refugiados huyendo.

—He sido yo, presuntamente, Gran Lord —se disculpó un oficial del clan de los Chupasesos.

Siguiendo la rígida cadena de mando, Rkmtruj ordenó a los trolls que ordenaran a los trollcos que ordenaran a los orcos que iniciaran el ataque.

Pero los orcos no atacaron. En su lugar, se organizó entre ellos una discusión a gritos y gestos en la que participaron los jefes de todas las tribus que formaban su hueste: los orcos comunes, los goblins del Primer Círculo, los robustos y feroces orcos del Gran Abismo, los orcos-trasgos de La Marea Negra... De entre todos ellos, eligieron a Sorgon como interlocutor y lo empujaron hacia el puesto de mando del Gran Lord troll, situado en la cima de una loma.

Ese portavoz, jefe de los orcos rojos del Trueno Aullante, se inclinó ante Rkmtruj y le habló en un tono firme y no todo lo sumiso que debería.

—Gran Lord, hemos hablado los jefes tribales de todos los orcos y nos preguntábamos por qué no vais vosotros delante, por una vez. Nosotros marcharíamos también al combate, claro, pero detrás, que ya nos toca.

El Lord actuó como si oyera una voz y no supiera de dónde provenía. Inspeccionó el suelo a su alrededor, miró bajo sus propias piernas y echó un vistazo al culo de uno de sus ayudantes antes de fijar la vista en el orco.

—Ah, sí, aquí estás. Eres lo que viene siendo tan miserable, insignificante y birrioso que no había procedido presuntamente a verte.

—Pues sí, estoy aquí —repuso el orco. Se dirigía al troll con un descaro

que demostraba poco o ningún temor hacia el Gran Lord y sus temibles guardaespaldas.

Por ese motivo lo habían elegido a él como delegado entre todos los jefes orcos. A Sorgon no le daba miedo morir porque llevaba ya una temporada pensando en suicidarse. Su mujer lo había abandonado, llevándose consigo a sus doscientos treinta y siete hijos. En la capa intermedia del mundo, donde él vivía, poco más había que hacer aparte de aparearse. No tenían tabernas, teatros ni lugares similares donde entregarse al ocio, y tampoco podían dedicar su vida al estudio porque no cultivaban ninguna disciplina aparte de la ya mencionada de copular y, si acaso, un limitado entrenamiento militar. Así las cosas, el abandono del hogar por parte de uno de los dos cónyuges provocaba una profunda depresión en el otro que solía terminar en suicidio.

Un orco en esa situación no se achantaría ante el Lord de los trolls y se mantendría firme en sus exigencias. Con más razón puesto que hacerlo significaría, con toda seguridad, no salir vivo de la entrevista.

Rkmtruj clavó en Sorgon unos ojos ardiendo de furia.

—Procede a reiterar eso que me has comunicado, si posees valor.

—Que nos negamos a ir nosotros delante esta vez. Que vayáis vosotros si os da la gana.

El orco fue inmediatamente asesinado y devorado por el alto mando del Gran Lord. A continuación los trolls la emprendieron a latigazos con los demás orcos para que se lanzaran al ataque. En un primer momento obtuvieron su obediencia, pero los líderes de las tribus se rebelaron y mataron a uno de ellos.

Este simple acto provocó una reacción en cadena. Otro cacique troll mató al jefe del Primer Círculo y los goblins apuñalaron al asesino, lo que tuvo como consecuencia que acudieran más trolls y comenzaran a aplastar goblins.

El conflicto se extendió por toda la hueste. Los trolls mataban orcos y trollcos indistintamente; los orcos mataban trolls y se mataban entre ellos, aprovechando el tumulto para vengar viejas afrentas o ajustar cuentas con sus congéneres de otros clanes; los trollcos atacaban a cualquier cosa que les pasara por delante, para no parecer cobardes ni apocados. Y, mientras tanto, los elfos y los enanos seguían matándose entre ellos sin darse cuartel.

La repentina guerra civil entre orcos y trolls concedió a los humanos del Valle la oportunidad de escapar intactos. Dando un pequeño rodeo consiguieron, además, pasar de largo por la lucha entre elfos y enanos y buscar cobijo junto al muro, lejos de todos los combates.

Ya estaban celebrando su buena fortuna cuando una manada de lobos se plantó delante de ellos, estudiándolos con sus inertes ojos de depredador, sus cabezas gachas y sus lomos arqueados.

Los animales habían llegado desde el bosque de las dríadas para matar a los trolls por haber destruido su hogar con hachas y antorchas. En principio no tenían nada en contra de los humanos. Recelaban de ellos, aunque no había motivos para el ensañamiento.

Pero quiso la mala fortuna que Fatuo Pródigo, afamado sastre peletero, llevara puesto su flamante abrigo de piel de lobo ártico y que la manada lobuna reconociera en la prenda las manchas características de la piel de uno de los suyos, desaparecido tiempo atrás en las inmediaciones de una aldea del Valle.

Los lobos, ansiosos de venganza, se echaron encima de Fatuo y lo despedazaron. El escándalo alertó a las demás bestias del bosque, que se acercaron a comprobar qué ocurría.

Resultó que no solo el peletero vestía prendas confeccionadas con piel de animales. Eran muchos los hombres y mujeres, todos pertenecientes a las clases más acomodadas, los que se arrebujaban en abrigos de armiño, visón, leopardo, oso o tigre. Otros calzaban botas de cuero, sombreros de plumas, bolsos de escamas o amuletos de conejo y orangután y bisuterías de marfil. Y, para completar el horror, en el campamento todavía humeaban algunas fogatas sobre las cuales yacían los restos de venados, ciervos o jabalíes, horriblemente mutilados, empalados y a medio devorar.

Aquello era más de lo que cualquier animal podía soportar. Algunos, los herbívoros y las hienas sobre todo, más timoratos, reaccionaron con miedo e indecisión. Pero otros, como los osos, los felinos y los chihuahuas, se tiraron contra los humanos sin pensárselo dos veces. Esa noche los animales cenarían personas, y no al revés.

El clan de la Esteisi recorrió el sendero oculto que empleaban los elfos para entrar y salir a escondidas de Velaria. Por el camino se habían cruzado con el ejército de Velarión, que salía a dispersar a «la chusma». Eran tantos soldados que los ogros se ocultaron hasta que el regimiento pasó de largo. Para ser criaturas tan grandes y zopencas, los ogros se movían con un sigilo felino y se confundían con su entorno como camaleones en carnaval.

Una vez dentro del Reino, se dirigieron a la Atalaya del Infinito, construida junto al muro como cuartel de la guarnición que vigilaba el paso de Nopasaréis. No les resultó complicado emboscar a las patrullas de Impolutos que vigilaban la zona y comérselas sin hacer ruido. Tras devorar a tres pelotones de infantería, el animado clan de los ogros entró en la torre. Por hacer turismo más que nada, pues se habían saciado de carne de elfo y ya ni por gula les entraba un soldado más en la barriga.

La planta baja de la Atalaya era una estancia amplia, circular y diáfana con las paredes fabricadas de un cristal que cambiaba de tonalidad según la cantidad de luz exterior. Sin embargo, ese prodigio de la alquimia moderna no impresionaba a los ogros en absoluto. Lo que sí los fascinó, hasta un punto cercano al éxtasis, fue la decoración. Cortinas, jarrones, armaduras de guardias gélidos, balaustradas... Todo confeccionado en oro. Y a los ogros nada les gustaba más que «lo dorao». Ese metal pegaba con todo y demostraba que el dueño tenía buen gusto y poderío. Ellos mismos llevaban cadenas y anillos de oro —la propia Esteisi llegaba a acumular doce sortijas en un solo dedo— y llenaban sus grutas y cavernas de cualquier objeto de color amarillento; especialmente si brillaba.

«To donao», como decía la Esteisi refiriéndose a las cosas de las que se apropiaban al margen de formulismos comerciales. Para los ogros la propiedad de un objeto no tenía que ser, por fuerza, de su legítimo dueño,

sino de quien más ilusión tuviera por poseerlo o de quien fuera a disfrutarlo con mayor ilusión. Y nadie se deleitaba más que ellos con los oros, así que se los adjudicaban en cuanto los veían.

—¡Ay, si la Yorelai fuere aquí y viere esto! —exclamó la Yeni—. Se quea loca del oro este.

—Las cortinas pa mi cueva —dijo el Brayán tirando hacia él de los pesados paños.

Dos elfos bajaban en ese momento por las escaleras —de cristal— y vieron a la Esteisi y compañía arramplando con todo lo que podían.

—¡Ogros! —gritó uno de ellos.

—¡A mí la guardia! —se desgañitó el otro.

—Semos solo mirando —trató de disculparse la Yeni, que llevaba un busto del precioso metal debajo de cada sobaco.

El Brayán tiró las cortinas al suelo y las alejó con golpes de los talones.

—No habemos tocao na, esto ya estaba asín —mintió con cierto rubor.

—¡Muerte a los ogros! ¡Ladrones, asesinos! —volvieron a gritar los Impolutos lanzándose a por los intrusos espada en mano.

Los ogros se debatían entre mostrarse sorprendidos por la violencia de los soldados y sentirse ofendidos por los insultos recibidos. El trato era indignante, y la hospitalidad de los elfos inexistente. Ellos no estaban haciendo nada malo. Solo se habían merendado a unos cuantos guardias y ahora estaban echando un vistazo al mobiliario para llevarse un par de recuerdos. Pero sus anfitriones eran muy tiquismiquis.

El primer Impoluto arremetió contra la Esteisi, acertando a darle un tajo en la cintura. Una herida de quince centímetros capaz de partir en dos el tronco de un arbusto pero que no pasaba de ser un simple rasguño para un ogro. La jefa del clan, entonces, cogió ciento veinte grados de reprís con su brazo derecho y, cuando soltó el manotazo, con la palma de la mano abierta, la cabeza del elfo volvió ella sola hasta las escaleras. Su compañero no corrió mejor suerte. El Bayron lo cogió del cuello y trituró su cráneo contra una pared de cristal. Lo bueno del cristal élfico es que podías utilizarlo para reventar huesos y ni siquiera se resquebrajaba.

El resto de la guardia no tardó en llegar hasta la planta baja para expulsar a los intrusos de su sagrada torre. Aunque los elfos se manejaban en el combate cuerpo a cuerpo con la misma destreza que con el arco, empleando una profusa variedad de técnicas de lucha élfica en las que no

faltaban las patadas voladoras y las llaves estranguladoras, los ogros, en esas lides, eran incluso más temibles que los trolls, aunque ni mucho menos tanto como los grongos de las cavernas. Pero comparaciones aparte, se trataba de unos rivales formidables incluso para los Impolutos más bizarros y mejor adiestrados.

Las cabezas cruzaban el aire como en un partido de pelotabate, el suelo se llenaba de tripas y las paredes se teñían del rojo y el verde de ambas sangres. Los ogros acababan de descubrir que los guardias gélidos no eran tan fáciles de matar si no los emboscabas y los superabas ampliamente en número.

Los padres de Grosa, mientras tanto, se mantenían a cierta distancia de la pelea. Desde un principio se habían mostrado en desacuerdo con la incursión de su clan en las tierras de Velaria. En lo que a ellos se refería, con vigilar a su hija y velar por su seguridad daban su misión por bien cumplida. No se les había perdido nada en la Atalaya del Infinito, así como tampoco compartían con sus congéneres el ansia por llenar su pequeña cueva de cachivaches dorados. ¿Para qué podían necesitar cortinas y coronas? Se tenían mutuamente, y su amor era su particular tesoro, del que cada uno guardaba en su corazón la parte que le correspondía al otro.

Pero un Impoluto reparó en ellos. Los dos ogros, solitarios y apartados del resto, eran un blanco demasiado fácil para desaprovecharlo. Cargó una flecha en su arco y disparó. Candarlenderlión no había fallado un flechazo en su vida, lo cual significaba trescientos treinta y nueve años lanzando saetas sin errar un solo tiro. Tan solo se le presentó el dilema de elegir a qué ogro matar primero, y optó por el que le parecía más feo, dentro de lo feos que eran todos.

La flecha tardó exactamente tres pestañeos en recorrer la distancia que separaba la cuerda del arco de su destino. Luego sonó un crujido gelatinoso, cuando el dardo entró por el ojo de Wilmer y salió por su nuca. Pero el ogro no cayó fulminado. En lugar de eso, dio dos vueltas sobre sí mismo, se chocó de espaldas contra una columna, se cayó de bruces, dio una voltereta y terminó sentado en el suelo con la cabeza metida entre las piernas. Muerto.

Deisy habría gritado, presa del espanto y el dolor de ver a su amado derrumbarse sin vida sobre el adoquinado, pero su reacción fue troncharse de risa.

—Ay, Wilmer —balbució entre carcajadas—. Hasta en muriéndote das

risa. Qué caída. Un cómico hasta lo último.

Después se abrazó al cadáver de su esposo y se quedó acurrucada junto a él, riéndose y acariciándole su cabeza calva llena de pústulas.

—Qué solina me queo, Wilmer. Qué sin risas me dejás —le dijo al amado cadáver antes de darle el último beso. Ese que habían planeado darse, ya de «viejines», comiendo caca y contando chistes.

Los demás miembros del clan estaban matando y muriendo cada uno como mejor sabía.

La lucha entre los humanos del Valle y las criaturas del bosque también estaba siendo feroz. Algunos animales, como las mofetas o los gansos, poco podían hacer contra los cuchillos, sartenes y estacas de la gente, pero así y todo peleaban con arrojo, aunque solo fuera provocando ruido y confusión. Sin embargo, los osos, simios, felinos, rinocerontes, lobos y demás bestias de similar tamaño y ferocidad, mataban gente con la facilidad de quien ha nacido para depredar.

Cada uno hacía su parte lo mejor que podía. Había monos tirando de los pelos a señoras espantadas, serpientes mordiendo tobillos y escorpiones soltando picotazos envenenados. No hacían distinción entre niños, personas mayores, lisiados, venganos o amigos de los animales. Todo ser bípedo era un objetivo.

Y aun a pesar del fiero empeño, las cosas estaban muy igualadas. Muchos animales se negaban a cooperar, lo cual habría resultado mucho más eficaz a la hora de acabar con un mayor número de personas. Pero no pocos de ellos llevaban toda su vida matándose entre sí y cualquier colaboración resultaba tan contraria a sus instintos que se daba por imposible. Por ejemplo, los perros se mantuvieron fieles a sus amos humanos y se dejaron la vida protegiéndolos, pero los gatos domésticos no se lo pensaron dos veces antes de traicionarlos y ponerse del lado de sus enemigos.

Al cabo de un rato llegaron también las dríadas y se unieron a la batalla, aunque no en el bando que muchos esperaban.

—¡Mirad! —gritó un hombre señalando con un dedo hacia algún lugar entre el barullo—. ¿No son esos los árboles parlantes de hace un rato? Seguro que nos echan una mano contra estos animales rabiosos.

—No sé qué decirte. Yo no estaría tan seguro de que fueran ellos. —Su compañero dudaba.

Los árboles con los que habían estado jugando eran secos y caminaban encorvados con la ayuda de bastones, como si fueran viejos y achacosos. Pero estos que ahora veían eran verdes, llenos de hojas y frutos, y se movían erguidos y con toda la destreza con la que puede moverse un árbol que camina. Todas eran plantas andantes, aunque ahí se terminaban las similitudes entre unas y otras. Aparte de ese detalle, no parecían para nada las mismas.

Y sin embargo lo eran. Las mismas dríadas del bosque a las que habían maltratado con su cruel curiosidad. Su repentino cambio, de la decrepitud a la exuberancia, tenía una explicación. Papidoo había entrado en Velaria en busca de cerveza, pues a los enanos se les había agotado. Allí unos elfos lo encontraron zigzagueando y dando traspiés y lo recogieron, a pesar de que el pequeño elemental, que seguía enfadado con el mundo, se resistió dando puñetazos y patadas e intentando morderles con su boca sin dientes. Tuvieron que administrarle un potente brebaje para desintoxicarlo del alcohol y devolverlo a su esencia benigna.

Después del bochornoso episodio, se lo llevaron a Frutilda Cascarilla. La anciana, al verlo, se llevó la única alegría de las últimas semanas, y quizás la más oportuna de su larga, larguísima vida.

—Al final, lo que son las cosas, los enanos te han mantenido con vida —le dijo al retoño después de cubrirlo de besos.

—Papi... —contestó el elemental agitando una mano con languidez.

Papidoo puso a las dríadas al corriente y las ancianas fueron por fin conscientes de la gravedad de la situación. Aquella no era una cuestión que atañera únicamente a las criaturas del bosque. Lo que se había desencadenado junto a las puertas de Velaria era una guerra que amenazaba la existencia de todos los árboles y animales del mundo. Y de los seres humanos, aunque eso era algo sin la menor importancia para ellas.

Se encontraban inmersas en lo que los cronistas acabarían llamando la Primera Guerra Enano-humana-élfica-troll-orco-trollca-faunística. Un suceso del que no tenían más remedio que participar, pues mucho era lo que había en

juego, no ya para ellas, que eran tan ancianas que veían a la muerte observarlas codiciosamente cada mañana, sino para todas las criaturas vegetales que aún estaban por nacer.

—Esto es lo que haremos —explicó Frutilda a sus compañeras—: Papidoo nos devolverá la juventud y lucharemos.

Tomilla Bulbosa suspiró:

—Ay... ¿Ser jóvenes otra vez? ¿Y no hay otra opción?

—Ninguna. No querrás que vayamos a pelear como estamos ahora, que nos caemos a trozos.

—A mí es que me da mucha pereza volver a empezar la vida —insistió la dríada reticente—. Y encima sin la ingenuidad ni la ignorancia de la primera vez, cuando todo estaba por descubrir y experimentar.

—Yo opino igual —intervino Arbustina Chirimiri. Y eso que sus heridas eran las peores, lo cual le daba más motivos que a las demás para desear un tratamiento mágico de curación y rejuvenecimiento. Pero a estas alturas de la vida, con todos sus sueños ya soñados y sus deseos ya cumplidos o definitivamente abandonados, lo que menos le apetecía era volver de nuevo al principio.

Las demás ancianas también se mostraron reacias al plan de Frutilda.

La señora Cascarilla, no obstante, dominaba el arte de la insistencia como nadie.

—Pensad en los brotes. Los inocentes e indefensos arbolillos que morirán si los elfos pierden esta guerra.

Sus compañeras se la quedaron mirando en silencio. En aquella coyuntura no decir nada equivalía a decir que no. Pero Frutilda lo intentó una vez más con un argumento que las convencería con seguridad:

—A ver, chicas. Las cosas están muy mal. Pero muy mal de verdad. Así que si vamos a luchar, aunque seamos jóvenes, no saldremos vivas de aquí.

—Ah, bueno. Siendo así... —cedió por fin la señora Bulbosa.

—Yo, si me dices que vamos a morir, entonces voy. Pero solo si me aseguras que nos matan —concedió Arbustina.

—Que sí, pesada. Y si no te matan ellos, te mato yo. A ti y a todas las demás.

Entre las dríadas se levantó un murmullo de aprobación. Bajo esas condiciones aceptaron el trato. Una a una fueron pasando ante Papidoo, quien de un prolongado soplado desde la cabeza hasta los pies devolvió a sus

cuerpos arbóreos todo el vigor y la salud que el tiempo les había ido arrebatando.

De modo que el hombre que señaló a las dríadas en el fragor de la batalla tenía razón. Eran los mismos árboles, aunque ya no eran unos cascajos decrepitos, sino jóvenes y robustos troncos llenos de ramas y frutos.

Frutilda y sus comadres avanzaron con decisión. Ellas, igual que los animales, habían ido allí para enfrentarse a los trolls y orcos que habían destruido su hogar. Las carcomía un deseo de venganza, no de reparación, pues el bosque era irrecuperable. Pero cuando salieron del sendero mágico y vieron a animales y humanos combatiendo, se lanzaron sin dudar a ayudar a sus amigos cuadrúpedos.

El suelo estaba lleno de cadáveres de conejitos, ardillas y patitos que habían dado su vida por la patria. Eso enfureció todavía más a las dríadas. Frutilda hizo un corro con sus compañeras para darles las instrucciones de combate:

—Apuntad a las mujeres al corazón y a los hombres a la entrepierna. Esos son sus puntos débiles.

La señora Cascarilla ya no era un tronco viejo y pelado. Ahora volvía a ser un espléndido manzano, como en sus años mozos. Plantó con fuerza sus pies en el suelo, arqueó sus ramas y lanzó una descarga de manzanas. Los frutos salieron disparados a tal velocidad que se convirtieron en proyectiles mortíferos. Un solo manzanazo en la cabeza o en el pecho bastaba para matar a una persona.

Tomilla Bulbosa hizo lo mismo con sus nueces, y Arbustina Chirimiri con sus peras. Encina Montecillo disparó sus bellotas, Polina Floresta, sus piñas piñoneras, y Matoja Espinosa, sus insignificantes frutos de acacia. Daba igual que su munición fuera letal como una granada o inofensiva como una frambuesa. Todas las dríadas colaboraban.

Y en mitad de todas ellas, el pequeño Papidoo lanzaba nubes de polen que causaban estragos entre los alérgicos.

Era una lucha a muerte entre humanos, árboles y animales. A todo o nada.

Robusta estaba tendida en el suelo con una espada hundida en la pierna hasta el hueso. Un soldado elfo se la había clavado mientras ella trataba de asfixiar a otro estrujándole el cuello con el brazo flexionado. Por suerte, Riñas estaba a su lado y alcanzó a derribar al Impoluto que pretendía rematarla.

—Vamos, becerrilla. Que no es momento de echarse a vagar —dijo él ayudando a su prometida a levantarse.

—Son duros de cojones estos elfos —se quejó Robusta—. Con lo remilgados que parecen y las hostias que reparten.

La batalla no estaba resultando tan sencilla para los enanos como ellos habían previsto. Interesante sí, como cualquier combate de categoría, pero nada fácil. Los Impolutos resultaron ser unos adversarios temibles. Hacía tanto que elfos y enanos no luchaban entre sí que ni siquiera Cazurra, la Veterana más anciana, se había enfrentado nunca a uno.

Lo que no sabían los enanos es que los soldados de Velarión se veían en un aprieto parecido. Se habían equivocado al pensar que vencer a los trifulcanos sería tan sencillo como comprar la voluntad de un gnomo. En Velaria consideraban a los hijos de la Roca demasiado pervertidos y alcoholizados para mantener una adecuada disciplina de combate. Por ese motivo la habilidad de los Veteranos con las armas los había cogido por sorpresa.

El mismo Velarión había juzgado erróneamente que la guarnición de la Atalaya del Infinito y su guardia de elfos gélidos serían suficientes para ocuparse de cualquier contratiempo en el muro. De ahí que no hubiera traído consigo un ejército de verdad. Un error estratégico que no estaba dispuesto a admitir.

—¿Dónde están los refuerzos que he pedido? ¡Ya deberían haber llegado! ¿Por qué no están ya aquí? —le gritó a un Impoluto. El rey sabía

arreglárselas para que sus equivocaciones terminaran pareciendo ser consecuencia de la incompetencia de otros.

El pobre oficial no tuvo otro remedio que decirle la verdad a su señor, aun a riesgo de sufrir su cólera. Los refuerzos no vendrían porque estaban en ese momento luchando contra unos ogros en el interior mismo de la Atalaya del Infinito. La situación se había desmadrado por completo. Las dríadas y los animales del bosque se estaban enfrentando a los humanos del Valle un poco más al este y, en el sur, trolls y orcos se mataban entre sí. De los enanos de Forcejeo no había ni rastro. Quizás se hubieran marchado de vuelta a su ciudad o quizás anduvieran tramando algo; era imposible saberlo.

—¿Pero qué follón de batalla es este? —gruñó Velarión.

—Nadie se lo explica, Majestad —admitió el Impoluto—. Ya no sabemos ni quién va con quién.

Mientras retrocedían, los Veteranos trataban de formar en círculo alrededor de Wifo. Para protegerlo y para tener una referencia de la posición de los demás. Ante unas destrezas marciales tan igualadas, los elfos se estaban imponiendo a los enanos por una simple cuestión de superioridad numérica. Aunque de forma lenta y penosa, los soldados gélidos obligaron a los trifulcanos a replegarse, y estos, en su retroceso, se toparon de espaldas con los orcos, que estaban a su vez siendo sobrepasados por los trolls. Al encontrarse unos con otros, comenzaron a luchar también entre ellos.

A Wifo, como es lógico, no le dejaban pelear. Tenía su espada desenvainada, pero en cuanto se le acercaba un elfo o un orco a menos de tres metros, uno de sus amigos, en especial Grosa, se interponía disimuladamente entre ambos y libraba al estudiante de una muerte garantizada. Luego le animaban, como si estuviera haciendo algo útil, y él daba un par de estocadas al aire para que pareciera que al menos se esforzaba. Poco más podía hacer alguien como él en una batalla que esquivar el riesgo en cuanto lo veía cerca.

—¿Dónde se han metido los enanos de Forcejeo? ¡Los necesitamos! —se desgañitaba Calambres, el segundo Veterano de más edad, que iba de un lado a otro asegurándose de que la defensa en círculo no se desmoronaba en ningún punto.

Ahora que Calambres lo mencionaba, nadie había visto a Rehostia y sus guerreros desde el episodio de la tortuga de escudos. Después parecían haberse esfumado. Con lo difícil que era que miles de enanos, con sus cachivaches, sus barriles de cerveza y sus cánticos, desaparecieran sin que nadie se diera cuenta.

—Se han marchado. Estamos nosotros solos —gritó Cazurra. Ella había sido la última en estar con Rehostia. Cuando compartieron cerveza, carne asada e historias de antiguas batallas.

—¿Cómo que se han marchado? —preguntó Follón desde el suelo, encima de un elfo al que acribillaba a puñetazos.

—Pues eso, que se han marchado y estamos solos —repitió la Veterana—. Como los elfos no los dejaban pasar, los de Forcejeo se han vuelto a sus tierras con sus heridos y su cerveza.

—¿Que la cerveza qué? —se oyó vocear a otro enano.

—¡Que se la han llevado!

—¡Pero qué hijos de troll!

—¡Ya los pillaremos, ya!

Independientemente de dónde anduvieran sus primos hermanos, la realidad era que los trifulcanos estaban solos y rodeados de enemigos. Y era igual de cierto que cada vez quedaban menos con vida, y que el cerco al que orcos y elfos los sometían se estrechaba por momentos.

Riñas, que tenía a Wifo al alcance de un hachazo, le dijo, con ese ánimo suyo tan personal:

—Ey, Blandito. Menuda batalla, ¿eh? De esta sí que no salimos. ¿Sabes qué dicho tenemos los enanos? —preguntó y, sin esperar una respuesta, contestó él mismo—: «Vive feliz, muere peleando y deja un cadáver irreconocible». ¿No es genial? Palmarla en una batalla de verdad y no en una pelea en la taberna, como los gnomos, o de viejo como los elefantes.

El cerebro de Wifo no sabía ya ni cómo afrontar la evidencia de su propia muerte, que se le presentaba inminente e inevitable. Alegrarse no se alegraba, como le ocurría a Riñas, que al fin y al cabo nunca había estado muy bien de la cabeza, pero tampoco lo asaltó un acceso de repentina temeridad ni la parálisis que provoca la cercanía del peor de los temores. Por una vez, tampoco se desmayó ni se meó encima ni vomitó ni se arrodilló para llorar e implorar clemencia. Su cabeza simplemente negó la realidad: él

estaba vivo, sus amigos estaban vivos y, mientras nada de eso cambiara, no había motivo para la alarma. Soltó otro par de estocadas al viento y preguntó:

—¿Dónde está Grosa? Estaba aquí a mi lado hace un momento.

—Se ha ido hacia allí —dijo Riñas apuntando con el dedo hacia su izquierda.

—¿Para qué?

—Y yo qué sé. Es Grosa. Va y viene. Tú ya deberías conocerla, que estás enamorado de ella.

—Riñas.

—Dime.

—Que te folle un grongo.

—Blandito, te estás volviendo muy enano. Espérate que a este paso no te crezca una barba de verdad.

Wifo distinguió la cabeza de Grosa a varios metros de distancia. El follón de la batalla y el viento, que lanzaba ráfagas de afilada nevisca, dificultaban la visión, pero la flor en la coronilla de la enana era inconfundible, como la enseña de un barco en mitad de una tempestad. Dudó si ir hacia ella o permanecer junto a Riñas, Robusta y Follón, pero al final se decidió por Grosa. Nadie cuidaría de él como lo hacía ella.

—¡Grosa, espera! —voceó a pleno pulmón.

La enana no se detuvo ni le contestó.

—¡Que voy contigo! —volvió a gritar aún más fuerte.

Pero Grosa seguía sin hacer caso. Un elfo se acercó a ella por el costado. Las espadas de los Impolutos eran tan largas que vistas desde lejos podían fácilmente confundirse con lanzas cortas. El elfo levantó su arma para asestar un golpe a la desprevenida enana.

—¡Grosa, cuidado, a tu derecha! ¡Grosa!

Intentó correr para llegar hasta ella, pero tropezó con los enanos que luchaban y los cadáveres que yacían sobre el suelo nevado. De rodillas, atrapado en un maraña de piernas y hachazos, solo pudo gritar una vez más el nombre de Grosa mientras el elfo la decapitaba.

Entonces se levantó, cegado de ira. La piel le ardía y el latido del corazón le golpeaba el pecho y le zumbaba en el cráneo. Con una fuerza que desconocía poseer, embistió al Impoluto y lo derribó. Cuando lo tuvo caído boca arriba, le hundió su espada en la cara hasta atravesarla y dejarla clavada en la nieve.

Riñas, que había presenciado el temerario acto de Wifo, lo siguió a la carrera. Cuando llegó a su altura, el estudiante estaba sentado y sostenía el cadáver decapitado de la enana.

—Grosa... Grosita... —murmuraba mientras sollozaba y mecía el cuerpo sin vida apretándolo contra su pecho—. Mi querida enana bruta y fea. ¿Por qué, dioses, hacéis siempre lo contrario de lo que se os pide? ¡Devolvedme a mi Grosa! ¡Devolvédmela!

—Blandito —le dijo Riñas golpeándole la coronilla con los dedos.

—¿Qué quieres ahora? ¡Fuera, déjame solo con Grosa! —gritó Medroso entre lágrimas, mocos y babeos.

—No, que digo que Grosa está aquí delante.

Los ojos enrojecidos de Wifo vagaron de un lado a otro hasta que se toparon con una enana fea, barrigona y con una flor en la cabeza.

—¿Grosa?

—Qué hase este abrasando a una enana sin cabeza... Sa enloqueció —dijo la enana.

—¿Eres tú de verdad?

—Po sí. La Grosa. Capasao.

Ella tan solo se había alejado unos minutos de Wifo para ir a buscarle un escudo. De hecho, traía consigo cuatro diferentes para que el joven humano eligiera, dado lo tiquismiquis que solía ponerse. Por eso se había retrasado un poco más de lo previsto. Y al volver se encontró con esta escena absurda que superaba su capacidad de entendimiento.

—Pero te vi morir —insistió Medroso.

—¿A mí? Pos yo no he visto na.

Otro Veterano se acercó a ellos y se arrodilló junto al cadáver diciendo:

—Esta brava enana era mi hermana, Rumba. Que los dioses la acojan y le permitan seguir bebiendo y peleando en la gran Montaña Eterna.

—¿Y la flor en la coronilla? —preguntó Wifo. Podía jurar que la había visto, pero ahora no encontraba la cabeza del cadáver para demostrarlo.

—No era una flor, era su peinado. Le gustaba hacerse una pequeña coleta ahí arriba. Así parecía más alta que yo.

Por fin el estudiante se calmó y entregó el cuerpo inerte al legítimo propietario de su desdicha.

—Vaya... ¡Menos mal que no ha sido Grosa!

—Hombre, menos mal para ti —repuso el enano.

—No, no, solo digo que me alegro de que haya sido tu hermana y no mi amiga, pero es un acontecimiento triste de igual modo. Con todos mis respetos.

—No, y sin ellos. Si ya te he entendido, no hace falta que insistas.

Todos se sobresaltaron cuando Grosa tiró los cuatro escudos y su hacha al suelo. Visiblemente molesta, se cruzó de brazos y refunfuñó:

—Pero entonse, ¿yo me morió o no me morió?

—No, Grosa, claro que no te has muerto. Sigues viva —respondió Wifo sin aguantarse una risotada de pura felicidad.

—Pos me vuelvo a pelear. —Se agachó, cogió su equipo de combate y se abrió paso entre sus compañeros—. Permiso. Cuidao. Permiso.

Riñas se echó el hacha al hombro, miró a Wifo y le preguntó:

—¿Y todos los sabios son tan tontos como tú?

La noticia que todos temían llegó por fin. Lo anunció Cazurra a voz en grito mientras vociferaba órdenes a las que ya nadie atendía: el círculo defensivo —o más bien la formación en patata deforme— tenía una brecha justo en el lugar en el que Riñas, Wifo y Grosa habían abandonado sus puestos. A través de esa abertura se estaban colando los elfos igual que los enanos se colaban en casa de cualquiera.

Estaban perdidos. Al menos eso era lo que decía Cazurra, que de estar perdida sabía lo suyo. Rodeados de elfos por un lado y de orcos por el otro, ya no existía salvación posible para la Compañía de Veteranos. Solo un milagro los libraría del desastre.

Un milagro como, por ejemplo, que sonara un cuerno grave y cavernoso, y que detrás de ese mugido metálico llegaran miles de enanos rugiendo y agitando con ansia asesina sus hachas cortamontañas.

—¡Primos, habéis vuelto! —gritaron los Veteranos.

Los guerreros de Forcejeo asaltaron el campo de batalla como un temporal azota un pueblo costero. Lo arrasaban todo a su paso, y solo se vieron frenados cuando la densidad de trolls, orcos y elfos no dejaba sitio para que cupiera un alma más. Su irrupción fue más jaleada por los Veteranos de Villa Trifulcas que la llegada de la caravana de cerveza que hacía el reparto en la ciudad todos los lunes. La nueva situación indicaba que al

menos disfrutarían de unas cuantas horas más de vida para matar a otro buen puñado de enemigos.

A la cabeza marchaban Brusca, Pedrolo y los cincuenta Veteranos que habían partido para escoltar a Ramona hasta Bellavista.

—¿Pero qué hacéis vosotros aquí tan pronto? —le preguntó Cazurra a Brusca después de recibirla con un tremebundo cabezazo y un abrazo con manotazos en la espalda.

—Pues salvaros el pellejo, por lo que parece —contestó la jefa de la Guardia.

—No pensaríais que nos íbamos a marchar dejándolo todo manga por hombro —dijo otra voz.

—¡Ramona! —exclamó la Veterana.

—Ni un día hace que me fui y mira la que habéis liado ya.

—Empezaron ellos.

—Mira que lo dudo —sospechó la señora Medroso.

—Bueno, vale, empezamos nosotros, pero ellos atacaron primero a los de tu raza.

—Hablando de la gente del Valle, ¿dónde está?

—Ni idea —confesó Cazurra—. Seguramente estén escondidos o huyendo de alguien.

—Qué desbarajuste, madre mía —refunfuñó Ramona mirando a su alrededor—. ¿Es que no hay nadie organizando esto?

La Veterana se rascó la cabeza.

—Eh... Yo lo estoy organizando.

—Pues vaya desmadre, Cazurra. Vaya desmadre. Pero no pasa nada, ya estoy yo aquí. —Se arremangó el abrigo y adoptó su postura de evaluar catástrofes, con las manos sobre las caderas. Luego se puso a hablar sola, como siempre que repasaba las tareas domésticas que tenía que hacer y el orden en el que las realizaría—. Lo primerito que hay que hacer es matar a esos orcos de ahí, que nos tapan la vía de escape.

Al poco tiempo llegó Wifo, más magullado de lo habitual y cubierto de la sangre de la enana decapitada.

—¡Hijo mío! —exclamó su madre al verlo en ese estado.

—Tranquila, mamá, estoy bien. Esta sangre no es mía.

—Qué susto me has dado, centellas.

El estudiante se metió un dedo en la boca con el que se separó un

carrillo.

—Mía, mamá, je me ha caído otro diente.

—Ea, ea, ya pasó —le consoló Ramona, más pendiente de la batalla que de su hijo.

—¿Tú no te ibas a casa? ¿Por qué has vuelto?

—Pues claro que no me iba a casa. ¿Crees que me marcharía y te dejaría a ti aquí? Desde luego que no. Lo que pasa es que nos enteramos de que Rehostia se llevaba a sus soldados de vuelta a Forcejeo y tuvimos que ir rápidamente a disuadirla.

En efecto, ahora que Wifo se fijaba, Brusca tenía los dos ojos hinchados y la nariz goteando sangre, y los Veteranos que venían con ella traían la cara en condiciones similares. Su propia madre hacía acrobacias absurdas para ocultarle los desgarrones enrojecidos de su ropa.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

La señora Medroso habló a su hijo como se reprende a un cachorrillo travieso:

—No podíamos arriesgarnos a decírtelo, cariño. Por si te ibas de la lengua, que eres un poquito bocazas. A ti si te capturan lo confiesas todo antes de que te aten a la silla. Tienes muchas virtudes, cielo, pero la valentía no es una de ellas. Y no me pongas esa cara. Muchos grandes personajes de la historia han sido unos cobardes. Por ejemplo el inventor de las trincheras, sin ir más lejos.

El rostro de Wifo no expresaba satisfacción por la explicación recibida. De hecho, su habitual mansedumbre se estaba transformando, en las últimas semanas, en una ira que a duras penas era capaz de contener. Todo escapaba a su control. Todo era un despropósito absurdo cuando la que debía ser su principal responsabilidad, el estudio sosegado y la investigación metódica, había degenerado en una carrera por salvar su vida y la de mucha otra gente que no le demostraba el más mínimo aprecio ni respeto. En este punto se refería a su reinado, que estaba siendo algo parecido a una función de circo sin espectadores.

—¡Me lo tenías que haber contado! ¡Soy el rey del Valle! —le gritó a su madre.

—No empecemos otra vez con la misma cantinela porque te llevas otro sopapo —contestó Ramona. Reyes a ella... A estas alturas.

Ni la corona libraba a Wifo de ser mangoneado por todo el mundo. Y

hablando de coronas: ni siquiera tenía una. «Qué mierda todo», masculló. En voz muy baja. Para que no le oyera mamá.

—¿Y cómo conseguisteis convencer a Rehostia? —preguntó Cazorra—. Porque es más dura de mollera que un grongo de las cavernas.

—Este, que tiene unas ocurrencias... —se rio Ramona señalando a Pedrolo—. ¿Cómo decías que se llama lo que hemos usado?

—Pólvora —respondió el alquimista, que, cosa poco habitual en él, se permitió reírse con ganas al recordar la cara de Rehostia con el pelo y las cejas en llamas.

—Ya le he dicho que con sus inventos se podrían fabricar armas cojonudas, y él venga a decir que no. Al final las voy a patentar yo, ya veréis.⁸

Wifo percibió que el código oral que empleaba su madre al hablar con los enanos era muy diferente del que usaba para dirigirse a él. Más coloquial, cargado de inflexiones chabacanas y giros barriobajeros. Se le notaba que estaba en su salsa en aquella guerra. Aunque Ramona nunca lo hubiera expresado directamente, su hijo sabía que Bellavista, la maternidad y el cuidado de la casa eran jaulas demasiado estrechas para encerrar a la señora Medroso. Ella debería haber sido la temeraria lingüista de la familia, sin duda alguna. Recorriendo el mundo en busca de nuevas y exóticas sintaxis, con la osada determinación que te da el saber que dispones de una beca pública de investigación.

La lucha se alargó hasta la noche. Cuando el sol se ocultó tras el horizonte y arreció la ventisca, nadie podía ver nada dos palmos más allá de sus narices. Solo los ojos de los elfos atravesaban la oscuridad y las ráfagas de nieve, aunque no más de un par de metros o tres; lo suficiente para no chocar contra la barriga de un enano o contra la entrepierna de un troll.

A esas horas luchaban ya todos mezclados en un mejunje sin sentido. La aparición imprevista de Bob Cincuentamuelas y la carga de su caballería había empujado a los trolls hacia el norte y había provocado que se mezclaran todos en una sopa de guantazos. Orcos y trolls seguían peleándose entre sí a la vez que luchaban contra los elfos y los enanos, que también seguían atacándose los unos a los otros. Los humanos aún no habían terminado de enfrentarse a dríadas y animales. Y por si todo esto fuera poco, los de Villa Trifulcas y Forcejeo, que todavía no habían superado las viejas suspicacias de sus antepasados, se estaban peleando porque los segundos se habían marchado abandonando a los primeros, aunque después hubieran vuelto. Sin olvidar a los ogros e Impolutos que se perseguían por todas las habitaciones de la Atalaya del Infinito.

En los años que siguieron, no hubo cronista que se atreviera a narrar cuanto aconteció aquel día ni testigo capaz de ofrecer una versión coherente de los hechos.

Ya entrada la madrugada el combate seguía. Nadie quería abandonar el campo de batalla por pura cabezonería. No estaban dispuestos a conceder la victoria a nadie, ni enemigo ni aliado. Los combatientes se movían a tientas, arrastrando los pies por el agotamiento, tan cegados que debían preguntar quién había delante antes de atizarle, cosa que hacían ya sin ganas.

Riñas cogió la capa de un elfo caído, la extendió sobre la nieve y se echó a dormir un rato. En otros puntos del campo de batalla se habían formado

pequeños grupos que conversaban animadamente intentando someter con esa distracción al frío, el cansancio y el hambre. En lo que al apetito se refiere, solo los trolls lo habían saciado, pues habían cenado a base de picotear de alguna extremidad o víscera de los cuerpos de los heridos, ya que los muertos se quedaban fríos enseguida en aquel paraje helado. De los demás, quienes más acusaban la gazuza eran los enanos. A ellos la falta de cerveza y alimento —comida de verdad, de la que nacía con patas y hocico, no esos peces asquerosos que comían en Velaria— los mantenía en un estado de permanente mal humor.

Por la mañana, cuando al fin el sol empezó a enseñar la frente sobre las montañas, aunque oculto tras las nubes, el silencio era más inquietante que el bullicio de la noche anterior. Los pocos supervivientes de todos los miles que combatieron deambulaban penosamente, sin amagar siquiera con atacarse. Algunos se detenían a auxiliar a los heridos, pero casi todos habían muerto congelados durante la noche.

Al cesar la ventisca y levantarse la oscuridad, descubrieron la verdadera magnitud de la matanza. La luz plomiza, a medida que avanzaba reptando sobre el suelo, iba iluminando la tierra nevada que, como un jardín macabro, estaba cubierta de millares de cadáveres y manchas de sangre de varios colores.

Ramona se acercó a Pedrolo. Ambos se dolían de numerosas heridas. El alquimista tenía una pierna partida por la tibia, pero nadie le oyó quejarse.

—¿Dónde está Cazurra? —le preguntó la alcaldesa Medroso.

El enano no dijo nada, limitándose a negar con la cabeza agachada.

—¿Y Brusca?

La cabeza de Pedrolo siguió moviéndose hacia los lados.

—Por todos los dioses —gimió Ramona con las lágrimas empapando sus ojos y ahogando su garganta—. ¿Brusca también ha muerto? ¿Mi brava Brusca?

La cabeza del alquimista continuó su vaivén, ahora de arriba abajo.

—¿Y los Veteranos?

—Ninguno ha sobrevivido.

—Qué tragedia, Pedrolo. Qué tragedia. Nadie podrá reemplazar a esos valientes guerreros.

—Bueno, en realidad serán reemplazados por los trescientos más ancianos de los que hayan quedado en Villa Trifulcas, si es que ha quedado

alguno.

—No diga usted eso. Seguro que allí las cosas les han ido mucho mejor que aquí.

—Peor no les puede haber ido.

A Ramona la pérdida de tantos y tan buenos enanos y enanas le afectó profundamente. Como si todos los humanos de su ciudad hubieran perecido en una guerra demencial, como lo era aquella. No, la muerte de los trifulcanos le dolía mucho más que la de sus congéneres, con quienes nunca había establecido lazos de sincero afecto en la medida en que lo había hecho con Brusca, Pedrolo o Contuso.

—¿Y qué harán ustedes ahora?

—Pues no lo sé —confesó Pedrolo—. Lo más adecuado sería reunir a los supervivientes y marcharnos a los Grandes Reinos enanos del este. A Kaboom, por ejemplo. Pero, al ser esa la opción más sensata, es casi seguro que ningún trifulcano optará por ella y acabemos reconstruyendo Villa Trifulcas. Ya sabe usted que un enano, ante un problema, no ve una dificultad sino la oportunidad de meterse de cabeza en muchos otros problemas nuevos y peores.

—Son ustedes una raza extraordinaria y fascinante —dijo Ramona de corazón. Y un cumplido que viniera de ella tenía el doble de valor que si lo dijera cualquier otro, pues la señora Medroso no se prodigaba mucho con los halagos—. Seguro que salen de esta, como siempre han hecho.

Pedrolo esbozó algo así como una sonrisa de complicidad, y añadió:

—Seguro que sí. No piense que vamos a desaparecer de la faz de la tierra. ¿Se imagina usted un mundo habitado únicamente por seres humanos? Qué locura.

—Y qué aburrimiento —apostilló Ramona.

—Por cierto, ¿cómo está el joven Wifo?

—Ah, por suerte mi hijo está bien. Bueno, por suerte y por ellos. — Señaló con un dedo a Riñas y los demás.

Grosa, cubierta de sangre propia y ajena, con la ropa hecha trizas y la armadura abollada y perforada en varios sitios, le devolvió una sonrisa y un saludo con la mano.

—Y nos lo queríamos perder, me cago en mi puta vida —dijo una voz ronca y afónica detrás de ellos.

Era Rehostia, que se acercaba con varios enanos más, todos tan juntos

que no se podía adivinar cuál se apoyaba en quién. Probablemente, de haberle quitado un solo enano al grupo, todo el conjunto se habría caído al suelo.

—Vosotros también habéis perdido muchos guerreros —observó Ramona al ver su reducido número.

—Por mi coño que ellos más que nosotros —fue la respuesta de la alcaldesa de Forcejeo.

—Chicos, lo siento mucho. No puedo ni imaginar vuestro dolor.

Wifo ya no sabía de qué forma expresar la desolación que sentía al ver los cuerpos de tantos enanos caídos en la batalla y las lágrimas en los ojos de sus amigos.

—Comparto vuestro sufrimiento...

—Joder, Blandito, no te enteras de nada —le cortó Riñas.

Robusta arreó al estudiante un puñetazo en el brazo que lo sentó de culo sobre la nieve. Entre los enanos esa agresión era un gesto de camaradería.

—Lloramos de pena, sí, pero sobre todo de orgullo —aclaró. Después de limpiarse los mocos con la manga, continuó—: No hay mejor muerte para un hijo de la Roca que dar la vida a cambio de la de diez enemigos.

—O veinte —sumó Follón.

—Por eso —siguió Robusta— tienes que escribir lo que ha pasado aquí para que todo el mundo lo sepa. Cuenta que ningún enano se quejó de sus heridas ni pidió clemencia antes de morir.

—Y sin cerveza. Di que lo hicimos sin cerveza —intervino Riñas con aplomo—. Eso dejará a más de uno con un palmo de narices. ¿Que los enanos no podemos hacer nada sin beber? ¡Pues mira a tu alrededor! ¡Ja! Por cierto, me muero por una jarra de cerveza picante y un cerdo agriamargo para acompañar.

Grosa desató de su cinturón tres cabezas de orco que llevaba colgando y se las ofreció a Wifo. Él las rechazó con una mueca de asco. La enana le obsequiaba con muchas porquerías a lo largo del día —cosas muertas y mugrientas en su mayoría—, pero esa superaba con mucho a las demás.

—No, gracias. Es muy amable por tu parte pero no puedo aceptarlas. De verdad, no insistas. Son una asquerosidad, no las quiero, tíralas por ahí de una vez.

La enana, no obstante, se las seguía ofreciendo con insistencia.

—Son de los que tan herío —dijo.

—¿Qué? —Wifo no entendía a qué se refería.

—Las cabeza. Son de los orcos que tan herío. Los he matao. Este ta hecho el bujero en la barriga y pos sa quedao sin cabeza. Lo uno pa lo otro.

—Oh, vaya... —Medroso se avergonzó de su falta de sensibilidad. Su amiga y protectora arriesgaba a diario su pellejo para que él comiera en abundancia, durmiera abrigado y no tuviera ni que empuñar un arma para defenderse. Lo menos que podía hacer a cambio era no comportarse como un imbécil. Al final cogió una de las cabezas, sosteniéndola del pelo con dos dedos, y forzó una sonrisa de gratitud—. Es muy bonita —añadió sin dejar de sonreír, hablando con los dientes cerrados.

Grosa se rio.

—¡Bonita, dise! Si es mu fea. No es pa adorno, es pa recuerdo.

—No necesito la cabeza de un orco para recordarte.

—¿Ah, no? —La enana silbó de asombro, de nuevo maravillada ante las capacidades mentales del estudiante. Poder recordar a un ser querido sin la intermediación de un objeto relacionado con él era para Grosa un prodigio superior a la capacidad de sumar sin usar los dedos o leer sin mover los labios.

—Nunca os olvidaré. A ninguno. Y creo que hasta os voy a echar de menos.

Riñas se levantó del suelo de un salto.

—¿Cómo que nos vas a echar de menos? ¿Te marchas?

—Sí, me marchó —anunció Wifo.

—Pero si todavía no ha pasado un año —dijo Robusta.

—Lo sé. Pero creo que con todo lo que he visto y he vivido tengo más que suficiente para hacer mi tesis. Aprovecharé ahora que sigo vivo para irme, porque como sigamos así, no sé cuánto tiempo más va a resistir mi cuerpo.

Sus amigos de Villa Trifulcas, aunque no lo dijeran ni lo fueran a decir, lamentaban su marcha. Habían terminado por encariñarse de ese estudiante enfermizo, cobarde, enclenque y sabiondo que había llegado a convertirse en un hombre enfermizo, cobarde, enclenque y sabiondo pero, a la vez, valiente en cierto modo e inexplicablemente resistente. Ni la guerra ni el hambre ni el

frío ni la cerveza habían logrado acabar con él, a pesar de ser una presa fácil para cualquier calamidad.

La única que no estaba triste por la marcha de Blandito era Grosa. Ella pensaba que Wifo, al decir que se iba, se estaba refiriendo a cualquiera de esos sitios de los que siempre volvía, al cabo de dos horas o de un par de días. De haberse dado cuenta de la verdad se habría derrumbado, pero su ignorancia la mantenía por ahora a salvo de la desdicha.

—¿Y las personas del Valle? —insistía Riñas—. Tienes que salvarlas. No te puedes ir todavía.

—¿Qué personas? Ya no queda nadie: ni gente a la que salvar ni trolls que quieran matarnos ni elfos que nos nieguen su auxilio. Los pocos que han sobrevivido tendrán que arreglárselas sin mí. Y no creo que suponga para ellos ningún trauma quedarse sin su rey. Para el caso que me han hecho...

Wifo y Ramona recogieron sus cosas en un periquete. Él se había dejado casi todas sus pertenencias en Villa Trifulcas, incluyendo sus cuadernos con las anotaciones para su trabajo. No le importaba. Quizás ni siquiera se graduara. Las Humanidades le encantaban, pero eran demasiado peligrosas y él carecía de la intrepidez necesaria para pasarse la vida explorando la historia, las costumbres y la lengua de pueblos lejanos y salvajes. Probablemente aprendería un oficio, como siempre le habían recomendado su madre y su abuela, alfarero o trovador, cualquier cosa, y después se casaría y se dedicaría a vivir en paz los años que le correspondieran.

En cuanto a Ramona, también viajaba con lo puesto, aunque en un bolsillo interior de su vestido guardaba bien sujeta una bolsa de cuero a reventar de esmeraldas de la mayor pureza. Sumadas a las que ya le envió su hijo por correo, y que había escondido concienzudamente en su casa, constituían una fortuna nada desdeñable. Ramona Medroso ayudaba a defender una ciudad de un asedio, a vencer a los trolls y a lo que hiciera falta, ella siempre estaba presta para echar una mano, pero no se volvía de vacío. «Buena sí, tonta ni un pelo», solía decir.

—¿Esta vez sí que podemos volver juntos o me tengo que quedar más tiempo? —preguntó el hijo—. Te prometo que ya he terminado mis investigaciones. ¿Puedo, mamá? Es que no quiero morir.

—¡De ninguna manera!

—Pero...

—Que sí, tonto. Te estaba tomando el pelo. Qué cara has puesto, tenías que haberte visto. ¿Ya te has despedido?

Los enanos se acercaron a ellos. No parecía acechar ya ningún peligro alrededor. Los trolls y los orcos se estaban reconciliando varios cientos de metros más allá. Incluso los jefes de los clanes más pendencieros

consideraban que la masacre había sido excesiva y que no tenía sentido seguir luchando para los pocos que quedaban. Ellos habían sufrido las bajas más numerosas, como siempre que participaban en cualquier batalla. Demasiados muertos y muy pocos beneficios a cambio. Ese era el resultado de ser buenos peleando pero malos negociando, aun cuando ganaban por paliza.

—No me deis cabezazos —dijo Wifo estirando los brazos con las palmas de las manos hacia delante.

—Que no, Blandito. Esta vez vamos a hacerlo de la forma humana. Dame un abrazo, anda. —Riñas fue hacia él con toda su energía.

—Te lo doy pero flojito.

Después de los abrazos nadie sabía qué más decir. Habían sido unas semanas demasiado intensas y las palabras sobaban. Sobre todo porque Wifo solía estropearlo todo cada vez que abría la boca.

Robusta se cortó una trenza y se la dio a Follón. Este hizo lo mismo y le pasó los dos mechones de cabello a Riñas, que tras añadir el suyo le ofreció los tres a Wifo.

—Blandito Medroso, explorador de Villa Trifulcas y rey del Valle —le dijo a continuación—. Eres el peor enano que hay, ha habido y habrá jamás, pero ya nadie puede negar que eres uno de los nuestros. Y siéntete orgulloso. Ser malo es muy fácil, pero ser el peor de todos es algo que solo uno consigue.

Todos los enanos presentes, Rehostia incluida, asintieron con la cabeza. Ser el peor enano de la historia tenía su mérito. Wifo había resultado ser aún más desastroso que el legendario rey Picias III.

—Por cierto —quiso hacer constar Riñas—. Ya sabes que voy a dedicarme a esto de ser tutor de manera profesional, así que si tenéis en tu escuela más estudiantes que quieran venir a Villa Trifulcas a hacer sus prácticas...

—Pierde cuidado. Cuando cuente en Bellavista todo lo que he vivido aquí, se pegarán por venir a estudiar con vosotros.

—Son gente lista los de tu ciudad.

—No te creas, Riñas. No te creas. Dudo mucho que los humanos seamos tan listos como vosotros. Y esta vez lo digo en serio.

Ramona ya se había despedido de Pedrolo, así que ella y su hijo se dispusieron a emprender su viaje de vuelta a casa cuando Wifo cayó en la

cuenta.

—¿Y Grosa? —preguntó por enésima vez.

—Ahí viene —le señaló su madre.

La enana volvía con las manos repletas de las frutas que habían disparado las dríadas. El desayuno de Wifo.

—Hay muncha fruta en el suelo —dijo tan contenta.

El estudiante le dedicó una mirada llena de ternura. De pronto le volvían a la mente los recuerdos de todo lo que él y Grosa habían vivido juntos: desde su primer encuentro, con el queso volador y la silueta de la enana medio oculta tras una columna, hasta la batalla de la noche anterior, donde ambos se habían enfrentado a la muerte, cada uno a su manera. Y al ver a la enana allí delante, con su flor en la cabeza, sus dientes manchados de pintalabios y sus manos llenas de peras y manzanas, comprendió que nadie, nunca, le querría con tanta verdad como le quería ella.

En ese momento deseó poder corresponderla con un amor como el que ella sentía por él, pero una vez más sus estúpidos sentimientos le desobedecieron. Qué gran lugar para vivir sería la vida si uno pudiera querer u odiar a quien deseara o a quien lo mereciera de verdad. Pero Wifo se veía incapaz de ofrecer a Grosa algo que no fuera una sincera amistad y un afecto casto. El amor conyugal exige una mínima atracción física hacia la otra persona, y en ese sentido a Grosa no había por dónde cogerla. Por mucho que Medroso se esforzara por encontrarle algún atractivo externo, tenía que rendirse a la evidencia de que la enana era fea y sucia como un inodoro.

—Tengo que despedirme, Grosa. Me marchó.

—Ya sé. La Grosa tiene cerebro, ¿eh? Yo cojo frutas pa en cuando vuelvas, que traerás gusina.

La pobre ilusa seguía convencida de que la marcha de Wifo era temporal, que regresaría en un par de días. Tenía que ser sincero con ella. Confesarle que se iba para siempre. Pero le bastó ver la expresión de su cara y el brillo de sus ojos para saber que la verdad la destruiría. Además a él le faltaba el valor para contárselo, igual que para todo lo demás. Ambos salían ganando con la mentira.

—Eso, tú ve buscando manzanas para cuando vuelva, que me encantan —dijo al final.

La enana estuvo a punto de salir corriendo para ponerse a recolectar fruta, pero se paró en seco. Tenía una pregunta importante que hacerle a

Wifo:

—¿Las manzanas son las reondas con rabo o las cosas largas y amarillas?

—Las cosas largas y amarillas son plátanos —le contestó el estudiante después de reírse.

Ambos intercambiaron una de esas miradas que valen más que cualquier abrazo. Ya no era necesario decir nada más. A continuación, la enana se marchó al trote de sus piernas patizambas a recolectar manzanas entre los cadáveres de la batalla.

—¿Seguro que no venís? —preguntó Ramona.

—No podemos. Tenemos que recoger a nuestros muertos y llevarlos a casa —contestó Robusta. Y luego gritó malhumorada—: ¡A los que todavía no se han comido los trolls, claro!

Los trolls, a lo lejos, hicieron como que no lo habían oído y miraron hacia otro lado. No querían más pelea con los enanos. De hecho, ya se habían amigado con los orcos y estaban a punto de volverse todos juntos a Trollsavilla.

—Cinco de mis mejores guerreros os acompañarán hasta vuestra casa. Os daría alguno más, pero no me quedan muchos —dijo Rehostia. Tenía la barbilla apoyada sobre el extremo de su hacha.

—Viendo cómo os las gastáis, cinco serán más que suficientes —afirmó Ramona.

Eso complació a la enana, que vociferó:

—¡Cinco forcejinos valen más que cincuenta trolls de mierda!

—Ni caso —aconsejó el Gran Lord a los restos de su horda—. No procedáis a lo que viene siendo dar la vuelta y seguid recto, que nos quieren mayormente provocar.

Cuando Ramona y Wifo emprendieron su travesía, una voz tronó cerca de ellos, proveniente de la llanura nevada.

—¿Adónde creéis que vais, ratas miserables?

Todos se volvieron en la dirección de la que procedía el insulto y vieron allí a Velarión, tan erguido como alto era, en actitud amenazante. Detrás de él descubrieron a un soldado de la guardia gélida, y luego a otro, y otro más. Así hasta sumar dos centenares de Impolutos que parecían brotar de la misma nieve. Por fin el rey había recibido sus refuerzos desde la Atalaya del Infinito, después de aniquilar a los ogros. Los guerreros élficos, a pesar de haber

peleado durante toda la noche contra temibles adversarios, mantenían su moral intacta, pues sabían que todas las horas extraordinarias que dedicaran a combatir las cobrarían aparte, al doble del salario de una hora normal.

Los enanos enseguida se dispusieron para una nueva batalla, aunque esta vez la relación de fuerzas se inclinaba excesivamente a favor de los elfos. Había llegado el momento de rendirse o de ser exterminados.

—Tú..., asesino malnacido —gruñó Ramona mientras se encaraba con Velarión. Todos los enanos se apiñaron a su alrededor, con sus armas preparadas para derramar unas últimas gotas de sangre—. ¿Por qué no nos has dejado entrar en Velaria? Mira lo que has provocado.

El soberano de hielo emitió una maligna carcajada por respuesta.

—¿Y encima te ríes, cabronazo? Eres un racista de mierda.

—Claro que lo soy —contestó el soberano de hielo con toda tranquilidad—. No entiendo por qué utilizáis el racismo como un insulto, si es lo más natural del mundo. Vosotros también lo sois. Racistas, clasistas, especistas y toda esa sarta de tonterías progresistas. Enseguida se os llena la boca de proclamas idealistas, pero la realidad es que solo miráis por vuestro propio beneficio y no movéis un dedo por acabar con esas injusticias que con tanto fervor denunciáis.

»¿Habráis hecho algo los enanos en esta guerra si los trolls se hubieran limitado a matar seres humanos sin atacaros también a vosotros? Permitidme que lo dude. A vosotros solo os interesa la cerveza, la comida y la hierba de la risa. Los problemas del mundo os son ajenos por propia voluntad. En Forcejeo y Villa Trifulcas hay criptas con millones de monedas de oro y piedras preciosas mientras vuestros vecinos se mueren de hambre por una mala cosecha. ¿O acaso os importa si el mundo tiene un trozo de pan que llevarse a la boca mientras devoráis corderos y vaciáis barriles de alcohol hasta vomitar del hartazgo?

»Y los hombres del Valle... Sí, vosotros, no os escondáis. Comadreja, gusanos, moscas de la mierda. ¿Cómo pagáis su ayuda a los enanos? ¿Abandonándolos en el campo de batalla? Os da igual quién se deje la vida por el camino mientras podáis salvar la vuestra. Os he visto haceros la zancadilla unos a otros en vez de tenderos la mano cuando el peligro os acechaba. Como un rebaño de ovejas que de pronto se transforma en una manada de hienas ansiosas de la carroña de sus hermanos moribundos.

»No queráis darme lecciones de moral, hatajo de alimañas que miráis

por la ventana la desgracia ajena, sin hacer nada por evitarla, y luego lo comentáis con indignación en el salón de vuestra casa mientras pensáis en la próxima prenda de ropa que compraréis en la sastrería o en la fiesta a la que acudiréis el fin de semana.

»Me río yo de vuestro activismo de abanico y sofá mullido. Hipócritas. Degenerados. ¡Este es el único lenguaje que conocéis, y yo mismo pienso grabaros su alfabeto en el pecho! —concluyó desenvainando su espada y mostrándosela a todos.

Pedrolo se acercó a la señora Medroso y la contuvo con sus brazos.

—Déjalo, Ramona. Nosotros nos encargaremos de él.

—¿Ramona? ¿Así que tú eres la poderosa hechicera de la Esencia que a punto ha estado de echar abajo mi muro de hielo? —preguntó Velarión observando con burlona malevolencia a la alcaldesa.

—Yo no soy ninguna hechicera —contestó ella—. Y no necesito serlo para cerrarte esa boca con la que tanto hablas.

—Mujer tenías que ser...

—¿Qué dice el desgraciado este? ¡Se va a enterar de lo que hace una mujer!

Hizo falta que Rehostia ayudara a Pedrolo para poder sujetar a Ramona y evitar que se tirase a por el rey de los elfos. A Velarión, no obstante, le divertía mucho la situación.

—¿Sabéis? Nosotros sí que tenemos un mago de verdad. Adulambar. El archimago de la Esencia que levantó el muro arcano de hielo. Creo que estará encantado de que le expliques cómo te las ingeniaste para hacer un agujero en su conjuro.

Un elfo de túnica blanca y blancos cabellos dio un paso adelante. Se podía advertir que era un hechicero notable con solo fijarse en la artificiosidad de sus movimientos y en el sombrero con forma de cucurucho que llevaba en la cabeza.

El mago se abrió la túnica con un gesto dramático de las manos y levantó su báculo en el aire. Toda esa parafernalia manierista había dado tiempo a Grosa para situarse a su lado. De un veloz y diestro manotazo le quitó al mago su vara.

Los Impolutos apuntaron a la enana con sus arcos, pero Velarión les ordenó que no dispararan.

—Dejadla. Ese engendro feo y pestilente no sabe ni cómo usar un bastón

mágico —se mofó.

Grosa miró entonces la vara, miró luego al archimago y a continuación partió aquella contra la cabeza de este. Cuando el hechicero se cayó al suelo a causa del golpe, la enana siguió apaleándolo con los dos trozos del cayado hasta que no quedó un solo pedazo de seso dentro del cráneo.

—Que no sepo usar un palo, dise...

—¡Grosa la matamagos! —gritó Riñas.

—¡Matadla! —rugió a su vez Velarión.

Los elfos dispararon una primera salva de flechas a la turba de enanos que corría hacia ellos, y ahí acabó la pelea, antes de empezar siquiera. El motivo fue que, en el sur, el horizonte no solo estaba cubierto de nubes, sino también de hombres a caballo y lanceros a pie. Ni Wifo habría podido contarlos con sus métodos estadísticos para cuantificar gallinas, pero su número exacto era de treinta y dos mil cuatrocientos once soldados. Personal logístico aparte.

El ejército permanecía inmóvil en una línea de dos kilómetros de ancho desde un extremo a otro. Solo el aire hacía ondear sus banderas y estandartes contra el gris del cielo encapotado.

Una comitiva se acercó hasta el lugar en el que los elfos y los enanos habían estado a punto de enfrentarse unos minutos antes. Cien jinetes de caballería pesada que escoltaban un carruaje blindado del que tiraban dieciséis corceles negros de pura raza galaciana.

Cuando la puerta del vehículo se abrió, cuatro guardias ayudaron a descender de él a un hombre obeso de ropajes estrafalarios, joyería fecunda y corona en la cabeza.

—Saludos, gentes del norte —dijo Holgón Flojín—. Qué día más maravilloso nos ofrece el cielo a los que odiamos el calor, ¿verdad?

A su derecha, como siempre, estaba Gustino, que se había vestido para la ocasión con un traje de Mimón. El conjunto le quedaba ridículamente pequeño, pero él deseaba sentirse como un príncipe, y ataviarse con el vestuario de Su Alteza creaba en él esa ilusión principesca.

A la izquierda del rey de Galacia, acechante y hermética, se situaba Assassin Cris.

En cuanto Holgón supo del combate que iba a librarse a las puertas de Velaria, reclutó un ejército y abandonó Bellavista para ir en busca de su botín de guerra. A los campos de batalla primero llegaban los buitres —porque volaban— e inmediatamente después hacían su aparición los grandes hombres de Estado, como Su Altísima Majestad el Divino Rey de Galacia, para lanzarse a la rapiña de todo cuanto pudieran arrebatarse a los vencidos.

En la capital había dejado a sus delincuentes de mayor confianza al cuidado de los asuntos de Estado. Por ejemplo, a Reto Manoslargas, saqueador y mangante, lo puso al frente de la Tesorería, y al temido sociópata Astolfo el Genocita le encomendó hacerse cargo del Ministerio de Asuntos Sociales. Maleantes, todos ellos, de muy demostrada lealtad al oro, el vino y las casas de poca honra. Y Holgón era un manantial inagotable de oro, vino y casas de poca honra.

—¿Y tú quién demonios eres? —le preguntó Velarión desconcertado ante tal despliegue de fuerza militar y mal gusto.

—¿Yo? —Sonrió Holgón—. Mis súbditos me llaman Su Altísima Majestad Holgón Flojín, rey de Galacia, aunque tú puedes llamarme Aquel Que Se Va A Quedar Con El Fruto De Mi Trabajo.

Velarión sentía la irrefrenable apetencia de acribillar a flechazos a aquel necio orondo y su camarilla de payasos, pero sin un buen ejército de Impolutos detrás, ese acto significaba el suicidio.

—Sal de mis tierras y llévate a tus huestes contigo —ordenó en lugar de disparar.

Ante el decreto del elfo, Holgón simplemente miró a Gustino y le preguntó:

—¿Cuántos?

—Doscientos ocho Impolutos, cuarenta y nueve enanos, sesenta y seis campesinos, una señora en edad madura y un muchacho harapiento y esquelético, señor —respondió el secretario enseguida.

—Una hueste temible, sin duda —se cachondeó Su Majestad.

—¿Qué es lo que quieres? —insistió el rey de Velaria.

Holgón dio un paso adelante y sus guardias acorazados se recolocaron de inmediato en sus flancos.

—Verás, Velarión. Porque eres Velarión, ¿verdad? El rey de los elfos de hielo.

—Así es.

—Y tú eres... —titubeó señalando a una enana.

—Ella es Rehostia, alcaldesa de Forcejeo —apostilló Gustino.

—Y tú... ¡Anda, pero si eres Bob Cincuentamuelas, mi fiel jefe de la Guardia! Esto sí que no me lo esperaba. Y el comandante Lindo Sokorki. Vaya, vaya. Menuda sorpresa. Vosotros dos vais a veniros conmigo a Bellavista, que tengo allí unos amigos que os van a contar unos chistes. Veréis qué risa. Pero en fin, que no me quiero entretener más de la cuenta; el estómago me empieza a exigir un copioso desayuno. Me habéis preguntado qué quiero, ¿no es así? Pues bien, quiero lo mío. Es decir, lo quiero todo. Yo no soy como este imbécil que provoca guerras para comerse las migajas —comentó a la vez que señalaba a Velarión—. Yo llego a los sitios en el momento oportuno y tomo lo que me place.

Los elfos asistían mudos e inmóviles a la perorata del rey de Galacia, a la espera de una orden de Velarión para actuar. Pero los enanos se revolviéron e intentaron acercarse a Holgón. Una barrera de lanzas les cortó el paso.

—Estas son mis exigencias —continuó Holgón—. Y tengo ahí detrás treinta mil argumentos que las avalan.

En una atmósfera de tensa expectación, Su Altísima Majestad pasó a enumerar las condiciones que sus adversarios debían aceptar para no ser lanceados por el ejército regular del Reino de Galacia. Se trataba de una serie de sencillas reclamaciones que bien valían la vida de un rey elfo, dos alcaldesas enanas —aunque una de ellas fuera una mujer humana— y los restos de sus maltrechas tropas. A saber: el Valle pasaría a ser propiedad de la Corona de Galacia de forma inmediata. En cuanto a los enanos, deberían entregar a Holgón el veinte por ciento de la producción mensual de sus minas de oro, plata y piedras preciosas. Y, por último, los elfos se comprometían a cerrar todas sus fábricas de cerveza. A partir de ese momento, la dinastía Flojín se apropiaba de los derechos exclusivos de producción cervecera en toda la capa superior del mundo, incluyendo los Reinos de Astruria, Cantobria, Castelvalle y etcétera, etcétera, pues no era el momento ni el lugar de ponerse a inventariar reinos y regiones.

—Esos términos son inadmisibles —declaró una voz trémula.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Holgón.

—Yo. Wifo Medroso. Rey del Valle.

—Aquí tenemos a uno que no termina de enterarse de que ahora el rey

del Valle soy yo.

Wifo se debatía entre el orgullo y el pánico.

—No es justo —se empecinó—. Hemos luchado muy duro en esta guerra.

—Y lo habéis perdido todo —repuso Holgón con esa sonrisa que le alzaba los pómulos rollizos hasta cerrarle a medias los ojos—. Así es la vida, joven Wifo. Ya lo irás descubriendo cuando crezcas. Si es que llegas a la edad adulta; cosa que parece poco probable.

—Eres un rey indigno —osó decir el estudiante, que a esas alturas casi podía masticar su propio corazón en su boca temblorosa.

Todos lo miraban, temiendo por su seguridad, pero nadie se decidió a detenerlo. Era su momento y tenía que afrontarlo él. Todo iría bien mientras no hiciera ninguna de sus constantes estupideces. Y, obviamente, alguna haría en algún momento.

—De ninguna manera. De hecho, soy un rey excepcional. Todo esto que estoy haciendo es en beneficio de mi Reino —declaró Su Majestad Holgón—. Verás, muchacho; te voy a regalar una lección que la prudencia nunca te enseñará: la diferencia entre la honradez y la audacia es que las personas decentes pescáis en el río, mientras que los intrépidos pescamos en las redes de los pescadores. Por eso comemos nosotros mejor que vosotros. Y ahora, si nadie más tiene una súplica, lamento o improprio que añadir, me gustaría retirarme a mi carruaje. Hay unos huevos con panceta a los que no quiero hacer esperar.

Wifo Medroso se dio la vuelta y miró a sus amigos con lágrimas en los ojos. Un llanto de rabia y determinación, aunque también de melancolía y esperanza. Desenvainó la espada y les arengó entre sollozos:

—Una última carga. Por Traumatismo, y por Brusca, y por Cazurra y todos los Veteranos.

Luego se lanzó a la carrera contra el rey Holgón. Nadie lo siguió, y esa última carga épica terminó en cuanto un guardia real lo derribó con el asta de su lanza y lo dejó inconsciente en el suelo.

La Batalla del Montón de Ejércitos había terminado.

Papideoo había recuperado su buen humor. Viajaba sobre el hombro esponjoso de Frutilda Cascarilla haciendo pedorretas con la boca y aplaudiendo cada vez que los cuatro se cruzaban con un pájaro o una liebre. La saliva que salía de sus labios cuando los hacía vibrar resucitaba la tierra a su primitivo verdor.

Iban hacia el suroeste, a las desiertas colinas entre las ciudades de Allarriba y Colindrilla, en el Ducado Meridiano, a transformar aquel territorio árido en un bosque espeso y fecundo.

—¿Y al final lo de morirnos qué? —preguntó Arbustina Chirimiri.

—Si queréis os mato yo ahora mismo —se ofreció Frutilda Cascarilla, siempre dispuesta a ayudar a dos buenas amigas.

Tomilla Bulbosa se lo pensó un momento y negó con su frondosa cabeza.

—Yo lo de morirnos lo dejaría para más adelante, si no os parece mal. Tenemos mucho trabajo por hacer y muchos bosques que curar.

—Tenemos mucho trabajo —confirmó la señora Cascarilla—. Y cuando una dríada dice mucho trabajo, es mucho mucho trabajo.

La señora Chirimiri se agarró las ramas del pecho, las acercó entre sí y dijo a sus comadres:

—Por cierto, ¿habéis visto qué peras tengo?

—¡Arbustina! —exclamó Frutilda escandalizada.

—Duras duras —insistió la dríada.

—De verdad que no tienes remedio ninguno.

—¡Paaaaaapideoo!

EPÍLOGO

Wifo se despertó sobresaltado. No había parte del cuerpo en la que no sintiera dolor, escozor o la ausencia de algo que de forma natural debería estar en su sitio y ahora faltaba parcial o completamente. Intentó levantarse, pero esa primera tentativa le resultó demasiado dolorosa y volvió a postrarlo en la cama. Tenía un tubo metido en la boca que le llegaba hasta el estómago. Tiró de él y consiguió sacarlo entre arcadas y toses.

Después, de manera instintiva, llamó a los enanos:

—¿Grosa? ¿Riñas? ¿Dónde estáis? Venid, me duele todo.

Nadie contestó. Entonces parpadeó, frotándose los ojos con las manos magulladas, y escudriñó su entorno con la vista borrosa. No estaba en Villa Trifulcas ni en su tienda de campaña real, sino en su habitación, en su casa de Bellavista. Tenía puesto su pijama de gnomos y se había tapado hasta la barbilla con su manta de gnomos, como le gustaba hacer cada vez que llegaba el frío del norte. Se arropaba, frotaba sus pies uno contra otro y chascaba la lengua de gusto.

¿Qué hacía en su casa y cómo había llegado allí? No recordaba nada posterior al enfrentamiento con ese tal rey Holgón de Galacia.

Trató nuevamente de incorporarse pero las molestias se lo impidieron por segunda vez. Se examinó el cuerpo. Estaba cubierto de magulladuras, cicatrices y rastros de moratones. Se tocó los dientes con la lengua —los que le quedaban— y constató que le faltaba por lo menos un tercio de ellos. Las secuelas de la guerra y de sus muchas aventuras durante sus prácticas de Enanología Comparada. Las pruebas fehacientes de que se había convertido en un hombre, en un verdadero investigador de las razas forasteras. Cada herida era el testigo de un sacrificio ofrecido en el altar de la erudición.

—¿Mamá? —gritó.

Enseguida apareció Ramona en su dormitorio.

—¡Hijo! Ya te has despertado. Qué susto nos has dado a todos. —Su madre se sentó junto a él y le acarició la frente mirándolo amorosamente.

—¿Cómo he llegado aquí? No me acuerdo de nada.

—Te hemos traído. Qué preguntas haces.

—¿Los enanos de Rehostia?

La señora Medroso miró a su pequeñín con extrañeza.

—¿Qué enanos? ¿Y quién es Rehostia? Menudo nombrecito...

—Mamá, los enanos de Forcejeo. Y Rehostia, su alcaldesa. En la guerra, ¿es que ya no te acuerdas?

—Wifo, de verdad, no sé de qué me estás hablando.

—Mira mis heridas —dijo él. Que su madre se hiciera la tonta de aquella manera empezaba a ponerlo nervioso.

—Tus heridas ya las he visto. Anda que menudo golpe te diste. Menos mal que el profesor Enefecto Smith estaba en la biblioteca en ese momento y te vio, porque te podías haber muerto allí sin que nadie se enterase.

Aquello no tenía ningún sentido para Wifo.

—¿La biblioteca? ¿El profesor Enefecto? ¿De qué estás hablando, mamá?

—De tu accidente. ¿Lo has olvidado? Ya nos advirtieron de que podrías sufrir un episodio de amnesia.

—Yo no he tenido ningún accidente —afirmó Wifo con terquedad.

—Pobre —susurró Ramona mientras le acariciaba el pelo—. Claro, ha sido tal el trauma que tu cerebro se niega a recordarlo. Verás: hace unas semanas tuviste un percance en la biblioteca de tu escuela. Te encaramaste a lo más alto de una estantería. Y mira que te tengo dicho que no hagas eso, que se lo pidas el bibliotecario, que si está ahí es para arriesgar su vida cogiendo los volúmenes más inaccesibles, pero como nunca me haces caso... La escalerilla, que estaba carcomida por las termitas, se partió y tú te fuiste al suelo de cabeza, con tan mala suerte que todo el estante se te cayó encima. Imagina qué golpazo debió de ser que el profesor Enefecto lo oyó desde su despacho y fue corriendo a ver qué pasaba. Entre él, el bedel y unos muchachos del equipo de pelotacesto consiguieron sacarte del amasijo de libros y llevarte al médico.

Wifo estaba tan sorprendido que no podía ni hablar, así que su madre continuó con su relato sin interrupción:

—Tuviste mucha suerte. Solo te rompiste varios dientes y sufriste

algunas contusiones, pero ninguna fractura de huesos ni herida de mucha gravedad. Fíjate, para lo que te podía haber pasado... Lo único es que te quedaste inconsciente y no te despertabas. Respirabas pero no abrías los ojos ni recuperabas el sentido. El doctor nos dijo que tuviéramos paciencia, que al final recobrarías la consciencia, pero que podía ser igual en un día que en varios años. Qué miedo, Wifo. Solo pensar que podías haberte pasado toda tu juventud durmiendo el sueño de los ausentes... Imagínate. Hasta tus hermanas estaban preocupadas, no te digo más. Así que has estado semanas aquí en tu camita, con los ojitos cerrados y comiendo a través de un tubo que te metimos en la boca y que ya veo que te has sacado tú mismo porque no puedes parar quieto ni un momento.

El estudiante necesitó un rato para procesar todo aquello. O su madre le estaba tomando el pelo o ya no entendía nada.

—Pero si yo he estado haciendo las prácticas de estudios en una ciudad enana, con Riñas y Grosa y unas dríadas del bosque y un guerrero errante y... Y tú eras la alcaldesa de Villa Trifulcas. ¡De eso tienes que acordarte a la fuerza!

Esta última invención hizo que Ramona soltara una carcajada.

—¿Alcaldesa de una ciudad enana? ¿Yo? Ay, Wifo, qué cosas tienes.

—¡Que sí! Y luego luchamos contra los trolls y los orcos, y también contra los elfos, y de hecho yo soy el rey del Valle.

—El rey del Valle, dice... Yo alcaldesa, tú rey y tus hermanas emperatrices por lo menos.

—No te burles de mí. Todo eso es verdad.

—Durante tu convalecencia has estado delirando, hijo mío. A veces hablabas en sueños de enanos y batallas y un montón de cosas absurdas. El médico me dijo que era algo habitual. Aunque estabas inconsciente, tu cerebro seguía soñando. Es normal que ahora creas que todas esas fantasías eran reales. Pero créeme, no lo son. Mira.

La señora Medroso se levantó, cogió un papel que había sobre una cómoda y se lo dio a su hijo. Era una carta del profesor Enefecto Smith. En una lectura rápida Wifo descubrió la inconfundible caligrafía del maestro, quien, en su misiva, le deseaba una pronta recuperación de su terrible accidente en la biblioteca de la Alta Escuela de Humanidades.

—¿Ves? Tú no has hecho ninguna práctica en ningún sitio —le reiteró su progenitora—. Has estado aquí todo este tiempo, postrado en la cama

mientras tu cuerpo se debatía por volver al mundo real.

«Así que es verdad», pensó Wifo. Sus aventuras en Villa Trifulcas con los enanos habían sido un sueño; el producto de una imaginación con demasiado tiempo libre para deambular por su cerebro inconsciente creando fantasías.

—¡Ay, caramba, el mercado, que me lo cierran! —exclamó Ramona de pronto, provocándole una taquicardia a su hijo—. No te muevas de aquí que no tardo nada, ¿eh? Quédate tumbado en tu camita y descansa.

Le dio un beso en la frente y salió corriendo. Mientras se ponía el abrigo y salía de casa no dejaba de repetir: «Que me cierran, madre mía, que me cierran».

Wifo se quedó en la misma posición durante unos minutos, mirando al techo fijamente y aferrando con las dos manos el borde de su manta de lana. No habría sabido expresar, en aquellos instantes, lo que suponía para él descubrir que las aventuras más alucinantes que podría llegar nunca a vivir eran puras invenciones de su mente convaleciente. Aunque lo más traumático, sin duda, era pensar que Grosa, Riñas, Robusta, Follón y todos los demás enanos ni siquiera existían, y que lo más probable es que hubiera sacado sus nombres de algún libro que ahora no recordaba haber leído.

—Necesito un café —masculló.

Se levantó de la cama sobreponiéndose a los calambres y dolores de sus piernas y su espalda. Luego se agarró al cabecero, se tomó unos segundos para recobrar el aliento y fue dando tumbos hasta la cocina. El olor que salía de esa estancia era nauseabundo.

—¿Queso en aceite? No me lo puedo creer. Qué asco —gruñó en voz baja.

¿Por qué su madre se empeñaba en comprar esa asquerosidad si sabía que él la odiaba con toda su alma?

Puso la cafetera en el fuego y se preparó para deshacerse del repugnante derivado lácteo. Maniobrando con sumo cuidado para que su pestilente superficie no alcanzara siquiera a rozar su piel, envolvió el queso en un paño y lo tiró al cubo de la basura.

En el fondo del cubo, el algodón del trapo de cocina absorbió el aceite y dejó al descubierto una inscripción hecha sobre la piel del queso, seguramente con un cuchillo. Aunque el trazo chapucero de las letras era

poco menos que un delito caligráfico, podía leerse con claridad una única frase de tan solo tres palabras:

«Pa la gusina».

AGRADECIMIENTOS

Dedicado a todos mis lectores (mis chiquines y chiquinas) por la paciencia que tienen con mi lentitud escribiendo. Espero que el resultado os compense la espera.

También quiero dar las gracias a mis lectores cero: María Romay, Chema Prieto, Carmelo Beltrán de *El rincón de las páginas* y Daniel Garrido del blog *El caballero del árbol sonriente*. Por sus consejos, observaciones y ánimos.

Y, cómo no, a mi editora, Lola Gulias, por haber creído en este proyecto desde el principio con ilusión y confianza.

Espero que todos disfrutéis leyendo este libro tanto como yo escribiéndolo. No sé por qué, pero tengo la sensación de que así será.

P. D.: Mamá, ya he terminado el libro, ya te dejo un poco en paz. Qué santa paciencia tienes.

Notas

1. En el Reino de Galicia los hijos llevaban el apellido de la madre por ser esta el único de los dos progenitores sobre el que no existía duda, pues no pocas veces el padre era equivocado o incluso desconocido. Y como los bebés no se parecen a nadie, no podía establecerse una similitud antropométrica hasta que ya era tarde para enmendar una filiación equivocada.

2. De *enano* e *ío*. Gran concurrencia o afluencia de enanos en un lugar.

3. Abominable criatura, creada por alquimistas malévolos, resultante de cruzar a un troll con un orco. El trollco es más inteligente que el troll —aunque no excesivamente— y más fuerte que el orco.

4. El reloj había sido inventado por un alquimista enano de la Era Precerveza, pero, al no existir husos horarios ni convenciones que regularan esta materia, cada propietario llevaba su reloj puesto en la hora que mejor le parecía. Su uso, por tanto, solo servía como orientación personal.

5. También conocida como Potra, Chorra o Coña, esta diosa lo era de la suerte inesperada que cambia el desenlace de un acontecimiento adverso en el último momento y por sorpresa.

6. El dios Chapúcirus, un Artesano de escasa pericia, había creado a los trolls a partir del molde de los enanos diseñado por otro Artesano, Perfectus. Su intención era dar vida a una especie superior y mejorada de hijos de la Roca, pero algún cálculo debió de fallar y Chapúcirus abandonó su proyecto, escurriendo el bulto. Su siguiente idea fue la de engendrar una versión perfeccionada de león, dando como resultado la creación de las hienas.

7. Se utiliza aquí el género neutro formado por la letra «e» por estar recogido en el manual de comunicación no sexista de la asociación élfica.

8. La primera catapulta fue comercializada, varios años después, por el nuevo consorcio Ramona Medroso Soluciones Militares, Sociedad Unifemenina.

Tres enanos y pico
Ángel Sanchidrián

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Cover Kitchen
© de la ilustración de la portada, Cover Kitchen

© Ángel Sanchidrián, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17286-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.